

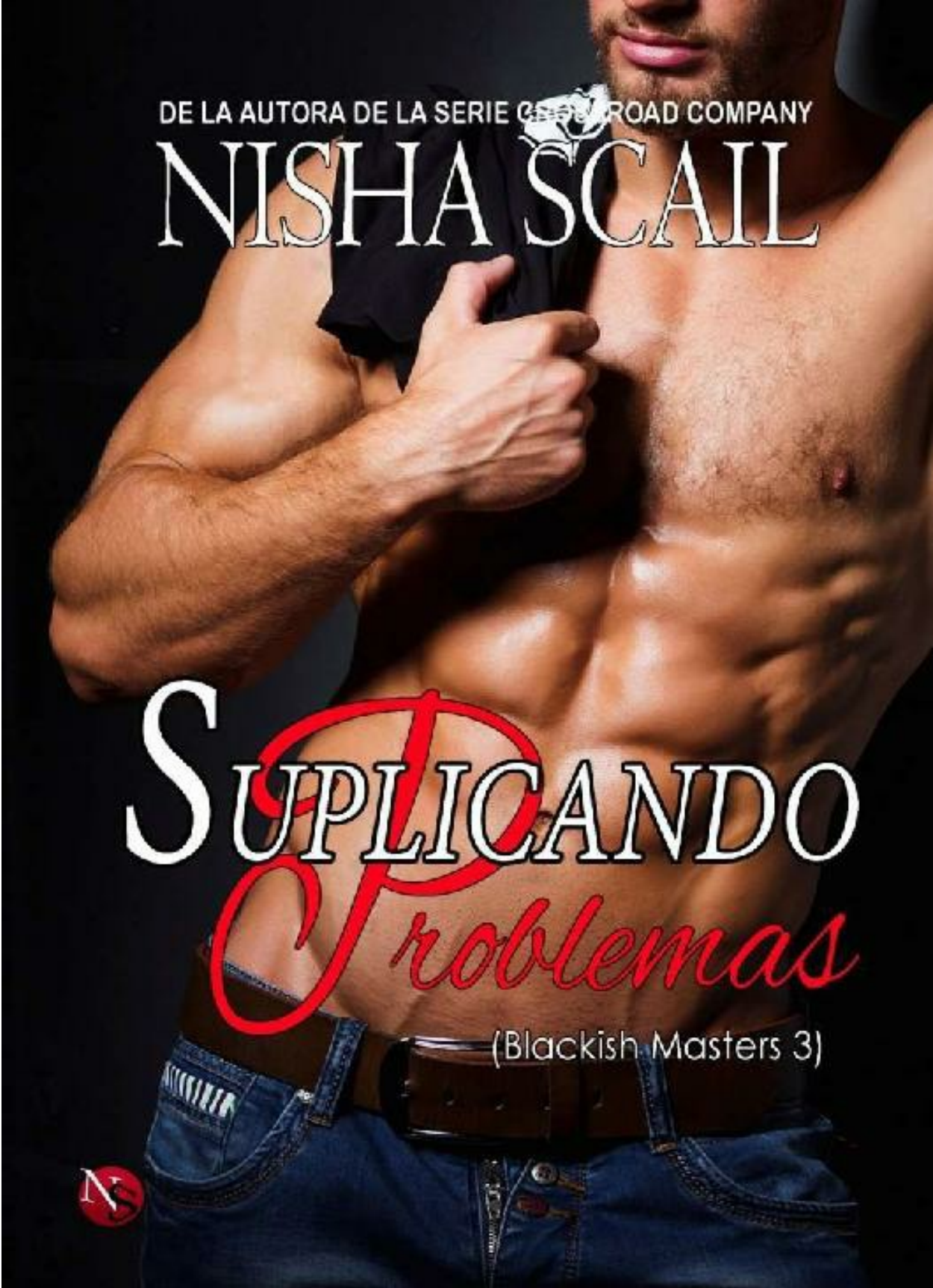
DE LA AUTORA DE LA SERIE  ROAD COMPANY

NISHA SCAIL

SUPPLICANDO
Problemas

(Blackish Masters 3)





DE LA AUTORA DE LA SERIE *GREY ROAD COMPANY*

NISHA SCALL

SUPPLICANDO
Problemas

(Blackish Masters 3)



SUPLICANDO PROBLEMAS

Nisha Scail

(Serie Blackish Masters 3)

COPYRIGHT

SUPPLICANDO PROBLEMAS

Serie Blackish Masters 3

© 1ª edición marzo 2018

© Nisha Scail

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: Nisha Scail

Maquetación: Nisha Scail

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mis tres **Facebookeras: María Rivera Ruiz, Marisa Gallen Guerrero** y **Gemma Riancho** por su amistad, por las charlas con las que disfruto inmensamente y ayudarme siempre que lo necesito. Gracias por aguantarme, sobre todo, que no es poco jajaja.

A **Lucinda Cb**, espero que disfrutes de esta primera toma de contacto con el Maestro Kells ^^ . Gracias por leerme y por tu sinceridad. Eres la mejor.

A **Cari Caritina Carilu**, por convertir la escritura del libro en una locura, por aportarme ese «*brilli-brilli*» y la loca idea de los «*unicornios*» que para el *Blackish*; lo que da de sí una conversación en el grupo Facebookeras jajaja.
No cambies nunca.

A mis compis de profesión, **Nq Palm** y **Marisa Citeroni**, da gusto poder hablar con vosotras, porque no solo sois autoras, sois auténticas, cercanas y buenas amigas.

Y a toda esa enorme familia **Facebookera** que me apoya cada día, que me da los buenos días, que se ríe conmigo, que amenaza con cortarme el cuello si le cambio las portadas, que me arranca sonrisas y hace que esta profesión y todo lo que conlleva, merezca la pena.

Y, por supuesto, gracias a ti, mi querida **lectora**, por darle una oportunidad a este libro y a mis Maestros.

Mil gracias a todas de todo corazón.

Nisha Scail

ARGUMENTO

Faith Valentine tan solo buscaba respuestas. El que las encontrase en lugares poco recomendables, que la conducían a incómodas equivocaciones, no era culpa suya. Sin embargo, Dain pensaba que sí. Él estaba convencido que su sola presencia generaba problemas y que la única manera de ponerle freno era manteniéndola vigilada. Tener a ese hombre cerca no podía ser bueno para la salud, especialmente porque su atractivo, amabilidad y seductora presencia le hacía muy difícil el ignorarle.

Hacerse el héroe no entraba en los planes de **Dain Ratcliffe**, pero cuando vio que maltrataban a una mujer no pudo quedarse cruzado de brazos. Si alguien le hubiese dicho que una buena acción lo mandaría al hospital y terminaría uniéndole a una mujer cuyo segundo nombre era *problemas*, se lo habría pensado dos veces. Pero Faith resultó ser demasiado tímida, cálida y dulce para ser ignorada por su vena protectora, un verdadero imán para el desastre.

ÍNDICE

<u>COPYRIGHT</u>
<u>DEDICATORIA</u>
<u>ARGUMENTO</u>
<u>ÍNDICE</u>
<u>PRÓLOGO</u>
<u>CAPÍTULO 1</u>
<u>CAPÍTULO 2</u>
<u>CAPÍTULO 3</u>
<u>CAPÍTULO 4</u>
<u>CAPÍTULO 5</u>
<u>CAPÍTULO 6</u>
<u>CAPÍTULO 7</u>
<u>CAPÍTULO 8</u>
<u>CAPÍTULO 9</u>
<u>CAPÍTULO 10</u>
<u>CAPÍTULO 11</u>
<u>CAPÍTULO 12</u>
<u>CAPÍTULO 13</u>
<u>CAPÍTULO 14</u>
<u>CAPÍTULO 15</u>
<u>CAPÍTULO 16</u>
<u>CAPÍTULO 17</u>
<u>CAPÍTULO 18</u>
<u>CAPÍTULO 19</u>
<u>CAPÍTULO 20</u>
<u>CAPÍTULO 21</u>
<u>CAPÍTULO 22</u>
<u>CAPÍTULO 23</u>

[CAPÍTULO 24](#)
[CAPÍTULO 25](#)
[CAPÍTULO 26](#)
[CAPÍTULO 27](#)
[CAPÍTULO 28](#)
[CAPÍTULO 29](#)
[CAPÍTULO 30](#)
[CAPÍTULO 31](#)
[CAPÍTULO 32](#)
[CAPÍTULO 33](#)
[CAPÍTULO 34](#)
[CAPÍTULO 35](#)
[CAPÍTULO 36](#)
[CAPÍTULO 37](#)
[CAPÍTULO 38](#)
[CAPÍTULO 39](#)
[CAPÍTULO 40](#)
[CAPÍTULO 41](#)
[CAPÍTULO 42](#)
[CAPÍTULO 43](#)
[CAPÍTULO 44](#)
[CAPÍTULO 45](#)
[CAPÍTULO 46](#)
[CAPÍTULO 47](#)
[CAPÍTULO 48](#)
[CAPÍTULO 49](#)
[CAPÍTULO 50](#)
[CAPÍTULO 51](#)
[CAPÍTULO 52](#)
[CAPÍTULO 53](#)
[CAPÍTULO 54](#)
[CAPÍTULO 55](#)
[CAPÍTULO 56](#)
[CAPÍTULO 57](#)
[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

Él era enorme. Lo mirase desde el lado que lo mirase, era grande. Tenía un par de brazos como troncos y un pecho tan ancho que podría dibujar sobre él un mapamundi. Bueno, eso si se le ocurriese dibujar algo sobre él, pero todo lo que quería Faith Valentine de ese hombre eran respuestas.

—¿Es usted Dainiel Ratcliffe?

Los sagaces ojos azules se posaron sobre ella, ladeó ligeramente la cabeza y la recorrió con insultante lentitud.

—Ese es mi nombre, sí.

Entonces levantó una de las manos enguantadas y se la llevó a la boca, unos perfectos dientes blancos se cerraron sobre el cierre y tiraron de él haciendo que crujiese el velcro. Se lo retiró sin mayor dificultad, dejó el complemento a un lado y se quitó el otro con mayor facilidad.

—¿Puedo hacer algo por usted?

Su voz era ronca, matizada con un acento que remarcaba algunas sílabas. Estaba segura de que, cuando se proponía seducir a alguna mujer, ese era uno de sus mayores atractivos; y no era que él no quitase ya el aliento de por sí. Esos iris azules resaltaban en un rostro de facciones clásicas, las tupidas cejas de un tono más claro que su pelo, junto con la barba que le cubría el bigote y el mentón, aportaban un aire peligroso. Llevaba el pelo

corto y desordenado, ligeramente humedecido por el sudor, unos rebeldes mechones le caían sobre la sien izquierda provocándole unas inexplicables e irritantes ganas de apartárselos.

«*Ni loca*».

—Lo cierto es que sí. —Se obligó a centrarse de nuevo en lo que la había traído hasta allí—. Esperaba que pudiese decirme que ha hecho con Ruth Vera.

Él no se inmutó, se la quedó mirando y respondió con otra pregunta.

—Si tuviese alguna idea de quién es esa Ruth Vera, quizá pudiese hacerlo.

—La mujer con la que lleva saliendo los dos últimos meses.

—Creo que se equivoca, señora.

—Señorita, si no le importa.

Él dejó los guantes que todavía sostenía a un lado y continuó desenrollando las vendas de color amarillo que le rodeaban la muñeca y los dedos. La tarea atrajo su mirada, tenía unos dedos largos, robustos, uno de ellos parecía torcerse ligeramente hacia la derecha, como si se lo hubiese roto y no hubiese soldado bien.

—Me temo que se ha equivocado de persona, *señorita* —replicó de nuevo haciendo un burlón hincapié en su corrección—. No conozco a ninguna Ruth Vera, ni he mantenido relación de ningún tipo con ella durante los últimos dos meses. Ni siquiera antes, que yo recuerde.

—Quizás su foto le refresque la memoria.

Buscó el móvil en el pequeño bolso que llevaba al hombro, lo sacó y abrió rápidamente una de las instantáneas que tenía en la galería.

—¿La recuerda ahora? —Levantó el móvil, enseñándosela.

—No, ni lo más mínimo.

Jesús. ¿Podía un hombre descalzo, vestido con camiseta de tirantes y

pantalón de deporte, ser más intimidante que aquel? Hacía que su metro sesenta y cinco quedase reducido al tamaño de una pulga frente a los casi dos metros que debería medir.

—Y mido uno ochenta y seis.

—¿Qué?

—No llego a los dos metros.

Se quedó callada, sintiendo como la cara empezaba a encenderse. Daba gracias al hecho de que su piel chocolate, bajo la base de maquillaje, no rebelase tan fácilmente su rubor. No podía creer que hubiese dicho aquello en voz alta.

—¿La foto? —La señaló intentando volver las cosas a su cauce.

—No la conozco, no creo haberme cruzado siquiera con ella.

—Pero ella dijo que salía con Dainiel Ratcliffe.

—Puede tratarse de una coincidencia de nombres.

—¿Y qué me dice del club *Blackish*?

—¿Qué hay con él?

No tenía la menor idea, había encontrado ese nombre en una vieja tarjeta entre las cosas de su compañera de piso. En el dorso estaba el nombre de Dainiel Ratcliffe.

—¿No trabajaba allí de gogó?

Había dado por supuesto que debía tratarse de una especie de discoteca o club exclusivo.

—Me temo que se equivoca de nuevo, señorita. —Señaló la pantalla del teléfono—. Esa mujer no ha estado nunca en el *Blackish* y, mucho menos, como bailarina.

Se mordió el labio inferior, miró la pantalla del móvil y de nuevo a él.

—¿Está seguro de que no la conoce?

—Absolutamente.

Sí, parecía tan convencido de sus respuestas que tenía que estar diciendo la verdad.

Abrió la boca para disculparse y dar media vuelta, pero unas risas juveniles aproximándose la interrumpieron. Levantó la cabeza y abrió los ojos de par en par al reconocer a alguno de sus alumnos. Y el reconocimiento fue mutuo.

—¿Señorita Valentine?

—Profe, ¿qué hace usted por aquí?

El hombre se giró hacia los muchachos.

—¿Profe?

Uno de ellos la señaló con un gesto de la barbilla.

—La señorita Valentine da clases en el Collegiate Charter, *sensei*, imparte la materia de literatura —explicó Ramón—, y es también consejera de apoyo.

—Ya veo —declaró él con una especulación que no le pasó por alto.

—Ella fue la que nos instó a venir después de que el Reverendo John asistiese a nuestra clase para dar una charla.

—Y fue muy vehemente en el proceso.

La recorrió con la mirada una vez más y no pudo evitar bajar la suya, no era capaz de enfrentarse con semejante hombre.

«*Ahora sería un buen momento para que te abras bajo mis pies y me tragues, tierra*».

—Yo... em... en realidad ya me iba. —Optó por lo más rápido, salir corriendo—. Gracias por su tiempo, señor Ratcliffe. Muchachos, os veré en clases.

No dio tiempo a que ninguno dijese otra cosa que un rápido adiós, giró sobre sus tacones y se alejó todo lo aprisa que podía sin ponerse a correr.

—¿Qué demonios está pasando?

Su compañera de trabajo y alquiler había desaparecido el viernes de la semana pasada, después de decirle que iba a pasar el fin de semana con su novio, Dainiel Ratcliffe, con el que llevaba saliendo ya dos meses. Ese último mes la había encontrado bastante animada, sonreía más y no dejaba de decirle que pronto le presentaría a su novio. Sin embargo, no volvió a casa el domingo por la noche, como acostumbraba a hacer y el lunes tampoco había aparecido por el colegio. Se había enterado de ello cuando la llamaron para cubrir su clase, al parecer había solicitado unos días por asuntos familiares y contaban con que se incorporase el próximo lunes.

Y aquello había sido lo más extraño de todo pues, hasta dónde ella sabía, la chica no tenía familia.

Después de casi una semana de ausencia y sin noticias, se decidió a entrar en su habitación y hacer algo que no le gustaba, registrar en sus cosas. No le contestaba al teléfono y había perdido la cuenta de la cantidad de mensajes que había dejado. Fue entonces cuando, al mirar en una de las mesillas de noche, encontró su agenda y entre sus notas estaba la tarjeta con el nombre de Dainiel Ratcliffe escrito en el dorso.

Cuando esa misma tarde había pasado a saludar al reverendo John y le habló de sus preocupaciones, el hombre reconoció el nombre al momento. Si bien, había tenido serias dudas sobre que existiese relación alguna entre el voluntario que daba clases en el Gimnasio Chaser y su compañera de piso.

—¿Dónde te has metido, Ruth? —musitó para sí. Intentó llamarla una vez más, pero cómo las veces anteriores saltó el contestador—. Maldita sea. Esto no es normal, se acabó, es hora de dar parte a la policía.

No iba a esperar más, prefería quedar como una tonta cuando ella apareciese mañana por casa que seguir sin noticia alguna.

CAPÍTULO 1

—Y esto es por lo que prefiero el *Blackish* por encima de los demás clubes de la ciudad —comentó Dain echando un fugaz vistazo alrededor—. Si alguien se atreviese a meter alguna droga en el recinto, Fire y Horus limpiarían el suelo con él y luego lo lanzarían por la puerta al primer contenedor que encontrasen.

Damien sonrió de soslayo, le dio un nuevo trago a la cerveza y paseó la mirada por el atestado local. Ninguno de los dos estaba allí para admirar el lugar o sacarle punta, su presencia obedecía a una operación encubierta encabezada por el departamento de Policía de Brooklyn.

—Por no hablar de la limpieza —añadió visiblemente asqueado al pasar un dedo por el borde de la mesa y encontrar suciedad—. Te juro que huele a todo menos a rosas.

No sabía cómo sería otros días, pero hoy se superaba el aforo y con creces. Los aromas de las colonias, el cuero y el sexo se convertían en una mezcla desagradable, lejos de generar el erotismo al que se había acostumbrado.

Sentados en una mesa cerca de la puerta trasera del local, con una visión global de la planta baja y el acceso a la zona VIP, monitoreaban el que, según las fuentes que había obtenido un par de días atrás, sería una de las

grandes recogidas de mercancía de la zona.

Damien y Logan se habían presentado en su lugar de trabajo un mes atrás en busca de colaboración. No era la primera vez que les echaba una mano aportando alguna pista. Era bueno escuchando y, dado que pasaba gran parte del tiempo visitando los suburbios por su profesión, siempre terminaba enterándose de alguna cosa. El que además llevase un tiempo como voluntario en el gimnasio y ayudando a aquellos chicos a dejar atrás la violencia en la que se habían criado y crecían, hacía que muchos de los problemas de los bajos fondos terminasen en la puerta de su aula al inicio o al final de alguna clase.

—No es el mejor club en el que haya estado, la verdad, pero tampoco es el peor, si tenemos en cuenta que es una tapadera para sus actividades ilegales.

—¿Qué clase de tugurios frecuentas?

El detective sonrió de soslayo y volvió a darle un sorbo a su consumición.

—Algunos son bastante interesantes, te sorprendería lo que acabas rescatando de ellos.

Sacudió la cabeza ante las palabras del hombre. No envidiaba en absoluto el trabajo del policía.

—La palabra clave ahí es «rescatar» —chasqueó—. No quiero rescatar a una sumisa, quiero que me sirva.

Su compañero bufó.

—Ahora entiendo porque tienes a Sophie más cabreada que a una mona.

—Kitty se olvida de cuál es su posición demasiado a menudo.

—Horus y tú tenéis un tándem para volverla loca, ¿no?

Sonrió de soslayo.

—Es solo una forma de mantenerla sobre sus propios pies. —Se encogió de hombros—. Y también de cabrear a Horus.

Ahora fue el poli el que se rió.

—Está loco por su sumisa.

—Lo tiene calado hasta los huesos.

—Me alegra que esa polvorilla por fin consiguiese lo que quería.

—Hacen muy buena pareja.

—¿Está hablando tu parte romántica?

—Yo carezco de eso, Damien.

El detective levantó la botella para brindar con él.

—Amén a eso.

Sacudió la cabeza y paseó la mirada por el local.

—Espero que tus amiguitos aparezcan de una buena vez o terminaré la noche con una jodida gastroenteritis.

—Tengo un bote de bicarbonato en el coche si lo necesitas.

Dain se limitó a poner los ojos en blanco, giró sobre su asiento y echó un aburrido vistazo a los cuerpos que se retorcían en la pista de baile al son de la estridente música. Lejos de allí, prácticamente en el área contraria de la habitación, otras parejas disfrutaban de diversas prácticas sexuales y los juguetes dispuestos para ellas.

Arrugó la nariz con gesto de disgusto, había demasiadas cosas allí que no le gustaban, desde el trato de algunos dominantes con sus sumisas a la falta de educación y adiestramiento de estas para con sus amos. Había demasiados collares permanentes alrededor de finas gargantas, un injustificado y no merecido título de propiedad.

«Una sumisa debe ser guiada, cuidada y atesorada, obtener su voluntaria sumisión es lo que te convierte en un buen amo».

Aquel era un consejo que llevaba grabado a fuego, uno ofrecido por la

mano de su mentor. Era curioso que el hombre en quién más había confiado y a quién había querido como a un padre, fuese en realidad el enemigo acérrimo de su progenitor.

«Te alías con el enemigo, él secunda tus vicios y eso es todo lo que tiene importancia para ti. Eres una gran decepción».

Hizo a un lado sus pensamientos y volvió a centrarse en lo que lo había traído hasta allí. Localizó al momento a los dos policías encubiertos que cubrían la sala con ellos, solo un ojo experto y que supiese quienes eran realmente verían que no estaban bebiendo, que sus miradas no se centraban realmente en las mujeres que se exhibían y coqueteaban, a pesar de dar la impresión de estar haciendo exactamente eso.

La zona VIP seguía precintada, un enorme gorila se ocupaba de que nadie que no tuviese un buen par de tetas o una invitación pasase del cordón rojo con el que se cerraba el paso de las escaleras.

Consultó discretamente el reloj, apenas pasaban treinta minutos de la medianoche y, según su informante, la recogida estaba prevista para la una en punto.

—Paciencia, amigo mío, paciencia.

Se abstuvo de bufar o contestar y siguió con su inspección ocular de la zona haciendo una nota mental de pasar el fin de semana por el *Blackish*. Después de esto, necesitaría una buena sesión en el club, a poder ser con una sumisa complaciente y que no le causase problemas.

En el último tramo del recorrido se vio obligado a detenerse y dar marcha atrás. Allí, cercana a la entrada de la zona VIP, reconoció a alguien.

—Conozco a esa mujer.

Damien reaccionó al escuchar el tono de su voz.

—¿Es alguna de tus conquistas?

—No.

—¿Una de tus causas perdidas?

—No.

—Bien, ahora ya has despertado mi curiosidad. ¿Dónde está?

—En el área próxima a la zona VIP.

—No parece muy contenta de estar aquí.

—Me sorprende el hecho de encontrarla aquí siquiera —añadió al momento—. Es una de las docentes del Collegiate Charter. Los chicos dijeron que era su profesora de literatura. Vino a verme al gimnasio a principios de semana.

—Una maestra, vaya, esto se pone interesante —murmuró y se giró hacia él—. ¿Y dices que fue a verte al gimnasio? ¿A ti?

—Se plantó allí, venía buscándome y, a juzgar por su actitud, parecía convencida de que yo tenía que saber sobre el paradero de una mujer, una tal Ruth Vera. —Arrugó la nariz—. Llegó con la equivocada idea de que la chica tenía una relación conmigo desde hacía un par de meses y que yo debería estar al tanto de su paradero.

—¿Y no fue así?

—No tengo la menor idea de quién es esa tal Ruth Vera —negó y añadió—. Pero la profesora hizo mención del *Blackish*, estaba convencida de que su amiga era gogó y que el club era una discoteca o vete tú a saber.

—¿Una gogó? —bufó—. Lo que me faltaba por escuchar.

Asintió contemplativo, entonces sacudió la cabeza diciendo lo evidente.

—Ella no encaja en este ambiente.

A pesar de la baja iluminación podían apreciar lo que era una negativa en toda regla, ya fuera porque ella acababa de pegarle una bofetada al tipo o la forma en que este reaccionó a que le dijese que no. Entrecerró los ojos y examinó el lenguaje corporal de la mujer, estaba lo suficiente tensa como para hacerle saber que esa escena no tenía nada de pactado. No era un juego,

ni una fantasía, era una agresión en toda regla.

Echó un vistazo a Damien cuya atención estaba puesta en la puerta de atrás.

—Están entrando.

Un rápido vistazo en aquella dirección le indicó que efectivamente habían llegado los invitados que esperaban. Dain vaciló, su mirada voló de nuevo a dónde estaba la profesora. Los recién llegados se dirigían a la misma zona.

—Atención, están entrando —murmuró el detective transmitiendo las órdenes a sus subordinados a través del auricular que ambos llevaban—. Que nadie se mueva hasta que yo de la orden. Hay que pillarlos con las manos en la masa, en plena recogida.

Dain no le sacó los ojos de encima a la mujer. Menuda, curvilínea, con una melena negra y una piel chocolate, llevaba un serio vestido oscuro que le daba un aspecto incluso más incongruente para una mujer que visitaba un club erótico.

—Parece una jodida profesora.

—Necesito que te centres, compañero.

Deslizó la mirada hacia los recién llegados, uno de ellos incluso pareció dedicarle un par de palabras al tipo que acompañaba a la mujer antes de seguir su camino. Se quedó con la mirada puesta en ella, su postura era tensa, respondió algo a su indeseado acompañante y este la aferró del brazo.

—Maldita sea.

Se levantó lentamente, intentando no llamar la atención sobre su persona, pero eso no evitó que el poli sisease.

—Y luego dices que no tienes un pelo de romántico en el cuerpo, *Sir Lancelot*.

—Una distracción no viene mal, especialmente cuando parecen un

pelín recelosos.

No era una excusa, sino un hecho. Los recién llegados parecían estar peinando la zona con sumo cuidado, no venían solos y los dos hombres que los acompañaban podían muy bien haber salido de una cárcel rusa a juzgar por su aspecto.

—No hagas que te maten o tendré que dar demasiadas explicaciones a tu hermano.

—Échame la culpa a mí y listo.

Ignoró el resoplido de Damien así como las órdenes que dio a su equipo y se movió a través de la sala sin perder de vista a la estúpida mujer. Porque nadie, con un pequeño gramo de inteligencia, habría hecho algo tan estúpido como pegarle una patada en el tobillo a alguien que le doblaba en tamaño.

—Estúpida.

Apretó los dientes ante la inmediata respuesta del hombre y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no atravesar corriendo la sala, abriéndose paso a empujones, cuando este le giró la cara de una bofetada. La fuerza del impacto la lanzó al suelo haciendo que aquellos que estaban a su alrededor se apartasen sorprendidos.

—¡Zorra estúpida! ¿No entiendes el idioma en el que se te habla o es que quieres probar un poco de lo que le doy a todas?

El rostro femenino se contorsionó por el dolor y el asombro, las lágrimas empezaron a invadirle los ojos y se quedó allí, mirándole asombrada, incapaz de moverse.

—Claro, esto es lo que te pone, es lo que te gusta. Bueno, no se lo diremos a Miguel...

La agresividad en su voz pareció hacerla reaccionar, pues empezó a patalear en el suelo en su afán de escapar de él.

«¡No lo mates! ¡No ha sido culpa suya! ¡Yo tuve la culpa!».

Palabras llegadas del pasado, escuchadas tantas y tantas veces entre las mujeres a las que les había tocado atender en los últimos años de profesión.

—Creo que la señorita acaba de mandarte a la mierda, amigo.

Frenó con una parada seca el puño que iba directo a ella y lo retorció, haciendo retroceder al hombre.

—Y deberías hacerle caso.

—¿Se... señor Ratcliffe?

—¿Quién coño eres tú? ¿Su chulo?

—Respuesta equivocada.

Le retorció el puño que todavía aferraba y lo empujó hacia la puerta trasera, atrayendo la atención de los presentes.

—¿Por qué no solucionamos esto fuera, pedazo de mierda?

Lo lanzó sin miramientos, manteniendo su rabia bajo control, el tipo golpeó la puerta, haciendo que esta se abriese y cayese hacia atrás, dando un par de vueltas por las escaleras hasta terminar en el asfalto.

—¡Hijo de puta! —siseó el caído. Se revolvió como un escorpión y cargó hacia él pero ya lo estaba esperando.

—Movimiento equivocado, imbécil.

Conectó otro golpe seco en la mandíbula y esquivó un torpe intento del tipo por devolvérselo. Podía ser de su estatura e incluso más corpulento, pero estaba claro que solo podía enfrentarse con mujeres indefensas.

—¡Cabrón!

Se lanzó de nuevo a por él, conectó un golpe de manera fortuita pero Dain estaba más que preparado para devolvérsela multiplicada.

—¿Ey? ¿Qué coño estás haciendo, Héctor?

De la puerta a su espalda emergieron entonces dos hombres, a uno de ellos lo reconoció como el portero que había estado haciendo guardia en la zona VIP.

—¿Qué mierda significa esto? —preguntó el otro, echó un rápido vistazo al interior del local y se mesó el pelo—. No me jodas, Héctor, ahora no... Joder, Jason, te dije que no lo dejases entrar, está de mierda hasta las cejas —siseó y se volvió con cara de pocos amigos hacia él, mirando también a la chica—. Acaba con esta mierda antes de que se entere el cabrón de Piper.

Dicho eso dio media vuelta y volvió con gesto frustrado al interior, dejándole en compañía del hijo de puta y el portero, quién decidió que la mejor manera de terminar con aquello era crujiéndose los nudillos.

—Te daré la oportunidad de coger a tu puta e irte ahora.

—No es de él, ¡yo la vi primero!

—Empiezo a cansarme de que se insulte a la dama —chasqueó, comprobando la posición de cada uno.

—Ella no es una dama, es un coñito caliente.

—Mala respuesta —gruñó Dain, giró sobre sí mismo y conectó un rápido golpe con la mandíbula del bastardo. Este trastabilló hacia atrás pero se limitó a reírse. Sí, el imbécil de antes tenía razón, iba de mierda hasta las cejas.

—Joder, pegas como una nena.

—No lo creo —añadió el portero antes de lanzarse también al ataque—. Debiste coger a la chica y largarte.

Bloqueó su ataque y acusó el impacto, ese hombre no solo era una montaña sino que prometía ser igual de dura.

—Claro, tan pronto le enseñe a ese mequetrefe a comportarse con una mujer —gruñó esquivando un nuevo golpe para conectar uno suyo. Este habría sido posiblemente efectivo si el primer hijo de puta no lo hubiese asaltado desde atrás, empujándolo.

—¡Ey! ¡Eso no es justo! ¡Sois dos contra uno!

La voz surgió a su espalda acompañada de algún objeto volador que

salió disparado hacia ellos, distrayéndole y haciendo que olvidase por un segundo el repentino agujonazo que notó en el costado. Sin embargo, el proyectil no distrajo a la montaña, quién no dudó en golpearle de nuevo, haciéndolo retroceder.

—Ya me he cansado —siseó. Esquivó al hombre y le golpeó con facilidad, conectando dos movimientos que lo enviaron al momento contra los contenedores.

—Pedazo de mierda... —resolló el tipo, intentando recomponerse y volver a ponerse en pie.

—Quédate ahí quietecito, ¿vale?

Esperando que obedeciese y manteniendo al mismo tiempo un ojo en él, se giró lo justo para verla a ella, de pie, con el zapato que le quedaba pegado al pecho.

—¿Eso era un zapato? ¿En serio?

Separó los labios como si quisiese decir algo, pero sus ojos se abrieron de golpe y extendió un brazo apuntándole.

—¡Dainiel!

Su grito fue suficiente advertencia para captar por el rabillo del ojo al imbécil que la había golpeado y que parecía decidido a morder el polvo también. Aguantó su impacto, apretó los dientes al sentir una repentina punzada que lo atravesó como un latigazo y se deshizo de él. No pensó, solo reaccionó, empujó la base de la palma rompiéndole la nariz, lo sujetó y le propinó otro golpe que el yonqui esquivó a duras penas.

—Hijo de puta —siseó, la rabia surgió por sí sola, difícil de aplacar.

El tipo se limitó a reírse, con la sangre manándole de la nariz, manchándole la boca y la barbilla, estaba totalmente ido, bajo el efecto de alguna droga que inhibía el dolor. Pero eso no le impidió volver a levantarse y lanzarse a por él en el mismo instante en que el gorila volvía también al

ruedo, lanzándose ambos contra él.

Esquivó a uno y giró para hacerle frente al otro cuando el pandemónium estalló en forma de disparos en el interior del edificio. El gorila se detuvo en seco mientras que el imbécil frenaba contra él, obteniendo una respuesta defensiva inmediata que lo mandó un par de metros hacia atrás.

—¿Qué mierda...?

Pronto la puerta ante la que estaban empezó a llenarse de gente que quería salir, las sirenas de policía ulularon en plena noche y las luces crearon sombras azules y rojas en los edificios colindantes.

—¡La policía! ¡Es una redada!

El tipo que había salido acompañando al portero emergió ahora entre gritos, empujando a la gente a su paso, saltando por encima de ellos en su afán por escapar del infierno desatado en el club. Las sirenas de los coches patrulla irrumpieron en la noche, cada vez más cerca, haciendo que todo el frenetismo se incrementase a su alrededor. Alguien lo empujó mientras el portero le echaba un último vistazo y decidía que le convenía más salir corriendo.

—Joder, joder, joder... la poli... oh... mierda, la poli...

Echó un fugaz vistazo al imbécil que se reía al decirlo, en un instante estaba tirado en el suelo y al siguiente seguía a la desbandada de ratas que huían del fuego.

Se volvió y buscó a la chica, la cual seguía aferrando su zapato, tensa y quieta como una estatua, su mirada fija en el área de sus caderas.

—¿Ves algo que te interese?

Sus palabras hicieron que diese un pequeño saltito, levantó la mirada y lo señaló con el índice.

—Estás... sangrando.

Las palabras se filtraron en su mente con una lentitud que no era

normal.

—¿Qué?

Su dedo índice señaló hacia abajo, hacia su estómago.

—Creo que la culpa la tiene eso.

Bajó la mirada, pero el movimiento lo mareó y perdió el equilibrio, aterrizando sobre una rodilla y una mano.

—Cuidado —Esa pequeñas manos estuvieron sobre su cuerpo al momento y lo ayudaron a sentarse y prácticamente recostarse en el suelo—. Mierda, hay mucha sangre.

La miró en busca de la fuente de ello.

—¿Estás herida?

Parpadeó como un búho y se inclinó sobre él.

—No soy yo, imbécil, eres tú.

—¿Acabas de llamarme imbécil?

La vio abrir la boca para decir algo pero no llegó a escuchar bien lo que decía, entre el ruido de las sirenas y su repentino cansancio.

—¿Qué...?

—Oh, joder. —Creyó entender que formulaban sus labios—. No se te ocurra morirte sobre mí. Maldita sea, ay Dios, esto no puede estar pasando... Espera... tiéndete, así, no te muevas, voy a llamar a una ambulancia, ¿vale?

¿Una ambulancia? ¿Para qué? ¿Para quién?

La vista empezó a fallarle, las náuseas surgieron al momento y con ellas la debilidad se hizo mayor al punto de terminar cediendo contra ella.

—No, no, no... ni se te ocurra. —Escuchó su voz—. ¿Dónde está mi bolso? Oh mierda, mierda, mierda... —Giró la cabeza de un lado a otro haciendo volar la melena negra—. ¡Ayuda! ¡Por favor, que alguien me ayude! ¡Pedid una ambulancia!

Sacudió la cabeza, se sentía débil, dolorido, pero no terminaba de

comprender el motivo.

—¿Qué... porqué estoy en el suelo? —Intentó levantarse pero la diminuta mujer plantó las manos sobre sus hombros y se acercó a su rostro. Olía... a canela.

—No.Te.Muevas. —Vio que gesticulaban sus labios—. Te han apuñalado.

¿Apuñalado?

—No, estás equivocada...

—Claro y eso que sale de tu estómago es un bastón de caramelo.

Siguió su mirada y, sobresaliendo de su vientre se encontró con la empuñadura de una navaja.

—Vaya mierda de noche —farfulló, hizo una mueca y, se quedó quieto allí tendido—. Tenía que haberme quedado en casa.

—Sí, ya somos dos —declaró ella, al tiempo que buscaba a su alrededor—. ¡Una ambulancia! ¿Es que nadie me oye?

Se estaba poniendo nerviosa, mordiéndose el labio inferior mientras dudaba entre levantarse y pedir ayuda o permanecer a su lado para que nadie le pasase por encima.

—No te muevas, ¿vale? —creyó escuchar que decía, pero ya solo la veía mover los labios, su imagen empezaba a hacerse borrosa y delante de los ojos solo veía chispitas—. Todo va a salir bien, te conseguiré ayuda...

No pensaba moverse, no señor, no iba a irse a ningún lado, pensó antes de que la oscuridad viniese a buscarlo dejándolo inconsciente.

CAPÍTULO 2

Faith se quedó sin respiración al ver que él cerraba los ojos y no respondía a su llamada.

—¿Señor Ratcliffe? ¿Dainiel?

Le dio unos golpecitos en la cara pero sabía que de poco servían, especialmente cuando tenía una jodida navaja clavada en el abdomen.

¿Cómo diablos había sucedido algo así? ¿En qué momento se habían torcido tanto las cosas? Debería haberse ido cuando se lo dijeron, no tenía que haberle pegado una patada a ese idiota, pero ahora ya era demasiado tarde y alguien había sido apuñalado por ello.

—Oh, por favor, no me hagas esto.

Miró a su alrededor con urgencia, no sabía que había pasado, porque estaba allí la policía, pero sin duda aquello tenía toda la pinta de ser una redada y ella había terminado en medio.

—¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Necesito una ambulancia! —gritó, intentando hacerse oír por encima del jaleo.

La gente había salido corriendo del local y continuó haciéndolo calle abajo, como si quisieran evitar ser identificados o terminar pasando la noche en el calabozo.

—Ay Dios, esto no puede sentarle bien a mi currículum —gimió dándose cuenta del problema en el que se había metido.

¿En qué estúpido universo paralelo era una buena idea el adentrarse en ese club erótico y preguntar si alguien conocía a la mujer de la foto de su móvil? De todas las descabelladas ideas que se le habían pasado por la cabeza esa semana, esta se llevaba el Oscar.

—...el derecho de hablar con un abogado y que él esté presente durante

el interrogatorio —Oyó a su espalda—. Si no puede pagar un abogado, se le asignará uno de oficio. ¿Le han quedado claros los derechos previamente mencionados?

Se giró para ver a un par de policías uniformados escoltando cada uno a un hombre esposado, tras ellos salían tres individuos más, que suponía eran también agentes pero vestían de paisano.

—Sí, llévenlos a comisaría y que los interroguen —comentó uno de ellos—. ¿Alguien ha visto a Ratcliffe?

El apellido sonó como campanillas en su mente. Se levantó de golpe y agitó los brazos como si le fuese la vida en ello.

—¡Aquí! ¡El señor Ratcliffe está aquí! —Llamó la atención del agente, señalando hacia el suelo—. ¡Le han apuñalado!

Unos ojos verdes se clavaron al momento en ella, algo parecido al reconocimiento pasó por su rostro un instante antes de que empezase a caminar hacia ella.

—¿Qué estás...?

Señaló una vez más el punto a sus pies y volvió a arrodillarse junto a él.

—Llame a una ambulancia, por favor, llame a una maldita ambulancia.

—Jesús —exclamó nada más ver lo que ocurría y echó mano a la radio—. Soy el detective Knight, tengo un 10-38 en el 33 de Michael Griffith Street, necesito una ambulancia urgentemente. Herido de arma blanca.

Dejando el transmisor a un lado se agachó al lado del hombre, le tomó el pulso carotideo y dejó escapar un breve suspiro de alivio. Se quitó la chaqueta y se la puso sobre el pecho.

—¿Qué ha pasado?

Sus ojos se clavaron en ella con firmeza.

—Le... le apuñalaron. —Señaló lo evidente—. No... no sé cuándo fue. Él se estaba enfrentando a un idiota y entonces apareció el portero del club,

eran dos contra uno pero lo manejó bien hasta que... pasó esto.

—Maldita sea, Dain, quédate conmigo, bastardo —siseó al tiempo que miraba la herida de su amigo—. Joder, esto no tiene buena pinta.

No, era imposible que lo tuviese con el mango de una navaja sobresaliéndole de un lado del estómago.

—¿Tú estás bien? ¿Te han herido?

Sacudió la cabeza al momento y volvió a mirar al herido.

—Está sangrando mucho...

Él asintió y empezó a palparlo con mucho cuidado.

—Toda esa sangre no puede venir solo de esa herida.

Lo vio recorrer el cuerpo del hombre inconsciente al tiempo que lo reseguía con las manos.

—¿Sabe lo que está haciendo?

Él levantó la cabeza lo justo para dedicarle una breve mirada que lo decía todo.

—No preguntaré nada más.

Su respuesta fue girarse y llamar a voz en grito.

—¿Dónde coño está esa maldita ambulancia?

Faith sabía que apenas habían pasado unos momentos desde que la había pedido, por muy rápida que esta fuese, no estaría allí antes de uno cuantos minutos.

—¡Viene en camino, señor! —Anunció alguien entre su gente.

—No puedo sacar ese cuchillo, no sabemos si ha tocado algún órgano o está taponando la herida para que no sangre más. —Se arrastró por el suelo, palpando con las manos, ajeno a todo lo demás—. Pero esto no puede venir de ahí. Ayúdame, tengo que girarlo.

Con un sobresalto se incorporó sobre las rodillas dispuesta a ayudar, pero sin saber qué hacer.

—Sujétale por aquí —le mostró dónde poner las manos—. Será solo un momentito, ¿lista?

Posicionó las manos en ambos sitios y asintió.

—Allá vamos.

¡Jesús! ¡Era un peso muerto! ¡Un peso muy grande!

—Mierda —escuchó el siseo del policía antes de que volviese a dejarle en su posición original—. Le apuñalaron también por la espalda.

—¿Qué clase de malnacido ataca por la espalda? —jadeó ella—. El muy cobarde. Tenía que haberle lanzado el otro zapato.

Por segunda vez, aquella noche, el sonido de las sirenas volvió a resonar en aquella parte de Brooklyn.

—La ambulancia —Jadeó, incorporándose de nuevo sobre las rodillas.

—¡La ambulancia está entrando, jefe!

—¡Trae a los sanitarios! —Gritó de nuevo el detective, entonces se inclinó sobre su compañero—. Aguanta un poco, Dain. Pronto estarás en el hospital. Ni se te ocurra joderme la noche, no quiero tener que explicarle a Lucien que te han apuñalado por hacerte el héroe, ¿entendido? Si te pasa algo, tu hermano me corta las pelotas y me las hace comer.

Y aquello era sin duda una descripción bastante gráfica de una amenaza masculina, pensó ella.

Conducidos por uno de los agentes, los sanitarios aparecieron poco después desde el callejón trayendo una camilla de palas y el maletín médico.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta del sanitario la irritó. ¿Es que no tenían ojos en la cara?

—¿En serio? ¿Es que no ve el mango de la navaja saliendo de su abdomen?

—Tranquilícese, señora, nosotros nos ocuparemos de él.

Abrió la boca para decirle lo que podía hacer con ese condescendiente

«señora» pero la voz del detective la detuvo.

—Es posible que le hayan apuñalado también por la espalda al menos una vez. No he llegado a ver la herida, pero dada la cantidad de sangre, ha tenido que ser profunda.

Ellos se limitaron a asentir, estabilizaron la condición del herido y lo pasaron a la camilla, listos para salir pitando para el hospital.

—Lo llevamos al Kings County Hospital.

—De acuerdo —aceptó el hombre, poniéndose en pie, entonces le tocó brevemente el hombro—. Buen trabajo, mascota.

Levantó la cabeza para encontrarse con su mirada antes de que pasase por delante de ella y empezase a impartir órdenes a sus subordinados.

«¿Acaba de llamarme mascota?».

—Carradine, estás al mando —remató y se volvió hacia ella—. Vamos. Será mejor que te miren a ti también eso. Necesitarás el informe para presentar una denuncia por agresión contra el gilipollas que te golpeó.

Parpadeó como si fuese un búho, su mente tenía más dificultades que de costumbre para hilar los pensamientos.

—¿Qué?

La respuesta de aquella segunda montaña humana —¿tenían que ser todos los hombres tan grandes?— fue posar la palma de la mano contra su mejilla y al momento el dolor estalló atravesándole el rostro.

—Oh, joder.

—Hijo de puta.

Su exabrupto quedó en un segundo plano ante el dolor que volvía a arderle en ese lado de la cara.

—Vamos, tendrán que hacerte una placa, no estoy seguro de que no te haya fracturado o fisurado el pómulo.

Miró a su alrededor, la policía hablaba con algunos de los que se habían

quedado rezagados o directamente los esposaban, el caos que se había desatado momentos antes se había extinguido al igual que la adrenalina que la había mantenido en pie hasta el momento.

—Um, ¿le importaría cogerme?

—¿Qué?

—Creo que voy a desmayarme.

Y fue lo que hizo. No sabía si él la había cogido o se había dado un porrazo contra el suelo porque su cerebro eligió ese mismo instante para desconectar por completo.

Sí, había sido una muy mala idea hacer caso omiso de lo que le había dicho la policía y salir a buscar a su amiga por su propia cuenta.

CAPÍTULO 3

Faith intentaba comprender por qué seguía allí, sentada en esa butaca, contemplando la cama en la que descansaba ese hombre. Dain Ratcliffe había resultado ser un enorme problema, uno que no había ni pedido ni buscado y que, sin embargo, había encontrado.

Sus acciones eran las que le impedían levantarse e irse, eso y que el policía que la había traído, el detective Damien Knight, la hubiese dejado allí después de que los médicos la hubiesen examinado y le administrasen suficientes calmantes como para tumbar a un elefante.

Afortunadamente no tenía nada roto, aunque la hinchazón en la zona del pómulo y la mejilla tardaría bastante en bajar, por no hablar de que empezaba a adivinarse ya un moratón del tamaño de Manhattan.

Dejó escapar un pequeño suspiro, se levantó y, tras comprobar que podía caminar en línea recta, se acercó a la cama. Él estaba pálido, sabía que había pasado un momento difícil en el quirófano y que habían tenido que hacerle una transfusión, pero estaba vivo, eso ya era todo un alivio.

—Lo siento, lo siento mucho, todo esto ha pasado por mi culpa — musitó.

Deslizó los dedos por la frente, barriendo el pelo oscuro de su rostro en reposo y comparó mentalmente lo que cambiaba su expresión durante el

sueño. Sus facciones se suavizaban, hacían que perdiese un poco ese tono de dureza y peligrosidad, pero seguía manteniendo un arrollador atractivo.

Comprobó el goteo del suero, el antibiótico estaba a punto de terminarse. Manipuló la vía para acelerar el proceso y cerrarla finalmente, alisó la sábana y se retiró lentamente. Ahora era cuando empezaba a dolerle todo, cuando cobraba conciencia de la estupidez que había cometido al visitar aquel lugar en busca de alguna posible respuesta.

Se sentó e hizo una mueca al sentir un tirón en el rostro, los calmantes habían hecho su trabajo, no obstante, no eran duchos en milagros; el entumecimiento y las molestias seguían presentes.

Cogió su bolso, abrazándose al gastado cuero y aspiró el conocido aroma de su colonia en él. Había podido recuperarlo del vestidor del club antes de que el detective Knight la metiese en su coche y la trajese al hospital a la velocidad de la luz; ese hombre era un peligro al volante.

—Quiero irme a casa —murmuró para sí, echó un nuevo vistazo al paciente que ocupaba aquella habitación y sacudió la cabeza—. Pero no te dejaré aquí hasta saber que vas a ponerte bien.

Es lo mínimo que podía hacer, especialmente cuando había evitado que ese individuo hiciese algo más que abofetearla. Se estremeció ante la perspectiva, acurrucándose aún más en la silla y obligándose a hacer a un lado esos fatídicos pensamientos.

—Por otro lado, no hay nadie en casa y no me apetece quedarme sola, no esta noche.

Suspiró de nuevo, cansada y vapuleada por los acontecimientos, cerró los ojos tan solo un momento y volvió a abrirlos al escuchar a alguien alzando la voz.

—...no, lo que quiero saber es dónde coño estaba Dain para recibir una puñalada, Damien. Joder. Os lo he dicho a Logan y a ti infinidad de veces, el

que se mete en la mierda hasta las orejas soy yo, no él.

Un nuevo coloso apareció por la puerta, con el pelo más largo y de un rubio blanquecino en contraste con las oscuras cejas, era prácticamente un clon del convaleciente. La ausencia de barba le daba, sin embargo, un aspecto más juvenil, menos tosco, pero la fisionomía, el color azul de sus ojos y esa terca mandíbula eran iguales a las de él.

—¿Piensas que Dain se iba a quedar de brazos cruzados después de dar con toda la información? —replicó el detective con obvio sarcasmo—. Como si no le conocieses.

—Precisamente, porque lo conozco, es que deberías haberlo encerrado en una celda hasta que terminases con esa puñetera redada —concluyó y fue directo a la cama de hospital. Su rostro mudó al ver al ocupante, la rabia contenida que había endurecido su rostro dio paso a la preocupación—. Maldita sea, ¿por qué insistes en meterte en estas mierdas?

Masculló algo en voz baja y se giró con intención de seguir discutiendo, pero se topó con ella.

—¿Quién coño eres tú?

La brusquedad en su voz la sobresaltó. En un abrir y cerrar de ojos se puso en pie, aferrando el bolso, lista para huir de la rabia que destilaban sus ojos.

—Ey, ey, tranquila. —La detuvo Damien, prácticamente parándola con su propio cuerpo—. Este gilipollas es inofensivo.

Lo miró y no pudo evitar que su rostro transmitiese su absoluta falta de confianza en esas palabras.

—¿Te han golpeado?

Su brusquedad inicial dio paso a una autoimpuesta calma, esos ojos azules se clavaron en ella con tal intensidad que se vio atrapada, incapaz de moverse.

—Faith Valentine, te presento a Lucien Ratcliffe, quién, cómo habrás adivinado, es el hermano del convaleciente —añadió el detective, sus manos se movieron por sus brazos de forma pausada, transmitiéndole calma y seguridad—. La señorita Valentine fue la que atendió al héroe y lo atendió hasta que pudo llamar mi atención. Fue víctima de una agresión, por suerte, Dain hizo que la cosa no pasase a mayores.

—Me cuesta creerlo cuando está tumbado en una cama y con dos cuchilladas en el cuerpo.

No pudo evitar sentirse culpable ante esas palabras, bajó la cabeza y susurró una disculpa.

—Le apuñalaron por mi culpa, lo siento mucho.

El hombre soltó un exabrupto, se pasó la mano por el pelo, desordenándolo y, acto seguido, se encontró engullida en un abrazo que olía a madreSelva.

Jesús, Jesús, Jesús.

—Tú no tienes la culpa de que aquí, el héroe, sea gilipollas de nacimiento.

El pecho masculino parecía vibrar con cada una de sus palabras y ella estaba tan azorada por el inesperado acto que no podía ni moverse.

—Esto... um... ¿Podría, por favor, soltarme?

La petición le salió como un hilillo de voz, pero surtió efecto, ya que aflojó su abrazo y dio un paso atrás. Cuando se atrevió a mirarle de su rostro ya había desaparecido todo rastro de rabia.

—¿Algo roto? —La pregunta no iba para ella.

—No, afortunadamente no le ha fracturado el pómulo.

—¿Habéis cogido al hijo de puta que lo hizo?

—Se han producido bastantes arrestos durante la redada, hemos detenido a los dos principales cabecillas y desmantelado el laboratorio que se

encargaba de elaborar la droga que se distribuía principalmente en el barrio y que también se exportaba. La señorita Valentine nos ha dado, además, una descripción de su agresor y, si no lo tenemos, lo encontraremos.

Y a juzgar por el tono de voz empleado por el policía, al imbécil que la había atacado no iba a irle nada bien cuando lo hicieran.

—Quiero esa declaración.

—Lucien...

Lo ignoró y se volvió de nuevo hacia ella.

—¿Qué hacía alguien como tú en unantro como aquel?

La pregunta la cogió por sorpresa, no porque no la hubiese escuchado ya hasta la saciedad, sino por el tono de preocupación presente en su voz.

—No es algo que sea de su incumbencia.

La manera en que se cruzó de brazos y esperó le dijo sin necesidad de palabras que aquella no era la respuesta que quería y esperaría hasta que se la diese.

Se lamió los labios y tragó, ¿de dónde diablos habían salido esos hombres? No solo eran intimidantes, eran capaces de sacarle hasta la talla de sujetador con tan solo el tono de su voz.

—Inténtalo otra vez, mascota.

—No soy una mascota, le agradecería, se los agradecería a ambos, que dejasen de llamarme así.

El rubio miró al policía quién se limitó a encogerse de hombros.

—Insisto en obtener una respuesta a mi pregunta, señorita Valentine.

La manera en que pronunció su apellido casi la hizo desear que siguiese llamándola mascota.

—Responde, pequeña.

¿Pequeña? ¿En serio?

—Yo... buscaba a alguien... y no la encontré.

—¿Una mujer?

Asintió y dejó escapar un cansado suspiro.

—Ya se lo he explicado al detective Knight, puse una denuncia por desaparición y no han hecho absolutamente nada.

—¿Quién ha desaparecido?

—Su compañera de piso —añadió Damien—. Según tengo entendido, la señorita Valentine se presentó en el gimnasio Chaser buscando a Dain, pensaba que él tenía un *affaire* con la señorita Ruth Vera.

—¿Ruth Vera?

La familiaridad con la que pronunció su nombre hizo que levantase la cabeza y lo mirase.

—¿La conoce? —Se animó y echó mano al momento de su bolso, buscando en su interior el teléfono—. Ella es...

—De más o menos tu estatura, rubia platino, y unas curvas generosas.

—Sí, sí, tengo una foto...

—No es necesaria.

Su rostro se endureció ligeramente, evitó su mirada y se volvió a Damien, solo tuvo que hacer un gesto para provocar una reacción inmediata en el hombre.

—¿Qué? ¿Por qué dice eso? —No pudo evitar que su voz sonase temblorosa—. Ella lleva desaparecida desde el viernes de la semana pasada, me dijo que iba a pasar el fin de semana con Dainiel Ratcliffe, pero en el trabajo dijo que tenía un familiar enfermo, pero no es cierto... —Parloteó sin parar, manipulando con creciente nerviosismo el teléfono en busca de la foto—. Me dijo que llevaba dos meses saliendo con él, pero el señor Ratcliffe aseguró no conocerla, entonces yo...

—¿Recuerdas que prendas llevaba puestas la última vez que la viste?

La pregunta la tomó por sorpresa, pero asintió.

—Lo dije en mi declaración. Iba bastante maquillada, llevaba un ajustado vestido rojo, bléiser negro, botas negras por encima de la rodilla. Y también llevaba un colgante en forma de mariposa en el cuello.

Le tendió el teléfono.

—Aquí está, esta es Ruth.

Los ojos azules le dedicaron apenas un segundo de su atención a la imagen, entonces le dio la espalda y posó la mano sobre el hombro del policía. Al momento este soltó algo así como un exabrupto y la miró.

—No te muevas de aquí.

Parpadeó ante el acerado tono del policía y se quedó completamente inmóvil, con el teléfono en las manos.

—Pero...

Ni siquiera tuvo tiempo a formular pregunta alguna pues la puerta se cerró detrás de ellos.

CAPÍTULO 4

—Ruth Vera está muerta.

Lucien no se anduvo con rodeos a la hora de dar la noticia. El poli estaba más que acostumbrado a encontrarse día sí y día también con noticias fatídicas.

—¿Y lo sabes porque...?

—Porque yo fui quién la encontró esta misma mañana en una jodida habitación del hotel Caledonia, con restos de cocaína sobre la mesilla, con los ojos abiertos mirando a la nada y su cuerpo atravesado en el centro de la cama.

—¿Sobredosis?

—No había nada que me hiciese pensar en otra cosa —chasquéo la lengua—. Y sin embargo, no daba el perfil de una drogadicta, ni siquiera creo que fuese una consumidora ocasional.

—¿Estás seguro de que es la misma mujer a la que ha hecho alusión la señorita Valentine?

—El bolso estaba tirado a un lado de la cama y sus pertenencias esparcidas por el suelo —aseguró sacudiendo la cabeza—. Y no se trata solo de eso, la vi en el *Blackish*.

—¿Era sumisa?

—Eso parece. —Sacudió la cabeza—. **La recuerdo especialmente porque fue el motivo de un encontronazo entre dos Doms.**

—¿Dain era uno de esos dos?

—No. Esa noche, se ocupaba de la mazmorra y tuvo que ayudar a uno de los novatos a desenganchar a una pobre gatita a la que había atado a la red —sacudió la cabeza—. Tuvieron que cortar la dichosa cosa para poder bajar a la chica. Y menudos pulmones tenía el angelito, le llamó de todo menos guapo a su compañero de sesión y no contenta con ello, la emprendió con el vigilante de la mazmorra.

—¿Cómo es posible que alguien que tiene un trabajo estable y plaza como maestra en un instituto público termine muerta por sobredosis en la habitación de un hotel?

—Del mismo modo que alguien que trabaja como caza recompensas para el Estado, sirve copas en un club erótico los fines de semana y se hace cargo del adiestramiento de algunas sumisas —le soltó retratándose a sí mismo—. Nunca sabes qué clase de vida puede llevar la persona que tienes delante hasta que la conoces a fondo. E incluso entonces, hay veces que ni siquiera sabes toda la verdad.

El policía echó un vistazo en dirección a la puerta cerrada al otro lado del pasillo y sacudió la cabeza.

—Esa chica se presentó ante Dain para increparle y preguntarle que había hecho con su compañera de piso hace una semana —resumió Damien—. Y como ese camino no la llevó a ningún sitio, puso una denuncia por desaparición y, según ella, no movieron un dedo. Esto la llevó a visitar ese antro con la esperanza de obtener alguna pista sobre su paradero.

—¿Cómo es posible que alguien con el aspecto de ese cervatillo llegue siquiera a saber de la existencia de un club así?

—Dijo haber encontrado la dirección del lugar entre las pertenencias de

su compañera, creyó que alguien allí podría darle alguna pista sobre su paradero. —Sacudió la cabeza—. Dain la reconoció de su previa visita y cuando vio que estaba en problemas...

—No me digas más, *Sir Lancelot* al rescate.

—Cualquiera de nosotros habría hecho lo mismo.

—Yo la habría sacado de allí cagando leches solo para ponerla a continuación sobre mis rodillas y calentarle el culo por meterse en un lugar como ese sin invitación.

—No creo que le queden ganas de repetir, no después de lo que le han hecho —añadió Damien—. Por no hablar de que se siente profundamente culpable por lo ocurrido al héroe.

—He podido constatarlo por mí mismo.

—Es una gatita bastante tímida.

—¿Sumisa?

El detective enarcó una ceja ante su apreciación.

—Ni siquiera creo que sepa lo que significa la palabra sumisión a pesar de llevarla impresa en la frente.

—Reacciona de manera natural...

—Posiblemente esté acostumbrada a que alguien más tome las decisiones por ella.

—¿Por qué estamos psicoanalizando a una potencial sumisa?

—Porque es más sencillo que volver ahí dentro y decirle que la mujer a la que busca está muerta.

—Vaya noche de mierda —masculló y se pasó la mano por el pelo, desordenándolo—. Odio esta parte del trabajo.

Una que, por regla general, dejaba en manos de la policía. Damien o incluso Logan estaban acostumbrados a lidiar con esa parte de sus profesiones, su trabajo era localizar a la persona en cuestión y entregarla,

preferiblemente viva, a la autoridad correspondiente.

—¿A dónde ha sido trasladado el cuerpo?

—Al Brookdale. Iban a hacerle la autopsia por la tarde. —Se apartó la manga de la chaqueta y echó un vistazo al reloj—. A estas alturas ya deberían tener los resultados aunque no sé si responderán hasta mañana.

—Llamaré para informarme y...

—¿Está muerta?

La inesperada pregunta llegó desde algún punto del pasillo, se giraron al unísono y allí estaba ella. Unos ojos marrones se clavaron en él, su expresión era serena, como si no le preocupase lo más mínimo la respuesta. Pero su lenguaje corporal decía algo completamente distinto, la tensión era palpable y la forma en la que apretaba las manos en sendos puños contra las caderas hablaba por sí sola.

—Ruth —Pronunció ahora su nombre, como si no quisiese que hubiese duda alguna acerca de lo que estaba preguntando—. ¿Está muerta?

—Señorita Valentine. —Damien se adelantó, conocía el protocolo para aquellos casos y sin duda llevaría el asunto con mucho más tacto. Pero ella lo eludió y caminó hacia él, deteniéndose a un par de pasos.

—¿Lo está?

Asintió lentamente antes de confirmarlo con sus palabras.

—Lo siento.

Ella bajó la mirada poco a poco, movió la cabeza de manera espasmódica, hizo una pequeña mueca y dio un paso atrás.

—Faith.

Les dio la espalda a ambos y empezó a alejarse, pero no llegó a dar ni tres pasos cuando se tambaleó, apoyándose de golpe contra la pared, rodeándose el estómago con el brazo mientras dejaba escapar un bajo quejido que sonó como un «*oh Dios mío*».

Lucien dio un paso adelante, sintiendo la inmediata compulsión de darle consuelo, pero Damien se había adelantado ya, cogiéndola en sus brazos, sofocando los sollozos contra su pecho. Le echó un fugaz vistazo por encima de la cabeza de ella y asintió.

Él se ocuparía de la mujer y de todo lo que hiciese falta con relación a ese caso a partir de ese momento.

Dejándolos a ambos en el pasillo, Lucien volvió a la habitación de su hermano, estaba decidido a sacarle la mierda de encima a gritos en cuanto despertase.

CAPÍTULO 5

—Vaya, el bello durmiente por fin ha despertado.

—Mierda. O estoy en el infierno o sigo vivo y tú has venido al puto hospital.

—En cuanto termine contigo desearás que sea lo primero.

Dain esbozó una irónica sonrisa, pero era todo lo que podía hacer al respecto. Se había despertado apenas unos minutos antes para encontrarse a su doble malvado sentado en una silla cerca de su cama, como si fuese un moribundo y quisiese darle el último adiós.

—¿Qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas, *Sir Lancelot*?

—Si lo recordase, no perdería el tiempo preguntándotelo a ti, capullo.

Lucien chasqueó la lengua y se inclinó sobre él.

—Te apuñalaron, dos veces debo añadir.

La mención de la puñalada lo llevó a bajar la mirada, la sábana cubría ahora su estómago pero la imagen de un mango sobresaliendo de él pasó por su mente.

—Mierda.

—Sí, hasta las orejas.

Cerró los ojos y se tomó unos instantes para rebobinar y juntar las piezas que venían con la imagen del apuñalamiento. Una operación de la policía, los individuos que esperaban haciendo acto de presencia en el local y una mujer.

—¿Dónde está ella?

—Si por *ella* te refieres a la morenita que te ha salvado el culo, está fuera, en el pasillo, moqueando sobre Damien.

Arrugó la nariz ante las incomprensibles palabras de su gemelo. Seis minutos mayor que él, Lucien era el gemelo bueno, o eso pensaba todo el mundo. Su carácter mucho más afable y desenfadado se granjeaba la confianza de aquellos con los que interactuaba, la lealtad con la que se regía hacía de él un hombre íntegro y un amigo con el que todos podían contar, pero todo aquello no era más que una fachada, una que ambos llevaban practicando desde niños y que había hecho quedar como tontos más de una vez a la gente que los rodeaba.

Pocos sabían que el mayor de los Ratcliffe se dedicaba en realidad a la búsqueda y captura de fugitivos de la ley, como caza recompensas, solía pasar gran parte del tiempo viajando de un estado a otro y no había sido hasta hacía relativamente poco tiempo que había decidido establecerse en Nueva York, para estar cerca de él.

Ser el hermano menor era a menudo una lata, serlo de su gemelo, era

una pesadilla, especialmente cuando se le metía entre ceja y ceja que él era quién tenía la razón.

—¿Está bien?

—Todo lo bien que puede estar alguien después de enterarse que su compañera de piso ha sido encontrada fiambre.

—¿Cómo?

—No se te ocurra mover un músculo, Dainiel, o te ato a la cama con mi mejor combinación de *Shibari*.

Puso los ojos en blanco al escuchar su nombre propio.

—Me gustaría verte intentarlo.

—No me pongas a prueba, chico, no me pongas a prueba.

Sacudió la cabeza y señaló lo que le interesaba.

—Explícate, ¿qué ha ocurrido con esa chica... em...?

—Ruth Vera.

Sí, ese era el nombre que le había dado ella cuando visitó el gimnasio buscándole a él.

—A primera vista, todo lleva a la conclusión de que se lo estaba pasando bien y se le fue la mano con las drogas.

Le hizo un rápido resumen de lo que había ocurrido, cómo había llegado al hotel buscando a otra persona y, al avanzar por el pasillo de la planta se había encontrado con un zapato de mujer en medio del pasillo y la puerta de una habitación abierta. Su innato olfato para detectar problemas lo había llevado a entrar solo para encontrarse con una mujer difunta sobre la cama y los restos de cocaína sobre la mesilla de noche.

—¿La pregunta que todavía queda en el aire es si se lo estaba pasando bien sola o había alguien más? —chasqueó—. ¿Recuerdas el incidente de la mazmorra de hace un par de meses en el que tuviste que cortar las cuerdas de la red para ayudar a bajar a esa *banshie*?

—Mis oídos todavía sufren con el recuerdo.

—Esa noche hubo un altercado con una sumisa, lo recuerdo porque yo y Blake tuvimos que sacar al imbécil. Juraría que la chica que se vio envuelta era Ruth Vera.

Parpadeó sorprendido por la relación de acontecimientos, arrugó la nariz e hizo una mueca ante un movimiento involuntario.

—Faith Valentine, apareció hace algunos días en el gimnasio preguntándome por esa mujer.

—Sí, Damien me ha puesto al corriente.

—Pensaba que yo sabría de su paradero, por alguna absurda razón estaba convencida de que tenía una relación con ella y, no tengo la menor idea de quién es —negó—. Llegó a enseñarme incluso una foto y ni siquiera me sonó su cara.

—Hay algo extraño en todo esto, especialmente en la forma en que apareció muerta, en la cama de un hotel y con la puerta abierta, por no mencionar que una mujer que no conoces de nada presuntamente le haya dicho a la persona con la que vivía que tenía una relación contigo.

Cerró de nuevo los ojos, estaba cansado, se sentía débil y esa era una sensación que no le gustaba lo más mínimo.

—¿La señorita Valentine, está bien? —Retomó lo que le interesaba—. Ese hijo de puta le giró la cara de un bofetón y la lanzó al suelo con la fuerza del impacto.

Su acompañante siseó.

—Más le vale a Damien haberlo arrestado en la redada o juro por Dios que cuando lo encuentre tendrán que recoger su polla con pinzas.

—Él estaba de drogas hasta las cejas. —Sus recuerdos no estaban muy claros, pero eso sí lo sabía—. Y el portero decidió entonces unirse también a la fiesta por encargo de otro tipo que volvió a entrar. No les gusta que se les

moleste cuando llegan visitas importantes.

—Demonios, Dain, si no estuvieses ahí tendido, juro por Dios que te zurraba yo solo por el placer de oírte gritar.

—No me va el sadismo, Luc, siento decepcionarte.

—Bueno, si eres capaz de bromear no estás tan mal como parece.

—Estoy peor, créeme, es solo que no puedo evitar la tentación de joderte.

—Reserva tus fuerzas para lidiar con las sumisas, tienes una ahí fuera que ha estado muy preocupada por ti.

Ladeó ligeramente la cabeza y lo miró.

—Será mejor que le asegures que estás bien y no vas a morirte con la próxima respiración, ya ha tenido suficientes malas noticias para una sola noche.

—¿Quiere decir eso que voy a dejar de ver tu cara durante unas cuantas horas?

—Eso es difícil, hermanito, somos gemelos, ves mi cara cada vez que te miras al espejo.

—Menos mal que me dejo barba.

Él se rió entre dientes al tiempo que se inclinaba sobre la cama y posaba la mano sobre su hombro.

—Voy a encargarme de que ese mal nacido termine dónde tiene que terminar, al otro lado de mi puño.

—No te metas en más problemas, Lucien, no estoy en condiciones de ir a buscarte.

—Motivo por el que me marchó ahora mismo.

Sin más, dio media vuelta y caminó hacia la puerta abierta solo para detenerse antes de chocar con una inesperada visita.

—Ey, estamos en un hospital, mascota, no se corre por los pasillos.

—Eso ya intentó explicárselo el guarda de seguridad y su respuesta fue... —Horus resopló—. Bueno, digamos que se ha ganado un castigo.

—Aprovechas cualquier motivo para salirte con la tuya, señor — declaró una voz femenina—. ¿Está despierto? ¿Puedo entrar?

—Lo está, pero no lo fatigues, mascota.

—No lo haré.

No pudo evitar sonreír para sí al reconocer las dos voces y la implicación de lo que decían, un segundo después una cabecita de rizos negros se asomó a través de la entrada.

—¿Dain?

—Hola, mascota.

Sophie no se lo pensó dos veces, cruzó la habitación como una exhalación y se detuvo al llegar a su lado.

—Hola —le sonrió ella. Parecía tan comedida, mordiéndose el labio inferior, mirándole con tal ansiedad que le entraron ganas de abrazarla—. ¿Cómo te encuentras?

Se lamió los labios.

—Me encontraría mucho mejor si subes aquí y me das un beso.

Ella dejó escapar el aire que probablemente no sabía ni que estaba conteniendo, sonrió con mayor amplitud y la preocupación en sus ojos cedió un poco.

—Me han dicho que no te fatigues.

—Un beso no me fatigará, además parece que tú lo necesitas más que yo.

Sacudió la cabeza pero se inclinó sobre la cama y tocó sus labios con los de él, regalándole su ternura.

—¿Cómo te encuentras? —insistió—. Y di la verdad.

—Como si me hubiese atropellado un camión, cariño.

—Sí, ese es el aspecto que tienes.

—Me alegra corresponder a tus suposiciones.

—¿En qué demonios te has metido ahora?

—¿Es esa manera de hablarle a un amo, Kitty?

Ella reculó enseguida, bajó los ojos, pero no parecía ni un poco arrepentida. Pequeña y rebelde sumisa.

—Cuando el amo está en la cama de un hospital por haber recibido dos puñaladas, sí, lo es, señor.

—No me hagas reír, cielo, duele. —Se quejó, comprobando en carne propia la verdad de sus palabras.

—Lo siento, no lo haré. —Le rozó la frente con los dedos y se apartó, mirando hacia la puerta—. Horus, Dain está despierto.

—Lo sé, amor, le he oído.

El propietario del club *Blackish* apareció en el umbral, a juzgar por su atuendo lo más probable es que hubiesen venido directamente desde el local.

—¿A quién has dejado al mando de la nave?

—A Kells, Fire está en el cuartel, están teniendo bastante trabajo con el tema de las nevadas.

—¿Y no te ha pedido una compensación?

—Sí, dijo que ni por todo el oro del mundo se haría cargo de mi sumisa —señaló a Sophie—. Por otro lado, no es como si Kitty tuviese intención alguna de permanecer dónde le dicen después de escuchar a Damien diciéndole a Lucien que te estaban operando por gilipollas.

—Sí, parece que ese es el diagnóstico de todo el mundo el día de hoy.

—¿Solo hoy?

Optó por no responder y bajó la mirada al sentir la pequeña mano de la chica cogiendo sus dedos.

—¿Quieres decirle que no voy a estirar la pata para que deje de

tratarme como si le importase una mierda que yo sea el dominante y ella la sumisa?

—Amor, Dain no va a estirar la pata, así que puedes respirar de nuevo.

—Estoy respirando, gracias, señor —replicó ella con tal ironía que ambos hombres sonrieron—. Y tú, pienso tratarte cómo me dé la gana mientras estés ahí tumbado y todo pálido.

—Horus, zúrrale por mí, por favor.

—Con mucho gusto —declaró el hombre con un ronroneo—. Tres azotes más en tu honor.

—Sois como niños.

Ambos se miraron e intercambiaron un gesto conecedor.

—Estoy bien, Sophie, en serio, solo necesito descanso.

Ella asintió, le apretó una última vez los dedos y se dejó envolver por los brazos de su compañero.

—De acuerdo, te dejaremos descansar —le concedió su petición, entonces miró al hombre que poseía su corazón—. ¿Puedo?

Él asintió, la dejó ir y le dedicó un guiño a modo de advertencia.

—Intenta descansar, ¿de acuerdo? —le pidió de nuevo y se inclinó de nuevo para besarle. Esta vez, sin embargo, no se limitó a rozarle los labios—. Pórtate bien con las enfermeras, Amo Dain.

Se relamió, degustando su sabor.

—Gracias por venir, pequeña.

Se limitó a asentir, le dio un abrazo y abandonó la habitación tan rápido como había entrado, dejándole preocupado.

—Horus...

El hombre negó con la cabeza y le apretó el hombro.

—La quiero, Dain, sus deseos son también los míos.

Dejó escapar un resoplido.

—No quiero que llegue a confundirse, no busco ese tipo de relación...
Negó con la cabeza.

—Sophie sabe perfectamente lo que sois el uno para el otro, al igual que yo mismo —le aseguró tranquilo—. No son necesarias las explicaciones.

Asintió. No, entre ellos no eran necesarias las explicaciones. Habían forjado un vínculo basado en la amistad y en la confianza, mientras ambos fuesen conscientes de ello, todo iría bien. Además, Dain no se permitiría herirlos a ninguno, consideraba a Horus como un hermano y Sophie, bueno, la pequeña polvorilla era una de sus debilidades, antes se haría a un lado que dejar que esos dos se perdiesen de nuevo el uno al otro.

CAPÍTULO 6

Muerta. Ruth estaba muerta.

¿Cómo había podido ocurrir aquello? ¿Cuándo se había vuelto todo tan absurdo?

Hacía apenas una semana charlaban tomándose un café, hablando de los compañeros de trabajo, de sus respectivos alumnos y ahora estaba muerta. Se había ido para siempre y lo había hecho de una forma tan inexplicable y absurda que no podía creérsela.

Sacudió la cabeza por enésima vez, empujó la puerta de la habitación y entró. Necesitaba coger su bolso, tenía que llamar a alguien, hacer algo... El detective Knight se había ofrecido a llevarla a casa para que pudiese descansar, pero ni siquiera podía decir si estaba cansada.

La luz que entraba por la ventana le decía sin necesidad de palabras que había llegado ya la mañana, que un nuevo día daba comienzo y tendría que enfrentarse a él de la mejor de las maneras.

—¿Señorita Valentine?

Levantó la mirada al escuchar su nombre y se encontró con unos intensos pero cansados ojos azules, su rostro había adquirido cierta palidez y su barba se veía hoy más descuidada. A pesar de ello, estaba vivo, despierto y eso hizo que las lágrimas volviesen de nuevo a sus ojos.

—Faith.

Se quedó en el sitio, luchando por retenerlas sin conseguirlo. Ni siquiera podía recordar cuando había llorado tanto en su vida y, ahora, era un no parar. Era como si hubiese abierto un grifo y fuese incapaz de cerrarlo.

—Lo siento, pequeña.

Aspiró por la nariz, se lamió los labios y los apretó para evitar que escapase de ellos un solo quejido.

—Yo... yo siento... siento que... que le hayan herido por mi culpa — Se las arregló para decir—. Y... y quiero... quiero darle las gracias por... por haber evitado... por... eso... Y...

—Faith, mírame.

Escuchar su nombre y esa seca orden hizo que levantase la mirada de inmediato y que perdiese al mismo tiempo la batalla con las lágrimas.

—Ven aquí, por favor.

Se arrastró literalmente hacia la cama, limpiándose una y otra vez los ojos que no le permitían ver a través del torrente que manaba de ellos.

—Lo siento... yo... yo...

—Mírame. —Pidió una vez más y lo hizo—. Tú no tuviste la culpa de lo que ocurrió, no eras tú quien tenía esa navaja en las manos y, por encima de todo, no tienes la culpa de que un gilipollas no sepa aceptar un no por respuesta.

Lo sabía, sabía todo eso, pero aun así...

—Si no hubiese ido allí... si me hubiese quedado en casa... si hubiese puesto antes la denuncia... —Sacudió la cabeza con energía y se limpió una vez más las lágrimas—. Es que nada de esto tiene sentido. Siento como si me hubiese caído por la madriguera de conejo de Alicia y no hubiese ninguna galleta o botella con etiquetas que me digan cómo salir de aquí. Todo lo que quería era encontrar a mi amiga, descubrir por qué nunca volvió a casa tras

ese fin de semana que dijo estaría fuera.

Se llevó la mano a la cara y notó la hinchazón bajo las yemas de los dedos. Lo peor que llevaba era gesticular y, el llorar a moco tendido tampoco la ayudaba.

—Y lo único que he conseguido es meterme en problemas. —Se mordió el labio inferior—. Me han golpeado, han apuñalado a alguien que solo quería ayudarme y he terminado prácticamente esposada a ese maldito detective... ¿Por qué no he hecho lo que hace todo el mundo y miré para otro lado? ¿Por qué no me limité a esperar noticias como me dijo la policía que hiciera?

—Tengo la sensación de que no eres una persona que se queda de brazos cruzados mientras alguien necesita ayuda.

Sus palabras la llevaron a mirarle y exponer lo obvio.

—A usted no le ayudé en lo más mínimo, Dainiel, por el contrario, hice que lo apuñalasen.

Una ligera presión en los dedos la hizo bajar la mirada y se encontró con sus falanges, más oscuras, entre las más claras de él.

—Tú no llevabas la navaja y tampoco fuiste la que me la clavó —replicó con naturalidad—, de hecho, creo recordar que me advertiste cuando ese segundo imbécil se unió a la fiesta.

—No le veo la gracia.

—Créeme, desde mi lado tampoco la tiene. —Hizo una mueca—. No tiene la más mínima.

—Tiene dolor.

Asintió, no se molestó en ocultar lo evidente.

—Ahora mismo me vendría bien un chute de analgésicos, creo que empieza a pasarse el efecto de la anestesia.

—Déjeme ver.

Se inclinó sobre la cama en busca del interruptor pero se vio imposibilitada de maniobrar al ver que él todavía le retenía los dedos.

—Necesito que me suelte para que pueda administrarle esos analgésicos.

—Deja de tratarme de usted —le ordenó, apretando más sus dedos en torno a los suyos y mirándola a los ojos—. Dados los recientes acontecimientos, creo que podemos prescindir de la buena educación y utilizar nuestros nombres de pila.

—Como gustes, Dainiel.

Él hizo una mueca y ella tiró al momento de su mano, soltándose, para buscar el dichoso interruptor.

—Dame un momento, sé que esos chismes suelen estar en un lateral de la cama.

—Dain, señorita Valentine, prefiero Dain —replicó al mismo tiempo que movía ligeramente contra las almohadas—. Dainiel suena a la llamada de atención de una profesora.

Levantó la cabeza e hizo una mueca.

—Bueno, es lo que soy, señor mío.

Su respuesta fue sonreír sin mirarla y murmurar un «*suená bien*» en voz baja.

—Eso he oído, con todo, todavía no es «mi profesora».

Lo miró por debajo de las pestañas, dedicándole apenas un fugaz instante de atención para seguir con su búsqueda.

—Aquí estás —musitó y accionó al momento la inyección de analgésicos a la vena. Comprobó el gotero con el antibiótico, el suero y volvió a mirarle—. Pronto empezarán a hacerte efecto.

—Gracias.

—No me des las gracias, ni siquiera deberías estar ahí para empezar.

—No volvamos otra vez sobre lo mismo, muchacha —rezongó visiblemente incómodo, se movió y ladeó la cabeza—. No es un buen momento para ponerse cabezota.

—¿Por qué viniste en mi ayuda?

—¿Por qué no iba a hacerlo cuando ese imbécil no entendió tu negativa en forma de bofetada?

Abrió los ojos como platos al comprender que había presenciado eso también.

—Yo tampoco soy de los que se queda sentados o mira hacia otro lado cuando se comete una injusticia, Faith, mucho menos aun cuando alguien golpea a una mujer.

Chasqueó la lengua, estaba claro que estaba dolorido, mucho más de lo que quería hacerle ver.

—Deberías tomar algunas clases de defensa personal, nunca están de más, sobre todo cuando una mujer es de tu tamaño.

—¿Y eso que quiere decir?

—Que eres pequeña y apetecible.

—Parece que la medicación empieza a hacer efecto, dices cosas sin sentido.

—Esas parezco ser capaz de decirlas incluso cuando estoy lúcido y sin agujeros en el estómago.

Bajó la mirada hacia su abdomen tapado con la sábana e hizo una mueca.

—Deberías descansar, lo necesitas y yo... yo tengo que...

El breve interludio que le había proporcionado su preocupación por la salud de Dain terminó con la misma rapidez con la que las lágrimas volvieron a hacer acto de aparición.

—Siento que el desenlace de la búsqueda de tu amiga haya sido ese.

Se limitó a asentir, incapaz de decir otra palabra.

—Si necesitas alguna cosa...

—El detective Knight ya... él me ha dicho que se encargaría de todo...

—Bien.

—Nada de esto tiene sentido, nada en absoluto. —Negó razonando consigo misma—. ¿Por qué? ¿Por qué ha pasado esto? ¿Y si se han equivocado? ¿Y si no es ella?

Su negación a aceptar aquella noticia no iba a hacer que esta cambiase como por arte de magia, pero aceptar lo que le había dicho el detective, asimilar que no iba a ver nunca más a su amiga porque esta había aparecido muerta...

No podía, sencillamente no podía conformarse.

—Tengo que verla, tengo que asegurarme que es ella, tengo que saber qué pasó, por qué dijo que iba a pasar el fin de semana contigo, por qué conocía tu nombre si tú dices no conocerla.

—Puedes creer en mi palabra, Faith, nunca me crucé con tu amiga, no llegué a conocerla.

Y, de algún modo, sabía que lo que decía era la verdad.

—Te creo.

Y aquella era otra extrañeza más que añadir a la larga lista de las que habían pasado recientemente. Se secó de nuevo la cara, luchó por apartar las lágrimas y se vistió con su habitual determinación.

—Lo siento, estoy divagando y no te dejo descansar.

—No importa, me gusta escuchar tu voz...

Sí, los calmantes debían hacer efecto puesto que la suya empezaba a sonar un poco más pastosa.

—Cierra los ojos y descansa, Dainiel —pronunció su nombre completo a propósito.

—Debería castigarte por no hacer lo que te digo.

No pudo evitar sonreír ante su comentario.

—La profesora soy yo, ¿recuerdas? —Le tocó la mano con los dedos —. Descansa ahora. Y perdona que me haya cruzado en tu camino con mis problemas a la zaga.

Sus ojos se fueron cerrando poco a poco.

—Me gusta... que te hayas... cruzado en mi camino... Faith.

Suspiró con el descanso de un hombre que caía preso del sueño.

—Adiós, Dain.

Lo contempló unos segundos y, recogió su bolso y le dio la espalda a la cama para finalmente salir de la habitación.

CAPÍTULO 7

Una de las cosas más difíciles a las que tiene que enfrentarse una persona es a la pérdida. Aceptar que alguien ya no está, que el espacio que ocupaba ahora está vacío, que los recuerdos no van a ser otra cosa que recuerdos es duro y, al principio, descoloca por completo a los que quedan atrás. Faith lo sabía bien, este último mes había sentido esa ausencia, había recordado momentos en cada una de las habitaciones, miraba hacia la puerta en las horas en las que solía volver a casa, pero ya nunca lo haría.

No, ella ahora descansaba para siempre en el cementerio de Greenwood, con una pequeña placa que había encargado en su memoria. Una

vida truncada a la mitad, una elección que se negaba en rotundo a aceptar.

«El informe de la autopsia confirma que ha sido muerte por sobredosis».

No, no y no. No lo aceptaba. Ruth no había sido una mujer tan débil, no era alguien que se dejase arrastrar a ese terreno, no cuando se había pasado media vida luchando activamente para que sus alumnos no cayesen en las drogas.

No tenía idea cómo había terminado en esa habitación de hotel, no sabía dónde había estado aquella semana, ni porqué le había mentido dándole el nombre de alguien que ni siquiera la conocía. Nada de aquello tenía sentido y seguiría sin tenerlo mientras no encontrara respuestas a todos los enigmas que su compañera de piso había dejado atrás.

—Faith, ¿ya te marchas?

Se giró en medio del pasillo y vio a Robert Aston, el profesor de historia, caminando hacia ella. Robert era uno de los más jóvenes docentes del instituto, había llegado de un colegio privado ese mismo año y, como solía decir Ruth, era un snob de los pies a la cabeza.

—Sí, tengo una buena cantidad de trabajos para corregir. —Ilustró sus palabras con la carga de papeles que sobresalía de la carpeta que llevaba en un brazo—. Va a ser un fin de semana de lo más interesante.

Él sonrió, mostrando unos perfectos y blancos dientes.

—Bueno, tienes el sábado y el domingo para dedicarte a ello, así que, ¿por qué no te vienes a tomarte algo esta noche? Leslie ha pensado en hacerle un homenaje a Ruth, a modo de despedida.

Enarcó una ceja. Conocía muy bien el tipo de salidas que organizaba Leslie con los compañeros de trabajo ya que había ido a alguna de ellas a principio de curso, pero, sinceramente, el emborracharse en un pub no le parecía una forma correcta de brindar homenaje a ninguna persona.

—Es todo un detalle por su parte —comentó manteniendo un tono educado—. Pero esta noche me es imposible... ya he quedado.

Sí, con un montón de cajas de cartón y un par de ruedas de cinta. Había llegado el momento de empaquetar las cosas de su amiga. Tras hablar con el Reverendo John había optado por donarlas a caridad. Ya que Ruth no tenía familia que ella conociese, nadie que se hubiese presentado siquiera en el modesto funeral, suponía que le gustaría que sus cosas pudiesen ser utilizadas por aquellos que las necesitaran.

—Vaya, una lástima —asintió, tan poco convencido como ella de su excusa—. Quizás podamos quedar para tomarnos algo por la semana.

Sigue soñando, corderito, sigue soñando, pensó para sí limitándose a sonreír en respuesta. Si le decía que no rotundamente iba a sonar grosera, pero tampoco pensaba aceptar. Él no era su tipo.

¿Y cuál es tu tipo, cariño? ¿Un hombre que pasa del metro ochenta, hipnotiza con sus ojos azules y terminó en una cama de hospital con dos cuchilladas por tu culpa?

—Tengo que irme —optó por emprender la retirada—. Gracias por la invitación y saluda a los demás de mi parte. Buen fin de semana.

Le dio la espalda y continuó por el pasillo de camino a la puerta principal y de ahí al aparcamiento dónde había dejado su coche.

Daniel Ratcliffe. Dain. No había vuelto a verle desde que dejó el hospital, se había dicho a sí misma una y otra vez que le haría una visita, que le llevaría aunque fuese unas flores para disculparse por lo que le había pasado, pero tener que lidiar con el funeral de Ruth, así como con las pesquisas del detective Knight, la habían dejado exhausta y deprimida.

Al final había optado por recurrir a una floristería online y le había enviado un ramo por mensajería. Una actitud cobarde, pero la única a la que podía enfrentarse en aquellos momentos.

Además, Dain no era hombre para ella. El tipo era demasiado grande, demasiado intenso, se la comería de un bocado, no sabría ni cómo manejarlo.

No, aquello había sido lo mejor, nadie necesitaba a su lado a una mujer que, nada más conocerle, lo había acusado de mantener oculta a una amiga y le había regalado un par de puñaladas a cambio de salir en su defensa.

Se llevó los dedos al pómulo, una semana de baja y un montón de maquillaje había conseguido cubrir los daños externos de esa noche. La directora del centro se había mostrado comprensiva ante los acontecimientos, como una superviviente del Bronx sabía lo que pasaba en las calles y podía lidiar con sus consecuencias. Tan pronto como la policía le informó de lo ocurrido con Ruth, dispuso que se organizase un memorial en el centro manteniendo en todo momento el verdadero motivo del fallecimiento en secreto. A ojos de los otros docentes y alumnos, la señorita Vera había fallecido repentinamente por causas naturales.

No podía olvidar las lágrimas en los ojos de sus alumnos, las charlas que había mantenido con ellos en medio de sus propias clases, permitiéndoles y, permitiéndose a sí misma también, enfrentarse al dolor de una repentina pérdida.

Metió la mano en el bolso y buscó las llaves del coche. Era increíble como siempre conseguía perderlas dentro de algo tan diminuto. Sus dedos rozaron por fin con el llavero que Ruth le había traído de su último viaje a Praga, tiró de él y desbloqueó el cierre centralizado del coche.

—No veo la hora de llegar a casa y darme una ducha.

Una buena ducha de agua caliente acompañada después de una copa de vino y un par de onzas de chocolate. Hoy necesitaba esa dosis extra de energía para acometer la tarea que tenía pendiente.

Había entrado en su dormitorio varias veces durante el último mes, casi las mismas que había abierto y cerrado la puerta para quedarse mirando todo

desde el umbral.

La policía la había interrogado sobre su desaparición, había insistido en el hecho de que no hubiese denunciado su desaparición antes para conformarse con sus explicaciones.

«Cuando alguien le dice que va a pasar el fin de semana con su novio, no esperas que vaya a desaparecer. Y había hablado con el colegio para pedir unos días por asuntos familiares. Ella siempre hizo alusión a que no tenía familia, desde luego, en los cinco años que la conozco, nunca habló con nadie, ni nadie vino a visitarla. Supuse que se habría quedado con su novio, el problema es que el hombre que yo pensé que era su novio, porque fue el nombre que ella me dio, ni siquiera la conoce. No la ha visto nunca».

Aquello había derivado también en el motivo por el que había estado la noche de la redada policial en un club erótico, cómo había sido golpeada y la denuncia posterior que realizó asesorada por el detective. Lo último que sabía es que habían cogido al portero, que el que la había golpeado y apuñalado a Dain seguía en paradero desconocido y que había dos denuncias sobre el tipo. Al parecer no era cualquier imbécil, sino uno en el que la policía parecía tener especial interés.

Las últimas semanas habían sido un verdadero caos y, a pesar de ello, volvió a dar sus clases como si no hubiese pasado nada.

Nunca pensé que sería tan buena actriz.

Sacudió la cabeza, dejó los papeles en el asiento del copiloto con su bolso, metió la llave en el contacto y arrancó.

—Esa ducha, piensa en esa ducha caliente, Faith, solo piensa en eso.

Dain miró la mesa que tenía ante él llena de carpetas y resopló.

—¿Cómo puede llenarse mi escritorio de esta manera cuando solo he estado fuera de juego dos semanas?

—Esta semana han entrado dos mujeres más en el programa de protección —le explicó Mich, quién había llamado a su despacho media hora antes para traerle precisamente esos informes—. Me gustaría que hablastes con ellas, especialmente con la más joven.

El abogado era uno de los socios fundadores de la *Crossroad Company*, una compañía que se dedicaba, en su mayor parte, a dar apoyo logístico y cobertura a diversas empresas y asociaciones entre las que se encontraba la de protección a víctimas de violencia de género. Podría decirse que estaba en su plantilla, como uno de los asistentes sociales disponibles para su zona y era una sociedad que le resultaba provechosa.

—Tiene veinticinco años y ha logrado escapar por los pelos del hijo de puta con el que se casó hace dos —resumió el caso—. Violencia de género, amenazas, intento de asesinato... El hijo de puta tenía una orden de alejamiento y se la saltó el pasado fin de semana. Por suerte, todavía hay gente que no mira hacia otro lado y, cuando oyeron los gritos y vieron que golpeaban a una mujer en plena calle, lo redujeron y lo mantuvieron a buen recaudo hasta que llegó la policía.

—¿Le ha denunciado?

Mich asintió. Aquello era lo más difícil para las víctimas, reunir el coraje suficiente para denunciar a su agresor.

—Está en custodia provisional, con todas las papeletas para acabar encerrado durante una buena temporada —aseguró con voz mortalmente fría—. Pienso encargarme personalmente de ello.

—Iré esta misma tarde al refugio y veré que puedo hacer.

Lo máximo que podría conseguir es proporcionarle asesoramiento, quizá hacerla hablar y escuchar sus problemas. Desgraciadamente, ir a por el

tipo y pegarle un tiro iba en contra de la ley.

—Perfecto —aceptó el hombre, entonces se lo quedó mirando y sacudió la cabeza—. Deberías estar todavía descansando.

Puso los ojos en blanco ante la puñetera frase que parecía estar en boca de todo el mundo.

Por no hablar que el único entretenimiento que había tenido era pensar en cierta mujer de piel chocolate, con bonitos ojos marrones y figura curvilínea, le era imposible quitársela de la cabeza. Faith se había convertido en una maldita obsesión y también en el motivo principal de cada cabreo protagonizado en su convalecencia. Incluso Sophie lo había mandado a la mierda un par de veces, a la sumisa se le acababa la paciencia con demasiada rapidez, pero también era lo que necesitaba para sacarle de su enfurruñamiento.

Porque eso era lo que le pasaba, se había enfurruñado como un puñetero niño y todo porque la mujercita no había vuelto a pasarse por el hospital. No, le había enviado un jodido ramo de flores con una tarjeta en la que volvía a pedirle perdón y le deseaba una pronta recuperación.

Oh, sí. Si había alguien a quién le gustaría estrangular ahora mismo era a esa mujer. Estrangularla y hacerle un montón de otras cosas.

Tal bipolaridad había hecho que hasta Lucien optase por mantenerse lejos de su camino, le conocía lo suficiente bien para saber que necesitaba estar a solas con sus cosas, solo así encontraría la forma de solucionar lo que le aquejaba.

El éxito de la operación perpetrada aquella noche le quitaba un poco de su mal humor. Saber que el laboratorio de drogas había sido desmantelado, que habían metido entre rejas a los responsables y que esto había derivado en otras detenciones relacionadas en otros puntos del país había aligerado su humor. Tan solo había un par de personas que seguían en paradero

desconocido, entre ellas, el capullo que lo había apuñalado.

A pesar de lo ocurrido, había algo que seguía dándole vueltas en la cabeza y era la inesperada muerte de la compañera de Faith, y el que su nombre se hubiese visto mezclado en el proceso.

Sabía por Damien que la morenita había hecho su declaración, colaborando activamente con la policía, brindándoles toda la información que poseía.

—La señorita Valentine insiste en que el fin de semana en el que desapareció iba a citarse contigo, o con alguien con ese nombre y que con el que llevaba unos dos meses saliendo. —Le había comentado Damien en relación al caso. Dado que su nombre se había visto implicado no le había quedado otra que pasarse por comisaría y prestar declaración. Era un hecho rutinario, le había dicho él, pero necesario dado el desenlace que había tenido la mujer que lo había implicado.

—Como le dije a ella y te comenté a ti, no conozco de nada a esa chica, no la vi en mi vida —le había recordado—. Lucien comentó que la había visto en el *Blackish* una sola vez, pero esa noche yo estaba asignado como monitor a la mazmorra. No llegué a verla y mucho menos a intercambiar palabra alguna con ella. Ya no digamos sesionar.

—Son demasiadas incógnitas, Dain, demasiados cabos sueltos y hay un cadáver de por medio.

—Una muerte por sobredosis en la habitación de un discreto hotel —resumió lo que ambos sabían—. ¿Cómo llegó allí? ¿Entró sola? ¿Quién reservó la habitación?

—La habitación estaba reservada a su nombre, se pagó por anticipado y en efectivo. —Sacudió la cabeza—. El recepcionista dice que ella fue quien recibió la llave y la dejó durante los días en que se alojó allí; dos días. Y, en todo ese tiempo, no está seguro de que la hubiese visto con algún otro

hombre. He pedido una orden para obtener las grabaciones de las cámaras de vigilancia a ver si arrojan algo de luz o, sencillamente, se trata de una pobre chica a la que se le fue la mano con las drogas.

Y si ese era el caso, sería otra mujer más, otra víctima sin rostro a la que solo recordarían sus seres queridos.

—La señorita Valentine insiste en que Ruth Vera no estaba metida en asuntos de drogas, de hecho, a menudo daba charlas en el instituto para concienciar a los chavales sobre los efectos de las mismas en el cerebro humano.

Y aquello era otra de las cosas que hacía que nada de tuviese sentido. Una profesora, alguien que inculcaba a sus alumnos el decir NO a las drogas, no era probable que fuese víctima de las mismas.

—¿La autopsia?

—El informe preliminar confirma lo que se sospechaba; sobredosis. Encontraron una alta concentración de cocaína diluida en su sangre. Parece un caso que se resuelve solo.

Y sin embargo, tenía claro que el policía no estaba conforme.

Aquello era todo lo que había sabido al respecto, lo había enviado a casa con la típica coletilla de «dedícate a descansar» y se había olvidado del tema.

Necesitaba centrarse, recuperarse y volver al trabajo, las dos últimas había conseguido llevarlas a cabo más o menos con éxito, lo primero, imposible. Su mente divagaba una y otra vez.

—Así que déjame que vuelva a mis papeles, mis visitas a domicilio y a codearme con lo más bajo de los suburbios —dijo volviéndose hacia Mich—. He descansado más que suficiente.

—Solo procura que no te aseen otra cuchillada, es difícil encontrar a gente tan competente hoy en día.

—Lo tendré en cuenta.

El abogado se limitó a sonreír, sacudió la cabeza y palmeó el hombro.

—Te informaré si hay algún cambio en lo de la chica.

Asintió. Sí, era hora de volver al trabajo y concentrarse en las personas que necesitaban de su ayuda y asesoramiento, de nada le serviría seguir pensando en una hembra que había dejado muy claro que él no le interesaba lo más mínimo.

CAPÍTULO 8

La ropa de Ruth había quedado esparcida a su alrededor en pequeños montones, las puertas del armario estaban abiertas, así como la de los cajones de la cómoda y la mesilla. Los artículos personales los había ido amontonando encima de la cama mientras mantenía una caja de clínex a mano. Otro pequeño montón de pañuelos blancos usados daba cuenta del tiempo que llevaba ahí dentro, luchando con sus emociones y los recuerdos.

La tarea que se había impuesto había resultado ser más dura de lo que se habría imaginado, cada pieza de ropa, cada montón formaba parte de la vida de una persona, una que ya no estaba. Meterlas dentro de cada una de esas cajas de cartón era como decirle adiós, como si borrarse su existencia de una pizarra y Faith no podía evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos por ello.

Después de la primera media hora se había convencido de que necesitaría otro paquete de clínex para poder terminar esa tarde con la tarea que se había impuesto, pero ahora ni siquiera estaba segura de si llegaría siquiera a poder completar el embalaje, no cuando había dado con algo más importante, algo que no hacía más que confirmar sus sospechas de que la muerte de Ruth no había sido tan clara como quería haberle hecho ver la policía.

Recogiendo las prendas de uno de los cajones del armario se había topado con un diario cuya existencia desconocía. No se le había pasado por la cabeza el abrirlo siquiera, quería preservar su intimidad, pero cuando una foto se deslizó de sus páginas mientras lo llevaba a reunirse con el resto de objetos personales y cayó boca abajo sobre la colcha, no pudo evitar fijarse en lo que la chica había escrito a mano en el dorso.

Dain Ratcliffe, navidades 2017-2018.

El nombre dio paso a que girase la instantánea y se quedase mirando un *selfie* de dos personas. Ruth aparecía sonriente, estaba maquillada, llevaba el pelo rubio recogido en una coleta y un tosco collar blanco del que sobresalía una cadena —al más puro estilo de collar de perro—, cuyo extremo sujetaba un hombre con el pelo muy corto, al estilo militar, de facciones duras, mirada acerada e irónica sonrisa.

Alguien que no era Dain Ratcliffe.

El hallazgo la llevó a abrir el cuaderno y la primera de las frases con la que se toparon sus ojos la golpeó.

Hoy ha sido un día especial, ni siquiera me lo esperaba y allí estaba él, con el collar en las manos, pidiéndome que fuese solo suya. Tiene una mariposa con las alas extendidas y, en el dorso, están nuestras iniciales entrelazadas. No puedo estar más feliz de haber aceptado ser su sumisa. Tomé la decisión adecuada. Sé que llevaré este collar siempre, hasta el día en que tenga que dejar este mundo.

Aquel era el colgante que llevaba al cuello desde hacía un par de meses, el mismo con el que la habían encontrado y que le había sido entregado con el resto de objetos personales en el hospital después de que identificase el cadáver.

Tragó saliva y continuó leyendo, descubriendo entre las páginas de aquel diario a una persona totalmente ajena, a alguien que no conocía de nada.

A lo largo de lo que resultaron ser unos seis meses, del verano del año pasado hasta mediados de enero, la mujer con la que había compartido vivienda desde hacía casi cinco años, narraba una vida completamente distinta, una dependencia emocional y física que iba más allá de lo imaginable. La persona que retrataban esas páginas era totalmente distinta a la Ruth que conocía y lo más preocupante de todo, es que el cambio parecía provenir de un hombre, alguien a quién ella llamaba: *Mi Amo*.

Mi amo es un negociador muy duro, sabe exactamente qué tiene que decir y en qué momento decirlo para hacer que me derrita. Tengo que reconocer que me ha puesto caliente ser compartida. El ser follada por otro Dom mientras él me da órdenes y disfruta con mi placer me ha puesto a mil. Ahora lo pienso y me muero de vergüenza, pero lo he pasado tan bien que no me importaría repetir, sobre todo si es con ese Maestro del Blackish.

Maestro del *Blackish*. Un nombre que se repetía de nuevo un poco más adelante, en las últimas entradas de aquel insólito diario.

El Maestro Dain le ha pedido permiso a mi amo para llevarme al Blackish. He oído decir al Amo que es uno de los clubs de BDSM más exclusivos de la ciudad y que el derecho de admisión se reserva únicamente a los socios. Él me ha cedido durante esta noche al Maestro y estoy tan nerviosa como excitada por conocer ese lugar.

Después de esa entrada, no se volvía a hacer mención al club, pero sí

volvía a hablar sobre un «*Maestro Dain*» y las emociones que este había despertado en ella. De algún modo, parecía decir en su diario que se había enamorado de ese otro hombre y que sentía que se estaba perdiendo a sí misma en el proceso.

Ahora sé que nunca debí aceptar formar parte de este juego de intercambio de parejas. Dain no me quiere como algo permanente, ha sido muy sincero desde el principio, pero, ¿y si yo quiero más? ¿Si necesito más? No quiero hacerle daño al Amo B. pero no sé cómo decirle que me he enamorado de otro hombre mientras estaba con él.

Había caído la noche cuando terminó de leer todo el contenido del cuaderno y no sabía cómo reaccionar. Nada de lo que había ahí dentro tenía sentido para ella, no podía encajar lo que sabía de la chica con la que había compartido piso, que había sido su mejor amiga desde que se conocieron, con la mujer dependiente y sexualmente explícita que se mostraba en esas páginas.

Oh, sí, sabía que Ruth siempre había tenido una inclinación muy abierta hacia el sexo, era de las que disfrutaba abiertamente de las relaciones esporádicas, de hecho, solía burlarse de ella precisamente por su actitud tímida y más reservada, llegando a decirle incluso que como no le diese uso a lo que tenía entre las piernas terminaría criando telarañas.

Nunca se lo había tomado a mal, no eran más que bromas subidas de tono entre dos mujeres, pero de ahí a suponer que ella fuese activa en el BDSM, que fuese sumisa... Por Dios, se la imaginaba más en el extremo del que empuña la fusta que en el del que recibe el golpe.

Se estremeció, dejó el diario a un lado y se levantó. Se le habían acalambrado las piernas de permanecer tanto tiempo allí sentada, leyendo en

el suelo.

—No entiendo nada —murmuró para sí—. Ese hombre no es Dain Ratcliffe.

De eso estaba completamente segura, el tipo de la foto no era el Dain Ratcliffe que ella conocía. ¿Podría tratarse de una coincidencia de nombres? ¿Una suplantación de identidad?

Pero, Dain no era un... amo, ¿verdad?

La imagen del hombre quitándose los guantes de entrenamiento en el gimnasio, de su mirada inquisidora, de la manera en que la recorrió nada más verla haciéndola estremecerse le provocó un escalofrío seguido de un cosquilleo entre las piernas. Apretó los muslos y se sonrojó mortificada ante su propia excitación.

Sí, vale, era un hombre muy atractivo, sexualmente atractivo, de hecho, pero de ahí a que fuese uno de los que les gustaba empuñar un látigo.

—Para, para, para, que te embalas, Faith —refrenó su propia imaginación—. Tiene que tratarse de un malentendido, de una coincidencia o... ¡O yo que sé! Pero no es él, ese hombre de la foto parece un *Navy Seal* y no es él.

Se giró de nuevo hacia la cama, miró el diario y la foto. En esta Ruth sonreía, le brillaban los ojos y parecía tan enamorada como decía estarlo en su diario.

Si alguien podía arrojar algo de luz a lo que le había pasado a su amiga, posiblemente fuese ese hombre. La pregunta era, ¿cómo demonios iba a encontrarlo?

CAPÍTULO 9

Era curioso como al traspasar las puertas del *Blackish* Dain encontraba la tranquilidad que parecía haberlo eludido las últimas semanas. El tono monocromático de las paredes y el mobiliario denotaban elegancia y, la música que sonaba a través de los altavoces de la planta baja servía de banda sonora a los típicos sonidos de una noche en el club.

El aroma del cuero, unido a las fragancias utilizadas en cremas y geles, competían con el del sexo, el restallido de los *flogger*, el sonido de las cadenas de los anclajes y los gemidos se alternaban en un rítmico compás.

Sí, debía ser una de las pocas personas que se sentía relajado en un ambiente como ese, a gusto entre personas que disfrutaban de aquel estilo de vida. Solo quienes pertenecían a la comunidad BDSM entendían realmente el concepto de su filosofía, de su manera de pensar y sobre todo, de ver la sexualidad.

A lo largo de los últimos años había vivido en distintas partes del país, había participado de las comunidades locales y disfrutado de los clubes, pero no fue hasta que Lucien lo invitó al *Blackish* que se dio cuenta de que había encontrado su sitio.

Le gustaba participar de los talleres, guiar a las nuevas sumisas que venían en busca de nuevas experiencias o para descubrirse a sí mismas, esa

era una parte de él que había mantenido siempre de manera muy privada, una necesidad que había encontrado su salida entre estas paredes.

Echó un rápido vistazo a la planta principal, algunas parejas disfrutaban de un preludeo en la zona de baile, las cruces de la pared norte estaban ocupadas por dos extasiadas practicantes a las que sus dominantes empujaban hasta dónde sabían que podían llegar. Más allá, otros compartían una bebida, charlando, sin duda sentando las bases de una posible escena. Dejó la puerta a sus espaldas y caminó hacia la barra del bar tras la que A.J. Kells, desempeñaba una finísima labor de barman. No dejaba de resultar irónico que un hombre de la envergadura del dominante y ese aspecto de luchador de la WWE, encajase tan bien en el puesto. El largo pelo negro que hoy llevaba suelto sobre los hombros y el intrincado tatuaje tribal que le cubría del hombro a la muñeca, unido a la camiseta negra con el nombre del club en blanco y rojo y pantalones de cuero, completaban la imagen de un hombre duro, directo, con quién no querrías pelearte a menos que supieses que ibas a ganar; y eso incluía a las sumisas.

—¿Feliz cumpleaños?

El hombre levantó la cabeza, sus ojos verdes se encontraron con los suyos y curvó los labios, en una satisfecha sonrisa que solo se apreciaba desde su posición, para finalmente señalar con un gesto de la barbilla a la sumisa que posiblemente le había cabreado.

Sentada en el taburete cercano a él, envuelta en un básico trabajo de *shibari* destinado a restringirle las manos a la espalda y mantenerla con las piernas ligeramente abiertas, para lo cual le había atado también los tobillos a las patas del taburete, una bonita pelirroja a la que había visto anteriormente en el club gemía detrás de una mordaza de bola. Lo más llamativo, sin embargo, era el papel que colgaba de las pinzas para pezones que coronaban sus pechos y en el que podía leerse: Feliz cumpleaños.

—Esta díscola gatita pensó que podía venir, sentarse en un taburete de mi barra y decidir que yo iba a pactar una escena con ella porque hoy es su cumpleaños. —Señaló recorriéndola con la mirada, comprobando incluso desde detrás de la barra que la muchacha estuviese bien a pesar del castigo—. He decidido ser indulgente y hacerle un regalo para comenzar la noche.

Dicho eso, sacó de debajo de la barra un pequeño dispositivo a distancia y, cuando lo accionó, la chica dio un salto en la silla, moviendo las caderas y gimiendo aún más. Su mirada cayó directamente entre sus piernas y se lamió los labios al reparar en algo que había pasado por alto.

—El Maestro Kells ha sido muy generoso de su parte, ¿no crees, mascota?

Miró al hombre en busca de confirmación, pues nadie tocaba la sumisa de otro dominante sin su expreso consentimiento y, cuando él asintió invitándolo a ello, deslizó los nudillos sobre los hinchados pechos, rozándole los comprimidos pezones y arrancando al mismo tiempo un nuevo gemido de ella.

—Te ha regalado una encantadora mariposa.

La chica estaba sofocada, sus ojos vidriados, su respiración era trabajosa pero nada que le provocase daño alguno. El castigo había sido ideado para mantenerla excitada, llevándola continuamente al borde sin poder obtener nada por sí misma quedando en manos del dominante el darle lo que necesitara.

—Disfruta de la atención del Maestro, dulzura.

Le acarició la mejilla con suavidad, dedicándole unas migajas de ternura y recordándole que su actitud rebelde, le había conseguido un castigo. Entonces la dejó y concentró su atención en el barman, ambos fingieron olvidarse de la mujer y continuaron con su conversación.

—Entonces, ¿estás de vuelta?

—Por esta noche solo a modo de prueba. —Se llevó la mano al abdomen—. Pero es agradable volver.

—En ese caso quédate por fuera del cordón rojo —indicó, señalando el fondo sur de la planta principal el cual había sido delimitado—. Fire se ha puesto creativo esta semana y ha decidido montar una subasta.

—¿Una subasta?

—Algunas sumisas han concedido una hora de su tiempo durante esta noche para recaudar fondos para el proyecto de restauración del barrio que quedó arrasado en el incendio de hace un par de meses —explicó—. Muchas familias se han quedado en la calle, sin nada más que lo puesto. Lo planteó en la reunión de hace dos semanas y todos estuvimos de acuerdo. Se presentó la propuesta a los socios y tanto las participantes de los talleres, como las sumisas del club decidieron formar parte de ello. Será divertido.

Sí, sin duda lo sería, por no hablar de que era una buena forma de invertir el dinero que le debía a su mentor y que se había negado de plano a recibir.

«No quiero el dinero, Dain, inviértelo en algo que merezca la pena, dale un buen uso y me daré por pagado».

Él había sido el único dispuesto a echarle una mano cuando más lo necesito, cuando el viejo decidió que su hijo mayor había muerto y le dio la espalda por completo. Markus Preston le había prestado el dinero para pagarse el primer año de universidad y sobrevivir mientras buscaba un trabajo que le permitiese subsistir por sí mismo.

—Quizá me anime a participar.

—Hazlo, la traviesa Kitty está también en la lista y Horus tendrá que monitorear el juego para que nadie se salte las reglas.

Un incentivo de lo más apetecible, quizá pudiese aprovechar el momento para hacer las paces con ella y disculparse por su mal humor.

—Está en el piso de arriba, en el área de descanso —señaló con un gesto el área superior—. Fire ha dejado a Luna haciéndole compañía.

Siguió su mirada y localizó al momento a la sumisa de pelo azul, la cual estaba de espaldas a él, hablando animadamente con Sophie. Ella lo miró, perfectamente consciente de su presencia e incluso le echó la lengua. Sonrió para sí y negó con la cabeza a modo de advertencia hacia ella. La traviesa sumisa de Fire se giró entonces para ver que pasaba y, al verle levantó la mano en un caluroso saludo. No pudo evitar reír por ello, sobre todo al escucharla alzar la voz.

—¡Bienvenido Amo Dain!

Algunos de los presentes, desocupados, se rieron por la efusividad de la chica.

—¿Qué ha hecho ahora la polvorilla?

Kells sacudió la cabeza.

—Nada, que yo sepa. —Se frotó el barbudo mentón con el pulgar—. Fire está cubriendo el primer turno de la mazmorra, así que la mandó arriba. Está siendo bastante comedida, quizá porque su Dom la ha desafiado a prescindir del bastón dentro del club y no quiere darle motivos para que la castigue. Se siente insegura...

—Y él lo sabe —asintió—. Es una buena manera de reforzar su confianza y obligarla a dar un paso más.

La pequeña Luna había pasado por un duro trance que casi le cuesta la vida, al final se había saldado con graves fracturas en una pierna que la hacían depender de un bastón. Por suerte, era una criatura lo bastante terca como para levantarse y volver a caminar, aún si ello le provocase dolor.

—¿Y Horus? —Echó un vistazo alrededor, no había visto a su compañero, de hecho, ni siquiera había visto a su hermano—. ¿A Lucien no le tocaba hoy vigilar el área central?

—El jefe está en su oficina, comprobando las referencias de una nueva sumisa, Lucien llegó conmigo, yo estaba terminando de aparcar cuando lo vi entrar. —Eché un rápido vistazo a la sumisa que tenía bajo su cuidado y comprobó el reloj—. Cinco minutos más y eres libre durante una hora, mascota. Después, ven a buscarme y, esta vez, compórtate como debes.

La chica solo pudo gemir, cerró los ojos y trató de moverse pero el Dom tenía otros planes, cogió el mando y subió el tono de vibración haciéndola protestar.

—Cinco minutos, muñequita, demuéstreme que te mereces tu regalo de cumpleaños.

Menudo bastardo sádico, pensó divertido. Sacudió la cabeza y volvió a echar una mirada al piso superior.

—Voy a entretenerme un rato con las dos polvorillas del *Blackish* — anunció, palmeó la superficie de la barra con la mano y dejó el taburete—. Si ves a Horus, dile que ya me encargo yo de Sophie durante la subasta.

—*Roger*, tío.

Le echó un último vistazo a la sumisa de Kells, se lamió los labios y se dispuso a cruzar la sala principal. Estaba a punto de tocar la barandilla de las escaleras que llevaban al piso superior cuando vio a Lucien atravesar la puerta principal.

Su hermano tenía un gusto muy peculiar por la moda, especialmente cuando venía al club, prueba de ello eran los pantalones de cuero y ese trozo de red que llevaba a modo de camiseta, con el cinturón alrededor de las costillas. Aquello, unido al rotundo cambio de color, le provocaba unas inmensas ganas de matar al peluquero.

Si no fuesen gemelos, juraría que a su hermano lo habían adoptado.

—Juré que nunca más iba a hacer comentario alguno sobre tu gusto por la moda, pero esto me supera, ¿qué coño llevas puesto?

—Hoy tenía prisa, así que lo primero que pude rescatar del armario — replicó con un ligero encogimiento de hombros—. Innovador, ¿no?

—Tanto que creo que mi cerebro no lo superará en mucho tiempo — asintió e hizo una mueca ante su pelo—. ¿No había un color más chillón?

—Quería ponérmelo escarlata, pero eso destacaría demasiado en medio de una persecución —chasqueó la lengua—. Además, me aburrí del claro de luna.

Sacudió la cabeza.

—Tenía que haberme quedado callado, lo sabía.

Lucien se limitó a esbozar una irónica sonrisa, posó la mano sobre su hombro y lo miró con ojo crítico.

—¿Cómo estás? ¿Listo para volver a la acción?

—Tenía la intención de andar de paso hasta que Kells me habló de la subasta.

—Ha sido una buena idea, esa gente necesitará de toda la ayuda posible para levantar de nuevo ese vecindario —corroboró. Él mejor que nadie sabía qué clase de personas habían vivido allí y los problemas a los que se enfrentaban—. Y hará de esta una noche bastante divertida.

Sí, sin duda era perfecto para romper con el tedio.

—Supongo que tienes pensado pujar por Kitty, dado que Horus estará de vigilante durante el transcurso del juego.

—No me fio de nadie más para manejar a esa gatita en ausencia de su Dom.

Él se rió entre dientes.

—La proteges demasiado —le recordó—, y ella se aprovecha de eso.

Enarcó una ceja.

—¿Quién se aprovecha de qué?

Bufó.

—Sí, tú también te aprovechas de ella por comodidad, porque no quieres lidiar con nadie más, especialmente no con una curvilínea chocolatina de ojos marrones que te dejó colgado como un jamón. El detalle del ramo de flores fue tan... bucólico.

Apretó los dientes, no estaría bien que le pegase un puñetazo a su hermano, por mucho que se lo mereciese.

—Tenías que haberla llamado para darle las gracias y, ya de paso, zurrarle por el insulto.

Si supiese que se le pasó por la cabeza hacer exactamente eso y que la idea de zurrarle el culo, dejárselo de un bonito tono rojo, le había arrancado más de un gemido. Estaba obsesionado con esa mujer, necesitaba sacársela de la cabeza e iba a hacerlo esa misma noche durante esa jodida subasta.

—¿No tienes nada mejor que hacer que tocarme las narices?

Se encogió de hombros.

—No, es un trabajo a jornada completa.

Bufó y le dio la espalda. Las luces eligieron ese momento para bajar de intensidad, la música cambió por algo más suave y hubo una serie de pitidos que avisaban del cierre de puertas. A partir de ese momento, no estaba permitida la entrada, quién hubiese llegado tarde, se quedaría fuera.

—Pues cambia de trabajo, Lucien, en este nadie va a pagarte.

Sin más, ascendió por las escaleras de dos en dos y se reunió con las dos atractivas sumisas que, sin duda, le ayudarían a sacarse a la señorita Valentine de la cabeza, al menos durante aquella noche.

CAPÍTULO 10

Faith no podía dejar de mirarse en el espejo retrovisor del coche, se había maquillado a conciencia, algo que no solía hacer a menudo, llevaba el pelo suelto y alborotado sobre los hombros y sabía que el resto de su atuendo era igual de atrevido. No se sentía cómoda en aquella ropa, en realidad, era el típico vestido que una se compraba pensando en una ocasión especial y al final terminaba en el fondo del armario acumulando polvo.

Respiró profundamente y se dirigió una vez más a sí misma.

—De acuerdo, puedes hacerlo, ya has entrado en un club erótico y Ruth decía en su diario que no era como nada que hubiese visto o visitado antes.

Si se fiaba por la tarjeta que había encontrado y que la condujera al lugar en el que se había producido la redada, entonces este club sería el paraíso.

Había aparcado en un lateral, en un pequeño parking privado. No había nada en el edificio de dos plantas que indicase que se trataba de un club erótico, de hecho había pasado dos veces por delante de él antes de darse cuenta de que aquel era el lugar que buscaba. Situado a las afueras de la ciudad, era lo suficiente discreto para que cualquiera pudiese conducir hasta allí y disfrutar de una tórrida noche entre aquellas paredes.

Había intentado encontrar algo de información sobre ese club, el

Blackish, pero ni siquiera salía en internet, era como si el local fuese tan exclusivo que incluso se cuidaban de publicidad indeseada.

—Sí, puedes hacerlo. —Se dijo una vez más a sí misma, obligándose a creer en esas palabras, en asimilar lo que estaba dispuesta a hacer con tal de descubrir qué había pasado a su amiga—. Vamos, Faith, tienes que hacerlo por Ruth.

Abrió la puerta del coche y salió con decisión, sus tacones parecieron resonar en el asfaltado suelo del aparcamiento, como si en plena noche los sonidos se magnificaran y todo sonase el doble de fuerte.

—Si mis alumnos me vieran ahora me exorcizarían —gimió cerrando el vehículo con el control remoto—. Nadie en su sano juicio hace estas cosas.

Por otra parte, no es que pudiera considerarse ahora mismo que estuviese en sus cabales. El hecho de haber conducido hasta allí, para adentrarse en un club erótico y encontrar al hombre que aparecía en la fotografía con su amiga no era signo de cordura.

—No puedo echarme ahora atrás, no puedo...

Se obligó a apartarse del coche y caminar en dirección a la entrada, poniendo un paso delante de otro, avanzando solo para detenerse y dar media vuelta para retroceder y volver a girarse de nuevo.

—Ay Dios, ay Dios, ay Dios...

El edificio parecía estar burlándose de ella, no había nada en él que resultase amenazante, nada que diese una sola pista de lo que escondía en sus entrañas.

—Si vas a entrar será mejor que te des prisa, mascota, las puertas cierran a las doce en punto.

La inesperada voz a su espalda la llevó a dar un respingo, se giró de golpe, llevándose ya la mano al pecho para aquietar su corazón y se encontró al responsable. El doble de alto que ella, cosa que no era muy difícil dada su

estatura, vaqueros, cazadora de piel abierta y una camiseta negra con el nombre del club impreso en ella. Sus ojos la miraban desde detrás de unas gafas que le aportaban un aire intelectual. Era una combinación bastante extraña, especialmente porque los brazos que marcaban esas mangas no eran los de alguien que pasaba el día detrás de un escritorio.

Tragó, se lamió los labios y buscó la voz que se había marchado corriendo a raíz del sobresalto.

—¿A... a las doce?

Se llevó las manos a los bolsillos y ladeó la cabeza, mirándola como lo haría alguien que desease averiguar si se había encontrado previamente con ella.

—Esta es tu primera visita al *Blackish*, ¿eh?

—Sí. —Eso no era una mentira, no así el resto—. Me invitó uno de los socios pero ahora veo que ha debido haber una confusión con la hora.

La forma en que la recorrió con la mirada la hizo sentirse pequeña e incómoda, lo suficiente como para que mirase discretamente la distancia que la separaba de su propio coche.

—Un error imperdonable de su parte.

—¿Existen esas cosas?

—Más de las que crees —replicó con una irónica sonrisa. Sacó las manos de los bolsillos y señaló con un movimiento de la barbilla hacia la puerta del edificio de dos plantas—. ¿Vamos?

Los pies parecían habersele clavado al suelo, lo miró de nuevo y suponía que el recelo se mostró abiertamente en su rostro ya que él volvió a sonreír de manera afectada.

—Es verdad, qué falta de modales por mi parte —comentó, se llevó la mano al pecho y se presentó—. Adam Keller, socio del *Blackish* y parte de la plantilla del club.

Bajó la mirada sobre el musculoso pecho cubierto por la camiseta negra y contempló el logo con el nombre del club.

Este hombre pertenecía a ese lugar, quizá incluso hubiese conocido a su amiga, levantó la mirada hasta encontrarse de nuevo con su mirada y mintió.

—Ruth... Ruth Vera.

—Un placer conocerte, Ruth Vera —asintió y volvió a llevarse las manos a los bolsillos, como si pensase que de esa manera podía resultar menos amenazante—. Y, ¿quién te ha invitado? Tendré que darle un toque de atención por no haberte dado las indicaciones correctas.

No había reconocido el nombre, no sabía si alegrarse de ello o no.

—Dainiel... er... El Amo Dain...

—¿Dain está de vuelta?

La sorpresa en su voz era genuina y le planteaba a sí misma nuevas dudas sobre aquella temeraria iniciativa suya.

—Me ha citado aquí... en el club, ¿lo habría hecho si no lo estuviese?

El echarse a reír no era lo que esperaba como reacción y, sin embargo, ahí estaba él, disfrutando de una broma privada.

—¿He dicho algo gracioso?

Esos ojos la miraron a través del cristal de las gafas, un gesto que vino acompañado de un asentimiento.

—Eres muy, pero que muy nueva, ¿no? —La pregunta brotó con nota divertida—. Sí, serías el tipo de animalillo que Dain rescataría y cobijaría bajo su ala. Has hecho una buena elección, es un buen amo y muy paciente con las aprendices.

El rostro adusto del hombre que había visto en la foto cruzó por su mente. No había nada en él que le sugiriese paciencia, por el contrario, parecía alguien que la perdiese con bastante facilidad. Pero si algo había aprendido a lo largo de los años era a no dejarse llevar por las primeras

impresiones.

—Y, dado que es tu primera noche aquí, no queremos que llegues tarde, ¿verdad?

—No, no me gustaría llegar tarde.

—Señor.

—¿Perdón?

Su sonrisa se amplió y se rió por lo bajo.

—Dios, eres un lienzo en blanco, ¿eh? —Chasqueó la lengua y la recorrió una vez más con la mirada—. Realmente una principiante.

Ahora sería un buen momento para que se abriese la tierra bajo sus pies y se la tragase, pensó Faith, no había forma de que consiguiese hacer que aquello funcionase. Iba a ser descubierta incluso antes de poder entrar en el club.

—Cuando te dirijas a un Dom, debes hacerlo con el respeto adecuado, mascota. —La instruyó allí mismo, dándole unas pautas despertaron su caótica mente—. Lo correcto es que termines tus frases con un «señor», «amo» o «maestro lo que sea» cuando requiera una contestación de ti o desees formular una pregunta.

El protocolo básico del BDSM. Sí, lo había leído, lo había repasado una y otra vez y había ensayado ante el espejo algunas estúpidas respuestas.

No mirar a un amo a los ojos a menos que lo solicite, no hablar a menos que se dirijan a una, ser respetuosa... Dios, aquello era como volver al siglo dieciocho dónde las mujeres eran sumisas por naturaleza y cómo parte de su educación.

Y ella que era maestra, acostumbrada a lidiar con alumnos que en ocasiones le doblaban en tamaño, a llevar la voz cantante en el aula... ¿Sería capaz de pasar una prueba como esta?

—Sí, señor, lo tendré en cuenta.

Se esforzó por bajar la mirada, escudándose en sus pestañas para poder otear su reacción.

—Mucho mejor.

Para su asombro le revolvió el pelo como si fuese una niña y, para terminar, posó la palma abierta sobre su espalda y la empujó con suficiente energía como para que diese un paso adelante, pero no con tanta que terminase en el suelo.

—Vamos, si Dain te regaña por llegar tarde, le diré que ha sido culpa mía, que te he entretenido.

Le llevó unos segundos conseguir poner uno delante del otro y caminar, levantó ligeramente la cabeza y lo miró.

—Gracias, señor.

Él le guiñó un ojo a modo de respuesta, pero ni siquiera pudo atender a su gesto, el estómago empezaba a darle vueltas por causa de los nervios. Estaba a punto de entrar en el lugar en el que había estado Ruth, posiblemente, uno de los últimos que había frecuentado antes de terminar en aquella habitación de hotel. Solo esperaba poder mantenerse entera el tiempo suficiente para encontrar a ese hombre y descubrir qué había hecho con su amiga.

—Um... ¿señor?

El hombre ladeó la cabeza para mirarla.

—Prueba con Maestro Adam, cariño.

Tragó. Dios, si ya tenía dificultades para hablar con un hombre que se mostraba agradable, cómo sería hacerlo con alguien que posiblemente tuviese cosas que ocultar.

—Maestro Adam, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Qué educada —Sonrió de soslayo haciendo que su rostro se volviese más pícaro—. Adelante, pregunta.

Se lamió el labio inferior y empezó con sus pesquisas allí mismo.

—Bueno, es solo... tengo una amiga que es asidua al club... —Una verdad a medias—, y hace tiempo que no la veo. Me preguntaba si... si usted... si la habría visto últimamente.

—¿Y cómo se llama esa amiga tuya, mascota?

Mierda. No podía darle el mismo nombre que acababa de decir era el suyo.

—Faith... Faith Valentine.

—Um... No, no me suena el nombre. ¿Es su nombre de pila o de batalla?

—¿De batalla?

—¿Tu amiga está en una relación?

Hasta dónde ella sabía, sí.

—Sí.

—Supongo que no te habrá dicho el nombre con el que la ha bautizado su amo.

—¿Perdón?

Se detuvo, haciendo que ella se detuviese también y la miró.

—Dónde dijiste que habías conocido a Dain.

Mierda. Bajó la mirada y obligó a su cerebro a procesar rápidamente y a hacer que sus pies no echasen a correr de vuelta al coche.

—No lo he dicho, Maestro Adam.

Lo escuchó resoplar con visible diversión.

—Déjame adivinar, eres uno de sus casos especiales. —Declaró al tiempo que le cogía la barbilla con un par de dedo y se la levantaba—. Sí, tienes todos los síntomas.

—¿Síntomas?

Se limitó a soltarla y envolverle la cintura para volver a caminar.

—¿Cómo es esa tal Faith? —Continuó, cambiando de tema—.
Descríbemela.

Bueno, al menos había conseguido zafarse y obtener una respuesta,
pensó aliviada.

—Era más o menos de mi estatura, un poco más alta quizá, piel blanca,
con pecas, pelo rubio por encima de los hombros, ojos claros...

—¿Era?

Se flageló a sí misma por el descuido.

—Bueno, sí... ella... suele cambiar de... peinado con bastante
frecuencia.

No se lo tragaba, no había manera de que se tragase eso.

—Ya veo...

Mierda, mierda, mierda.

—Maestro Adam, yo...

—Joder, vamos a llegar ambos tarde, mascota —le dijo entonces,
ignorando su susurro, mirando el reloj y apurando el paso hacia la puerta
principal—. Si nos dejan fuera, te castigaré.

¿Queeeeeee?

No tuvo tiempo a reaccionar, pues la cogió de la muñeca y tiró de ella,
haciéndola avanzar con mayor rapidez y casi trastabillar sobre los
desacostumbrados tacones, para atravesar finalmente el umbral del club
erótico.

CAPÍTULO 11

—No puedo dejarte entrar, mascota.

—¿Por qué no? Oh, vamos, señor, no quiero que el amo Reid se enfade conmigo y piense que lo he dejado plantado.

—Nadie entra al club después de las doce.

Ella se incorporó por encima del mostrador y apuntó hacia el reloj que había sobre la pared.

—Solo pasan cinco minutos y estoy segura de que ese reloj está adelantado.

—El reloj está en hora, cariño, llegas tarde, aunque no más que yo.

Faith se sintió arrastrada hacia delante, él no la había soltado después de atravesar la puerta principal, traspasar el recibidor y llegar a esa zona de recepción.

—Tú nunca llegas a tu hora, Adam, es un defecto congénito —aseguró el hombre detrás del mostrador antes de señalar en su dirección—. ¿Nueva sumisa?

—Sí y no. Es nueva, pero no es mía.

No pudo evitar que su mirada fuese de uno a otro de los hombres. Si Adam le parecía alto, el espécimen masculino a pecho descubierto, corte de pelo militar y recortada barba que la miraba con unos inquisitivos ojos

oscuros, no se quedaba atrás.

Menuda tabla de lavar.

Abdominales bien marcados, unos pectorales amplios coronados por pezones oscuros y ese rastro de vello bajando desde su ombligo hasta desaparecer bajo la línea de unos pantalones de cuero hicieron que su atención se fuese a la mierda.

—¿Y de quién es?

—Dice que de Dain.

—¿Ah sí?

Dos pares de ojos quedaron clavados en ella, no sabía si es que les sorprendía ver a una mujer menuda como ella en ese lugar o es que había un verdadero problema con ese tal Dain.

El nombre no podía evitar llevarla a pensar en otro hombre completamente distinto, el propietario de esa identidad que suponía había sido robada, alguien a quien no le importaría recurrir ahora mismo. Si estuviese allí, estaría más que encantada de utilizar su envergadura y esconderse detrás.

Céntrate, Faith, céntrate.

Era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo siendo el centro de atención. Optó por desviar la mirada y posarla en la mujer que había visto al llegar. No era demasiado alta, ni tampoco precisamente delgada, pero tenía algo que la hacía llamativa y, en aquel instante llevaba los zapatos de tacón en una mano y se deslizaba hacia la puerta cerrada que había a la derecha de mostrador.

—Jessica, no des un paso más.

La orden fue directa, seca e hizo que no solo la mujer se detuviese en el acto, sino que ella casi se cuadra como un soldado durante la instrucción. Solo podía suponer qué pasaría si le decía a una mujer que se quitase la

ropa con ese tono de voz. Casi podía apostar que esta caería por sí sola de su cuerpo.

—Por favor, señor, necesito entrar, es cuestión de vida o muerte.

—Lo diré una sola vez más, sumisa —se giró hacia ella, mirándola a los ojos—. Las puertas se han cerrado a las doce. Llama a tu amo, dile que estás aquí, que has llegado tarde y que él decide si quiere que entres o te quedes aquí conmigo a hacerme compañía hasta que decida salir a buscarte.

Ella gimió, incluso dio una patadita en el suelo.

—Amo Cain.

—Hazlo, Jessica.

La orden vino ahora del amo que estaba a su lado, era curioso como con solo cambiar de actitud y tono de voz, ese hombre pasaba de parecer un tipo simpático a uno que te podía arrancar la ropa mientras tú le dabas las gracias por ello.

—Sí, señor.

El fastidio estaba presente en su voz, pero sacó el teléfono de su bolso e hizo lo que se le ordenó.

—Bueno, ¿y qué hacemos entonces contigo?

La pregunta del recepcionista la hizo respingar, dio un instintivo paso atrás, encontrándose con una inesperada montaña humana y unas manos cerrándose sobre sus hombros.

—Tranquila, pequeña, ladra mucho, pero no muerde.

El aludido enarcó una ceja, pero no sabía si era con respecto a su reacción a las palabras de su compañero.

—Sí, sin duda encajas en el programa de entrenamiento de Dain —comentó entonces, recorriéndola con la mirada—, pero me sorprende que la haya citado hoy.

—Tengo la invitación.

Las palabras se le escaparon de la boca y, antes de que pudiese arrepentirse, echó mano de su bolso y sacó esa tarjeta que había encontrado entre las cosas de su amiga. Solo esperaba que efectivamente se tratase de una invitación.

Adam se la quitó de las manos, pero no pudo ver su rostro pues se adelantó hacia el mostrador, compartiendo el hallazgo con su compañero.

—¿Participaste en alguno de los talleres de iniciación?

La pregunta brotó de los labios de Cain, el hombre la miró directamente, esperando una respuesta.

¿Taller de iniciación? ¿El Blackish también imparte de esos? Había leído por la red que había lugares que hacían talleres, seminarios o cursos de iniciación, pero no se le había ocurrido que los impartiesen también allí.

—Sí.

Había alargado tanto la «i» que ni a ella le había parecido creíble su respuesta.

—Te falta algo.

—¿Qué?

Adam se rió entre dientes.

—¿Qué te dije antes de entrar, mascota?

Oh, eso.

—Sí, señor, lo siento, señor, err... Es que... el Amo Dain pensó que sería una buena... oportunidad para poner en práctica lo... aprendido.

Ni todas las páginas de internet que había consultado ni todos los libros eróticos que había leído esa semana le daban el conocimiento teórico para poner en práctica algo más que su desesperación.

No debería estar allí, ella no encajaba en ese ambiente, por no mencionar que hacía demasiado tiempo que no tenía sexo.

¿Por qué me meto en estos líos?

—Él no ha participado en los seminarios de esta semana.

—No he especificado fecha alguna, Maestro Cain.

No sabía si era la respuesta que debía dar, pero a juzgar por la mirada que intercambiaron los dos hombres aquello no parecía ir nada bien.

—¿Pero Maestro Reid? ¡No es justo, señor! ¡Yo quería formar parte de la subasta!

El quejumbroso tono de la chica al teléfono llamó su atención. Había incluso lágrimas en sus ojos y hacía pucheros.

—Por favor, señor, te prometo que no volveré a llegar tarde nunca más.

Llegó un murmullo a través del teléfono y finalmente un lloriqueo de la mujer, quién parecía absolutamente derrotada.

—¿Y bien, mascota?

La chica sorbió por la nariz y lo miró con gesto miserable.

—Ese cabrón dice que me quede aquí hasta que venga a buscarme, señor.

—¿Cómo has dicho?

Ella volvió a sorber y levantó la barbilla con una renovada terquedad.

—Me prometió que podría participar en la subasta y ahora me castiga solo porque llego cinco minutos tarde —replicó haciendo un puchero, las lágrimas resbalando por su rostro—. No es justo.

—La próxima vez llegarás a tu hora.

Su respuesta fue sorber otra vez, dar la vuelta al mostrador y dejarse caer en el asiento con gesto miserable.

—No te envidio ni un poquito —Escuchó susurrar a Adam, quién volvió a centrar su atención en ella—. En cuanto a ti...

—Cain, necesito... —Las puertas ante las que había estado la chica se abrieron y se asomó un moreno con unos claros ojos azules—. Ah, Adam, ya estás aquí. Estupendo, ¿tienes pensado participar en la subasta? Si no me

vendría bien una mano para la vigilancia.

—Soy tu hombre —declaró el aludido.

—¿Y ella?

—Según dice, está aquí por invitación de Dain.

Cain levantó la tarjeta que no le habían devuelto y el recién llegado frunció el ceño al verla. Entonces volvió a mirarla, recorriéndola ahora con lentitud.

—¿Cómo te llamas, gatita?

Más le valdría seguir con la mentira, solo esperaba que esto no la metiese en más problemas.

—Ruth, Ruth Vera... señor.

Él se la quedó mirando con gesto enigmático, entonces se giró hacia la chica que seguía haciendo pucheros.

—Jessica, parece que has cabreado y bien al Maestro Reid, te has quedado fuera de la subasta.

La aludida gimió.

—Amo Horus, no restriegues sal en las heridas, es del todo injusto.

—¿Lo es, mascota? —replicó el aludido—. Él no está nada contento contigo últimamente, deberías pensar en ello y hacer algo para remediarlo.

—Pero...

Levantó la mano y la chica se cayó al momento. Increíble la facilidad con la que esos hombres conseguían resultados.

—Ya tienes tu tarea, Jessica, céntrate en ella.

Su atención volvió a posarse en ella, esos ojos claros la recorrieron sin pudor, se cruzó de brazos y dejó escapar un bajo suspiro.

—Así que te ha invitado Dain, ¿eh?

Asintió con la cabeza por temor a que le temblase la voz.

—Siempre has de responder en voz alta a las preguntas de un Dom,

nena.

Se contuvo de soltar un resoplido y se limitó a mirarle, de todos los presentes parecía el más accesible.

—No te quedaste corto al decir que era una principiante —silbó Cain.

—Más incluso que la pequeña Luna cuando se dejó caer en uno de los seminarios —asintió Horus. No tenía la menor idea de quién era esa tal Luna, pero esperaba que le hubiese ido mejor de lo que le estaba yendo a ella ahora mismo.

—Di mejor que se dejó caer directamente en el regazo de Fire.

—Sí, eso sería más exacto.

Los tres hombres empezaron a recordarle a sus chicos, los de su tutoría, arrogantes, confiados... solo que sus alumnos eran unos adolescentes y estos, hombres hechos y derechos con la envergadura de un maldito jugador de fútbol americano.

Se lamió los labios y optó por utilizar la táctica que usaba en sus clases.

—Me gustaría reunirme con el Amo Dain, si ustedes creen que este es el momento adecuado para interrumpir tan interesante charla —comentó intentando que no le temblase la voz—. No quisiera robarles más de su tiempo, que obviamente parece valioso, así que...

Adam se echó a reír sin más, Cain se llevó la mano a la frente y Horus se la quedó mirando. La única que parecía verdaderamente escandalizada por su respuesta era la chica, Jessica.

¿Qué? ¿No había sido lo suficiente educada?

—...Um, señores... Maestros... ¿Amos?

Su acompañante se dobló por la mitad y estalló en carcajadas, el recepcionista le dio la espalda y el recién llegado empezó a sonreír. Y diablos, era realmente atractivo cuando lo hacía.

—¿Qué he dicho? —Preguntó sin comprender su hilaridad.

—Estoy tentado de quedarme yo contigo y a la mierda, Dain, cariño, tu... falta de adiestramiento es de lo más interesante.

Se obligó a morderse una réplica y apartó la mirada, aquello se le estaba yendo de las manos. Lo que quería hacer era traspasar esas malditas puertas y comprobar de una puñetera vez si el hombre de la foto estaba en el club, solo así podría dar con alguna respuesta.

—Le agradezco su interés, Maestro Adam, pero me veo obligada a declinar su oferta —replicó con calma—. Como ya le dije, recibí una invitación del Amo Dain y me gustaría poder reunirme con él.

Horus entrecerró los ojos, se había quedado mirándola, casi diría que estudiándola.

—De acuerdo —dijo finalmente, descruzó los brazos y se giró hacia el mostrador de la recepción—. Jessica, abre el último cajón y alcánzame un collar blanco que tiene el revestimiento negro.

La chica se movió con rapidez, escuchó el sonido del mueble abriéndose y cerrándose y se incorporó con lo que solo podía identificarse como un estrecho collar de cuero en los tonos mencionados; en el centro del mismo se agitaba un cascabel.

Al verlo, su mente voló de nuevo a la foto que ya tenía grabada en la retina, al collar que había lucido Ruth en esa instantánea. El de ella había sido más ancho, más robusto, no tan delicado pero, seguía siendo el collar de una puñetera mascota.

—No creo que sea necesario...

Adam, que seguía cerca de ella, le cortó la retirada, sujetándola desde atrás, disuadiéndola de dar otro paso.

—Esta es una regla inamovible del *Blackish*, pequeña —le dijo Horus y levantó la pequeña pieza de cuero—. Ninguna sumisa traspasa esas puertas sin un collar que diga si está disponible o pertenece a alguien.

—Yo no...

—Has afirmado dos veces que estás aquí por Dain —le recordó al tiempo que avanzaba hacia ella—, así que, esta noche, él será responsable de ti.

—Esto no es lo que yo...

Dios. No era lo que ella esperaba, estaba preparada para ver a gente teniendo sexo, incluso para orgías e incluso el chasquido de los *flogger*, látigos y varas de los juegos de impacto, pero... ¿que la dejaran bajo la responsabilidad de un hombre que no conocía y que posiblemente tuviese algo que ver con la muerte de Ruth?

—Tienes dos opciones, nena, llevar el collar mientras estés en el club o irte ahora —sentenció con sencillez—. La decisión es tuya.

Valor, Faith, ten valor. Si puedes con una clase de diecinueve adolescentes de los suburbios, puedes con esto.

—Dios, espero no arrepentirme luego de esto. —No pudo evitar farfullar en voz baja para finalmente asentir—. Yo me quedo, Amo Horus.

—Chica valiente.

El halago vino de Adam, quién aflojó su agarre y le acarició lentamente los brazos, como si quisiera que entrase en calor. Su contacto, más que resultarle incómodo o repulsivo, la tranquilizó en cierta medida.

—Gracias, señor.

Él le guiñó el ojo.

—Recógete el pelo. —Fue una orden, no una petición. Y ese tono de voz, unido a su presencia, hizo que se tensase al momento—. Tienes un cuello muy bonito, merece la pena lucirlo.

Deslizó la mirada entre los tres hombres que, sin ser consciente de ello, habían terminado apretándola en un triángulo y tragó saliva.

Ruth, si estás viéndome, no permitas que termine corriendo tu misma

suerte.

Tomó una profunda bocanada de aire y se recogió el pelo en una coleta, aceptando una goma del pelo de color blanco que le cedió Adam.

—Acabemos con esto de una vez, Maestros.

CAPÍTULO 12

Tenía que admitir que aquel lugar no se parecía en nada al último club en el que había estado. No sabía explicar el concepto, pero el ambiente que se respiraba aquí no era tan... salvaje. No sabía si se debía a la distribución del escaso mobiliario o a la suave e invitante música que sonaba a través de los altavoces, o al color monocromático del lugar, en tonos blancos y negros, muy alejado del típico borgoña que solía asociar automáticamente con el sexo. Y este seguía siendo un local donde el sexo era la atracción principal, no tenía que hacer más que un rápido barrido para reparar en las espas en forma de equis que había en una de las paredes, las cadenas y mosquetones que colgaban en otra, o las áreas acordonadas ocupadas por sofás y otomanas en las que, personas bastante ligeras de ropa, parecían tener un cómodo y desnudo *tête à tête*.

Se obligó a dar un paso delante de otro, echó un nuevo vistazo hacia la puerta de entrada esperando ver a los tres mosqueteros —había decidido bautizarles así—, pero el continuo movimiento de la sala le restaba visibilidad.

—Espacio, preciosa.

—Lo siento.

Tenía que poner atención o terminaría tropezando con todo el mundo y,

ahora no podía echarle la culpa a los tacones pues la habían obligado a quitárselos. Normas del *Blackish*. Un montón de normas que más le valía aprenderse y rapidito si no quería terminar metida en más de un lío.

—Vale, ya estás aquí, ¿ahora qué?

Deslizó la mirada por la planta principal, localizó la barra del bar y creyó reconocer una de esas camisetas negras con el logo del local en el hombre que hacía de barman. Era una verdadera montaña humana, con una espalda anchísima en la que destacaba el nombre del maestro en cuestión; un detalle que había descubierto en el atuendo de Horus. La iluminación estaba diseñada para dotar de cierta intimidad según las áreas o dar la suficiente luz, así pues encontraba mayor visibilidad en las zonas comunes que en las que suponía eran las privadas.

Se apartó, pegándose a la estructura de la escalera situada a un lado de la sala para dejar paso a un hombre vestido de traje y a una mujer —una sumisa—, que le seguía gateando sobre sus manos y rodillas. Si aquello ya era extraño, el hecho de que la chica llevase una especie de disfraz compuesto por orejas, mitones y colita de perro, lo hacía todavía más bizarro.

—*Furry play*^[1] —musitó para sí, recordando el nombre exacto de esas prácticas en las que solían vestirse de animalillos y actuar como tal—. Al menos toda esa investigación ha servido para algo.

Continuó apoyada en la estructura de la escalera y siguió haciéndose una idea de la distribución del lugar. Arriba, según pudo comprobar al levantar la cabeza, había otra zona de esparcimiento. Desde su posición solo podía apreciar la barandilla que continuaba a la escalera y que se dividía en forma de ele y lo que parecían unos sofás y mesas, algunas ocupadas por personas.

—Ahora mismo no me vendría nada mal un plano para saber dónde está cada cosa —susurró hablando consigo misma—, esto es mucho más

grande de lo que había pensado.

Y tenía una acústica perfecta, pensó con palpable ironía al ser consciente por primera vez de los gemidos, grititos y súplicas que llegaban desde ciertas áreas. Se obligó a respirar profundamente y a mantener la mirada baja, pues no deseaba encontrarse realmente cara a cara con nada demasiado gráfico.

Sí, sí, como que vas a tener suerte, hermana, ¿te das cuenta dónde te has metido?

De repente, el collar que tenía en el cuello empezó a apretarle, el cascabel sonó cuando lo tocó con los dedos y tiró de él. Si hubiese podido se lo habría quitado, pero para poder hacerlo necesitaba una jodida llave para el candadito que el puñetero Amo Horus había añadido para evitar que lo hiciera por su propia cuenta.

«Eres acollarada por un Dom y solo un Dom puede retirarte el collar. Piensa que es parte de tu protección».

—Protección y una mierda.

Se estremeció y sintió la necesidad de abrazarse y frotarse los brazos. Echó un nuevo vistazo a su alrededor y sopesó sus opciones. No podía quedarse allí parada toda la noche, no solo no conseguiría resultado alguno, sino que antes o después alguien acabaría reparando en ella.

Necesitaba encontrar a ese hombre, a ese Amo Dain y sacar alguna respuesta que arrojase luz a lo ocurrido con su amiga. ¿Pero dónde mirar? Había demasiada gente y no podía ir comprobando a todo el mundo, levantaría sospechas antes de que cantase un gallo.

—Bueno, chica, no te queda otra opción que preguntar —suspiró y volvió a mirar hacia la barra.

Si había un lugar en el que antes o después paraba un hombre era siempre la barra de un bar y, dado el ajetreo de la zona, sería un buen lugar

para empezar con sus indagaciones.

Comprobó que su vestido estuviese en su sitio, pues sin el abrigo se sentía incluso más expuesta, se tocó el collar una última vez, respiró profundamente y atravesó la sala en dirección a la barra.

—Vaya, a ti no te conozco, ¿eres nueva por aquí?

Alguien refrenó su avance al cogerla por la muñeca. Se detuvo en seco, se giró y se encontró con un jovencuelo, porque aquello era lo que parecía, con una sonrisa bonita y un rostro pícaro. Al contrario que las montañas con las que se había encontrado hasta el momento en el interior de ese lugar, él era delgado, fibroso y vestía con vaqueros y una camisa blanca.

Faith bajó la mirada hacia la muñeca que todavía le sujetaba y luego volvió a posarla sobre él con su mejor mirada de advertencia. Esta surtió el mismo efecto que surtía en sus alumnos, la soltó al momento e incluso dio un paso atrás, llevándose la mano a la parte de atrás del cuello con una sonrisa arrepentida.

—Um, perdona. No pretendía asustarte.

—¿Te parezco asustada?

Él parpadeó un par de veces y la recorrió de los pies a la cabeza de una manera tan sexual que se sintió incómoda.

—No, para nada. —Se lamió los labios—. Solo creo que eres una mujer muy atractiva. ¿Estás sola?

Faith se giró ahora por completo hacia él, reconociendo un intento de ligue torpe e inseguro.

—No —declaró con un resoplido, ladeó la cabeza y el puñetero cascabel que llevaba al cuello sonó llamando la atención del chico.

—Ah, ya veo. Lo siento, no me había dado cuenta de que llevabas el collar.

Pues no era como si el llevar el pelo recogido en una coleta no lo dejase

perfectamente a la vista, pensó con ironía. Entonces suspiró, no podía pagar su mal humor con ese muchacho, le recordaba demasiado a sus chicos y parecía cada vez más y más avergonzado.

—¿Has venido solo?

La pregunta pareció darle esperanzas, pues recuperó esa sonrisa del principio.

—Con un amigo, aunque él lleva un buen rato entreteniéndose — declaró señalando la parte de arriba—. Es la primera vez que vengo por aquí, me invitó y, bueno, la curiosidad pudo conmigo.

—Ya veo. —Vamos, que estaba tan perdido como ella—. ¿No habías estado nunca antes en un club de BDSM?

El sonrojo en sus mejillas lo decía todo.

—Solo en un par de fiestas y, créeme, no tienen nada que ver con esto.

Asintió, ese muchacho estaba incluso más perdido que ella, lo que ya era decir. Echó un vistazo alrededor de la sala y se encontró con Cain y Adam, cerca de la puerta, su mirada puesta sobre ella. Entrecerró los ojos, miró al chico y sonrió para sí.

—En ese caso, creo que lo mejor es que conozcas a alguien que sí sabe dónde se ha metido y te oriente sobre lo que puedes encontrarte aquí.

Sin pedir permiso, lo cogió de la muñeca, tal y como él había hecho antes y empezó a tirar de él en dirección a los hombres. Cain fue el que no tuvo problema en reaccionar al ver su «fechoría» negando al momento con la cabeza, prácticamente la consideraba un caso perdido, Adam, por su parte, parecía genuinamente divertido.

—Cariño, me temo que te has equivocado de Amo.

Ahora fue su turno de poner los ojos en blanco.

—Maestros, quiero presentaros a Kit. —Ignoró su comentario y pasó a lo que le interesaba—. Ha venido con un amigo, que lo ha dejado plantado y

perdido en medio de esta basta... jungla.

Los hombres se fijaron en el muchacho, quién se tensó al momento y no pudo sino sentir simpatía por él, era lo que provocaban los Maestros del *Blackish*, eso y querer salir corriendo.

—Um... hola.

—¿Seríais tan amables de tener una charla con él? Sé que ambos estáis mucho más versados en... estos temas y le vendría bien la orientación de alguien más experimentado.

—No me lo puedo creer —masculló Cain.

—Eres una cajita de sorpresa. —Se rió Adam—. Bienvenido, Kit, soy Adam.

El muchacho respiró de nuevo al ver que el hombre le tendía la mano y no dudó en estrechársela.

—Gracias.

—Cain. —Se presentó al mismo tiempo el otro hombre—. Así que te han... abandonado en medio de la jungla.

La acusación no iba para el chico, sino para ella, no tenía que ser muy avispada para saberlo cuando la mirada de los tres se centró en ella.

—Os haréis cargo de él, ¿verdad? —Si bien lo formuló como una pregunta había una afirmación oculta en sus palabras y ellos la captaron a la primera—. Sé que podéis orientarle en la dirección correcta.

—Sí, ya nos hacemos cargo de tu amigo.

Asintió satisfecha.

—Perfecto, muchas gracias, Maestros. —Con eso, se giró al chico y le tocó el brazo como lo hacía con sus alumnos—. Quedas en buenas manos, Kit.

Sin otra palabra, giró sobre sus pies descalzos y volvió a su primer objetivo; buscar al maestro Dain.

—Ruth... —La llamaron pero, dado que no era su nombre, se le olvidó responder—. ¿Mascota?

Una mano sobre su hombro la frenó de nuevo, se giró y vio a Adam con gesto fruncido.

—¿Sí, señor?

—¿A dónde vas?

—Al bar. —Señaló lo obvio—. Esperaba encontrar al Amo Dain allí.

—¿A Dain? ¿En el bar?

Su confusión era genuina y la hizo recelar.

—Bueno, ya sabes, Maestro Adam, es una de las zonas por las que soléis pasar los hombres antes o después.

La incredulidad que encontró en sus ojos le advirtió que era mejor quedarse callada.

—Y... estoy segura que el Maestro... —Se giró para ver el nombre en la camiseta, ahora que este estaba de espaldas—, Kells, podrá decirme si ha dejado algún aviso para mí o...

Levantó una mano y la hizo callar.

—¡Kells! —Levantó la voz haciendo que el barman atendiese a su llamado al momento. Se giró hacia ellos y a ella se le quedó el aire atrapado en los pulmones al ver la rudeza de su rostro—. ¿Has visto a Dain hoy?

Él señaló con el pulgar hacia arriba.

—Está arriba.

—¿Dejó algún mensaje para su sumisa?

—¿Su sumisa?

Una punzada le atravesó el corazón. Oh, no, aquello no sonaba nada bien, como tampoco lo era la sombra que cruzó por el rostro del hombre a su lado.

—Ruth Vera.

El hombre frunció el ceño, haciendo que sus facciones se volvieran incluso peligrosas. La instantánea necesidad de salir corriendo se impuso a todo y dio media vuelta, pero Adam la sujetó impidiéndole moverse.

—Ni se te ocurra.

Su voz era acerada, nada que ver con la tierna y divertida amabilidad que había tenido con ella hasta ahora.

—¿Ruth? Ella no es de Dain, la rubita ha venido un par de veces con Blake. —Negó con un absoluto convencimiento que hizo que ella misma se girase en su dirección—. Pero ninguno ha pasado por aquí desde hace tiempo.

—¿Dices que la chica es rubia?

—Sí, rubia, de esta estatura, risueña.

Los dedos se cerraron alrededor de su muñeca con demasiada fuerza.

—Ay, me haces daño. —Tiró para soltarse—. Suéltame.

—No hasta que me digas quién eres tú y por qué estás utilizando el nombre de otra persona.

Lo dijo en voz tan baja que solo ella podía escucharlo.

—Ya te lo he dicho, he venido buscando a Dain Ratcliffe —replicó luchando con las lágrimas que le picaban en los ojos—, y no me iré de aquí sin ver a ese desgraciado.

Ya no tenía motivo alguno para seguir fingiendo, para ocultar lo que sentía realmente en relación con ese hombre.

—Él es el único que puede decirme qué ha hecho con Ruth, el único que puede esclarecer los motivos de su muerte.

Su revelación fue una verdadera sorpresa para Adam, aflojó su agarre y se la quedó mirando.

—¿Ruth Vera está muerta?

—Sí, lo está. —Declaró alguien a sus espaldas—. Y ella se llama Faith,

Faith Valentine. Era la compañera de piso de Ruth.

Cuando Adam se giró para ver al recién llegado, todo el aire que todavía conservaba en los pulmones se esfumó a la velocidad de la luz.

—Tú... ¿qué...? ¿Por qué estás pelirrojo?

Lucien sonrió ampliamente, dejó escapar una carcajada y la recorrió con la mirada.

—Vaya, vaya, mira que ha traído la marea hasta nuestra puerta. — Declaró el hombre apoyándose en el hombro de Adam, sin pedir permiso.

—¿La conoces?

—Sí, es la gatita por la que mi hermano recibió dos cuchilladas — declaró al tiempo que estiraba la mano y hacía sonar el cascabel de su cuello —, y parece que esta noche es también su sumisa.

Ella sacudió la cabeza, no podía estar pasando aquello, sencillamente no podía tener tan mala suerte, ¿verdad?

—Dime que él no está aquí.

Su sonrisa se hizo todavía más amplia, se llevó dos dedos a los labios y emitió un potente silbido que resonó en toda la sala, llamando la atención de algunos de los presentes, que no dudaron en girarse en su dirección.

—Joder, Lucien, si vuelves a hacer eso sin avisar, te rompo la crisma.

Ella misma se llevó las manos a los oídos, sintiendo que le retumbaban un poco.

—Perdona, Adam, la próxima vez te mandaré una notificación antes de hacerlo.

—Que te jodan, tío.

—Es lo que llevo intentando que hagan durante toda la noche.

—Pues si estás aquí es que no has tenido mucha suerte.

—Estoy aquí porque vi a esta galletita de chocolate arrastrar a un pobre incauto a través de la sala hacia vosotros dos. Pensé que estaba teniendo una

alucinación brutal, pero no, aquí está. Y eso me lleva a, ¿cómo has entrado?

—Traía una tarjeta de invitación, la de los Maestros.

—Vaya, esto se pone cada vez más y más interesante.

—No te haces una idea de cuánto —aseguró Adam, quién seguía con la mirada puesta en ella—. Así que, tu verdadero nombre es Faith.

Se lamió los labios, respiró profundamente y asintió.

—Sí, siento haberte engañado. —Se disculpó—. Esperaba que el nombre de Ruth te sonase, que... que le sonase a alguien aquí.

—Hay algo que todavía se me escapa, galletita —añadió Lucien, mirándola con renovado interés—. De hecho, son dos cosas a la luz de lo que acaba de decir Adam. Una, ¿qué te ha hecho venir a buscar a Dain aquí cuando has podido hablar con él en el hospital? Y, ¿cómo has obtenido esa tarjeta?

Cerró los ojos, dejó escapar un nuevo resoplido y añadió.

—Porque el Dain Ratcliffe que he venido a buscar, no es el *Dainiel Ratcliffe* que terminó en el hospital por mi culpa.

—¿Y quién es él, Faith?

La voz ronca, puramente masculina y con la que no había dejado de soñar y fantasear las últimas semanas, le llegó desde atrás, haciendo que todo su cuerpo reaccionase a su sola presencia. Se giró y allí estaba él, vistiendo hoy la misma camiseta que el resto de amos del local, porque eso era él, comprendió, uno de los Maestros del *Blackish*.

—¿A quién has venido a buscar?

Se mordió el labio, bajó la mirada sintiéndose repentinamente cohibida ante su presencia.

—A la persona que podría ser responsable de la muerte de mi amiga.

CAPÍTULO 13

Dain no podía dejar de mirar a la mujer que tenía delante. Menuda, envuelta en un ceñido vestido negro que le acunaba los pechos, le marcaba las caderas y terminaba un poco por encima de la rodilla, el pelo recogido en una coleta, suficiente maquillaje como para pintar un cuadro y su collar, el que solía utilizar para con las sumisas con las que tenía alguna relación en el club, rodeándole el cuello.

Un inmediato sentimiento de posesividad lo recorrió por entero, así como también de protección.

Faith se sentía acorralada, nerviosa, no hacía más que mirar de un lado a otro y, lo más curioso de todo, es que lo buscase a él una y otra vez con la mirada.

Todavía no podía creer que estuviese allí, que hubiese venido precisamente al club esa noche y, si bien le hubiese gustado que lo hiciera pensando en encontrarle a él, su motivación había sido otra, la de dar con el hombre que se hacía llamar como él y del que su difunta amiga había hablado en un diario.

—A ver si lo he entendido, mascota, has encontrado entre las cosas de tu amiga la tarjeta de invitación con la que te presentaste, así como la foto en cuya parte trasera está escrito el nombre de Dain —resumió Lucien—. Y todo

ello ha salido de un diario personal que ni siquiera sabías que existía.

—Diría que lo has resumido bastante bien.

Dain sacudió la cabeza y cogió la foto que había depositado ella sobre la mesa. Después del inesperado encuentro, se habían trasladado a la oficina de Horus, dónde tanto él como los otros Maestros que se habían visto implicados en la rebuscada mentira de Faith para colarse en el club, se habían reunido.

La chica había explicado sus motivos, había puesto sobre la mesa todo lo descubierto en los últimos días y cómo decidió —solo por eso la estrangularía—, infiltrarse en el club para descubrir a ese hombre.

Giró la foto entre los dedos, reconoció su nombre y volvió a mirar la imagen de la pareja que posaba.

—Tengo la sensación de haberlo visto en alguna parte, pero... no sé, no tengo la menor idea de quién es o porqué coño utiliza mi nombre.

Lucien le quitó la foto y la examinó detenidamente.

—La foto está sacada sin duda aquí, lo cual indica que alguien pasó el móvil al interior de la sala y no lo dejó en las taquillas.

—¿No se puede entrar con móvil?

Dain bajó la mirada sobre ella, se había detenido de nuevo a su lado para poder examinar la instantánea.

—¿Te gustaría que te hiciesen una foto mientras estás desnuda, atada a la cruz de San Andrés, con pezones rodeados por pinzas y tu goteante sexo expuesto a cualquiera que pase y desee mirar?

La manera en que abrió los ojos, movió los labios y tuvo instantánea dificultad para respirar fue suficiente respuesta para él, una que encontró bastante interesante.

—De acuerdo, ya entiendo tu punto.

—Supuse que lo harías.

Un suave sonrojo tiñó sus mejillas y apartó al momento la mirada, bajando dulcemente los ojos.

—Lo que más me preocupa es que no es alguien que forme parte del club, no está en la base de datos de los socios —añadió Horus, quién había sospechado de la pequeña Faith desde el primer momento.

El Dom había sabido que la chica mentía nada más verla, pero también estaba dispuesto a ver hasta dónde llegaría. Había supuesto que se trataba de alguna sumisa que habría sesionado con anterioridad con él, pero no que era la misma gatita que lo había mandado al hospital.

De hecho, cada uno de los que había interactuado con ella sabía que algo no iba bien, que ocultaba cosas, pero ni en sus más salvajes sueños pudieron imaginarse todo lo que había detrás.

—Ha tenido que ser invitado por alguno de los maestros, de otro modo esa tarjeta no estaría en manos de tu sumisa, Dain.

—No soy su sumisa.

—Llevas mi collar. —Se inclinó sobre ella, hablándole al oído—. Eso te convierte en mi sumisa por esta noche.

La mirada que le dedicó fue bastante elocuente, aunque dudaba que ella se diese cuenta siquiera de lo que le había mostrado.

—Llevas toda la noche reclamándole como Amo, cariño, que no se te olvide —añadió Adam, quién parecía bastante divertido por la situación.

—No puedo con vosotros.

Sonrió para sí e indicó de nuevo la foto.

—Sé que a ella la vi con anterioridad, te lo dije, Dain, es la chica por la que se armó el jaleo aquella noche en la que tuviste que ayudar al chaval a cortar la red de suspensión —aseguró Lucien—. Pero no había venido con este tipo, si mal no recuerdo, lo hizo con Blake.

—El que montó el espectáculo fue uno de los tíos que asistió al taller

de amor—asintió Horus—. Y ese mismo día se le retiró la participación y se le vetó la entrada al club.

—¿Y ese hombre que estaba detrás de la barra del bar? —inquirió Faith—. Él describió a Ruth correctamente, sabía quién era ella...

—Maestro Kells, ¿recuerdas lo que te dije al entrar, cariño? —le recordó Adam y lo miró a él—. No le vendría mal participar en el próximo seminario de iniciación. Es un lienzo en blanco.

—Lo sé.

Y no veía la hora de poder pintar en él, pensó Dain relamiéndose interiormente ante la perspectiva.

—No creo que...

—Silencio, Faith.

La manera en que se estremecía cuando le susurraba al oído y acataba al momento sus órdenes era deliciosa.

—Mañana por la mañana llamaré a Damien para ponerlo al corriente de lo que ha pasado —añadió Lucien. El detective había tenido otros planes para esa noche, por lo que no se había pasado por el club—. Querrá ver ese diario, mascota, yo quiero verlo.

—Pero... es algo privado.

—Tú lo has leído.

—Era mi amiga y buscaba... algo que explicase lo que pasó —sacudió la cabeza y la levantó en busca de su mirada—. Sé que ella nunca se habría metido nada, tiene que haber otra explicación para esa supuesta sobredosis. Ruth no estaba metida en las drogas, por Dios, si llevaba un programa para la concienciación en el instituto en el que ambas damos clase. No, me niego a creerlo.

—Tranquila. —Posó la mano en su hombro desnudo y se lo apretó suavemente—. Esto arroja una luz completamente distinta a lo que le pasó.

—Pero, ¿por qué alguien se haría pasar por ti, Dain? —Añadió Cain, quién había estado meditando en silencio—. ¿Qué motivación podía tener ese hombre para usurpar tu identidad?

—No lo sé y eso es precisamente lo que más me cabrea.

Y también arrojaba luz sobre el motivo por el que su pequeña morenita se hubiese presentado aquella mañana en el gimnasio para pedirle explicaciones.

—Alguien se ha estado haciendo pasar por mí o, al menos, ha usurpado mi identidad dentro del club.

—Hablaré con Brian, Kells y los otros socios con membresía —suspiró Horus—. Si tenemos a alguien peligroso en el club, necesito saberlo. No voy a exponer a las sumisas o a sus amos a la presencia de un posible asesino.

—Tenía la esperanza de que estuviese aquí —musitó Faith—. De poder obtener alguna respuesta.

—Dado la cantidad de problemas que generas, casi es mejor que no lo hayas encontrado —bufó Cain—. Aquí, la sumisita, nos ha endilgado a Adam y a mí la tutela de un joven dom.

—El deber de todo maestro es ayudar y aconsejar a sus alumnos.

—No soy esa clase de maestro.

—Ahora sí. —Se rió Adam mirando a su compañero.

—Me vendría bien una mano en el próximo seminario para iniciación a la dominación —añadió Horus reclutándolos indirectamente a ambos—. ¿El próximo jueves a las seis? A partir de las ocho empieza el de iniciación a la sumisión.

—Y ya tienes nueva alumna.

—¿Es una broma?

—Ya me encargaré de que vayas con la lección aprendida.

—Yo no soy sumisa.

Ante tal ofendida declaración hubo un coro de risas, toses y audibles respuestas al respecto.

—Te relevaré en la subasta. —Añadió Horus, mirándole con profunda diversión—. Hablaré con Kitty.

Asintió. Tenía más que claro que, con Faith allí, no iba a tener cabeza para nada que no fuese esta problemática gatita.

—Y os quiero a todos con los ojos bien abiertos por si ese usurpador vuelve a poner los pies en el *Blackish*. —Avisó así mismo el dueño del club, hablando ahora con profunda seriedad. Una que sin duda compartían todos los presentes.

—Hablaré con Kells —añadió Lucien y golpeó la foto con los dedos al tiempo que miraba a la chica—. Me quedaré con esto, le haré llegar una copia a primera hora a Damien y le diré que se ponga en contacto contigo.

Faith parecía haberse ido desinflando poco a poco en la silla, era como si toda la adrenalina que la había traído hasta ese lugar y momento se hubiese esfumado.

—No te preocupes, galletita —añadió su hermano acariciándole la mejilla con ternura—, vamos a llegar al fondo de esto, cueste lo que cueste.

Ella se limitó a asentir, no es que hubiese mucho más que pudiese hacer al respecto.

—Procura no meterte en más problemas —sugirió Cain abriendo ya la puerta del despacho y encabezando la comitiva de salida.

—Pórtate bien con el Amo Dain, cariño.

Adam parecía tener cierta afinidad con ella, una que era recíproca, a juzgar por la manera en que sonrió al dom.

—No te prometo nada, señor.

Su amigo le guiñó el ojo y salió también por la puerta.

—Bueno, será mejor que dé comienzo a la subasta antes de que

nuestras sumisas decidan levantar un piquete y tomar el club —declaró Horus haciendo una mueca—. Estoy seguro de que la mía encabezaría la marcha.

Se rió entre dientes, no pudo evitarlo, conocía bien a Sophie como para saber que eso era precisamente lo que haría.

—Dile a nuestra *gatita* que se porte bien.

Puso los ojos en blanco y salió cerrando tras de él, dejándolos finalmente a solas.

—Lo siento mucho, parece que no hago otra cosa que causarte problemas.

Se apoyó en la mesa, de modo que pudiese contemplarla a placer.

—Si mal no recuerdo ya me has pedido disculpas antes por ello, de hecho, me mandaste un maldito ramo de flores.

Levantó esos bonitos y tiernos ojos marrones e hizo un puchero que le dieron ganas de borrar a besos.

—¿No te gustaron las dalias? Se supone que las malvas, significan agradecimiento, eso es lo que quería demostrarte, después de todo, bueno... te hirieron por...

—Termina esa frase, te pongo sobre la mesa y te zurro el culo.

Su amenaza la calló al momento, haciéndola parpadear y sonrojarse.

Era un misterio como podía notarlo bajo toda esa cantidad de maquillaje, pero así era.

—No quiero volver a oírlo una sola vez más, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, casi fastidiada por ella.

—Bien, veo que nos vamos entendiendo —continuó inclinándose hacia delante—. Y te agradezco el detalle, mascota, pero...

—No me llames mascota, lo odio.

Lo dijo en una vocecita tan baja, tan fastidiada, que le causó gracia.

—¿Cómo quieres que te llame?

—Faith, ese es mi nombre.

—De acuerdo, Faith, como te decía, te agradezco el detalle, pero hubiese preferido mucho más que vinieses tú a traer esas flores. —Le acarició el pelo con los dedos, peinando la coleta para finalmente acariciarle el cuello y hacer sonar el cascabel—. Me hubiese gustado mucho más verte a ti, saber qué tal estabas...

—Estoy bien, gracias.

—Siempre tan educada.

Delineó el collar con la punta del dedo y ella se estremeció.

—Dainiel yo...

—Amo Dain o señor, Faith, puedes elegir la terminación que quieras, creo que Adam ya te ha enseñado cómo debes dirigirte a un dominante.

Se lamió los labios, levantó la cabeza llevada por sus caricias pero se negó a mirarle.

—Mírame, Faith.

Ella levantó entonces los ojos.

—Voy a besarte, dulzura.

—¿Por qué?

—Porque no he podido pensar en otra cosa desde que te vi allí de pie, en medio del área central del club, sola a pesar de estar rodeada de gente.

Le acarició el labio inferior, arrastrando el carmín con el pulgar.

—Y solo es una pequeña parte de lo que quiero hacerte.

—¿Y qué sería todo lo demás?

Resbaló el dedo hasta soltarle el labio y se echó hacia atrás.

—Eso solo lo descubrirás si aceptas el collar que ya llevas, si aceptas quedar a mi cuidado por esta noche —declaró con total sinceridad, buscando sus ojos y sosteniéndole la mirada—. Quiero que seas mi sumisa.

—Pero no soy una sumisa.

Sonrió, no pudo evitarlo.

—¿Cómo estás tan segura de ello?

—Porque si tan solo se te ocurre levantar una vara o cualquier cosa que deje marca sobre mí, te dejaré eunuco.

Dain rompió a carcajadas y cedió al impulso que llevaba reteniendo desde que la vio. Envolvió la mano alrededor del pelo negro y tiró de su cabeza hacia atrás.

—¿Y si lo que deseo es atarte, vendarte los ojos y disfrutar de todo lo que oculta ese horrible vestido?

—Mi vestido no es horrible.

—¿Qué harías entonces, Faith? ¿Me dejarías? ¿Lo disfrutarías?

—No lo sé.

—Pero, quieres averiguarlo, ¿verdad?

—¿En qué me convertiría si te digo que... quizás?

—En la mujer que disfrutará de una noche distinta y, quizás inolvidable, en el *Blackish*.

Esos ojos marrones se prendieron de los suyos, vio cómo se lamia los labios una vez más.

—Bueno, quizá solo por esta noche, pueda... um... fingir que soy tu sumisa.

Le acarició los labios con el aliento.

—Nada de fingimientos, dulzura, lo serás.

CAPÍTULO 14

Dain disfrutó de ese primer beso mucho más de lo que había esperado. La suave piel chocolate de sus brazos era como terciopelo bajo las manos, su cuerpo menudo y curvilíneo tan apetecible que no le importaría continuar más allá del beso e ir desprendiéndose una a una de las capas de ropa que se interponían en su camino. Pero tenía que refrenarse, había cosas de las que hablar, límites que pactar, normas que establecer. Faith podía tener inclinaciones sumisas naturales, pero era completamente ajena a este mundo y a sus reglas, en muchos aspectos era como una pizarra en blanco.

Le recorrió los labios con una pasada de la lengua, disfrutó de su sabor una última vez y se apartó. Lo que vio le gustó: labios convenientemente hinchados, ojos brillantes, mejillas sonrosadas, la respiración más acelerada... El beso la había excitado tanto como a él.

—Llevas puesto demasiado maquillaje —comentó lamiéndose la yema del pulgar para luego restregarlo sobre el colorete de su mejilla y mostrar la evidencia.

—¿Otra pega como la que le dedicaste a mi vestido?

—Te falta algo, *mascota*.

Un pequeño mohín, un gesto de disgusto ante el apodo y el reconocimiento de lo que significaba su llamada de atención pronunciando un

bajito «señor». A pesar de todo ese maquillaje que estaba dispuesto a retirarle de la cara y el conservador vestido que había elegido, seguía teniendo ese aire de inocencia recién perdida que tanto lo encandilaba. Era esa combinación de «*debería estar en mi casa, con el pestillo echado y una taza de chocolate en las manos*» y «*no tengo la menor idea de dónde me estoy metiendo, pero voy de cabeza*» lo que la hacía tan interesante.

Estaba acostumbrado a las sumisas que conocían el lugar que ocupaban, que comprendían que aquello era algo que deseaban, un camino que podrían seguir. Faith, en cambio, le recordaba más bien a esas mujeres o jovencitas que solían llegar a su oficina, alguien demasiado amable, demasiado bueno para terminar de la manera que terminaban muchas de ellas.

La pequeña profesora era una mezcla de las cosas que le gustaban y las que desconocía por completo, un coctel de lo más interesante.

—Me sorprende que te hayas atrevido a venir al club sin saber en qué te estabas metiendo exactamente —añadió entonces—. Tu última aventura debería haberte enseñado algo.

—Lo hizo —replicó ladeando ligeramente la cabeza y mirando hacia otro lado, casi como si se pensase las palabras—. Esta vez me tomé la molestia de investigar un poco el ambiente en el que me estaba metiendo, aunque creo que mis pesquisas se quedaron cortas, señor.

—Si quieres saber sobre el roll de una sumisa, deberías asistir a uno de los seminarios de iniciación a la sumisión que se imparten.

Los ojos marrones se levantaron al momento, encontrándose con los suyos.

—Limitémonos a esta noche, *Amo Dain*, fue lo que... dije que intentaría.

—En ese caso, es mi deber enseñarte cómo proceder —aceptó recorriéndola con la mirada, disfrutando de tenerla allí para empezar—. Y

deberíamos empezar por lo más básico.

—¿El misionero?

La inesperada y repentina respuesta lo hizo reír.

—Bueno, dulzura, yo estaba pensando más bien en acompañarte al vestidor y buscarte algo más adecuado para el club y deshacernos de paso de lo que no necesitas llevar puesto.

Ella bajó la mirada sobre sí misma y sacudió la cabeza.

—Pero no he traído nada más, Dainiel...

—Debes de ser una de las pocas personas que me llama por mi nombre completo y haces que suene diferente. —Le acarició los labios con un dedo.

—Lo siento, yo...

—No, no me importa.

—Es solo que... no me siento... cómoda, diciéndolo de otra manera. — Echó un fugaz vistazo hacia la puerta—. Vine buscando a alguien que se hacía llamar Amo Dain y... No eres tú.

Su lenguaje corporal decía todo lo que no rebelaban sus palabras como la incomodidad, el miedo y la ansiedad.

—Descubriremos quién es realmente ese hombre, Faith, daremos con él y lo entregaremos a las autoridades para que pueda explicarse.

Asintió ante sus palabras, pero seguía preocupada por ello, posiblemente pensando en lo que la había llegado allí para empezar, en la misión que se había encomendado a sí misma y necesitaba sacarla de ese bucle antes de profundizar más en lo que podía obtener de ella.

—Ahora, todo lo que tienes que tener presente es que me perteneces. —Llamó su atención enganchando un dedo en la argolla de su collar, haciendo tintinear el cascabel, atrayéndola hacia él—. Tus ojos en mí.

Su obediencia fue inmediata, natural y con ese tono de sorpresa.

—Gracias —aceptó su disposición—. Esto es lo que espero de ti, que

respuestas de inmediato a mis peticiones y las acates siempre que te sea posible. Tu respuesta ha de ser «sí, señor».

La sintió estremecerse cuando tiró del collar hacia arriba, levantándole la cabeza, pero no había miedo en sus ojos, solo curiosidad.

—Estoy esperando, Faith.

—Sí, señor.

—Te iré diciendo paso a paso cada una de las cosas que haremos durante tu estancia en el club —continuó, aflojó su sujeción y se conformó con acariciarle ahora el cuello, delineando el collar. Le gustaba tocarla, quería también que se acostumbrase a su tacto, a su presencia y perdiese la rigidez que la acometía cada vez que la acariciaba.

—Si tienes alguna pregunta, dudas o no entiendes alguna de mis peticiones, quiero que me lo digas. —La instruyó al tiempo que deslizaba el dedo por la columna de su cuello, hacia su clavícula—. Espero que lo hagas, pues, si bien soy observador, por ahora no he adquirido el don de la clarividencia. ¿Entendido?

Empezó a asentir con la cabeza, así que la detuvo, levantándole la barbilla y sujetándosela entre los dedos.

—En voz alta, por favor.

—S... Sí, señor.

Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Buena chica.

Continuó con su superficial exploración, comprobando cómo reaccionaba a su tacto, cuando se encogía o se sobresaltaba por algo.

—Necesito que seas muy sincera conmigo y que no me ocultes nada, es la única forma de que pueda hacer que ambos pasemos un momento agradable detrás de esas puertas —insistió sin dejar de tocarla, resbalando las manos por sus brazos, acercándola y esperando cuando su cuerpo se tensaba

—. ¿Lo harás?

—¿Voy a tener que cubrir uno de esos cuestionarios de los que leí en la red, señor? —musitó. Su voz sonó algo temblorosa, no se trataba del miedo, sino del nerviosismo presente en su cuerpo y lo que parecía empezar a despertar el contacto de sus manos—. Porque si es así, creo que nos van a sobrar muchas, pero que muchas hojas.

Sonrió para sí.

—No te voy a hacer cubrir una lista de límites, dulzura, tendría que pasarme media noche explicándote cada uno de los puntos y la otra mitad convenciéndote de que no es tan oscuro como lo pintan.

—Yo no estaría tan segura de eso, algunos puntos eran sencillamente... —Se estremeció, levantó la cabeza y lo miró curiosa—. ¿De verdad negarías a alguien el ir al baño cuando se está haciendo pis?

—No.

Ella suspiró al momento, casi aliviada.

—Pero si te negaría la posibilidad de correrte si creo que te has portado mal.

—Eso es cruel y muy machista.

—Faith.

—Señor.

Sacudió la cabeza.

—Otra cosa que debes tener en cuenta es que no debes insultar ni discutir con tu amo, a menos que yo te dé pie a ello —la previno—. Y créeme, no suelo dárselo a nadie.

—Ya me he dado cuenta de que no eres de los que da el brazo a torcer, Amo Dainiel.

Sí, sin duda en el hospital había hecho gala de toda su tozudez.

—¿Eres virgen?

La inesperada pregunta hizo que se atragantase con el aire.

—Um... no.

—¿Has tenido relaciones sexuales recientemente?

La forma en que bajó la mirada esquivando la suya y evitaba su contacto decía mucho.

—¿A cuántos... er... semanas... meses... o años equivale recientemente?

Le cogió la barbilla y volvió a levantarle la cara de modo que estuviesen frente a frente.

—Solo quiero saber cómo debo proceder contigo.

Sus mejillas se colorearon aún más, intentó retirarse presa de la vergüenza pero no le dejó.

—Esto es muy incómodo, por qué no me das una hoja de papel, un boli y te lo pongo todo por escrito, ¿eh, señor?

—¿Has utilizado alguna vez algún juguete sexual?

Dain tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no reír o abrazarla, no estaba muy seguro de cuál de las dos cosas quería llevar a cabo en aquellos momentos. Quizá ambas, sí, muy posiblemente ambas.

—Al... alguno.

—¿Cómo cuál?

—¿Estas preguntas se las haces a todas las sumisas o es solo a mí, señor?

—Cuando tienes una cita, ¿no sueles hablar con tu pareja para conocerle? —le contestó con otra pregunta—. Pues considera que aquí sucede lo mismo, solo que sin la sutileza del galanteo, las vueltas del tanteo y la incertidumbre de si te irás o no a la cama con él al final de la misma.

La manera en que lo miró fue bastante cómica.

—Jamás se me habría ocurrido verlo de esa manera.

—¿Y bien?

—Um, puede que un par...

—¿Cuáles?

—No sé, um... lo típico, supongo... ya sabes...

—¿Y el sexo oral?

—¿Qué pasa con él?

No pudo evitarlo, se rió, lo miraba con tanta vergüenza que en cualquier momento su rostro se pondría como un tomate.

—La respuesta a esa pregunta suele ser «sí, *por favor*».

—No en mi vocabulario, señor.

—Déjame adivinar, tus amantes han sido tan conservadores como tú.

—No todo el mundo se mueve en los mismos círculos que tú.

—No hay que ser dominante o sumisa para pasarlo bien en la cama, solo echarle imaginación.

Su respuesta fue apretar los labios en un coqueto puchero.

—No importa, será incluso más divertido ver que puede llegar a gustarte.

—Siguiente pregunta, Amo Dainiel.

Con esa carita no pudo evitar soltar la pregunta que sabía la haría saltar.

—¿Y qué me dices del sexo anal?

—Por encima de mi cadáver.

—Podría sorprenderte, Faith.

—Lee mis labios, señor. No.

—De acuerdo, lo dejaremos en un tal vez para más adelante, mucho más adelante.

—Que se quede en un «nunca».

Sacudió la cabeza y reprimió su hilaridad.

—¿Estás casada? ¿Comprometida? ¿Tienes pareja?

—¿Lo estás tú, señor?

—No.

—Pues ya somos dos.

Se la quedó mirando, aprendiendo sus gestos, identificándolos y catalogándolos en su peculiar archivo mental.

—¿Estás dispuesta a tener sexo conmigo?

—Si no lo estuviese, ¿crees que habría contestado a todas y cada una de las absurdas, vergonzosas e irritantes preguntas que me has hecho, Amo Dainiel?

—Buena respuesta.

—¿Puedo preguntarte yo algo ahora, señor?

Asintió.

—Por supuesto, Faith, de eso se trata.

—¿Has tenido alguna sumisa a tu cargo últimamente? Um, ¿todavía la tienes?

La pequeña morenita era muy observadora.

—Hace casi un año que rompí con mi sumisa —confesó—. Lo dejamos antes de que me mudase a Nueva York. Estos últimos meses he estado jugando ocasionalmente con alguna de las socias del club. No mantengo una relación estable si es lo que me estás preguntando. No tengo amantes.

Ella asintió.

—Gracias por ser tan sincero.

—Es mi deber para contigo —le aseguró—. ¿Alguna pregunta más?

—Dame tiempo, señor, seguro que se me ocurrirá alguna más.

Dain sacudió la cabeza y, cogiéndola ahora de la mano y la cintura, la instó a ponerse de pie.

—Eres diminuta.

Ella se llevó las manos a las caderas de una forma de lo más sexy.

—Tengo un tamaño adorable y perfecto para una mujer.

—Mi adorable y perfecta sumisa, no oirás que te contradiga.

La giró, atrapando su espalda contra su pecho y esperó hasta que su momentánea rigidez fuese cediendo.

—Te llevaré a hacer un tour turístico por el club —le susurró al oído, besándola debajo de este, mordisqueándole la piel hasta que empezó a relajarse entre sus brazos—, y la primera parada será en el vestuario. ¿Cuál es tu color favorito?

—El violeta.

—Um... vale, creo que ya empiezan a gustarme un poco más tus flores.

Ella gimió, se revolvió en sus brazos y se giró para mirarle a los ojos con gesto receloso.

—Y Faith, lo primero será lavarte la cara.

CAPÍTULO 15

Con la cara lavada y libre de todo rastro de maquillaje, un suave y ajustado vestido de licra de color violeta que dejaba muy, pero que muy poco a la imaginación y, lo más indignante de todo, sin ropa interior que la aislase de las malditas corrientes de aire que empezaba a notar por el hemisferio sur, Faith estaba al borde de una verdadera crisis de «*me largo pitando de aquí*».

Desnudarse delante de él había sido una experiencia tan vergonzosa como excitante. Tener sus manos sobre su cuerpo y rozando su piel cuando

insistió en ayudarlo a ponerse el vestido había sido una deliciosa tortura, una de la que no sabía iba a disfrutar tanto. Dain era como un afrodisíaco embotellado, pero además, esa tranquilidad que parecía envolverlo en todo momento conseguía calmarla también a ella, era como si, de alguna forma, todo su cuerpo reaccionase al de él deseando acompañarlo.

Nada tenía coherencia desde que había atravesado la puerta de ese lugar, lo que la había conducido hasta allí había cambiado en un abrir y cerrar de ojos. Se había olvidado del temor a ser descubierta, de la decepción que sintió cuando el hombre al que venía a buscar resultó no estar allí. Todo parecía haberse volatilizado bajo las atenciones de Dainiel, el mismo hombre al que había enviado un ramo de flores a modo de disculpas después de haber dejado el hospital y el verdadero amo en ese club.

Tiró del bajo del vestido que apenas le cubría las nalgas y recibió una nueva azotaina que la hizo pegar un brinco. Si la primera vez la había sorprendido, llevándose las manos al culo para que no volviese a hacerlo, ahora solo la fastidiaba.

—¿Qué te dije?

Le había dicho que dejase el vestido quieto, que como volviese a tocarlo, le daría una azotaina.

—Se me sube al caminar —gimoteó por primera vez—. Ya es bastante malo que pille un resfriado por los Países Bajos como para que aún encima tenga que exhibir los tulipanes.

Dain le dedicó una mirada que la hizo callar al momento. Sí, el hombre era realmente bueno en eso.

—No pillarás ningún resfriado, *pilluela*, aunque no te aseguro que no cambie los tulipanes por dos enrojecidas amapolas —declaró resbalando la mano por encima de la tela, permitiendo que sus dedos fuesen más allá, tocándole la piel desnuda—. No vuelvas a tocar la tela o buscaré dos

muñequeras a juego con el collar y te ataré las manos por delante.

Para enfatizar su amenaza, apartó la mano y la dejó caer, con toda la palma abierta sobre una de sus nalgas. El picor fue instantáneo, al momento el dolor se convirtió en un caliente cosquilleo nada desagradable.

—¿Entendido?

—Sí.

—¿Sí, qué?

—Sí, oh señor Master del Universo.

Los ojos azules del Dom bajaron sobre ella, enarcó una ceja y sonrió de soslayo.

—Eso me gusta, consévalo en tu repertorio.

Optó por cerrar la boca y apretar bien los labios, no quería arriesgarse a otro azote.

—Ven, quiero que veas algo.

No le quedó más remedio que acompañarle, cruzaron la sala principal hasta la zona acordonada que había visto al llegar dónde estaban esas equis ancladas a la pared. Una de ellas estaba ocupada por una mujer morena y pelo rizado que llevaba recogido en lo alto de la cabeza. Estaba totalmente desnuda a excepción de un breve tanga verde fluorescente y lo que parecía un ocurrente sujetador a base de cuerdas anudadas que hacían que sus pechos se hinchasen y destacasen empujados hacia delante. Tenía los brazos sujetos por esas cuerdas hasta la altura del codo y cruzados a la espalda, las piernas totalmente separadas y los tobillos anclados a las restricciones de los pies de la cruz. Una cincha se cerraba ahora alrededor de su estómago, impidiéndole caer hacia delante y también cualquier tipo de movilidad.

Pasó la mirada de la mujer al hombre que estaba de espaldas a ellos, sin camiseta y con un pañuelo del mismo color que el collar que ella llevaba al cuello en las manos. Parecía que decía algo a lo que ella asintió, sonrió y dejó

que le cubriese los ojos.

—El club es el escenario perfecto para dar salida a todas las inquietudes o necesidades que se dan en este tipo de vida. —Escuchó la voz de Dain al oído, provocándole un breve estremecimiento. Sus brazos la rodearon un momento después, atrayéndola contra su pecho, enjaulándola—. Hay a quién le gusta jugar a la vista de otros, que disfrutan obteniendo su placer de esa manera. En el caso de Kitty, ella lo hace porque sabe que a Horus le gusta.

Ante la mención del nombre del amo se dio cuenta de quién era el hombre.

—Y él lo sabe, con lo que hará todo lo posible para que ella lo disfrute también.

Se estremeció, no pudo evitarlo.

Recordaba haber leído algo parecido en el diario de Ruth. En una de las entradas hablaba de una experiencia similar, lo que ella había sentido, el motivo que la había llevado a hacerlo y cómo la había hecho disfrutar el solo hecho de saber que había complacido en el transcurso también a su amo.

—Quiero que observes la escena —continuó él en su oído—, no quites los ojos de ellos.

Tenía que admitir que había algo erótico en esa escena, en esos dos cuerpos y en la manera en que se iba ejecutando todo. Nunca se había considerado una mujer morbosa pero, cuando empezó a escuchar los gemidos femeninos, su cuerpo empezó a reaccionar también.

Sin poder evitarlo se vio prisionera de las grandes manos masculinas que resbalaban por el cuerpo restringido a ese aspa de madera, siguió su trayectoria mientras delineaban los hombros y bajaban a los pechos, ahuecándolos, sobándolos e incitándolos en aquella red que los mantenía prisioneros.

Algo la empujó desde atrás, interrumpiendo su concentración apenas unos segundos.

—Avanza, no quiero que te pierdas nada.

Se estremeció ante el sonido de la voz de Dain en su oído, más ronca de lo que había sonado hasta ahora. Sus manos se cerraron sobre sus caderas y su boca le acarició el cuello un segundo antes de obligarla a caminar hasta que estuvieron del otro lado de dos pies de metal unidos por un cordón que separaba el área de la escena de aquella en la que se habían reunido algunas parejas y otros hombres solos.

—Ahí es suficiente —añadió él deslizando las manos hacia arriba, ahuecándole sin previo aviso los pechos.

—No...

Un punzante mordisco en el lóbulo de la oreja la hizo encogerse.

—No muevas las manos de dónde las tienes. —Le sopló ahora al oído—. Puedes apoyarte en mí, si estás más cómoda, pero no tienes permitido apartarme.

Gimió, ¿cómo demonios esperaba que se mantuviese allí, quieta, recostada en él, si la tocaba de esa manera?

—No bajas la mirada, Faith, al frente, quiero que contemples la escena —insistió—. Quiero que te imagines allí, en el lugar de Kitty, quiero que imagines que las manos del Amo Horus están sobre tu cuerpo, que es a ti a quién está tocando.

Apretó los muslos de manera inadvertida cuando notó una punzada entre las piernas. Se obligó a respirar profundamente, pero no se relajó contra él, se mantuvo todo lo derecha que pudo.

Un nuevo gemido resonó frente a ella atrayendo su inmediata atención, ahora podía incluso escuchar los jadeos de la chica mientras su amo jugaba con sus pezones, apretándolos entre el índice y el pulgar, tironeando de ellos,

exhibiéndolos para cualquiera que quisiese admirar su obra. Lo vio inclinarse sobre ella, unir su boca con la de ella en un húmedo beso que llenó la suya propia de saliva obligándola a tragar.

—Eres preciosa, Kitty, toda sonrojada, con los pezones duros y apuntando hacia arriba —escuchó que le decía él—. Tienes a todos pendientes de ti, de tus gemidos, me encanta ver cómo te excitas, estoy impaciente por ver lo mojada que estás...

En un momento sus manos estaban sobre sus pechos, jugando con sus pezones y, al siguiente, habían deshecho los nudos que cerraba el tanga a ambos lados de las caderas dejándola completamente expuesta a la vista de cualquiera. La rodeó, posicionándose tras la cruz, como si de ese modo pretendiese dar una mejor vista de la mujer y deslizó los dedos sobre el rasurado monte de venus, hundiéndolos entre sus piernas, abriendo los húmedos pliegues del sexo femenino.

—Caliente, ¿eh?

La boca de Dain cayó sobre su cuello, sobresaltándola, pero no fue tanto el sobresalto de sus caricias como el de comprender que se había apoyado contra él, que sus nalgas, casi desnudas, acunaban lo que a todas luces era una dura erección.

Intentó separarse al momento, pero una mano sobre su pecho y otra sobre su vientre la anclaron a él.

—No hay nada malo en excitarse ante el placer, al contrario, eso nos recuerda que todavía estamos vivos.

Apretó su seno y deslizó los dedos hasta aprisionar su propio pezón por encima de la tela, haciéndolo rodar entre las yemas. La presión fue instantánea, el pellizco de dolor que la atravesó bajó al momento en dirección a su entrepierna y notó como se mojaba.

—Esto no es... yo no...

—Shh. —La besó a un lado del cuello—. Sigue mirando. Tus ojos en la escena, Faith.

Se mordió el labio y volvió a levantar la mirada para encontrarse ahora la mirada del Dom puesta en ella, al ver que se la devolvía sonrió, le dedicó un guiño y se inclinó volviendo a besar a su sumisa.

No pudo evitar estremecerse y, para su completa indignación, notó que se mojaba aún más, al punto de igualar un gemido propio al que emitió la sumisa cuando su amo sustituyó sus dedos por un micrófono que envió directo entre sus piernas.

—Ugh.

La chica empezó a jadear con más fuerza, moviendo las caderas hacia el juguete, no estaba muy segura de si quería obtener más de él o escapar, fuese como fuese sus contoneos la estaban poniendo muy cachonda.

—Separa las piernas.

La orden llegó acompañada de las caricias de unos dedos intentando incursionar entre sus muslos.

—¿Qué?

—Abre las piernas —insistió, apretando su vientre con una mano al tiempo que le daba un pequeño toquecito en el tobillo para que obedeciese—, ahora, Faith.

Todas sus neuronas buenas debieron elegir ese momento para morir al mismo tiempo porque terminó obedeciendo, sus muslos cedieron y en un abrir y cerrar de ojos sintió los duros dedos jugando entre sus pliegues.

—Dainiel. —Gimió y se aferró a la muñeca de su mano.

—¿Qué has dicho?

Él se detuvo en seco, los segundos pasaron y estaba claro que no iba a tocarla hasta que se retractara.

—Amo Dainiel...

—Eso está mejor.

Un nuevo gemido hizo que volviese a posar la mirada en la escena, la intensidad en la mujer era tal que había empezado a sacudir la cabeza de un lado a otro mientras sus labios se movían suplicantes. Tragó con dificultad, abrió la boca para coger aire y acabó soltando un gritito cuando un largo dedo la penetró haciendo que se tensase al momento.

—Respira, dulzura, respira —la instó el hombre que la torturaba de aquella deliciosa manera—. Poco a poco.

Como si fuese también una orden para consigo mismo empezó a retirar la falange con lentitud para volver a penetrarla con suavidad, comprobando su disposición, lubricándola con cada movimiento y haciendo que cada uno de sus músculos internos cediese.

—Adoro como lloras por mí. —Escuchó su voz y quiso huir, pero él no le dejó, la mano que le ceñía la cintura ascendió hasta su barbilla, la retuvo con los dedos y le giró la cara de modo que se miraron a los ojos—. Siente como me ciñes, como me deseas... y lo mejor que será cuando sea mi polla la que esté enterrada en ti y no mis dedos.

Se sonrojó, no podía evitarlo, la forma tan directa y cruda en la que le hablaba la avergonzaba, pero ello no evitaba que estuviese más y más caliente.

—Sí, deliciosa...

Cuando volvió a penetrarla ahora había unido otro dedo, su grosor aumentó como lo hacía la erección que se rozaba contra su culo.

—Y preciosa en tu placer.

Quiso apartar la mirada pero él le dedicó un guiño, la besó brevemente y señaló la escena.

—Te estás perdiendo lo mejor.

Y lo mejor, según la típica visión femenina, eran los dedos masculinos

hundiéndose ahora entre aquellas piernas del mismo modo que lo hacían los de Dain entre las suyas.

Los movimientos de los dos hombres parecían haberse acompasado, Faith no podía quitar los ojos de esos dedos entrando y saliendo del húmedo sexo de la sumisa mientras sentía la misma penetración.

Intentó huir de aquella rítmica imagen solo para encontrarse con los ojos de Horus una vez más, él no esquivó la mirada, ni siquiera cuando se inclinó a susurrarle algo a su sumisa al oído.

Sus miradas se quedaron atrapadas, incapaz de romper ese extraño hechizo. Empezó a sentir los pechos más pesados, los pezones doloridos y necesitados de contacto, por una inexplicable décima de segundo deseó estar en el lugar de la sumisa y que los dedos que sentía entre las piernas fueran los de ese hombre.

—Oh Dios.

Sacudió la cabeza, se revolvió en el abrazo del hombre que la sujetaba y se giró, ocultando el rostro en su pecho, incapaz de seguir mirando aquello, avergonzada por lo que acababa de pasar por su mente.

—Para, para, para...

La desesperación en su voz debió de ser suficiente para que él se detuviese, retirase la mano de entre sus piernas y buscara su rostro.

—¿Qué ocurre, Faith?

¿Cómo podía estar tan tranquilo? ¿Cómo podía hacer aquello en medio de tanta gente? Cerró los ojos y se acurrucó contra aquel muro humano, deseando desaparecer.

—No quiero esto, no aquí, por favor, Dainiel, aquí no.

Una mano se envolvió en su pelo y tiró de su coleta hacia atrás, exponiendo su rostro al de aquel que la miraba.

—Estás excitada, te has mojado viéndoles, no hay nada malo en...

—Por favor —suplicó sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas y sacudió la cabeza.

Él suspiró entonces, apretó su agarre y bajó sobre su boca, arrasándola con tan solo un beso. Traspasó la barrera de sus dientes con la lengua, le echó la cabeza hacia atrás dejándola prácticamente colgada de su brazo y se dio un festín con ella.

—Y para estos casos de crisis vergonzosas están los reservados y las habitaciones temáticas —le informó tras romper el beso, sonriendo satisfecho—. Me has puesto caliente, profesora. Ya es hora de que hagas algo al respecto.

—¿Ha... habitaciones temáticas?

Un agudo grito femenino la hizo respingar y apretarse aún más contra él, como si de esa manera pudiese huir de allí.

—Arriba. —Señaló con un gesto de la barbilla hacia la escalera que estaba a sus espaldas—. Podemos elegir una habitación para compartir o una temática para utilizarla solo nosotros dos.

Siguió su mirada y se lamió los labios.

—Nada de compartir...

—Por el momento.

La manera en que lo dijo, el aliento en su oído la hizo temblar.

—Te excitaste, Faith, Horus te puso caliente con lo que le hacía a Kitty —aseguró como si fuese algo de lo que hablara todos los días—. Llegará el momento en que te comparta con él.

—No.

—No, no ahora —convino acariciándole la mejilla—. Ahora, tienes un nuevo alumno que está deseando corromper y follar a su profesora favorita.

Ay Dios.

Aquello fue todo en lo que pudo pensar mientras él le bajaba el vestido

de un tirón, pues lo había tenido todo el tiempo alrededor de la cintura, y la arrastraba hacia las escaleras.

CAPÍTULO 16

—Mi despacho de la universidad no es tan glamuroso.

Faith echó un vistazo a la habitación a la que acababan de acceder, era como si al traspasar la puerta se hubiesen sumergido en un mundo aparte, uno que estaba mucho más en consonancia consigo misma que el ambiente en el que había ido a caer esa noche.

Nada más entrar se encontró a la derecha un macizo escritorio de madera clara tras el que había un butacón de cuero marrón oscuro. Cada una de las paredes estaban cubiertas de estanterías de la pared al techo, algunas contenían libros, otras distintas gavetas o incluso cajones y adornos que, posiblemente, fuesen lo más peculiar de todo; una no esperaba encontrarse una figura imitando un sesenta y nueve en una oficina.

Un par de cuadros eróticos, un pequeño sofá y una pizarra blanca en la que habían escrito: Silencio, estamos en clase, completaban la imagen de «oficina».

A simple vista parecía normal, acogedora incluso con toda esa madera oscura de los muebles y el suelo, hasta la alfombra parecía invitarla a posar los pies desnudos sobre ella, sobre todo ahora que empezaban a dolerle los tobillos por pasearse por ahí descalza. Solo cuando prestabas un poco más de atención encontrabas cosas que no encajaban como los anclajes en ciertas

partes del techo y las estanterías, las esposas de cuero que salían de cada esquina del sofá y colgaban de cadenas sobre la tapicería o el tablero en uno de los huecos de una librería, encabezado por una placa que ponía «área de castigo» y de la que colgaban un *flogger*, una vara y algo que parecía una paleta de pin-pon. Incluso sobre la superficie del escritorio había otros artículos que, si bien encajaban encima de la mesa, no dudaba que tuviesen otros usos.

—Y apuesto que tampoco es tan divertido.

Se giró para mirar a Dain y se lo encontró apoyado en la puerta, con los brazos cruzados y tobillos en actitud relajada, sus ojos la seguían mientras merodeaba, encontrándose de vez en cuando con los suyos y recordándole sin necesidad de palabras lo que había pasado en la sala principal.

Apretó los puños para impedir tocarse el vestido y tirar de la tela hacia abajo, todavía estaba mojada, incómoda, con esa sensación de dedos fantasma entre sus piernas, asombrada por lo que le había permitido y sorprendida de haberlo disfrutado hasta que su cerebro cedió volver a conectarse.

Se envolvió con los brazos y se los frotó al tiempo que le daba la espalda, se acercó a una de las librerías y extrajo uno de los libros. El nombre del autor la hizo parpadear.

—¿Romance erótico? ¿En serio?

—La elección de literatura es cosa de Luna, me temo —declaró chasqueando la lengua—. Aunque es posible que las otras sumisas del club hayan colaborado también.

Volvió a dejar el libro en su sitio al ver que él se le acercaba.

—Pareces a punto de saltar, profesora, relájate, te prometo que soy un alumno muy aplicado.

—¿Sabes? Hay una norma establecida que dice que un profesor y un

alumno no pueden mantener una relación íntima y...

—Nunca se me ha dado bien seguir las reglas, soy de los que las trasgreden, señorita Valentine —continuó con su actuación, empujándola a retroceder, a emprender una estratégica retirada—, de hecho, soy de los que prefiere que su profesora favorita le imparta clases particulares.

—Yo... yo no... no doy... —jadeó cuando su casi desnudo culo chocó contra el borde del escritorio—, clases particulares.

—Pero a mí me las dará, ¿verdad que sí? —Apoyó ambas manos sobre la mesa, enjaulándola, haciendo que se inclinase hacia atrás para conservar su espacio—. Prometo hacer que la hora de clase merezca la pena.

Antes de que pudiese responder le aferró las caderas y, sin esfuerzo, la levantó, sentándola encima del escritorio. La fría madera hizo que diese un pequeño respingo y apoyase las manos contra sus hombros.

—Joder, está frío.

—Señorita, no debería decir palabrotas —ronroneó—, o podría pensarme muy seriamente el castigarla.

—Pero la profesora soy yo...

—Una a la que este alumno se muere por follar.

Cualquier pensamiento coherente se escapó volando de su mente, ante una declaración tan sincera y cruda no tenía mucho que decir.

—Me pone mucho, profesora.

Resbaló las manos sobre sus pantorrillas, ascendió hasta sus rodillas y se las separó haciendo que abriese las piernas y el aire acariciase su sexo desnudo.

—Me hubiese gustado verla con el típico uniforme, ya sabe, falda negra ajustada y una bonita blusa blanca. —Sus manos siguieron ascendiendo ahora por sus muslos, provocándole pequeños escalofríos—, pero este vestido también tiene sus posibilidades.

—Dainiel...

Solo tuvo que enarcar ligeramente una ceja para recordarle cuál era la fórmula que debía utilizar.

—Amo Dainiel...

—Apoya las manos sobre el escritorio e inclínate hacia mí, profesora.

—¿Por qué?

Sus labios se estiraron ligeramente y, cuando la miró, esos ojos azules brillaban de diversión.

—Porque yo lo digo, profesora, porque yo lo digo.

Retiró las manos de sus hombros con una lentitud casi renuente y se reacomodó, apoyándose sobre la mesa. En esa posición, con él entre sus piernas, se sentía incluso más pequeña, más indefensa frente a alguien tan grande.

—Me gusta la manera en que tus pechos intentan rebasar el escote, con los pezones duros y destacando a través de la tela —comentó como si estuviese admirando una obra de arte—. Es todo un ofrecimiento.

—Yo no...

La miró, fue todo lo que hizo, encontrar de nuevo sus ojos y su boca perdió la capacidad de hablar.

—Tienes los pezones duros, los muslos húmedos y apuesto la membresía de un mes a que si te acaricio ahora entre las piernas, te encontraré todavía mojada.

Sus palabras hicieron que quisiera cerrar las piernas pero todo lo que consiguió fue rozar sus muslos con la tela de su pantalón.

—Ah, ahí está ese sonrojo emergiendo a través de ese bonito tono chocolate de tu piel —apreció mirando su rostro—. Siempre me ha gustado ver cómo se sonroja una mujer, es algo de lo más revelador.

—¿Por eso querías que me retirase todo el maquillaje, señor?

—No me molesta que lleves maquillaje, siempre y cuando no pretendas pasar por una prostituta —aseguró con un ligero encogimiento de hombros—. El día que viniste al gimnasio, estabas encantadora. Tenlo en cuenta para una próxima vez.

Esas grandes palmas se cerraron entonces sobre sus pechos, amasándolos sobre el vestido, dejando que los pulgares hiciesen círculos sobre sus prominentes pezones aumentando su dureza, haciendo que se apretasen al punto del dolor.

—Esto es toda una invitación, profesora, no me está poniendo fácil el portarme bien.

—Pues de... deberías, si no quieres que te abra un expediente disciplinario.

Él se rió y, en vez de soltar sus pechos se los apretó aún más, buscando sus ojos cuando lo hacía, reteniéndole la mirada para ver cómo reaccionaba.

—Promesas, promesas, profe, yo quiero algo más...

Y a juzgar por cómo se encendía bajo sus caricias, su cuerpo estaba completamente de acuerdo con él. Bajó la mirada centrándola en su camiseta, en la manera en que las letras del logo del club se estiraban sobre sus pectorales. Tenía un pecho inmenso, era un hombre grande en comparación con ella y eso la derretía aún más.

Notó un ligero pellizco sobre el pezón que le hizo soltar un jadeo, se encogió por reflejo pero apenas pudo moverse, no con esas manos haciendo presa de sus pechos.

—Los ojos en mí.

Entre su presa y la forma en la que parecía estar pendiente de cada uno de sus movimientos y reacciones, Faith tenía verdaderos problemas para encontrar respuestas o algún pensamiento coherente. Estaba perdiendo la batalla antes de dar siquiera comienzo.

—Me gustan tus pechos y juraría que no soy el único.

Se tensó al instante y lo miró.

—Está bien, dulzura, te dije que no sería ahora.

La mención a su previa escena, a la manera en que se había excitado viendo aquella actuación e incluso al imaginarse en manos de otro Dom la estremeció.

—Ni ahora ni nunca.

Él tuvo el descaro de reírse.

—Por suerte, tu cuerpo es mucho más sincero de lo que quiere y de lo que le gustaría probar que tu boca —aseguró divertido—. Pero ahora estamos en clase y tú no me estás prestando la debida atención, señorita Valentine.

Sus dedos se cerraron sobre el pezón, pellizcándoselo, retorciéndoselo con la suficiente presión como para golpear el umbral del dolor, los ojos azules se mantenían en todo momento atentos, vigilantes, aprendiendo.

—Separa las piernas un poco más.

—¿Qué?

—Si vuelves a cuestionar otra vez mis órdenes, *mascota*, empezaré a sumar azotes.

Tragó, la manera en que lo dijo, su expresión, todo en él le decía que hablaba muy en serio así que no le quedó más remedio que obedecer.

—Buena chica.

Lentamente deslizó una mano por el interior del muslo y no pudo evitar cerrar los ojos.

—¿Qué te he dicho, Faith?

Levantó la cabeza y negó sin comprender.

—No he dicho nada.

—Tus ojos en mí —le recordó serio—. No lo repetiré.

Se lamió los labios.

—Sí, señor.

La intimidad de su toque la sobresaltó e hizo que se enderezase al momento, sus dedos se cerraron con más fuerza a la mesa y estaba segura de que de no haberlo hecho se habría caído al suelo. Sus dedos trazaron los labios vaginales, incursionando ligeramente en su entrada, el calor estalló al momento en sus mejillas a causa de la vergüenza.

Jamás en su vida la habían tratado de aquella manera, impidiéndole decidir, moverse o retirarse y el que ahora lo hiciese este hombre la excitaba y confundía al mismo tiempo.

—No puedes negarlo, la escena te puso caliente —le dijo al oído, su voz más suave, casi tierna—, estás mojada y preparada, podría tomarte ahora mismo sin problemas para ti.

Retiró los dedos dejándola agitada, el deseo latía entre sus piernas haciendo que le doliese el vacío y empujándola a un lugar en el que nunca había estado.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque todavía no la he seducido, profesora, soy un alumno muy aplicado y quiero llevarme la matrícula en cuanto a follarme a la profe.

Ay Dios, sus palabras la excitaban, hacían que todo su cuerpo respondiese presto a hacer lo que le pidiese con tal de que las hiciese realidad de una jodida vez.

—Pero le daré una oportunidad de... sacar la bandera blanca... si cree que la necesita —insistió con ese tono irreverente, tan típico de sus alumnos que, de no ser por su edad, podría haber pasado por uno de ellos—. En este caso, la bandera es una palabra de seguridad.

Ah, sí. Había leído sobre ello en internet, la famosa palabra de seguridad, la llave maestra con la que una sumisa podía detener la escena al momento.

—La palabra de seguridad del club es «rojo» —le explicó arrastrando los nudillos por su mejilla en un gesto tan tierno que la sacudió—. Y será la que utilices mientras estés en el *Blackish*. ¿Sabes lo que es una palabra de seguridad y para qué se utiliza?

Asintió.

—Lo leí cuando investigaba —aceptó—. Es como un alto el fuego.

—Una curiosa manera de decirlo, pero sí, es exactamente como un alto el fuego. Si algo no te gusta, no estás cómoda o te asusta, preferiría que simplemente me dijeras «Amo, necesito un momento», entonces nos detendremos y hablaremos de lo que te perturba.

—Eso puedo hacerlo.

—Bien, muy bien —asintió complacido, algo que, curiosamente a ella también le gustó—. Entonces dejaremos la palabra «rojo» para lo que creas que no puedes controlar o soportar, ¿de acuerdo? Sea lo que sea, si crees que es demasiado para ti, pronúnciala y nos detenemos por completo.

Frunció el ceño.

—Cuando lo dices así es como si estuvieses pensando en... hacerme daño.

Su rostro mudó, adquirió un gesto más afable y negó con la cabeza.

—No, cariño, nunca, bajo ninguna circunstancia te haré daño —la tranquilizó—. Piensa en esto como un juego de roll, uno en el que hay ciertas reglas, dónde yo soy quién las pone y tú quien debe obedecerlas, pero siempre dentro de un entorno seguro, siempre cuidado y con un consenso por ambas partes. Lo que hagamos, lo acordamos previamente, no te haré nada que no desees que te haga. No te empujaré más allá de dónde sé que puedes ir. ¿Puedes confiar en mí? ¿En qué cuidaré de ti y en que no te haré daño?

—Sé que cuidarás de mí, lo has hecho aún sin conocerme de nada. — Bajó la mirada a su estómago e hizo una mueca—. Ay Dios, ni siquiera te

pregunté cómo estabas, no he tenido en cuenta si todavía te dolía o...

Dain se rió entre dientes.

—Estoy bien, Faith, de verdad, mira.

Se levantó la camiseta y le mostró la zona todavía rosada de la herida en la zona delantera.

—Mientras no me ponga a levantar pesas o boxear, estaré bien —la tranquilizó.

—¿Y la de tu espalda?

Se giró para que la viese, en ese caso tenía todavía un pequeño apósito.

—Dain, todavía tienes...

—No es nada, te lo prometo.

Suponía que tendría que fiarse de la palabra del hombre, con todo, no pudo evitar decir.

—Si te duele, prométeme que me lo dirás y que pararemos.

Le cogió el rostro entre las manos.

—Y luego dices que no eres sumisa —la besó fugazmente en los labios—. Estaré bien, profesora, tú sigue poniéndome cachondo con esos pucheritos y verás lo bien que estaré.

Su callosa mano resbaló de su mejilla, curvándose alrededor de su nuca y la sostuvo en el sitio mientras su boca volvía a rozar la suya, acomodándose sobre sus labios, tomándolos despacio, traspasando la barrera de sus labios y penetrando con su lengua en la húmeda cavidad.

—Ya te dije, que yo no hago pucheros, señor.

Volvió a besarla, hundiéndose profundamente, enlazando su lengua y succionándola hasta arrancarle un gritito.

—No, no haces pucheros —replicó sonriente—. Solo caritas.

Le pegó con la mano, un gesto inesperado.

—No es verdad.

Él bajó la mirada a su mano y luego la subió a ella.

—¿Acabas de pegarme, sumisita?

¡Oups!

—Lo siento, señor, es que mi mano es más rápida que mi cerebro y va por libre.

—Mira por dónde, la mía también.

Tenía que haberse dado cuenta de que su tono no era el correcto, que el brillo en sus ojos era demasiado satisfecho, sobre todo cuando la arrancó de la mesa, le dio la vuelta y la empujó de nuevo sobre esta.

—¿Señor?

—Estira los brazos hasta que tus dedos alcancen el otro lado del escritorio. —La instruyó reteniéndola con sus piernas pegada a la superficie de madera, sus pechos aplastados contra esta—. Muy bien, ahora ábrelos y sujétate a esos dos pisa papeles de cristal.

Los buscó con la mirada y reparó en ellos, su forma era bastante curiosa. Cuando los acarició con los dedos y no volcaron comprendió que estaban pegados a la mesa.

La falda de su vestido se levantó por completo, sintió el aire en sus partes y al momento quiso cerrar las piernas y levantarse.

—No te muevas, Faith. —Su orden la congeló en el sitio—. Separa un poco las piernas, quiero ver lo mojada que estás.

Se mordió el labio inferior, agachó la cabeza e hizo lo que le pedía a pesar de estar muriéndose de vergüenza. Sus dedos resbalaron entre sus nalgas, le acariciaron la roseta del culo provocándole un inesperado estremecimiento y terminaron en sus labios, deslizándose entre ellos, penetrándola de golpe arrancándole un gemido.

—Como es tu primera vez, seré indulgente, pero necesito que comprendas que ocurre cuando me desafías, cuando no sigues mis órdenes y

te portas como una díscola sumisa —anunció, su voz sonaba tan lejana emocionalmente que se sintió repentinamente sola, el miedo empezó a escalar posiciones y los ojos amenazaron con vidriarse.

—Lo siento.

Le escuchó moverse a su alrededor, entonces se inclinó sobre ella, desde un lateral del escritorio y le acarició la mejilla, girándole el rostro para que lo viese.

—Sé que lo haces, Faith, pero también sé que no entiendes que lo que digo no son amenazas vacías —le acarició de nuevo la mejilla—. Te has ganado tres azotes.

Bueno, aquello no era tan malo, ¿no?

—De acuerdo.

Lo escuchó suspirar antes de darle un beso en la mejilla.

—Solo tres —le avisó—. Relájate y respira.

Se mordió el labio una última vez y dejó que la carne escapase de entre sus dientes al notar como se movía de nuevo.

El primer golpe llegó sin avisar, un sonido de algo duro golpeando con la carne y al momento el calor se extendió sobre una de sus nalgas seguido del agudo dolor. Ay Dios, no estaba jugando, aquello dolía, no era precisamente una caricia.

El segundo voló sobre la otra nalga antes incluso de que hubiese podido procesar el primer golpe, el dolor estalló al momento arrancándole un gemido y llenándole los ojos de lágrimas. Estaba tan sorprendida, tan en shock, que no supo cómo reaccionar.

Cuando llegó el tercero y último, este pareció replicar los dos golpes anteriores, soltó un quejido y las lágrimas recorrieron sus mejillas incapaz de detenerlas.

No podía moverse, se quedó allí, aferrada a esos pisapapeles, sin saber

qué hacer, notando como le ardía el culo.

—Buena chica —su susurró penetró en su mente al mismo tiempo que lo hacía el contacto de su mano sobre la carne abusada.

—No, Dain...

—Shh, no te muevas. —Se lo impidió posando una mano sobre la parte baja de su espalda mientras la otra le acariciaba las enrojecidas nalgas convirtiendo el dolor en un incómodo cosquilleo que empezó a extenderse hacia su sexo.

Sus dedos vagaron de nuevo entre sus piernas y la acariciaron, penetrándola con un dedo, alternando esas caricias con las de su trasero, creando una sensación extraña y erótica.

—Estás muy mojada, mucho más que antes —escuchó que decía. Retiró los dedos de su interior y también la presión que la mantenía en el lugar—. Levántate.

Le obedeció sin rechistar, se incorporó poco a poco y gimió al sentir como el movimiento le recordaba el castigo.

—Mírame, Faith.

Levantó los ojos y se encontró con los suyos. No estaba enfadado, parecía tranquilo y eso la tranquilizó también a ella.

—¿Entiendes por qué te he castigado?

Empezaba a entender la dinámica que movía a ese hombre, encajaba con lo que había leído en el diario de Ruth y con lo que ella misma estaba empezando a descubrir.

—No seguí tus instrucciones y, te pegué.

¿Su voz sonaba tan miserable también en sus oídos?

—Así es.

Se lamió los labios.

—No volverá a pasar.

—Lo sé.

Se miraron durante unos segundos, entonces la llamó con un gesto de la mano y no dudó, se refugió en él.

—Mi dulce y tímida, Faith, ¿qué voy a hacer contigo?

Cerró los ojos y aspiró su aroma, una mezcla de *aftershave* y hombre que le gustaba bastante.

—¿Puedo hacer una sugerencia?

Le apartó el pelo de la cara y le levantó la barbilla para mirarla.

—Te escucho.

Se lamió los labios, no dejaba de hacerlo, pero estaba tan nerviosa...

—¿Podrías terminar lo que empezamos abajo?

Apretó los muslos para hacerse entender.

—No veo la hora de enterrarme entre tus piernas, profesora, creo que ya me he cansado de la teoría y quiero algo más... práctico.

—Yo también —aceptó, entonces giró el rostro para volver a mirar el escritorio y vio allí la regla—. Pero esta vez, eso se queda fuera.

—Me gusta la forma en que se te enrojece el culo.

—Créeme, señor, a mí no, ni un poquito.

Su respuesta fue echarse a reír para luego besarla.

—De acuerdo, profesora, sigamos pues con la lección.

CAPÍTULO 17

—Así que, el timbre ha sonado y tenemos unos quince minutos hasta la próxima clase. —Dain le envolvió la cintura y la atrajo hacia él. Era tan diminuta en sus brazos pero eso lo hacía todo mucho más interesante, para su gusto, tenía la estatura perfecta—. Creo que me merezco una atención especial, profe, sobre todo después de ver cómo me comes con la mirada.

—Yo no te como con la mirada, *mocoso*.

Se rió, no pudo evitarlo, le gustaba que se metiese en el roll y le siguiese el juego.

—¿Te parece que esto —Le cogió la mano y le apoyó la palma contra su erección—, podría tenerlo un mocoso?

La manera inmediata en que retiró la mano y el sonrojo en sus mejillas le provocó una punzada de hambre. Dios, era tan tierna, tan tímida, que no veía la hora de pervertirla. Era lo que siempre había soñado, una mujer que se sorprendiese con los juegos, que se mostrase sincera en sus reacciones y ella lo tenía todo.

—Sin duda, la clase de anatomía te la conoces al dedillo.

—*Um*, no sé, profe, estoy dispuesto a repasarla con usted —declaró al tiempo que echaba mano de la parte delantera del vestido y empezaba a despojarla de la ropa—. Y empezaría por estas dos preciosuras que caben perfectamente en mis manos.

Le levantó el pecho, provocando el pezón con la callosa almohadilla del pulgar, tomando nota de cada una de sus reacciones. La manera en que separaba los labios, en cómo se arqueaba de forma sutil y el paulatino endurecimiento de la fruncida y oscura carne.

—Sus pezones me tienen fascinado, profe.

Y, para remarcar sus palabras, bajó la boca sobre uno de ellos, lo acarició con un par de pasadas de la lengua y finalmente lo succionó, prodigándole un pequeño mordisquito al final que la hizo temblar.

—Pero no es lo único que me fascina de este curvilíneo cuerpo de chocolate.

Deslizó las manos entonces sobre su cintura, arrastrando hacia abajo la prenda hasta pasarla de las caderas y dejarla completamente desnuda.

—Oh, sí, eres el sueño húmedo de cualquier estudiante, señorita Valentine, estoy seguro que muchos de mis compañeros de clase se pajea en el baño pensando en usted —ronroneó comiéndosela con la mirada—. Sin duda soy afortunado ya que voy a probar lo que otros solo sueñan con tener.

—Podría mandarte ahora mismo al despacho del director.

—Pero entonces se perdería lo mejor, ¿de verdad quiere perder la oportunidad de echar un polvo conmigo? —chasqueó la lengua—. Le prometo que no sabrá lo que es bueno hasta haber estado en mi cama.

—Promesas, promesas...

—Yo siempre cumplo, profe, ya lo verá.

Se lamió los labios mientras la recorría por completo. Era una preciosa venus de alabastro, llena de curvas, con un par de pechos coronados por oscuros pezones que ya estaba deseando probar de nuevo y ese pequeñísimo y pulcro nido de rizos oscuro entre sus piernas que ocultaban el tesoro de un rosado sexo.

Dios, hacía tiempo que no lo ponía tanto una mujer, que no despertaba el hambre desesperada que esta hacía crecer en su interior.

La rodeó con lentitud, disfrutando de su figura, relamiéndose ante la visión de su sonrosado culo el cual no se privó de amasar de nuevo.

—Este par de gemelas son una invitación muy apetitosa.

Ella se tensó ante su contacto e intentó escapar.

—Ya te he dicho...

Le cogió la muñeca, la levantó y se la llevó a la espalda, sujetándola así para bajar sobre su boca.

—Que ahora no es el momento.

—Eso no es lo que he dicho, alumno capullo.

—Pero lo digo yo, profe, lo digo yo —bajó sobre su oído y se lo lamió—, y te prometo que lo disfrutarás, Faith, a su debido tiempo.

Ella tironeó para soltarse ganándose una ligera azotaina. No quería volver a castigarla tan pronto, sabía que la había cogido desprevenida, que le había costado comprender el motivo de que la hubiese azotado, pero había reaccionado de la manera correcta, excitándose a pesar de la sorpresa, sobreponiéndose al dolor. No, no era una mujer que prosperara o se excitase con los juegos de impacto, pero si ella decidía seguir, más allá de esa noche, podría ser algo interesante de explorar.

—¿Me daría un beso, profesora? —La tentó recogiendo el roll—. Creo que me lo he ganado después de todo el esfuerzo que he puesto en contenerme desde que empezó la clase.

—Lo que te has ganado es una visita a la oficina del director.

—Vamos, señorita Valentine, solo un beso.

Ella se lo dio, un casto beso en los labios.

—¿En serio?

Se encogió de hombros con ese gesto inocente y fue su perdición.

—No especificaste qué clase de beso.

—Serás...

Envolvió la mano en su coleta y la atrajo para besarla de manera carnal, profunda, hundiéndole la lengua y haciéndola gemir al tiempo que lo hacía él mismo.

—Al sofá —la empujó—, de rodillas, las manos en el respaldo y de

cara a la pared.

Siguió su mirada, vaciló unos instantes y finalmente eligió obedecerle. Se movía de una manera tan sensual que su polla no dejaba de recordarle que quería más, que deseaba enterrarse en ese caliente coñito en el que ya habían estado sus dedos.

Si también hubiese estado su lengua, habría sido perfecto, pensó con privada diversión, aunque era un asunto pendiente que iba a solucionar enseguida.

—De cara a la pared, Faith. —La previno cuando vio que se volvía—. Puedes admirar las fantásticas fotos de la sala.

—¿Quiénes son?

—No tengo ni idea, dulzura, tampoco es que me importe teniéndote a ti aquí.

Se tomó su tiempo en deambular por la habitación, había pasado un tiempo desde que había estado allí y no estaba muy al tanto de dónde estaba cada cosa, pero no le llevó mucho averiguarlo.

—Tengo que recordar hacerle un par de sugerencias nuevas a Horus sobre juguetes —murmuró más para sí que para ella.

Dejó lo que encontró a un lado, lejos de la curiosidad femenina y se apoyó con una rodilla en el sofá, entre sus piernas, deslizándose las manos sobre sus hombros y brazos, besándola allí y mordiéndola a continuación con suficiente fuerza como para dejarle marca.

—¡Ay!

—La marca de la casa.

—Serás perro.

Se carcajeó.

—Es la primera vez que me llaman algo así.

Le lamió el mordisco y buscó su boca para congratularse a sí mismo

con un nuevo beso.

—Extiende los brazos —comprobó la longitud y hasta dónde llegaba con ellos extendidos y aseguró las restricciones de las muñequeras a sus muñecas—. Estupendo, ahora, incorpórate un poco, no queremos que estas preciosidades se pierdan nada. —Le levantó los pechos, dejándolos por encima del borde del respaldo y tiró de un par de cinchas con las que ancló su torso al respaldo, limitándole los movimientos—. Separa las rodillas, nena, retrocede un poquito, sí, justo así.

—Dios mío, no se os puede acusar de falta de creatividad.

—Creatividad es el segundo nombre de cualquier dominante — aseguró, entonces echó mano a la estantería dónde había dejado las cosas y sacó una cajita de grajeas—. ¿Quieres un chicle?

Ella sacudió la cabeza, bastante incrédula por la pregunta.

—Mejor para mí.

Cogió una de las pastillas de menta y se la llevó a la boca con una sonrisa diabólica. Solo entonces se tomó el tiempo para quitarse la camiseta por encima de la cabeza, la dejó a un lado del sofá y le acarició la espalda mientras le susurraba al oído.

—Sabes, profe, me pone muy caliente verte así, atada —le aseguró con voz perversa, masticando tranquilamente el chicle. Este era bastante fuerte, lo suficiente como para que se estuviese riendo por dentro—. Toda dispuesta para mí, para mi placer, con este coñito todo rosado y brillante de humedad esperando por mis dedos... por mi boca... por mi pene...

Le gustó la manera en que se estremecía, la forma en que respondía a ese lenguaje.

—Pero no quiero que nos olvidemos de esas dos preciosidades.

Le rodeó los pechos con las manos y le pellizcó los pezones, atormentándola un poco, disfrutando de los pequeños siseos y gemidos que

manaban de entre sus labios abiertos, de la forma en la que recostaba la cabeza contra su hombro buscando su contacto.

—Así que voy a hacerte un regalo —anunció y levantó dos pequeños lazos para pezones de los que colgaban un par de cascabeles—. Hacen el mismo sonido que el cascabel de tu collar, gatita.

Ella los miró y parpadeó.

—¿Qué... qué es eso?

—Abrazaderas para pezones.

Manióbró con facilidad y le puso una, ajustándola para que quedase apretada pero sin causarle demasiado daño. Faith era totalmente novata en estas lides, tenía que ir con cuidado.

—Respira, dulzura, es solo un pequeño pinchazo, después se vuelve agradable.

La escuchó sisear, contener el aliento y luego soltarlo, luchando por encontrar ese tempo de respiración que no la dejase sin aire mientras le colocaba la segunda abrazadera y escuchaba el tintineo con sus involuntarios movimientos.

—Precioso.

Masajeó sus pechos unos momentos, comprobó una última vez las abrazaderas y la besó en la mejilla para luego acariciarla con las manos, disfrutando de la textura de su piel, de su espalda y esas bonitas nalgas en pompa que a duras penas podían distraerle de su verdadero objetivo.

Se relamió, mascó un par de veces más el chicle y lo dejó a un lado.

—Di, *bon appetit*, profesora.

Se deslizó fuera del sofá, hacia el suelo, le separó aún más las piernas buscando un cómodo acceso y sopló sobre la húmeda y caliente carne antes de bajar la lengua y lamerla a lo largo.

Un ahogado gritito emergió de la boca femenina al momento, escuchó

el tintineo de los cascabeles y notó sus intentos por escapar, pero las restricciones estaban para algo.

—Jesús. ¡Está frío!

Se rió entre dientes.

—No te preocupes, pronto entrarás en calor.

El efecto de la menta del chicle dotaba de frescor a su lengua, un efecto que había probado cierta sumisa traviesa sobre él y que le había gustado más de lo que esperaba. Había comprobado que la acción sobre el coño de una mujer podía resultar igual de erótico e interesante y, demonios, se moría por probar a Faith, así que, ¿por qué no hacer la experiencia algo jodidamente inolvidable?

—¡Dainiel!

—Sé buena, profe, déjame disfrutar de la merienda.

La provocó con la lengua haciendo círculos alrededor del clítoris y unió un dedo al juego, ella sabía a sexo y a menta, una combinación que le estaba gustando cada vez más. La lamió a placer, disfrutando de su sabor, de cada uno de sus contoneos, de cómo ceñía la falange en el húmedo interior. Era pura seda, pura dulzura y podría pasarse todo el tiempo del mundo disfrutando de un manjar semejante.

—Ay Dios mío.

—Estoy seguro de que él no lo pasaba tan bien, profe.

—Dain...

No le había pasado por alto que había empezado a utilizar el diminutivo que prefería, por el que lo llamaba todo el mundo. Aquello decía bastante sobre la situación y el que hubiese dejado de lado la asociación de su nombre con el de ese bastardo que le había suplantado para verle a él.

Optó por seguir a lo suyo, le gustaba demasiado la merienda como para interrumpirla, así que la succionó con fuerza, haciendo que arquease las

caderas y soltase un gritito antes de dejarla en paz y retirarse momentáneamente.

—Oh señor, no... no puedes...

Le acarició la cadera, incorporándose sobre ella, presionando su pecho contra su espalda.

—No voy a dejarse así, Faith, pero mi polla también quiere su turno.

Ella siseó alguna cosa ininteligible, incluso resopló y eso lo hizo sonreír. Era una mascota de lo más divertida.

Cogió uno de los preservativos, rasgó el envoltorio y se lo colocó con presteza. Rozó la cabeza del pene sobre su húmedo sexo y empujó lentamente, lo justo para provocarla.

—Ya te tengo dónde te quería, profe —le susurró al oído con voz petulante—, y te voy a dar lo tuyo.

La penetró con suavidad, dejando que su cuerpo lo fuese acogiendo, estaba caliente y mojada, su sexo lo aprisionaba confirmándole lo que ya habían comprobado sus dedos, lo estrecha que era y que, su parca respuesta sobre el tiempo que hacía que no tenía relaciones tuviese que ver con ello. No era virgen, pero no estaba muy seguro hasta qué punto había disfrutado esa morenita del sexo, sus respuestas eran inocentes, tenía casi un aire de ingenuidad que no era común que se diese en una mujer de esa edad.

Echó la cabeza hacia atrás con un ahogado gemido, el conjunto de cascabeles del collar y las pezoneras tintinearón ante sus infructuosos movimientos, echó la pelvis hacia atrás, encontrándole, descansando en la medida de lo posible su peso sobre él en un acto de voluntaria entrega que agradeció hasta el alma.

Resbaló la mano por sus hombros y espalda, le acarició las caderas y notó como su cuerpo cedía poco a poco, relajándose, acomodándole, permitiéndole retirarse para volver a entrar en ella con lentitud —aunque eso

lo estuviese matando—, y disfrutar del momento.

—Eres una cosita caliente y deliciosa, profesora. —Se incorporó para susurrarle al oído, resbalando las manos hasta ahuecar sus pechos al tiempo que movía las caderas, hundiéndose en ella para volver a salir, marcando un ritmo lento—. Mis compañeros se van a morir de envidia cuando sepan que te he tenido.

—No puedes... no... no estaría bien... no puedes... decírselo a nadie...

Sonrió al ver que seguía su ejemplo, metida todavía en su papel.

—Tiene que ser nuestro secreto... solo... nuestro.

—No sé, profe, quizá tengas que darme algo más para mantenerme callado.

Ella gimió y sacudió la cabeza, tiró de las restricciones y movió las caderas, saliendo a su encuentro.

—Toma lo que quieras, por favor, señor, toma lo que quieras...

Le mordisqueó el arco superior de la oreja derecha y se rió entre dientes.

—Ya que lo pides tan amablemente, profesora.

Hundió las manos en sus caderas y empezó a penetrarla con mayor profundidad, hundiéndose en ella hasta la empuñadura y volviendo a salir solo para empujar con más fuerza. Aumentó la velocidad de sus embestidas, la cabalgó como deseaba hacerlo desde el primer momento en que la vio, tomó aquello que estaba dispuesta a entregarle y le dio lo que le había estado negando desde el momento en que la tocó en la sala principal.

—Córrete para mí, Faith —la apremió—, quiero escuchar como gritas, cómo me aprietas mientras llegas al orgasmo. Hazlo, dulzura, déjate ir.

No tuvo que darle mucho más aliento, su cuerpo había estado al borde prácticamente desde el momento en que la había penetrado y el hacerla

esperar, no hizo más que aumentar su necesidad y acumular placer que ya no podía seguir conteniendo.

—Oh... Dios...

Su cuerpo se estremeció bajo él, sus músculos vaginales lo agarraron en un férreo puño y se dejó ir, sucumbiendo al placer. Dain se concentró entonces en su propia necesidad, en obtener la liberación que necesitaba y se vació por completo en ella pocos minutos después.

—Jesús, profe, nunca volveré a ver las clases de la misma manera.

Ella se rió por lo bajo, sus hombros sacudiéndose bajo su propio cuerpo ante sus palabras.

—Ni yo a mis alumnos y es únicamente culpa tuya, Amo Dainiel.

Sonrió para sí, se retiró de ella, se deshizo del condón y se abrochó los pantalones. Ni siquiera se había molestado en quitárselos.

—Ha sido un placer, sumisita, todo un placer.

Volvió a ella y empezó a liberarla de sus ataduras, ayudándola a girarse y manteniéndola tumbada sobre el asiento del sofá.

—No te muevas —le ordenó. Su piel morena creaba un bonito contraste contra el tono azul del mueble—. Voy a sacarte las abrazaderas. Necesito que respires profundamente, ¿de acuerdo?

—Vale.

¿Por qué tenía la sensación de que su pequeña mascota todavía estaba ida por los rescoldos del orgasmo? Sacudió la cabeza y sonrió con premeditada malicia.

—Allá vamos.

Liberó la congestionada cúspide y, al momento soltó un pequeño chillido al tiempo que intentaba llevarse las manos a los pechos.

—Oh, joder.

—No, quieta.

—Duele.

La acusación le produjo un ataque de risa, asintió con la cabeza y bajó sobre su abusado pezón, lo bañó con su lengua aliviando y aumentando al mismo tiempo las sensaciones.

—Te voy a quitar el otro.

—¡No!

A su negativa le acompañó otro gritito, este acompañado con coloridos insultos que fueron ahogados de nuevo por su boca sobre el dulce brote.

—¿Por qué no me dijiste que dolía tanto?

—Hay cosas que es mejor descubrirlas por uno mismo —replicó acariciándole los pechos, jugando con ellos y evitando sus pezones—. Las abrazaderas, al igual que las pinzas, pueden aumentar el placer mientras se usan...

Esos bonitos labios rosados se abrieron y volvieron a cerrarse al momento, los ojos marrones le dedicaron una de las más insultantes miradas antes de cerrarse y ella emitiese un suspiro. Sacudió la cabeza y se levantó, abrió una de las puertas del mobiliario y extrajo del interior de una nevera camuflada, una botella de agua.

—Abre los ojos e incorpórate —le ordenó mientras abría la botella—. Bebe.

Tan pronto vio el agua, se relamió los labios y vació casi un tercio de la misma.

—Gracias.

—De nada, dulzura. —Le apartó el pelo de la cara y dejó la botella a los pies del sofá—. ¿Y bien? ¿Cómo te encuentras?

—No podría mover un solo dedo ni aunque mi vida dependiese de ello —murmuró con un ligero sonrojo tiñéndole las mejillas—, pero, estoy bien, supongo.

—Te excitó estar atada.

No era una pregunta. Lo había visto, había comprobado que el *bondage* la había encendido aún si eso la sorprendía también.

—No lo sé...

—Faith, los ojos en mí.

—Sí, bueno... quizás. —Se lamió los labios—. Pero no me gustó que me pegases con esa cosa.

—No, sé que no te gustó —aceptó serio—. Pero ahora te pensarás dos veces las cosas antes de volver a desobedecer a un Dom.

Compuso una mueca y apartó la mirada con gesto avergonzado, entonces volvió a levantarla, no quería desobedecer.

—Lo siento.

Le acarició la mejilla, la nariz, delineó sus labios con la yema del dedo índice y finalmente se inclinó sobre ella para darle un beso.

—Sí, sé que lo sientes, pequeña, estás perdonada.

El brillo en sus ojos cambió, algo sutil pero que mostraba el alivio que sentía hacia sus palabras. La pequeña sumisa era una personita que se tomaba muy a pecho las cosas, especialmente aquellas que tenían que ver con ella. El que se hubiese disculpado una y otra vez por sus heridas, era prueba de ello.

—¿Y ves? —Se llevó la mano al abdomen—. Estoy bien.

Parpadeó y se incorporó, consciente de repente de aquello.

—¿Y la de tu espalda?

Esa le tiraba como el demonio, pero no pensaba quejarse, no después del agradable momento que le había dado ella.

—Bien.

Deslizó la mirada sobre ella, sobre sus pechos desnudos, la depresión de su estómago, su redondito vientre y la hizo perfectamente consciente de su desnudez.

—Sabes, profesora, creo que todavía no he aprendido bien la lección — declaró mirándola a los ojos—. ¿Qué te parece si la repasamos una última vez?

Su respuesta fue gemir cuando una de sus manos cayó entre sus piernas y su boca rodeó un pezón.

Al infierno con el dolor, pensó Dain, todavía no había terminado con ella.

CAPÍTULO 18

—Este es mi coche.

Faith se detuvo al lado de su pequeño *Hyundai Gatz*, desbloqueó las puertas con la llave y se giró hacia el hombre que la había acompañado afuera, el mismo con el que había pasado las últimas tres horas.

—Ha sido una noche intensa, en muchos sentidos —le dijo—. Tan pronto llegues a casa, métete en la cama y descansa.

Asintió. Esa manera de dar órdenes sin que pareciese que las daba todavía la estremecía, ni siquiera sabía por qué respondía a ello, pero lo cierto es que había muchas cosas de las que habían ocurrido esa noche que no tenía nada claras.

—Mañana hablaremos con Damien sobre lo de esa foto y el diario, le diré que se ponga en contacto contigo, querrá ver el diario, seguramente.

—Todavía no puedo creer que haya alguien que vaya por ahí, haciéndose pasar por otra persona y mintiendo así... —Sacudió la cabeza—. Estaba segura de que él sabría qué pasó con Ruth o al menos, que podría arrojar algo de luz. Ella no se mató de una sobredosis, sé que no lo hizo.

—La policía llegará al fondo de todo esto, Faith, deja que se ocupe la gente que debe hacerlo.

Eso era como decirle que se quedase de brazos cruzados, claro que,

viendo lo que había conseguido al meter sus narices en dónde no la llamaban...

—Lo intentaré.

—No lo intentes, *mascota*, hazlo.

Le miró y dejó escapar un resoplido.

—Lo haces a propósito, admítelo.

Se limitó a sonreír, pero en vez de responder le tendió la mano.

—Dame tu teléfono.

Su reacción inmediata fue echar mano al bolso, entonces se refrenó.

—¿Para qué lo quieres?

Le quitó el bolso y lo buscó él mismo.

—Para grabarte mi número y hacer una llamada perdida del tuyo al mío —le informó con rotunda sinceridad—. Conociéndote, terminarás metida en algún problema antes de que termine la semana.

—Gracias por el voto de confianza, Amo Dain.

Grabó rápidamente su número he hizo una llamada, dejándolo sonar un par de tonos antes de colgar.

—Ya está.

Cogió el teléfono y miró la agenda.

—Dain Ratcliffe. —Leyó en voz alta, entonces suspiró y lo miró—. Gracias otra vez.

—Primero me pides perdón, luego me mandas flores, ahora me das las gracias, ¿qué será lo próximo, Faith?

Esperaba no tener que averiguarlo demasiado pronto, pensó, se encogió de hombros y se dirigió hacia el coche.

—Ha sido una noche... interesante.

—¿Lo suficiente como para que te atrevas a repetirla?

—Me temo que me han quitado mi tarjeta de invitación—. Su mirada

se dirigió hacia la fachada del edificio, cualquiera que lo viese desde fuera jamás pensaría lo que ocultaba en su interior—. Diría que eso es un veto absoluto.

—Ahora ya figuras en la base de datos, solo tienes que volver y dar tu nombre —le informó con la facilidad con la que siempre parecía arreglar las cosas—. Figuras como mi invitada.

—No sé si esto es algo que pueda... soportar todos los días...

—Piensa en ello como una actividad de fin de semana, con el domingo para descansar —le sugirió—. De hecho, te animaría a participar en uno de nuestros seminarios de iniciación.

Se lamió los labios, bajó la mirada al suelo y volvió a levantarla.

—Puedo decir, ¿me lo pensaré?

—El próximo sábado a las 9 en punto. —Se acercó a ella y le apartó el pelo de la cara—. Y esta vez, espero que seas puntual.

Enredó la mano en su pelo y la acercó a él para darle un beso abrasador que la dejó temblando.

—Buenas noches, Faith.

Se las ingenió para encontrar la voz y asintió.

—Buenas noches, Amo Dain.

Con eso, se metió en su coche, echó un último vistazo a través de la ventanilla y salió del aparcamiento para volver a casa e intentar poner en orden sus ideas.

CAPÍTULO 19

Dain oyó el revuelo incluso antes de traspasar las puertas, la mayoría de los socios ya se habían marchado y, como siempre, quedaban alguno de ellos para cerrar. Las voces venían de la entrada, solo tuvo que traspasar el umbral para ver a los Doms reunidos ante la sección de las cruces de San Andrés y el motivo de dicha reunión.

—¿Qué coño es eso?

—Madre de Dios, qué horrerada.

—¿Esto ha sido cosa tuya, Luna?

—Yo no he tenido nada que ver.

—¿Podrán despegarse esas cosas sin que se joda el cuero?

—Me da igual el mobiliario, compraremos otro, pero baja eso de ahí para que pueda prenderle fuego.

—Haré sitio en el aparcamiento para que puedas hacer una bonita y enorme fogata, Fire.

—Adam, busca también un exorcista, tanto colorido no puede dejar buenas vibraciones en un lugar —añadió Cain estremeciéndose ante tal visión.

—Joder, ya no sé si estoy teniendo alucinaciones o eso es lo que creo que es.

—Está claro lo que son, señor, unicornios, montones y montones de unicornios.

Todas las miradas cayeron sobre la sumisa de pelo azul que había hecho tal apreciación. Con esos grandes ojos y mirada inocente señaló el enorme unicornio de peluche que había colgado entre las dos aspas que habían sido también profanadas con montones de pegatinas de vistosos animales mitológicos.

—¿Qué? Tiene un cuerno en la frente, es blanco y con crines de colores —enumeró señalando cada parte del gordo peluche—. Eso lo hace un unicornio.

—Gracias, traviesa, no nos habíamos dado cuenta de ello. —La ironía en la voz de Lucien lo decía todo.

—Lo que yo quiero saber es qué hace un jodido unicornio colgando del logo del club —sentenció Horus mirando a la chica y después a cada una de las féminas presentes—. Y, seré aún más específico, ¿quién demonios lo ha colgado ahí y ha llenado las cruces de pegatinas?

—Yo llegué tarde, así que no estuve en la primera sesión y solo he aparecido en la segunda porque el Amo Reid se apiadó de mí.

—Juraría que no estaba ahí en la primera sesión —comentó Sophie ladeando ligeramente la cabeza, mirando el enorme peluche que empezaba a provocar escalofríos entre los presentes. Entonces se giró para decir algo más, pero se detuvo al encontrarse con su mirada—. Maestro Dain, espero que hayas tenido una interesante y agradable noche, ya que no he tenido el placer de verte.

El tonillo utilizado por la chica lo llevó a enarcar una ceja.

—Yo, en cambio, tuve un interesante momento viéndote a ti en la cruz antes de la subasta —replicó con sencillez—, y entonces no estaban esas cosas, no es como si se pudiesen pasar por alto.

Ella se sonrojó, se lamió los labios y caminó hacia él.

—Me debes un helado de chocolate en *Il Laboratorio del gelato* —le dijo bajando la voz—. Prometiste que estarías presente en la subasta y no fue así.

—¿Me estás reprendiendo por algo, Kitty?

Se limitó a mirarle por debajo de esas espesas pestañas y entonces negó con la cabeza.

—¿Lo pasaste bien, al menos?

—Fue una noche de lo más agradable.

—Me alegro, de verdad.

Y, a pesar de sus palabras, su tono de voz indicaba algo distinto. Echó un vistazo a Horus, quién negó con la cabeza.

—En cuanto a eso, yo no he sido, señor —añadió volviéndose hacia su Dom—. Ni siquiera me gustan los unicornios.

Una vez más las cabezas se giraron en dirección a la sumisa de Fire.

—¿Os parece que puedo coger una escalera o trepar por la pared como *Spiderman* para colgar esa cosa ahí arriba? —resopló Luna—. ¿Hola? Aquí la chica que se ha pasado la noche sentadita como una buena sumisita o intentando no cojear porque al sádico de su señor se le ocurrió la brillante idea de que debía venir sin bastón.

—Empiezo a plantearme si no llevarás muchos días sin probar el golpe de la paleta, amor.

Ella se limitó a echarle la lengua y cruzarse de brazos.

—¡La madre que las parió!

La abrupta declaración llegó ahora del otro lado del local, Kells estaba detrás de la barra del bar, haciendo el recuento para el cierre y acababa de poner sobre la superficie de esta unas botellas atadas con lacitos de colores, en cuyo cuello destacaba una cabeza de unicornio multicolor.

—¿Qué coño pasa ahora?

—¿Qué pasa? —siseó con ese vozarrón tan característico de él—. Esto es lo que pasa.

Una a una fue dejando todas las botellas de cerveza profanadas, algunas de las cuales lucían las mismas pegatinas que había en las cruces.

—Wow, wow, wow, a no, por ahí sí que no paso —añadió Adam caminando hacia la barra, levantó una de las botellas y se giró con mirada asesina—. ¿Quién se ha atrevido a profanar las puñeteras cervezas negras?

—De acuerdo, esto ya ha dejado de ser una broma.

Horus cambió el tono de voz y cada una de las sumisas respondió al momento con un respingo, sus ojos cayeron sobre ellas con visible enfado.

—¿Quién ha sido?

—¿Por qué tienes que mirarme precisamente a mí? —Se quejó Sophie al instante, llevándose las manos a las caderas con gesto desafiante—. ¿Qué pasa? ¿Crees que soy tan infantil como para montar esta decoración arcoíris solo para joderte? ¿Qué he montado una rabieta porque Dain ha preferido pasar la noche con una sumisa salida de la nada?

Y ahí estaba lo que habían ocultado sus palabras, pensó con un suspiro.

—Nena, creo que eso sobraba —se metió Lucien, buscando rebajar la tensión—. Lo que se está preguntando es quién ha dejado el mobiliario del *Blackish* como el de una escuela infantil.

La chica lo fulminó con la mirada.

—Yo no fui. ¿Satisfecho, señor?

—Horus, ¿te importa?

El hombre negó con la cabeza, mirando con abierta decepción a su sumisa.

—No, te la cedo —replicó sin dejar de mirarla, dejando en sus palabras lo que aquella pataleta le había parecido, entonces se giró a las otras dos

chicas presentes—. En cuanto a vosotras...

—¿Qué? —replicó Luna con un mohín—. Esta ha sido la noche que mejor me he portado y con diferencia. He pasado el tiempo sentadita tal y como me ordenó mi señor, Sophie y Jessie me hicieron compañía y, cuando no he estado sentada, Brian no se ha separado de mí. ¿Estoy mintiendo señor?

El Dom se inclinó sobre ella, envolvió la melena suelta en su puño y tiró de su cabeza hacia atrás sin dejar de mirarla a los ojos.

—Claro, Lunita, eres la viva imagen de la inocencia.

Los hombres ahogaron una risa ante sus palabras, todos ellos sabían perfectamente de qué clase de material estaba hecha esa pequeña buscapleitos.

—Yo, como ya dije y muchos sabéis, me salté la primera parte de la noche porque llegué tarde. —Jessie hizo un mohín—. Incluso me perdí la subasta, Caín puede dar fe de ello.

El aludido asintió.

—Ella se quedó en la recepción hasta el término de la misma en el que Reid fue a levantarle el castigo —confirmó él—. De hecho, quedé en llevarla a casa, el jefe tuvo que salir corriendo por una emergencia.

Es lo que tenía ser médico de ambulancia, pensó Dain.

—Perfecto, sumisas —continuó Horus—. Entonces, ¿esto se hizo solo?

—¿Por qué das por hecho de que ha tenido que haberlo hecho una de nosotras tres, señor? —preguntó Luna muy comedida—. Esta noche ha habido varias sumisas, incluso alguna de las que han participado en los seminarios de estas dos últimas semanas.

—Porque, al contrario que vosotras tres, nadie en su sano juicio osaría desafiar a su dominante.

—No obtendrás una respuesta, Horus, son como los *Mosqueteros* —aseguró Lucien visiblemente divertido—. *Una para todas y todas para una.*

—¿Seguro que ninguna quiere confesar?

Luna resopló.

—¿Te parece que alguna de nosotras está tan loca como para abrir la boca con toda esta testosterona presente? —Insistió Luna, la pequeña sumisa estaba guerrera esa noche.

—Luna Moon, hoy vas a dormir caliente, te lo prometo por tu mondadientes.

—Muy bien, traviesas. —Horus contempló a cada una de las tres posibles involucradas. Todos los presentes sabían perfectamente que lo ocurrido había salido de la cabecita de una de ellas o incluso del trío. Solo faltaban Siobhan y Cassandra para completar el quinteto—. El próximo fin de semana os presentaréis en la oficina nada más llegar y se os dirá cual es vuestro castigo.

A ninguna se les ocurrió replicar, aunque a juzgar por la pérdida de color en sus rostros, empezaban a arrepentirse de lo que habían hecho.

—Kitty, acompáñame.

No quería perder más tiempo, había cosas que debía solucionar con esa gatita y, cuando antes empezase, mejor. No esperó a ver si lo seguía, volvió sobre sus pasos y se detuvo solo al llegar a la puerta, la abrió y dejó que ella pasase delante de él.

—Dain...

La cortó con una mirada, ella, al contrario que la pequeña Faith era una sumisa entrenada, sabía cuál era su sitio y que su previa actitud había sido un insulto para con su dom.

—¿Quién es tu amo, sumisa?

—El Maestro Horus, señor —replicó en voz baja, sabiendo que había metido la pata—. Es suyo el collar que llevo, y suyo el nombre que me dio.

Se detuvo al llegar a la recepción y la miró.

—¿Ante quién has de responder?

—Ante mi amo.

Dejó que el silencio cayese entre ellos durante unos instantes de modo que fuese consciente de lo mucho que su actitud los había decepcionado a ambos.

—¿Puedes decirme a qué ha venido eso?

La forma en que apretó los labios, bajo los ojos y se movió, le decía claramente que estaba arrepentida de sus propias acciones.

—Sé que he actuado como una niña consentida, le he hecho daño a mi señor y eso me está matando por dentro —aceptó con la voz entrecortada, estaba luchando con sus propias emociones—. Pero... estos últimos seis meses tú has formado parte de nuestras vidas y, entonces, hace casi un mes pensé que te íbamos a perder. —Hizo un alto y se llevó las manos a los ojos, limpiándoselos—. ¿Sabes cuántas veces me he pasado esperando a que me llamasen y me dijese que alguien a quién quiero había muerto de un balazo, una cuchillada o una reyerta callejera? Mi hermano murió en esas circunstancias, Damien no hace más que exponerse a ello con cada salida, incluso Horus conoce de primera mano lo que significa moverse en ese mundo, yo misma lo sé. He pasado demasiado tiempo con todos vosotros como para no preocuparme cada vez que salís ahí fuera, especialmente cuando me dais excusas estúpidas para justificar vuestra ausencia. Cuando Damien llamó a Horus, yo estaba allí, supe que algo iba mal y te lo juro por Dios, Maestro, que no te habría perdonado el que me hubieses dejado sola de esa manera.

Las lágrimas empezaron a caer por sus mejillas, pero aun así se mantuvo fuerte.

—No me importa si encuentras a alguien más con quién jugar en el club, no me importa si conoces a una sumisa que se adapte a tus necesidades

y que te de lo que buscas, diablos, espero que lo hagas, señor, lo espero de todo corazón —aseguró completamente sincera—. Quiero que seas feliz, que encuentres a alguien que te quiera a ti y solo a ti, pero lo que no quiero es perderte, Dain, porque eres mi amigo, porque eres de las pocas personas que ve a través de mí incluso antes de que yo misma me vea y, al contrario que el cabezón de mi Amo, tú escuchas antes de levantar el *flogger*.

Sonrió de soslayo.

—Horus también te escucha, Sophie, nunca levantaría... el *flogger*, como tú dices, si no tuviese una buena razón para hacerlo. —Le cogió la barbilla y se la levantó—. Y cariño, tú le das montones y montones de razones, lo sabes, lo incitas a ello, es lo que buscas porque ese desafío hace que te sientas viva y él lo sabe. ¿Por qué crees que te comparte conmigo? ¿Por qué crees que permite que me una a vuestras escenas? Porque sabe que lo necesitas. El principal cometido de un amo es hacer feliz a su sumisa y, cuando ese dominante ama a su sumisa, se vuelve incluso mucho más importante.

—Le quiero, Dain, no he dejado de amarle en toda mi vida y ya no sé cómo decírselo, no sé cómo hacer que entienda que él es todo lo que necesito, que él es suficiente para mí —murmuró con verdadera desesperación—. Que es el único Dom y hombre que me hace completamente feliz.

—Bueno, princesa, no creo que el llenar el club de unicornios sea precisamente la opción ideal para ello.

Parpadeó como un búho y rió a pesar de las lágrimas.

—¿De verdad crees que yo idearía algo como esto? —Sacudió la cabeza—. No diré que fui y tampoco diré que no lo fui, soy fiel a mis compañeras sumisas.

Sacudió la cabeza y le peinó el pelo con los dedos.

—A veces solo es necesario decirlo con palabras, Sophie, recordarnos

que somos importantes para vosotras —le aconsejó—. Incluso si lo sabemos, escuchar esas dos palabras «te quiero» ya venga de un amigo, de un hermano o de un amante, puede marcar la diferencia.

Le secó las lágrimas de las mejillas con los pulgares.

—Limítate a volver ahí dentro y decírselo, quizá no te libre del *flogger*, pero sin duda ambos lo disfrutaréis mucho más.

Ella asintió y terminó de secarse las lágrimas.

—Gracias, señor, de verdad, por el consejo y, por todo.

—Estaré aquí siempre para ti, cariño, nada va a cambiar eso, ¿de acuerdo?

Asintió una vez más, se lamió los labios y sorbió por la nariz. Buscaba recuperar su compostura antes de volver a dentro.

—Entonces, ¿ella es la misma chica a la que ayudaste, por la que te hirieron? —preguntó, cambiando hábilmente de tema—. Sé que algo pasó esta noche, Horus desapareció y lo mismo pasó con algunos de los maestros y, cuando volvió... Algo ha pasado. ¿Qué es?

No valía la pena guardar el secreto, no a esas pequeñas sumisas, eran demasiado inteligentes y se preocupaban demasiado por sus amos como para que pasasen por alto sus cambios de ánimo.

—Sí, Faith es la misma chica a la que ayudé esa noche —aceptó y le contó todo lo que había ocurrido, cómo había llegado al club y el motivo que la había traído hasta allí—. Cree que hay mucho más en la muerte de su amiga y se presentó aquí buscando al único que quizá pudiese darle una respuesta.

—No puedo creer que alguien haya suplantado tu identidad, que se haya hecho pasar por ti, utilizar tu nombre. —Sacudió la cabeza—. Y esa pobre chica... Dios, ha tenido que ser un palo enorme para Faith.

Chasqueó y pegó una pequeña patada en el suelo.

—Por eso Horus estaba tan raro, el muy cabrón...

—Kitty...

—Se lo merece, señor.

Sonrió y sacudió la cabeza, con ella no se podía.

—Horus tiene las manos llenas contigo, ¿eh?

—¿Aún te das cuenta de ello ahora?

—No, mascota, lo supe desde el momento en que Damien te ató y te dejó al cuidado de Horus —aseguró con total convicción—. Y me alegro por ello.

—Yo también, Maestro Dain, yo también —aceptó con las mejillas sonrojadas, pensando ya en su hombre.

—Vuelve a dentro y recuérdaselo.

Asintió y se echó a sus brazos, le rodeó el cuello y se pegó contra él para obsequiarle con un tierno y cálido beso.

—Si ella termina siendo la indicada, le daré la bienvenida como mi hermana de cadenas, señor.

—Gracias, mascota.

Negó con la cabeza.

—No, Dain, gracias a ti —asintió y dio un paso atrás—. Te quiero, señor, eres el mejor amigo que podría tener una sumisa.

—Yo también te quiero, polvorilla, venga, ve con tu amo.

—Sí, señor.

Esa pequeña sumisa tenía un corazón que no le cabía en el pecho, pensó viéndola marchar, sin duda era una gran amiga y así la quería, como amiga.

CAPÍTULO 20

¿Podía tener una mujer unas puñeteras agujetas a raíz de una fantástica sesión de sexo? Dos días después, Faith estaba convencida de que sí. Se había pasado gran parte del sábado durmiendo y haraganeando en la cama, solo había abandonado su calor para ir al baño y atender a un insistente detective Knight por teléfono. El hombre había salido fuera de la ciudad ese fin de semana y no volvería hasta el lunes, Lucien se había encargado de ponerle al tanto de su incursión en el club y lo que esta había desatado; alguien estaba suplantando la identidad de Dain Ratcliffe.

Después de la consabida bronca, le había ordenado —estaba por apostar que ese hombre era también un dominante—, que juntase todos los documentos, notas, tarjetas u objetos personales que hubiese dejado su amiga y que creyese podían aportar algo a la investigación. Si bien había puesto la habitación patas arriba y hecho un recorrido general por el resto de la vivienda, no había dado con nada más esclarecedor que lo que ya había encontrado. Ni siquiera en las cosas que le había devuelto la policía con las pertenencias de Ruth había podido encontrar algo que arrojase luz sobre sus recientes descubrimientos, pero sí había reparado en algo que ni siquiera sabía cómo había podido pasarle por alto; faltaba el teléfono móvil de su amiga.

Aquello era lo que le había comunicado a Damien cuando la llamó de nuevo ese mediodía, anunciándole que había vuelto a la ciudad y que quería verla.

—Acabo de aterrizar, ¿tienes tiempo para vernos esta tarde?

—Tengo varias clases de tarde, no saldré hasta las seis.

—Bien, te veré entonces sobre esa hora.

Había sido tan escueto y rápido al teléfono que no le había dado tiempo a despedirse antes de escuchar el pitido que anunciaba el final de la llamada, pero era sin duda un hombre de palabra, puesto que se había dejado caer por el instituto.

—Señorita Valentine, hay un cacho hombre en el pasillo esperándola.

—¿Un cacho hombre? —Levantó la mirada, divertida por la forma de catalogar al sexo masculino de una de sus alumnas—. ¿Podrías ser un poco más específica, Traicy?

—Es un poli —chasqueó Ramón. El chico hispano entró con sus típicos contoneos, engullido por una chaqueta a la que le sobaban dos tallas y unos pantalones que desafiaban a la gravedad—. Lo he visto alguna que otra vez en el gimnasio Chaser, hablando con el *sensei* Horus o el *sensei* Dain.

Y aquello no era sino otra de esas incómodas coincidencias, pensó Faith, ya que tenía algunos alumnos de diferentes cursos que asistían al gimnasio en el que esos dos eran voluntarios. El lugar se había levantado con ánimo de darle a aquellos chicos de la calle un lugar en el que poder dar rienda suelta a su rabia e inquietudes en un ambiente sano y controlado, enfocando sus necesidades a la defensa personal, el kickboxing e incluso alguna arte marcial. El Reverendo John auspiciaba el local, lo que para muchos ya era un sello de que estaban dirigiéndose al lugar correcto.

—¿Está metida en algún problema, profe?

El típico diminutivo con el que se solían dirigir algunos de sus alumnos

más jóvenes ahora la hacía dar un respingo, pues no podía dejar de escuchar esa misma palabra en la voz de alguien que había estado decidido a volverla loca.

—Ya sabe que, si necesita que le echemos una mano, solo tiene que pedirlo. Todos aquí la respetamos, ¿entiende?

—Estoy perfectamente, señor Álvarez, gracias por su preocupación —replicó mirando al chico—. Le aseguro que, en caso de tener algún problema, no sería nada que usted o el resto de mis alumnos pudiesen resolver, pues para eso está la policía. Su cometido es estudiar, terminar el año y conseguir esa matrícula para mantener la beca para la universidad.

—Sí, profe, créame que es lo único que tengo en mente —insistió el chico con un fuerte acento—. Pero vea, lo que ha pasado con la señorita Vera... No somos tontos, profe. ¿Muerte repentina? ¿Enfermedad? La señorita Ruth estaba tan sana como una manzana y tenía unos pulmones excelentes como mostraba cada vez que nos echaba la bronca si nos pillaba fumando *María* o cualquier otra cosa.

Bueno, desde luego, no era muy inteligente contárselo a ella, pensó, pero optó por mantenerse callada.

—No, profe, algunos sabemos muy bien que la señorita Ruth no era de las que se quedaba de brazos cruzados, si nos pillaba a alguno con esa mierda, nos quitaba hasta las tripas y luego iba a quitárselas a los tipos que las vendían.

—¿Cómo?

El chico chasqueó de nuevo e hizo un gesto con la mano.

—Es un secreto a voces, usted sabe, ahí fuera todos se conocen, siempre hay oídos prestos, un primo, un amigo, alguien que vio algo en alguna parte...

Y aquello era una auténtica novedad para ella.

—¿Está sugiriendo, señor Álvarez, que la señorita Vera se metía en los suburbios en busca de... de...?

El chico miró hacia atrás, comprobó que no venía nadie y se acercó.

—Mire, no sé exactamente cómo lo hacía, ni cómo se enteraba, pero sí que se la vio alguna vez por las calles, ya sabe, y eso puede levantar ampollas en ciertos círculos —Se restregó la nariz—. Pensamos que lo había dejado.

—¿Pensamos?

Se llevó una mano al pecho.

—La pandilla —dijo como si eso lo explicase todo—. Mire, no nos gusta la poli, vale, pero la señorita Ruth era una buena tía, una profe guay, ¿que alguien venga y nos diga un lunes que se ha pedido unos días por asuntos propios y luego aparezca *muertecita*? No, hombre, eso no se lo traga nadie.

—¿Por qué no me lo habéis dicho antes? ¿Cómo es que nadie sabía lo que estaba haciendo Ruth?

—El mundo de ahí fuera es muy chungo, señorita Valentine, ustedes hacen todo lo que pueden para darnos una oportunidad, pero no todo se resuelve en las aulas —respondió encogiéndose de hombros—. Usted me cae bien, no se meta en mierdas que no comprende. No merece la pena.

No podía estar más sorprendida por la advertencia de ese alumno, por lo que implicaban sus palabras y lo que, a todas luces, era un retrato de una persona que, una vez más, no conocía.

¿Quién era realmente Ruth Vera? ¿Y cómo era posible que nadie estuviese enterado de lo que hacía? No, eso no era correcto, rectificó, era ella y, posiblemente el resto de profesores del claustro, los que no tenían la menor idea de lo que había pasado porque era mucho más fácil centrarse en sus cosas y olvidarse de la mierda de mundo en la que esos chicos vivían día tras día.

—Maldita sociedad —masculló al tiempo que empezaba a guardar rápidamente sus cosas en el portafolios, se ponía la chaqueta y abandonaba el aula—. Detective Knight, usted y yo tenemos que hablar.

El policía, quién estaba en esos momentos chocando los puños con algunos de los chicos en el pasillo enarcó una ceja ante su tono de voz.

—También me alegro de verte, Faith —le dijo y se volvió a los chicos—. Me alegra veros, tíos, suerte con el partido del sábado, Cliff.

Se obligó a mantener la compostura e ignorar ese tono de voz que hacía que quisiera quitarse el zapato y lanzárselo a la cabeza mientras lo esperaba.

—Tienes buen aspecto, *mascota*.

Si hubiese tenido púas, no le sorprendería si todas se hubiesen puesto de punta al escuchar ese apodo. Si tenía alguna duda al respecto, después de eso ya no le quedaba ninguna duda. Ese hombre pertenecía al gremio de los Dominantes.

—Es señorita Valentine, si no le importa —replicó y optó por conservar los buenos modales—. ¿Ha tenido buen viaje?

—Sin percances, lo cual ya es bastante —aceptó acompañándola cuando le indicó que la siguiese—. ¿Y usted? ¿Ha vuelto a ponerse la placa de detective y salido a cazar... problemas?

No pudo evitar que se le encendieran las mejillas, sabía que él tenía razones más que suficientes para hablar de ese modo.

—Dado que el señor Ratcliffe le ha puesto al corriente sobre lo ocurrido.

—Sí, Dain me hizo un buen resumen...

—Pensé que lo había contactado el señor Lucien.

El hombre sonrió de soslayo.

—Digamos que ambos me dieron su propio reporte.

No preguntes, Faith, no preguntes.

—Bien. He recogido todo lo que he encontrado de Ruth y lo he metido en una caja, incluyendo el diario —le informo—. La fotografía me temo que se la han quedado en el *Blackish* para ver si conseguían contrastar la identidad de ese hombre.

—Sí, estamos en ello.

—La típica respuesta cuando no se tiene respuesta, ¿no?

—Hoy tiene las pilas puestas, ¿eh?

—Pásese toda una mañana y media tarde con unos chicos de entre dieciséis y dieciocho años y luego me cuenta.

—Está haciendo un buen trabajo, profesora Valentine, esos chicos son la prueba.

—Me limito a enseñarles literatura, detective, ese es mi campo.

Ese y los debates en los que a menudo involucraba a los chicos y que sacaban a la luz muchos más temas que nada tenían que ver con los clásicos y sí con la dureza de la vida en las calles y los sueños rotos.

—Y el mío dar con los malos y meterlos entre rejas, quizá quiera tener eso en cuenta la próxima vez que decida investigar por su cuenta —le aseguró deteniéndose ante la puerta de su despacho—. La primera vez, la golpearon y posiblemente le hubiesen hecho algo peor si mi amigo no la hubiese ayudado.

A un costo demasiado alto, pensó y se obligó a deshacerse de sus lamentaciones. Sabía lo que le haría él si seguía pensando en ello, se lo había advertido.

—Y la segunda vez va y se mete de cabeza en un club privado, pretendiendo buscar a un tipo que podría incluso estar envuelto en la muerte de su amiga.

—Al menos yo hago algo, que es más de lo que he visto que hayan hecho en el último maldito mes.

Los ojos verdes del hombre se entrecerraron y su rostro se endureció. Se tensó al momento, dio un paso atrás y se preparó para lo que seguramente caería sobre ella.

—Ha conseguido lo que quería, señorita Valentine, gracias a esa foto y sus pesquisas, seguiremos indagando.

No le gustaba su tono, era demasiado duro, casi parecía estar pegándole sin levantar una sola mano. Ese hombre era peligroso, muy peligroso, como lo era el propio Dainiel.

—No quería insultarle, Damien, desde luego usted mejor que nadie conocerá su propio trabajo —rectificó—. Es solo que... no puedo creer que esté pasando todo esto. Empiezo a darme cuenta de que no conocía de nada a la mujer con la que compartí piso durante los últimos cinco años. Incluso mis alumnos parecen estar más enterados que yo de los asuntos en los que se movía.

—¿Qué clase de asuntos?

Señaló la puerta, introdujo la llave, abrió y lo invitó a pasar.

—Entre, hay cosas que preferiría tratarlas en privado.

—La sigo, profesora, la sigo.

Damien podía entender la frustración por la que pasaba la mujer, podía incluso admirar que no se hubiese conformado y hubiese decidido seguir investigando, pero lo que no le gustaba un pelo era la manera en que lo había hecho. Esa pequeña locuela era capaz de meterse en la boca del lobo y darle las gracias por cerrar los dientes sobre ella.

El presentarse sin más el pasado viernes en el *Blackish* no era más que una muestra de la valentía o la falta de cordura de esa mujer, había

encontrado una foto, un nombre y se había lanzado en busca de respuestas. Casi daba gracias a Dios de que hubiese ido a caer en el club de los maestros y no en cualquier otro lugar, como había ocurrido la primera vez.

Sabía por Lucien que la muñequita había llegado preguntando por Dain y que, después de un par de malos entendidos y de obtener las respuestas necesarias, él se había hecho cargo de ella. Y no le quedaba la menor duda de que clase de tratamiento podía haber utilizado, no después de ver su reacción, mucho más conocedora que la primera vez que estuvieron cara a cara.

Durante los próximos minutos se limitó a repasar con la chica el material que había en la caja, ojeó el diario encontrando en él el típico dietario de una sumisa y escuchó cada una de las conjeturas hasta que hizo mención de la reciente conversación con uno de sus alumnos y, lo más importante de todo, la ausencia del teléfono móvil de la víctima.

—Cuando me entregaron las cosas de Ruth no estaba su teléfono, tampoco lo encontré en casa, de hecho, llamé desde el mío y daba apagado, como llevaba haciendo toda aquella semana después de desaparecer.

—Así que tenemos un teléfono extraviado —tomó nota—. Y, según uno de sus alumnos, la señorita Vera era dada a meterse también en problemas.

—Le confieso que me ha sorprendido tanto o más que a usted, detective.

—A mí ya no me sorprende nada, es lo bueno de mi trabajo, que llega un momento en que prácticamente lo has visto todo.

—Pues no le envidio —resopló ella y bajó la mirada a sus dedos entrelazados sobre el escritorio—. Mire, todo lo que sé es que Ruth no era la clase de mujer que andaría metida en temas de drogas, no era consumidora, de hecho, estaba decidida a que su programa escolar para la prevención funcionase. Quizá no sepa quién era realmente en su vida privada, pero sí sé

que era una buena profesora, que se preocupaba por sus alumnos y que haría lo que hiciese necesario para evitar que siguiesen el camino equivocado.

La chica hizo un alto, chasqueó la lengua y levantó la cara, encontrándose con su mirada.

—No sé quién es ese hombre ni porqué ha usurpado la identidad de otra persona, no sé si ella era consciente de eso o no, pero si hay alguien que puede arrojar algo de luz a lo que quiera que haya pasado con ella, es él.

Una mujer valiente y decidida, pensó calibrándola, una sumisa natural que se preocupaba por aquellos a los que quería y por quienes, no le cabía duda, pelearía hasta las últimas consecuencias. Sin duda era la candidata perfecta para Dain y, a juzgar por lo que había escuchado en los últimos días, su encuentro había levantado chispas.

—Y lo principal debería ser el entender qué hacía Ruth en esa habitación de hotel —insistió decidida a dar su opinión—. No es por nada, pero el sueldo de una profesora no da como para permitirse ese tipo de alojamiento.

Y sin embargo había estado alojada allí durante tres días, habiendo pagado la habitación por adelantado, pensó Damien. Tal y como habían mostrado las cámaras de seguridad, había llegado sola, con una pequeña maleta, objeto que tampoco había aparecido. Durante el transcurso de esos tres días había estado entrando y saliendo del hotel, los empleados con los que había interactuado habían hecho hincapié en que se trataba de una persona jovial, educada. Uno de ellos dijo haberla visto discutir con un hombre la mañana de la noche en la que Lucien descubrió su cadáver, se habían despedido de manera airada delante del hotel y ella había subido directamente a su habitación y no había vuelto a bajar. Los datos que podía recordar del individuo podían encajar con la descripción de cualquier tío grande, con el pelo negro y que vistiese un abrigo; sí, sin duda toda una

ayuda.

—La verdad, no entiendo que hacía allí.

—Esperemos que lo que haya aquí pueda darnos alguna pista de ello — señaló la caja—. Y mientras eso sucede, quiero que te quedes quietecita, ¿podrás hacerlo?

—No es como si pudiese hacer algo más para ayudar.

—Ya has hecho suficiente, Faith, preferiría que de ahora en adelante me dejases a mí el resto, después de todo, es mi trabajo.

Suspiró de forma larga y profunda.

—De acuerdo —aceptó con palpable resignación—. Pero quiero que me mantenga informada de cualquier avance, por favor. Ella... ella era una buena persona, una buena amiga y quiero... quiero que la verdad de su muerte salga a la luz. Sé que ella no se mató de una sobredosis, me da igual lo que digan unos informes médicos, autopsia o lo que sea, ella nunca sería tan cobarde.

—Si se parecía algo a ti, estoy seguro de que no, nunca elegiría una salida como esa.

Sus palabras parecieron tranquilizarla, se limitó a asentir, entonces pareció recordar algo.

—¿Por qué cree que alguien elegiría el nombre del *maest...* del señor Ratcliffe? —Su traspié la hizo sonrojarse pero fue lo bastante rápida para sobreponerse y corregirse—. ¿Cree que podría ser algo personal?

Curiosa sumisa, pensó divertido. Ese traspié decía mucho, posiblemente más de lo que ella pensaba.

—Tu maestro no tiene la menor idea de quién es él, aunque cree haberlo visto en algún sitio.

—No es mi maestro —replicó casi al instante—. Y sí, eso ya lo dijo, ¿no se sabe nada más?

—¿Por qué no le llamas y se lo preguntas?

Sus mejillas adquirieron incluso más rubor, esa piel chocolate se encendía como una antorcha, algo realmente interesante de ver.

—Olvídelo, no sé ni porqué lo pregunté.

—Porque eres una mujercita encantadora y te preocupas por los demás —replicó al tiempo que se levantaba. Era hora de poner fin a esa conversación y pasar a la siguiente en su lista—. Tienes mi número, si te viene a la cabeza alguna otra cosa, consúltame antes de meterte en otro lío.

—No tiene muy buen concepto de mí, ¿no?

—Al contrario, preciosa, tengo muy buen concepto de ti, solo soy... precavido.

Le guiñó el ojo y la dejó a solas en su despacho, era hora de ponerse a trabajar y descubrir qué demonios estaba pasando en el *Blackish* y con esa mujer que había aparecido muerta, si tenía suerte, quizá pudiese resolver todo rápidamente, sino, tendrían un puñetero asesinato sin resolver en las manos y un asesino que seguiría ahí fuera.

CAPÍTULO 21

—Hacía tiempo que no venías, hijo, ¿cómo estás?

El reverendo John siempre lo recibía con una tetera humeante y unas pastas de canela hechas en casa, daba igual que fuese lunes o jueves, como

era el caso, el hombre se las ingeniaba para saber que iba a pasar a saludar y tenía todo listo. Las veces que le había preguntado si era clarividente, se había limitado a señalar a su «jefe» como respuesta a las cosas, una vía con la que Dain no estaba muy en sintonía.

Hoy debería haber ido al club para impartir el seminario de iniciación para sumisas, pero después de los casos que había tenido que atender a lo largo de la semana, no tenía el humor y la paz mental necesaria para la tarea. Todo lo que quería era ir al gimnasio y dar unos cuantos golpes en el saco para sacarse la frustración de encima.

—He tenido un mes un tanto complicado y esta semana ha sido incluso peor.

—Sí, sí, Sophie me habló sobre ello, estaba muy afectada y preocupada por lo ocurrido.

—Lo sé, se encargó de hacérmelo saber alto y claro.

El hombre sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Ella es así, siempre preocupándose por los demás, queriendo ayudar, se parece mucho a su hermano Robert.

—Eso dice Horus.

—Ah, ha sido todo un regalo saber que se han reconciliado después de tanto tiempo, al final las cosas siempre salen como deben salir.

—Si usted lo dice.

—Lo digo, lo digo, ¿no es acaso prueba de ello el que estés ahora aquí y no bajo dos metros de tierra? —Chasqueó la lengua—. Dos puñaladas. Has tenido suerte, mucha suerte.

—Lo crea o no, esta vez no fue cosa mía, reverendo John, me limité a ayudar a la policía y, en el transcurso de la operación, las cosas se complicaron. —Se llevó la mano al vientre—. Créame, podría haber sido peor si la chica a la que ayudé no me hubiese advertido de los trucos sucios

de mis atacantes.

—Eres un buen hombre, hijo, siempre dispuesto a sacrificarte por los demás —reconoció sus méritos—, pero tienes que mirar también por ti y por tu seguridad. No seas temerario, Dainiel, la gente te necesita demasiado como para que sucumbas bajo el filo de una navaja. Desde que llegaste, has hecho mucho bien en la comunidad.

—Me concede más mérito del que tengo, solo soy asistente social.

—Me limito a decir lo que veo, muchacho, nada más y nada menos — Dio un sorbo a su bebida—. Dios ha tenido a bien escucharme de vez en cuando y me ha enviado las herramientas necesarias para poder llevar adelante mis proyectos, para ayudar a las personas que lo necesitan.

Se rió, no pudo evitarlo.

—Lo último que veo al mirarme al espejo son alas blancas, reverendo John.

El hombre rió con él.

—Los mensajeros del Altísimo pueden presentarse de diferentes maneras, en muchas de las que ni siquiera somos conscientes. —Se encogió de hombros—. Tú llegaste en el momento adecuado y decidiste hacer algo, otros habrían dado media vuelta para volver a encerrarse en sus casas.

Y ese era sin duda el motivo de que hoy estuviese allí, en ese lugar, tomando el té con ese pastor y no en alguna oficina del centro. De hecho, podría decirse que la culpa era indirectamente de su gemelo, ya que él había sido el que lo había conducido a ese lugar.

Acababa de llegar de Florida, estaba en pleno traslado, instalándose en su nuevo hogar cuando Lucien lo llamó para que fuese a entregar unas cajas a la parroquia de Dumont Ave, en Browsville. Quizás hubiese sido de utilidad que le hubiese avisado también de que los barrios que la conformaban solían ser el centro de diferentes encuentros entre bandas, pero eso acabó

descubriéndolo por sí mismo.

Chirrido de neumáticos, el rugido del motor, un coche a toda velocidad, una pandilla de chavales saliendo de un callejón y el pandemónium se desató ante sus ojos mostrándole, una vez más, lo más cruel de una sociedad en decadencia.

Sonidos de disparos, gritos, insultos, réplicas humeantes, un coche que se daba a la fuga... En instantes el asfalto se tiñó de sangre, el saldo de la reyerta contabilizó un muerto y dos heridos. Niños, todos ellos no eran más que chavales en plena juventud, ninguno superaba la edad adulta y se enfrentaban a la muerte como si la vida no significase nada.

Su primer instinto fue ayudar a los heridos, deteniendo la hemorragia de las heridas y pedir ayuda a la policía. La respuesta de esta no fue todo lo buena que debería, pensó en retrospectiva, solo tras conocer al padre comprendió el porqué.

El Reverendo se personó a los pocos minutos en un destartalado Chevrolet, saltó del vehículo cuando el motor todavía no había terminado de ronronear y al momento se vio rodeado de los supervivientes, chillando, intentando explicarse al tiempo que maldecían a los asesinos.

—Que Dios lo acoja en su gloria. —Le escuchó murmurar, santiguándose ante el cadáver para seguidamente poner sus grandes y oscuras manos envejecidas por el trabajo y el paso de los años sobre el herido que él estaba atendiendo—. Por los clavos de Cristo, Peter, ¿qué necesidad había de terminar así?

—Nos... nos atacaron sin previo aviso... rompieron... rompieron las normas...

—Sabes tan bien como yo que eso no es así —añadió una jovencita, una niña que no podía tener más de doce o trece años y que se había mantenido en todo momento a su lado y sin derramar una sola lágrima—. Se

han vengado como dijeron que lo harían por lo de Francis. Ellos lo dijeron.

—Cállate, Lauren.

—Parece que la bala sigue dentro —chasqueó entonces el hombre—. Hay que llevarte al hospital.

—He llamado a la policía, deberían...

—La policía rara vez llegan a tiempo, hijo —replicó al momento el reverendo y señaló el coche en el que había llegado.

—No se molestarán en entrar —negó la niña mirándole—. Si no lo lleva el reverendo, se morirá aquí mismo.

—Hay que meterlo en el coche —ordenó el hombre y le indicó la parte inferior del herido—. Cógelo por las piernas, lo levataremos a la de tres.

Aquel día había conocido al pastor, había visto con sus propios ojos lo que solo había conocido a través de los relatos de su hermano y había tomado la decisión de hacer algo más que quedarse mirando de brazos cruzados.

Su apellido solía abrirle las puertas de todo lo que necesitaba, no era algo de lo que estuviese orgulloso, no quería deberle nada al eminente neurocirujano Charles Ratcliffe, por lo que cuando se presentó en el ayuntamiento a indagar quién se hacía cargo de los servicios sociales de la zona y descubrió la carencia de infraestructura de la misma, se puso manos a la obra. Todavía recordaba el rostro de aquella secretaria, sus intentos de que aceptase otro puesto, uno en una zona más rica y digna de la ciudad, pero para quedarse sentado detrás de un escritorio y ver pasar el tiempo, se habría quedado en Florida.

Lucien lo había acusado de suicida, habían tenido una de las mayores discusiones de su historia, pero al final no le había quedado más remedio que aceptar sus decisiones. Así era como había terminado haciéndose cargo de los servicios sociales de esa zona de Brooklyn, colaborando con el reverendo y formando parte del proyecto de integración juvenil que proyectaba el

gimnasio Chaser, que en ese momento empezaba a sacar adelante con la ayuda de Horus.

Habían sido unos años duros, intensos, pero habían merecido la pena, sobre todo una vez que echaba la mirada atrás y veía los resultados.

—El detective Knight se pasó por aquí a principios de semana —le comunicó—. Siguen buscando a las personas que huyeron de la redada, ya le dije que iba a ser difícil que diese con ellos, sobre todo si las ocultaban sus propios familiares.

—Lo sé —aceptó llevándose la mano al vientre—, pero si alguien tiene paciencia infinita es Damien, y también conozco a alguien que carece de ella y ha decidido hacer una vendetta personal de su búsqueda.

El hombre sacudió la cabeza.

—Un día de estos conseguirá que lo maten.

—¿Cree que no lo sé? —Y ese era su mayor miedo, el que un día alguien llamase para decirle que el cabeza hueca de Lucien estaba muerto—. Pero si él aguanta mis continuas incursiones en la mier..., en las situaciones difíciles, no me queda más remedio que aguantar las suyas.

Sacudió la cabeza y resopló.

—A veces me dan ganas de emprenderla de nuevo a puñetazos con el mundo, pero luego recuerdo que lo único que consigo es joderme los nudillos. —Bajó la mirada sobre sus manos, sobre los cayos producidos por los golpes.

—Un pensamiento digno de tener en cuenta. Ojalá muchos de los que los utilizan sin pensar tuviesen el ánimo de valorar la poca utilidad que tiene el liarse a golpes.

—No sé, John, a veces viene bien para descargar adrenalina.

—En mis tiempos jóvenes yo mismo di algunos, hijo, pero nada se resuelve con la violencia.

—Y ese es el motivo por el que nos esforzamos cada día en enseñar a esos chicos a canalizar esa ira y enfocarla en el deporte o los estudios — corroboró. Aquella era la labor que llevaban a cabo en el gimnasio—. Dado que Peter ha obtenido una beca para la universidad y que John ha entrado en la federación americana de *Kickboxing*, en la modalidad *Soft-Contact*, no nos está yendo tan mal.

Y ese era uno de los motivos que lo animaba a seguir entrenándoles, enseñándoles no solo los rudimentos del deporte, sino la disciplina que traía consigo, la coordinación y estado mental necesario en una competición que, a fin y al cabo, también les serviría en distintos aspectos de la vida como él mismo había llegado a descubrir.

—Horus y tú habéis caído del cielo para esos chicos, Dain.

Resopló.

—Juraría que nos ven más cómo demonios machacadores, reverendo.

Sin duda sus alumnos sí lo veían así, de hecho, se lo habían dicho en alguna que otra ocasión levantando risas entre los demás y él mismo.

Se dio el lujo de disfrutar de su taza de té y seguir charlando media hora más con el hombre, no tenía prisa alguna por volver a la oficina, posiblemente ni siquiera lo hiciese. Si tenía que llamar de nuevo a ese imbécil del juzgado, terminaría retorciéndole el cuello con sus propias manos y cruzaría la línea, pasándose al bando de Lucien, para tomarse la justicia un poquito más a mano.

No, necesitaba desconectar, la idea de ir al gimnasio y machacar el saco seguía siendo extremadamente buena, eso le permitiría también dormir toda la noche de un tirón y dejar de atormentarse con el menudo y curvilíneo cuerpo de chocolate de Faith. Estaba obsesionado, no había otra forma para describir la absurda necesidad que tenía de verla de nuevo, de acariciarla, atarla y subyugarla hasta que suplicase.

Sí, lo mejor era que se tomase unos momentos para disfrutar de la compañía del hombre y de esa tranquilidad que transmitía y que en cierto modo, lo sosegaba también.

CAPÍTULO 22

—¿Reverendo John? ¿Alguien? Por Dios, quién sea, que venga a ayudarme con estas cajas que no veo ni por dónde voy.

Faith se las ingenió para poner un pie detrás de otro mientras ladeaba la cabeza, estaba segura de que terminaría cogiendo tortícolis, para poder ver por dónde iba. Había aprovechado la tarde que tenía libre para ir a la parroquia y llevar las cajas con la ropa, el calzado y otras prendas que había prometido entregar. Sabía que a Ruth le hubiese gustado que lo hiciese y allí estaba. Lo que no había pensado era en que su pequeño coche no estaba destinado para cargar con tanta mercancía, así que se les había ingeniado para reorganizar las cajas y había metido todo en varias más pequeñas.

—Las escaleras, ¿dónde están las escaleras? —musitó tanteando con el pie una vez vio el borde de las mismas—. Aquí. Vale. Vamos bien. ¿Reverendo John? ¿Hola?

—¿Faith?

La voz del hombre le llegó desde la parte de atrás de la iglesia, del añadido en el que solían tomar el té y charlar animadamente de las cosas que sucedían a lo largo de la jornada.

—Sí, soy yo —replicó con voz sofocada—. Espero no llegar en mal momento, hoy tenía la tarde libre y, si no traía esto, no sé cuánto tiempo más

se quedaría amontonado en un rincón de la habitación.

—Por los clavos de Cristo, niña, ¿es que no sabes coger las cajas de una en una?

—Sí, claro que sé, pero entonces no vaciaría el coche en la vida — replicó con una risita—. ¿Le importaría coger las dos de arriba para que al menos pueda ver por dónde voy?

—¿Hay más en el coche?

—Ajá. —Asintió viendo ahora al hombre de color dirigirse hacia el vehículo aparcado en un lateral, con el portón del maletero abierto mientras las dos cajas más pesadas desaparecían permitiéndole verlo a él—. Ay madre.

—Interesante forma de saludar, profesora.

Cerró la boca de golpe y se quedó allí, a media escalera, mirando al hombre que tenía frente a ella sin saber que decir.

—Eh... Hola.

—¿Para dónde son? —preguntó Dain señalando su carga.

Parpadeó un par de veces intentando que su cerebro volviese a funcionar, entonces señaló con un dedo, sin despegarlo de la caja que todavía llevaba, hacia el lugar del que parecían haber salido.

—Déjalas junto la estantería, Dainiel, avisaré a la señora Rosa para que venga a buscarlas, ella sabe mejor que nadie a dónde deben ir.

La respuesta del pastor evitó que siguiese allí parada, sin encontrar la voz, mientras que él daba media vuelta y se alejaba con los paquetes dándole una perfecta vista de su parte trasera. Tenía que admitir que los pantalones vaqueros negros le sentaban a las mil maravillas, le hacían un culo de primera y el blanco roto de la camisa que llevaba remangada en los antebrazos le daba un aire mucho más formal aunque no por ello menos atractivo. No pudo evitar lamerse los labios mientras contemplaba esa magnífica espalda y todo el conjunto.

—Estas cajas pesan una tonelada, ¿las has metido tú sola en el coche?

La voz del reverendo John hizo que se sobresaltara, miró hacia atrás y se obligó a asentir.

—Sí, sí, pero las metí de una en una.

El hombre se limitó a hacer un sonido con la garganta y pasó frente a ella acarreando otras dos cajas.

—¿Pero qué estoy haciendo? —musitó y echó a andar con su carga detrás del reverendo—. No sabía que tenía visita, habría venido más tarde o antes, padre.

—Tonterías, hija, tonterías —chasqueó el hombre—. Dainiel es un viejo amigo o, más bien, el viejo sería yo, me temo.

—¿Y ahora quién es el que dice tonterías, John?

El aludido salió de nuevo de la casa, la miró, le dedicó un guiño y cogió la carga que traía el hombre.

—¿Puedes con esa, Faith?

—Sí, sí. Puedo.

—Oh, sí, es cierto —comentó el hombre al ver que ambos parecían conocerse—. Lo había olvidado, me habías preguntado por Dain hace cosa de un mes.

El aludido enarcó una ceja durante un momento.

—Ah, entonces así llegaste al gimnasio.

—Ella vino preguntando por ti, parece que conocías a Ruth.

—No, en realidad no conocí jamás a la señorita Vera.

—Pero, ¿entonces?

—Parece que hay alguien que decidió que el nombre del señor Ratcliffe era atractivo y lo tomó prestado.

—Lo usurpó de hecho.

—Él no era la persona que estaba saliendo con Ruth.

—Ah, ¿pero pensabas que ella tenía una relación con Dainiel?

—Era el nombre que ella me dio.

—Pero no era yo.

—Muchachos, no estoy entendiendo nada.

—Fue una enorme equivocación —replicó Faith con un resoplido—.

Increpé al señor Ratcliffe...

—Creí que habíamos quedado en que me llamarías Dain.

—...pensando que sabría dónde estaba Ruth, pero obviamente no era él. —Hizo una mueca—. Y luego, bueno, luego le apuñalaron por mi culpa.

—¿Cómo?

—¿Qué te he dicho sobre eso, profesora?

La advertencia presente en su voz la hizo dar un brinco.

—Perdón, reformularé mi respuesta, le apuñalaron en el mismo lugar en el que me encontraba yo después de que un imbécil me pegase y Dainiel decidiese hacerse el héroe.

—Esa explicación ya me gusta más —replicó el aludido apareciendo de nuevo por la puerta—. ¿Hay más cajas?

Ella se giró hacia el coche y vio que el portón ya estaba cerrado.

—No.

—¿Dónde tienes las llaves?

—En el bolsillo derecho del pantalón.

En vez de quitarle la caja de las manos para que ella pudiese coger las mismas y cerrar el coche con el mando a distancia, ese maldito hombre se inclinó sobre ella, hundió la mano en su bolsillo tocándole el muslo al hacerlo y las retiró.

—¿Cierre centralizado?

Ella asintió, no podía hacer otra cosa y al momento escuchó el pitido del cierre al dejar puesta la alarma y bloquear todas las puertas.

—Listo. —Solo entonces le cogió la caja de los brazos, le devolvió las llaves y le dio la espalda—. Faith fue víctima de una agresión, me temo, en el mismo lugar en el que se llevó a cabo la redada. Ella evitó que me desangrara.

Sí, justo después de que te apuñalasen por la espalda, pensó, pero se abstuvo de hacer el comentario en voz alta. Apreciaba demasiado su propio pellejo.

—Me parece que te has dejado algunas cosas en el tintero la última vez que viniste, hija —le dijo el reverendo rodeándola con el brazo, invitándola a acompañarle—. ¿Fue en ese lugar dónde fuiste a buscar a Ruth?

Ella asintió lentamente. El Reverendo John era su confesor, lo había sido durante muchos años y también era un amigo, alguien con quién siempre podía hablar de cualquier cosa. El hombre había sido misionero y tenía un conocimiento del mundo que a menudo la dejaba asombrada, además, era alguien comprometido con la comunidad y hacía todo lo posible para ayudar a sus feligreses.

—Me temo que sí.

Él suspiró, asintió con la cabeza y no dijo nada más. A veces no hacía falta mencionar otra cosa, pues los sucesos eran bastante dolorosos como para andar recordándolos a cada momento. El padre había oficiado el funeral y la había acompañado después de darle sepultura a su amiga, en su hombro había llorado por la injusticia cometida contra una mujer que tenía toda la vida por delante.

—Al menos ahora la policía está investigando qué pasó, buscando la verdad —añadió animada por ese hecho—. También están intentando averiguar quién es la persona que ha suplantado la identidad de Dainiel y se ha estado haciendo pasar por él. Además, hace unos días descubrí algo que me ha dejado pensando...

—¿Has vuelto a meterte en problemas?

Levantó la cabeza al momento, detectando en su voz un tono de advertencia y sacudió la cabeza con rapidez.

—No —musitó medio avergonzada medio fastidiada de reaccionar así ante su presencia—. No hice nada, solo fue una conversación que tuve con uno de mis alumnos.

—¿Qué clase de conversación? —se interesó.

—Me dijo que Ruth solía... er... no sé, andar por la calle buscando a los responsables de distribuir las drogas.

—Eso no me sorprende viniendo de ella.

—¿También era de las que se metía en continuos problemas?

—No, era una mujer muy precavida, pero también demasiado comprometida con la causa que quería sacar adelante —contestó el reverendo—. Estaba decidida a que el barrio dejase de ser una zona de trapicheo, quería concienciar a los chicos, que tuviesen el valor de decir no y denunciar esas prácticas. Pero nunca pensé que se metería ella misma en esos bajos fondos.

—Si lo que dijo uno de mis alumnos es verdad, y no tengo motivos para dudar de él, lo hacía, padre, posiblemente lo hubiese estado haciendo desde hacía tiempo.

—¿Le has dicho esto a la policía?

Sus mejillas se sonrojaron aún más y apartó la mirada.

—No he tenido oportunidad.

—Faith. —La forma en que pronunciaba su nombre le daba escalofríos y no de una mala manera—. Ni se te ocurra ponerte a indagar por tu cuenta, bastante suerte has tenido hasta el momento con todos los líos en los que te has metido.

Se mordió el labio inferior e hizo un puchero involuntario.

—Pero alguien tiene que investigar que...

—No.

—Pero.

—Faith.

—Oh, está bien, está bien. —Se cruzó de brazos—. Pero aunque se lo diga a la policía, los chicos no hablarán, nadie dirá nada.

—No, puede que a la policía no, pero a nosotros sí.

Las palabras de Dain hicieron que le diese un salto al corazón.

—¿Me dices que no me tema en líos y vas a meterte tú?

—¿Preocupada por mí, cariño?

—No me llames cariño.

Su respuesta fue sonreír.

—Bueno, ya veo que os lleváis bien —declaró el reverendo con visible diversión—. Dain, ¿otra taza de té? Faith, todavía quedan galletas de canela.

—Sí, gracias.

—En realidad tengo que... —La mirada que le dedicó el hombre fue suficiente advertencia—. De acuerdo, no soy capaz de decirle que no a las galletas de canela.

—Buena chica.

Fulminó al maldito con la mirada y arrastró los pies como un preso que va hacia el patíbulo.

—Me alegra verte de nuevo, profesora.

Su voz, una caricia al oído le provocó un estremecimiento de placer.

—Pues a mí no, ni un poquito.

—Mentirosa.

Su risa la persiguió incluso después de entrar en la acogedora estancia del reverendo y notar el aroma de las deliciosas galletas de canela.

Si aquello no era el karma, no sabía que era, pensó Faith.

CAPÍTULO 23

Dain se lo estaba pasando realmente bien viendo a Faith sonrojarse hasta la punta del pelo, era encantadora en su timidez, esquivando cada uno de sus golpes directos. No le sorprendería verla devolviéndolos en el ring aunque luego se disculpase por haber golpeado a su rival. Era tan mona cuando hacía esos pucheros y le gustaba descubrir cómo se comportaba delante de otras personas ya que le daba una imagen aproximada de quién era ella realmente.

Qué demonios, estaba totalmente absorto en esa mujer, a pesar de ello no le había pasado por alto la información que había vertido involuntariamente sobre su compañera de piso y la posible cruzada particular que habría llevado a cabo sin que nadie de su círculo fuese consciente de ello. No podía evitar preguntarse qué clase de mujer era, que clase de sumisa actuaría de esa manera, a escondidas, ocultándose de todo y todos, no lo veía tanto como proteger a aquellos que podía apreciar como el proteger su propio nombre y profesión de lo que pudiesen decir de ella.

Con todo, no iba a quitarle el obvio valor que había demostrado al intentar ponerle remedio a las cosas, pero no había sido realista, el tráfico de drogas siempre existiría, sin importar los golpes que se diesen y lo que mermasen sus efectivos, siempre existiría, especialmente en las redes a pequeña escala, quienes desearan sacarse unos dólares a cambio de hacer

ciertos encargos.

—Mientras haya quién la consuma, siempre habrá quién esté dispuesta a venderla.

Hizo su reflexión en voz alta, atrayendo su atención, esa mirada inocente en sus ojos, la esperanza vacilando.

—Y esa es la desagradable verdad —aceptó el reverendo terminándose su taza de té—. Por eso es necesario inculcar a los jóvenes la necesidad y la seguridad de decir NO, de tener voz y voto en cada una de las elecciones de la vida y que comprendan lo que trae consigo el consumo no solo para ellos, sino para su entorno.

—Es lo que siempre ha intentado inculcar Ruth en sus charlas, en el programa del colegio —aseguró ella con un suspiro.

—¿Sabes sí el centro está dispuesto a seguir con el programa?

—Sí, esa es su intención pero hacen falta alguien que lo lleve y en ese sentido, no es fácil —declaró—. Ruth llevaba su departamento y también el programa, hacía todas esas charlas, recuerdo escuchar cómo ensañaba los discursos que redactaba.

Se le quebró la voz, quizá la chica hubiese mantenido parte de su vida privada en privado, pero Faith la estimaba a pesar de todo y estaba claro que la echaba de menos.

—No hay mucha gente dispuesto a ceder parte de su tiempo para sacar adelante un proyecto de esa envergadura.

—Es una pena —aseguró el reverendo—, estaba haciendo mucho bien en esta comunidad. Incluso una sola persona que la escuchase y se diese cuenta del peligro que supone la drogadicción ya es un gran paso.

—¿Y el ayuntamiento?

Ella lo miró con cara de chiste.

—¿Realmente piensas que alguno de esos esnobs del consistorio se

molestaría en aparecer por aquí a menos que fuese para ganar votos?

La mocosa tenía un punto.

—No.

—Pues eso.

Sacudió la cabeza.

—Me gustaría poder hacer algo, algo que mereciese la pena, que hiciese que esta pérdida no haya sido en vano, que haga que otros colectivos tomen conciencia pero no sé ni por dónde empezar —insistió—. Y, teniendo en cuenta que todavía no se sabe lo que pasó, porqué se alojó allí toda una semana o quién la mató...

—Estás convencida de que fue un asesinato.

—Sé que ella nunca caería tan bajo, no después de todo lo que ha luchado.

—¿De dónde venía su interés, ese afán por erradicar el mal de raíz? Suena a que ha tenido una experiencia cercana que puede haberla animado. ¿Sabes sí alguna vez...?

Vio la duda en sus ojos, entonces negó con la cabeza.

—Sé que no tenía familia o eso es lo que siempre decía. —Se encogió de hombros—. Al menos lo que me decía a mí, pero hay demasiadas cosas que pensaba que sabía y que resultaron ser mentiras o haber mucho más.

Y se sentía traicionada por ello, defraudada. Podía verlo en cada una de sus palabras, en sus gestos y también explicaba el porqué era tan reservada consigo misma. No quería que volviesen a herirla de esa manera.

—Supongo que lo más sensato sería esperar a que todo se resolviese antes de hacer nada. —Se encogió de hombros.

—Sí, eso sería lo más sensato —añadió el reverendo—, y me gustaría que optases por ese camino.

Su sonrojo aumentó, sin duda el reverendo la conocía lo suficiente bien

como para suponer en lo que podía meterse.

—Haré todo lo posible.

Y eso no era precisamente un «sí, señor».

—Más te vale hacerlo, profesora.

Los ojos marrones cayeron sobre él, entonces apartó ligeramente la mirada, bajándola y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no arrancarla de la silla, sentarla en su regazo y besarla hasta que todo lo que hiciese fuese gemir.

El reverendo se rió llamando su atención.

—Veo que sigues siendo bueno a la hora de juzgar el carácter de la gente.

Él se limitó a encogerse de hombros.

—Es útil en mi trabajo —declaró y miró el reloj—, y eso me recuerda que ya llevo aquí demasiado tiempo. Y ya sabes lo que dicen de las visitas, después de un tiempo...

—Tú hueles bastante bien.

La réplica llegó de Faith y, a juzgar por cómo abrió los ojos y movió los labios, alzando las manos y negando, acababa de poner sus pensamientos en voz alta.

El reverendo rompió en carcajadas y él no pudo menos que reír también.

—Vaya, gracias, Faith, lo tendré en cuenta.

Estaba roja como un tomate e incómoda, así que la azuzó.

—Tú también hueles bien.

La pequeña conejita no sabía dónde meterse.

—Yo... um... creo que me iré también. Tengo que pasar por el supermercado y, bueno, tengo cosas que hacer.

—Cuando se está en buena compañía, el tiempo vuela —asintió el

hombre poniéndose en pie—. Os agradezco a los dos que hayáis venido de visita.

—Siempre es un placer pasar la tarde con usted, reverendo —le aseguró siguiendo su ejemplo—. Sobre todo por sus galletas.

El hombre resopló divertido.

—Las tendré preparadas para la próxima vez que vengas.

—Sí, sé que lo hará. —Le estrechó la mano y le palmeó el hombro—. Si necesita alguna cosa recuerde que estamos en su gimnasio.

—Ese lugar es de todos, hijo, de todos.

Asintió y dio un paso atrás para que Faith pudiese despedirse.

—Vendré a verle pronto.

—Cuento con ello, niña. —La abrazó. Se notaba que había confianza entre ellos—. Y recuerda, deja a los expertos que hagan su trabajo, tú ya has hecho suficiente.

Sacudió la cabeza.

—No siento que haya hecho nada, padre John, la verdad es que no siento que haya hecho gran cosa.

—Has creído en ella y eso, es lo principal.

A juzgar por la mirada en sus ojos, era exactamente lo que necesitaba escuchar.

Faith se limitó a asentir, le dio un último abrazo y salieron de la acogedora habitación al exterior.

En el transcurso de la tarde la luz había ido desapareciendo paulatinamente para dar paso a los oscuros tonos del atardecer. En breve el alumbrado se encendería dando la bienvenida a la noche.

—Conduce con cuidado.

Los deseos del hombre se convirtieron en un saludo por parte de ella mientras caminaba hacia el coche.

—¿Hace mucho que le conoces?

Se resistía a abandonar su lado.

—A veces creo que toda la vida —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Le conocí hace muchos años, era el confesor de mi madre.

—¿Ya no lo es?

—No sé si el reverendo está metido en lo de los contactos con la otra vida.

—Lo siento.

Sacudió la cabeza.

—No tenías por qué saberlo. —Sonrió y le pareció tan tierna—. Me ha... sorprendido verte.

—Sí, ha sido toda una coincidencia.

Mantuvo la sonrisa, abrió el coche y se apoyó en la puerta.

—Buenas noches.

Asintió.

—Buenas noches, mascota.

Sabía cuándo debía retirarse y, a pesar de que todo le pedía permanecer un rato más con ella, lo sensato sería dejarla e ir a darle unos cuantos puñetazos al saco.

Le dio la espalda y empezó a alejarse solo para detenerse en el último momento.

—¿Faith?

Ella se detuvo también, mirándole a punto de entrar en el coche.

—¿Sí?

—El sábado a las nueve. —La miró a los ojos—. Recuérдалo.

Esos bonitos ojos se abrieron ligeramente, se mordió el labio con ese gesto de indecisión que ya conocía y sacudió la cabeza.

—Estás acostumbrado a ganar siempre, ¿verdad?

No respondió a su pregunta.

—No llegues tarde.

Satisfecho consigo mismo, metió las manos en los bolsillos y continuó calle abajo, le vendría bien caminar un rato para bajar la erección que le abultaba el pantalón.

CAPÍTULO 24

Cuando por fin consiguió meter la llave en la cerradura de su puerta, Faith estaba exhausta. No se había percatado hasta ese momento que el estar pendiente en todo momento de un hombre era tan agitado. Había sido incapaz de relajarse, no por completo, en presencia de Dain. Lo último que esperaba era encontrarse con él justo allí, en casa del reverendo. Sabía que se conocían, puesto que había acudido al padre John para descubrir dónde encontrarle, pero no se le ocurrió pensar que tuviesen una relación tan cercana.

Daniel no era sólo uno de los monitores del gimnasio, parecía ser mucho más y no podía negar que sentía curiosidad por saber qué tanto más.

Sabía que trabajaba como asistente social, empleo que le había sorprendido bastante, casi tanto como verlo vestido de calle. Seguía estando buenísimo se pusiese lo que se pusiese.

—Faith, tienes un enorme, pero que enorme problema.

Sacudió la cabeza, giró la llave y entró. Llevó la mano de forma automática hacia la llave de la luz y se quedó inmóvil al darse cuenta de que esta ya estaba encendida.

—¿No la apagué antes de irme?

Lo cierto era que había salido tan deprisa después de cargar las cajas

que no le sorprendía haberse olvidado.

Chasqueó la lengua, cerró la puerta tras de sí, dejó las llaves en el tarro de la entrada, el bolso en el perchero y se descalzó de camino al salón.

—Ya verás cuando llegue la factura de la electricidad, ya verás.

Se llevó las manos al abrigo y empezó a desabrochar los botones, se deshizo de las capas de ropa y lo dejó sobre la silla más cercana antes de verse sofocada por una mano en la boca y restringida contra un cuerpo enorme. Su instinto la llevó a gritar y revolverse como una gata.

—No grites.

Dos palabras pronunciadas con una fuerza que nada tenía que ver con los gritos, pero que tenía el mismo efecto, la paralizaron. El miedo se filtró en su mente y la bilis subió a su garganta cuando notó algo duro apretándose contra su estómago. No tuvo el valor para bajar la mirada, tampoco para moverse.

—No te haré daño, Faith.

Dios, su voz le provocaba escalofríos, la dureza de su mano contra la boca la sofocaba y los ojos empezaron a llenársele de lágrimas.

Dios mío, ¿quién había entrado en su casa? ¿Quién había profanado su hogar? ¿Y cómo mierda sabía su nombre?

—Eres Faith, ¿verdad?

Intentó asentir con la cabeza, sus ojos se aventuraron a echar un vistazo pero sólo pudo ver su silueta de rojo.

—Necesito que te quedes muy quieta Faith. —Le dijo al oído provocándole un estremecimiento y nuevas náuseas—. Voy a retirar mi mano. No grites.

La presión empezó a desaparecer y poco a poco esa mano dejó su boca.

—Eso es, buena chica.

Sus palabras me provocaron una nueva punzada.

—No te muevas, por favor.

Se quedó inmóvil, mirando al frente, temblando.

—Sé que Ruth te ha hablado de mí —le dijo sorprendiéndola aún más—. Soy Dain Ratcliffe.

Ante tal declaración toda la sangre huyó de su rostro. Este no era Dain, no era el hombre con el que acababa de pasar la tarde, no era el amo que le había obsequiado con la mejor noche de su vida y con quién deseaba volver a estar.

—Voy a soltarte —le informó—. Te aseguro que no quiero hacerte daño, sólo necesito algunas respuestas.

De nuevo aquella última parte en contacto con su cuerpo se relajó y el brazo que la retenía empezó a dejarla ir.

Se movió como un relámpago, se apartó de él y se alejó lo suficiente para salir de su alcance. Lo miró y no pudo evitar sentir que se quedaba sin aire al reconocer en el individuo que estaba ante ella el hombre que aparecía en la fotografía de Ruth.

Levantó los brazos, las palmas hacia arriba y retrocedió aún más, chocando con uno de los muebles.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado?

—Me llamó Dain.

Sacudió la cabeza y no pudo evitar alzar la voz.

—¡Usted no es Dainiel! ¡Mentiroso!

La mirada en los ojos del hombre la hizo apretarse aún más contra el mueble, miró la puerta, pero él pareció leer sus intenciones porque le cortó la salida.

—Escúchame...

—No. —Negó rápidamente—. ¿Qué le hiciste? ¿Qué le hiciste a Ruth?

Asesino...

Sus palabras parecieron noquearle, avanzó, le aferró los antebrazos y tiró de ella con fuerza contra él.

—¿Qué estás diciendo? ¿Dónde está Ruth? —La zarandó haciendo que se bambolease su cabeza—. Su cuarto está vacío, no está su ropa, ¿Dónde está mi mujer?

Se puso a gritar, aterrada, intentó pegarle, luchó con todo lo que tenía sin escuchar nada de sus intentos por dominarla.

—Faith, quieta, basta. —La zarandó de nuevo con tanta fuerza que se golpeó la cabeza contra el mueble—. Joder. Niña, por Dios, para. No quiero hacerte daño.

—La mataste, asesino, tú la mataste. —Se echó a llorar, levantó los brazos y se protegió a sí misma—. Has matado a Ruth.

Las manos que la retenían se apartaron de ella, escuchó algo parecido a un par de jadeos y algo cayendo al suelo rompiéndose en pedazos.

—Qué... ¿De qué estás hablando? ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde está mi mujer?

Se arrastró hacia atrás, buscando apartarse el pelo de la cara, necesitando ver lo que pasaba y lo que vio la sorprendió a pesar de todo.

—¡Dímelo tú! ¿Por qué lo hiciste? ¡La mataste!

Estaba anonadado, mirándola como si fuese un bicho raro.

—No, ¿pero qué dices? —Negaba—. Ruth no puede... ella no, Ruth no está...

—Muerta —musitó sin poder decir otra cosa—. Tú... ella... ella se fue contigo y... la mataste, ella está... está muerta.

Él empezó a negar, su rostro mudo y se volvió incluso más oscuro, abandonó su inmovilidad y se abalanzó sobre ella. Faith volvió a gritar, levantó los brazos e intentó alejarlo.

—No me toques, déjame, ¡déjame!

—¿De dónde has sacado eso? ¿Dónde está Ruth? ¿Dónde está?
¡Contéstame!

—¡Está muerta! —Gritó a pleno pulmón—. ¡Apareció muerta en un hotel! ¡Dijeron que era una sobredosis! ¡Pero tú la mataste! ¡Tú la mataste!
¡Eres un farsante! ¡No eres Dain! ¡No eres Dain! ¡Mentiroso!

Se revolvió como una gata, le pegó con los puños, las piernas hasta que él la soltó, retrocediendo a trompicones, negando con la cabeza, su rostro una máscara de incompreensión y negación.

—No, no es verdad, no puede ser... No...

—¡Tú tienes la culpa! ¡Le mentiste! ¿Qué le hiciste? ¡Qué le hiciste!

El hombre siguió negando, tropezó de nuevo y retrocedió, se pasó las manos por el pelo, mesándosele y negó con la cabeza.

—No, no pueden... por Dios, ella no...

Retrocedió de nuevo y volvió a tropezar, tirando cosas a su paso hasta que escuchó la puerta principal abriéndose. Faith no sabía de dónde sacó las fuerzas, se levantó a trompicones, tropezando con sus propios pies, trastabillando una y otra vez hasta alcanzar la puerta. Lo vio renquear por el pasillo, aferrándose la cintura con un brazo, cerró la puerta, echó el pestillo y se abalanzó sobre el bolso. Le temblaban tanto las manos que tiró con el perchero en sus prisas, lo vació en el suelo y prácticamente golpeó el móvil haciéndolo resbalar por la alfombra.

Lo recuperó entre lloros y jadeos, luchó con las lágrimas y buscó en el listín telefónico. Activó la llamada y se lo llevó a la oreja. Miró la puerta y se puso a temblar de nuevo.

—¿Señorita Valentine?

El sonido de la voz del detective Knight fue como una bala de cañón a través del teléfono, rompiendo sus defensas, haciéndola todavía más

consciente de lo que acababa de pasar.

—¿Faith?

—Ha estado aquí —logró balbucear—, ha... ha estado aquí... estaba... estaba dentro...

—¿Quién? ¿Dónde estás?

Su voz sonó firme, una llamada de atención.

—En casa.

—¿Hay alguien contigo?

Sacudió la cabeza.

—Damien, él estuvo aquí... la buscaba a ella.

—Faith, escúchame. —Su tono de voz cambió, se hizo más profundo y demandante—. Necesito que me digas si hay alguien contigo. ¿Te ha hecho algo? ¿Estás herida?

—No, no. —Miró a su alrededor por inercia y luego a la puerta que seguía cerrada, con el seguro pasado—. Él se... se ha ido y... estoy, estoy bien... No, no me hizo... daño... no... solo... estoy... asustada.

—De acuerdo, *mascota*, vamos para allá. —Le informó y escuchó ruido de fondo—. Voy a enviar a un poli amigo mío que está en la zona. Su nombre es Logan Cooper. No abras la puerta a nadie hasta que él llegue.

Rompió a llorar de nuevo, no quería quedarse allí sola.

—Damien, date prisa, por favor.

A pesar de las veces que le había pedido que la llamase por su nombre, de que él lo hacía, tenía la necesidad de mantener las distancias, ahora esa barrera parecía haberse esfumado bajo el peso de lo ocurrido.

—Estoy saliendo, pequeña. —La tranquilizó, entonces escuchó su voz un poco más lejana, dando órdenes—. Llama a Logan, que se presente inmediatamente en el 136 E de NY Ave. Dile que es la chica de Dain y que vaya armado.

—Sí, señor.

—Faith, Logan estará ahí enseguida.

—No sé quién es Logan —gimió—. Ven tú, por favor. Ese hombre estaba en mi casa, estaba dentro.

—Logan llegará antes, nena, vive en tu distrito —insistió mientras se movía, los sonidos cambiaron, parecía salir de un edificio hacia la calle—. Llamará y te dará su nombre. Quiero que le abras, ¿de acuerdo?

Asintió.

—¿Faith?

—Sí.

—Bien, mantente al teléfono, nena, ya vamos de camino.

—El detective Cooper está de camino, cinco minutos —escuchó por atrás.

—Nena, cinco minutos y tienes ahí a los refuerzos.

Miró una vez más a su alrededor, sacudió la cabeza y aferró con más fuerza el teléfono.

—Él estuvo aquí, el hombre de la foto. Dijo que se llamaba como él, pero no lo es, no es Dainiel.

—Está bien, Faith, lo sabemos, daremos con él. —La calmó con su voz, la estabilidad que escuchaba en sus palabras era relajante—. No volverá a acercarse a ti.

—La... la buscaba a ella, la buscaba a ella...

Temblaba como una hoja, alguien había entrado en su casa, había penetrado en su hogar, rompiendo con su seguridad e invadiendo su espacio.

Las lágrimas volvieron a sus ojos, se levantó tambaleante y empezó a temblar de nuevo.

—¿Faith? ¿Sigues conmigo, nena?

Se aferró de nuevo al teléfono.

—Estaba dentro, la luz estaba encendida y... estaba dentro —gimió desesperada—. Entró en mi casa. La puerta estaba cerrada, pero me esperaba en casa.

Escuchó el claxon de un coche, así como el chirrido de las ruedas seguido de más cláxones.

—Está bien, pequeña, quédate dónde estás —insistió con esa tranquilidad que contribuía a mantener su histeria bajo control—. Estamos de camino. Ahora, cuéntame exactamente qué es lo que sucedió desde el principio.

Asintió de nuevo para sí y empezó a relatar lo que había ocurrido con toda la precisión de la que era capaz.

—Y... se puso como loco, cuando le dije que Ruth... que estaba muerta, que la había matado. Él no lo creía, se puso como loco...

Una insistente llamada a la puerta la hizo dar un respingo.

—¿Señorita Valentine? ¿Faith? Soy Logan Cooper.

Apretó el teléfono.

—Logan está aquí —Le informó al auricular.

—Bien, ábrele nena, él se quedará contigo hasta que lleguemos.

—¿Faith? —Insistió la voz.

—¿Cómo sé que es realmente él?

—Porque ahora mismo es el único tío con ese nombre, acento canadiense y más de uno ochenta y cinco que estará en tu puerta, llamándote por tu nombre y presentándose con el suyo. —La respuesta fue tan irónica que la hizo resoplar—. Ábrele, es de los buenos.

—Faith, ¿estás ahí dentro?

Se mordió el labio inferior y se acercó a la puerta, corrió el pestillo y la abrió lentamente, comprobando que él era quién decía ser. La descripción encajaba, su acento era inconfundible.

—¿Detective Cooper?

—El mismo, cariño. —Señaló el teléfono—. ¿Es Damien?

Ella asintió.

—¿Me dejas entrar?

Asintió de nuevo y abrió la puerta por completo, dando un paso atrás.

El recién llegado era impresionante.

—Damien, soy Logan, ya estoy aquí.

La respuesta llegó del auricular y optó por cedérselo al poli.

—Sí, lo comprobaré por si acaso, de acuerdo. —Colgó y le devolvió el teléfono, cerrando de nuevo tras él—. ¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo?

No pudo evitar echarse hacia atrás en el mismo instante en que esas manos se acercaron a ella, por suerte, el hombre reaccionó al momento, bajándolas y adoptando una aproximación más sutil.

—De acuerdo, pequeña, te has llevado un buen susto, lo sé —aseguró con voz suave, invitante—. Pero ya ha pasado todo. Él ha salido corriendo como la rata que es y lo atraparemos.

Gesticuló con el pulgar por encima del hombro.

—Necesito comprobar que todas las ventanas están cerradas y que no ha dejado ninguna sorpresita, ¿de acuerdo?

Se estremeció y dio de inmediato un paso hacia él.

—No me dejes sola.

Los ojos del policía se suavizaron, sonrió con suavidad y le tendió la mano.

—No voy a hacerlo. Nadie atravesará esa puerta si no es con mi visto bueno, ¿de acuerdo?

Se lamió los labios y asintió. Se llevó la mano a la cabeza e hizo una mueca que al poli no se le escapó.

—¿Estás bien?

—Sí, me... me golpeé en la cabeza, creo —musitó y miró de nuevo hacia el interior de su hogar—. Él... él entró en mi casa, la puerta estaba cerrada y... estaba en el salón, me esperaba en el salón.

Se estremeció y se abrazó a sí misma.

—Dijo que era Dainiel, pero no lo es, es el hombre de la foto, ese maldito hombre. —Se mesó el pelo con las manos—. ¿Por qué miente? Él no es el amo Dain, no lo es.

—Está bien, nena, está bien.

Antes de saber lo que ocurría se encontró envuelta en unos brazos, al calor de un cuerpo que exudaba seguridad, el miedo volvió con fuerza y se echó a llorar, aferrándose al policía.

—Lo sé, tesoro, estás asustada, lo sé.

No, la palabra asustada no hacía justicia a lo que sentía ahora mismo, a la indefensión en la que se había encontrado y la rabia que le suponía toda aquella situación.

CAPÍTULO 25

—¿Has llegado en coche o avión?

Dain ignoró el comentario de Logan, el cual parecía estar esperándole a juzgar por su presencia en el exterior de la oficina.

—¿Dónde está?

—Damien le está tomando declaración. —Señaló la sala acristalada a sus espaldas.

Faith estaba sentada en una silla, su menuda figura engullida por una chaqueta de la policía, el pelo negro cayéndole sobre los hombros y agitándose al compás de sus movimientos.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Cómo ha podido acceder a su vivienda?

Logan se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—No forzaron la puerta, la ventana de la cocina que da a la escalera de incendios estaba cerrada, de hecho, todo estaba en su lugar a excepción de la habitación que, presumo, era la de la chica que apareció muerta —resumió—. Ha tenido que entrar con una llave, probablemente las de la propia fallecida.

Apretó los dientes y luchó con la rabia que le había retorcido las tripas desde el momento en que el poli lo llamó. Había estado en el gimnasio, terminando la clase de ese jueves cuando uno de los alumnos de Horus interrumpió las prácticas para avisarle de que tenía una llamada urgente.

Faith había sido asaltada por alguien que decía ser él en su propia casa.

La noticia lo había noqueado al punto de tener que pedirle que repitiese lo que acababa de decirle, sencillamente no podía procesar el que a la chica le hubiese pasado algo, no cuando había estado con ella hacía tan solo unas horas. En pocas palabras lo había puesto al corriente de lo ocurrido, tenía que ir a comisaría para declarar así mismo que él no tenía nada que ver. Una mierda infinita pero así era la ley.

Aún si no hubiese tenido que personarse él también en la policía habría estado allí, la idea de que algo le pasase a esa mujer le revolvió las tripas. No toleraba que se ejerciese violencia contra ninguna mujer y, que alguien se hubiese atrevido a tocarla, a amedrentarla, hacía que quisiese encontrar él mismo a ese hijo de puta que se hacía pasar por él y noquearlo.

—¿Qué quería? ¿A qué vino? —preguntó intentando mantener la cabeza fría y actuar con lógica, su mirada no dejaba de deslizarse de su amigo a la mujer que había dentro de la oficina, incluso Damien se había percatado de su presencia solo para decirle que no con la cabeza. Si entraba, le pegaría una patada en el culo.

—Faith dice que preguntó por Ruth Vera, que hizo hincapié en que quería saber dónde estaba «*su mujer*». —Resumió lo que sabía hasta el momento—. Y cuando la chica lo increpó y le dijo que estaba muerta... Ella cree que incluso pareció sorprendido, casi noqueado, como si no lo supiese. De hecho, negó esa posibilidad.

Frunció el ceño.

—Esto empieza a complicarse cada vez más.

El policía asintió, echó un vistazo al reloj y luego al interior de la oficina.

—Lleva con ella casi una hora, tu pequeña mascota es una chica fuerte.

—No, puede fingir que todo va bien, pero mírala. —Indicó lo que

posiblemente solo Logan, como Dom, también podría apreciar—. Está tensa, encogida sobre la silla y esa forma de ladear la cabeza, quiere salir huyendo.

—Ahora veo a qué se refería Damien —resopló con una especie de risa.

—¿Y eso sería?

—Que ya has encontrado sumisa —aseguró con una amplia sonrisa—. No me mires así, yo estuve en esa posición antes que tú, demonios, todavía lo estoy. Sio es capaz de hacerme perder la cabeza a la menor oportunidad.

—Das por sentado demasiadas cosas, ambos las dais.

—Bueno, yo no soy el que ha batido el récord de *Flash* para plantarse en comisaría. —Se encogió de hombros—. Te mandaré las multas al club.

Optó por ignorarle y volvió a centrarse en el motivo de su presencia allí.

—¿Le ha hecho daño?

—No tiene lesiones de consideración —aceptó adoptando un tono más serio—. Parece que se golpeó en la cabeza cuando él la agarró y ella luchó por soltarse.

Lo fulminó con la mirada, aquello no se lo había dicho.

—¿Dijiste...?

—Dije que no tiene lesiones de consideración —insistió tranquilizándolo—. Según su declaración, la cogió de los brazos, forcejearon y en eso quedó todo. Parece que se ha golpeado en la cabeza en uno de esos zarandeos, pero ya la ha visto el médico y tenemos el parte de lesiones para presentar con la denuncia.

—Maldita sea, Logan, quiero saber quién coño es ese tío y sobre todo, por qué demonios está utilizando mi nombre.

—Tengo la lista de socios del *Blackish* y los registros de las entradas de los últimos cuatro meses en mi mesa. —Lo tranquilizó—. Sabes tan bien

como yo que esa lista de nombres es confidencial, debemos proceder con cuidado para preservar a los integrantes del club.

—Esa escoria no merece protección alguna, maldita sea.

—Tío, créeme, soy el primero en querer tener a ese hijo de puta en mis manos —le aseguró—. Se ha creado un perímetro alrededor del edificio y se lo está buscando, pero ya sabes que las cosas no se solucionan de un momento para otro.

Masculló algo y volvió a mirar hacia la sala. Faith ahora gesticulaba con las manos mientras Damien levantaba las palmas como si quisiera tranquilizarla.

—Si necesitas una maldita declaración para saber dónde estuve toda la puta tarde, el Reverendo John e incluso Faith, pueden decirte que estuvimos juntos hasta casi las ocho, entonces me fui directo al gimnasio. Horus estaba allí, mis alumnos estaban allí, estuve entrenando y luego dando clases hasta que tú llamaste —le soltó girándose hacia él—. ¿Es suficiente?

Logan hizo una mueca.

—Dain, ella ya ha dicho que no eras tú, es solo... Mierda, tú sabes mejor que nadie como funciona esta estúpida burocracia.

—Lo sé —asintió y volvió a mirar hacia el cristal de la oficina para ver a Damien llamándole con señas.

No esperó, esquivó al poli y entró en la oficina a tiempo de escuchar las últimas palabras de Faith.

—Venía buscando a Ruth y pronunció mi nombre, Damien, ese hombre, quién quiera que sea, sabía quién era yo —gimió con voz desesperada—. ¿Cómo voy a quedarme tranquila? ¡Entró en mi casa! ¡Podría entrar de nuevo!

—Motivo por el cual no vas a volver allí.

La pequeña morena se giró en la silla, sus enrojecidos ojos marrones se

abrieron de par en par al verle, vio como sus labios componían su nombre y su rostro se congestionaba de nuevo al llorar.

—Dainiel... Dijo que eras tú, se presentó con tu nombre pero...

—Está bien, dulzura, ambos sabemos que no era yo.

El dulce aroma femenino impactó contra su nariz con el mismo ímpetu que lo hizo ese menudo cuerpo. Temblaba como una hoja mientras se abrazaba a él, enterrando la cara en su pecho, ahogando unos desgarradores sollozos.

—Estaba en mi casa, estaba esperándome en mi propia casa.

—Shh, ya pasó todo. —La abrazó, no quería ni podía hacer otra cosa. Le acarició el pelo y la apretó contra él dejando que las lágrimas le empapasen la cazadora—. No vas a volver allí, no se acercará a ti.

—Preguntó por Ruth —murmuró y levantó la cabeza, para mirarle—. No sabía que estaba muerta, se sorprendió tanto... él no lo sabía.

Asintió y levantó la cabeza, buscando a Damien, quién se había reunido con Logan en la puerta.

—¿Has terminado?

—Con ella sí, solo falta que firme la declaración —aceptó el detective—. Y creo que ya es hora de que pongas una denuncia firme contra el imbécil que se está haciendo pasar por ti. Faith te conoce, pero si ese individuo sigue utilizando tu nombre y comete algún delito...

—¿Tienes ya alguna idea de quién coño es?

—Todo lo que sé hasta el momento es que no está fichado —resopló—. Su rostro no está en la base de datos de la policía.

—¿Y su nombre no aparece en la maldita lista de asistencia del club? —Se exasperó—. ¿Quién fue el socio que lo invitó?

—Lucien dijo haberla visto con Blake, fue socio del club hasta hace unos meses en el que lo dejó debido a un traslado por trabajo. Está intentando

dar con él para ver si sabe quién es ese tipo. —Les informo señaló a Logan y luego a él—. Horus ha enviado un email conjunto a todos los miembros listados con la imagen del hombre al que estamos buscando por si alguno lo reconoce, pero hasta el momento solo han respondido un puñado de los inscritos y nadie sabe quién es.

—Joder, ¿cómo puede alguien pasar tiempo en el *Blackish* y que nadie recuerde siquiera haberlo visto?

—¿Acaso tú eres capaz de recordar a todos y cada uno de los hombres que estuvieron presentes la última vez que estuviste en el club? —añadió Logan—. Y no me refiero a nuestro círculo, que obviamente, todos nos conocemos, sino a las parejas que van y viene, a esos Doms que llegan y se van, a las sumisas...

—Lo tengo, Logan, lo tengo...

No, era imposible recordar cada uno de los rostros, entre otras cosas porque la mente de cada uno de ellos solía estar puesta en otra cosas, centrada en algo en concreto, la suya había estado centrada en Faith.

—Hablaré con Lucien, necesitamos dar con ese tal Blake.

—¿Sabrá él que Ruth está muerta?

La pregunta, pronunciada en apenas un hilo de voz, hizo que los tres se volviesen hacia ella.

—Se sorprendió de que hubiese muerto, la llamó... *mi mujer*, lo hizo con mucha insistencia. —Faith se lamió los labios—. ¿Y si ese hombre al que ella se refería como «*mi maestro*» tampoco sabe lo que le pasó?

—Alguien fue a verla ese día en el hotel, la pregunta es, ¿quién?

Faith se estremeció de nuevo.

—¿Por qué está pasando todo esto? ¿Por qué? Solo somos profesoras de instituto, nada más...

—¿Necesitas mi declaración ahora mismo? —Preguntó Dain mirando a

Damien.

—Preferiría dejar esto listo hoy, sí.

—¿Faith?

Ella asintió.

—Estoy bien...

—Y una mierda que lo estás —gruñó, entonces le cogió la barbilla y se la levantó—. Vas a venirte conmigo a casa.

—No hace falta, puedo irme a un hotel por esta noche y mañana pediré que cambien las cerraduras...

Lo dijo con tan poca convicción que los tres hombres resoplaron al mismo tiempo.

—Me sentiría mucho mejor si te quedas en casa de alguien, Faith — declaró Damien y lo señaló—. Y dado que tu Dom está aquí.

—Él no es mi Dom.

—Sí, claro... —añadió Logan, entonces la arrancó de sus brazos—. Mientras Dain declara, necesito que firmes la denuncia. Después, podrás irte a casa con él y descansar, que es lo que necesitas ahora mismo.

Ella lo miró con tal recelo que estuvo a punto de sonreír.

—Ve con Logan, mascota, solo será un momento.

Los ojos marrones cayeron sobre él y sus labios se fruncieron de nuevo en ese mohín que ya empezaba a conocer.

—Pero qué manía tenéis todos de llamarme *mascota*. —Protestó al tiempo que enrojecían sus mejillas—. Soy Faith, *Fe-izh*, no es tan difícil de pronunciar.

—Cuando antes terminemos, antes podrás llevártela.

—Pues hagámoslo de una maldita vez.

Sin más, acompañó de nuevo a Damien a la oficina y dio su declaración, dejando claro dónde había estado aquella tarde y dejando

constancia así mismo de la denuncia contra la persona que había usurpado su identidad.

CAPÍTULO 26

Los hombres eran hombres aquí y en la luna, pensó Faith, daba igual que estuviesen más buenos que el pan, que fuesen grandes maestros en el sexo, que fuesen grandes maestros en el sexo, al final del día el fregadero estaba lleno de platos, vasos y demás cosas imaginables por lavar y el de Dain lo proclamaba a gritos.

—¿Mucho trabajo?

Él siguió su mirada e hizo una mueca, juraría que incluso pareció avergonzarse aunque se repuso con extrema rapidez.

—No esperaba visitas.

—Una excusa muy ingeniosa, sin duda.

—Soy un hombre soltero, la fama me precede.

—No lo estás arreglando...

Se la quedó mirando y sonrió de esa forma que hacía que se le

acelerase el corazón.

—Soy un desastre para las tareas domésticas, pero te prometo que la mayor parte de las veces esto no parece un basurero.

Mirando las cajas de comida china y pizza que había apiladas a un lado de la mesa, le costaba creerlo.

—Um... supongo que tendré que confiar en tu palabra.

—Si esto te escandaliza, no entres en mi dormitorio...

Giró la cabeza hacia él y al ver cómo la miraba se sonrojó y bajó los ojos.

—No me estaba invitando a ello.

El silencio pareció caer en la habitación como una pesada sábana.

—Te estoy poniendo incómoda —comentó dando voz a un hecho que no podía pasarle desapercibido—, y estás cansada, demasiado como para lidiar con ello. ¿Has llegado a cenar algo?

Negó con la cabeza, apenas había tenido tiempo de poner las llaves en su lugar, dejar el bolso y el abrigo y...

—Faith.

Su voz la arrancó al momento de ese lugar, de los acontecimientos de hacía unas horas.

—No, apenas entraba en casa cuando... ocurrió.

—Te atacaron, dulzura, eso es lo que ocurrió.

Se llevó la mano al estómago, sintiendo que las náuseas que la habían acechado en la comisaría volvían. Ninguno de los presentes la había dejado irse a un hotel, las opciones eran pocas y cada cual más incómoda. A Damien, si bien lo conocía un poco más que a Logan, no era alguien con quien quisiese estar a solas, el policía le había dicho que podía quedarse en su casa, su mujer vivía con él y con su otro amo, lo que ya de por sí fue un *shock* escuchar, así que la única opción que le quedaba, y la más apetecible, era

aceptar irse con Dain.

—Estoy bien.

—No me mientas, Faith y, por encima de todo, no te engañes a ti misma —resopló poniendo freno a su educada respuesta—. Estás asustada y es lo normal, me preocuparía si no lo estuvieses y actuases como si no hubiese pasado nada.

Tenía razón, no podía negarle eso. Ella misma había visto ese estado de negación en sus chicos y les había animado a decir siempre la verdad, por muy difícil que fuese a veces afrontarla.

—Intento ser una buena invitada.

Su respuesta fue resoplar de nuevo, sonriéndose por sus palabras.

—Prefiero que seas tú misma, ¿crees que podrás hacerlo?

—No debería costarme mucho.

—Estupendo —asintió y señaló el pasillo que comunicaba la cocina con la puerta principal y el resto de la casa—. Me temo que la habitación de invitados es en realidad el almacén de los trastos de mi hermano. Hay cajas por todos lados, tendrás que darme unos minutos para adecentarla.

No pudo evitar sonreír a pesar de todo, su incomodidad era palpable y también cómica. Este era un lado de él que no conocía, uno mucho más humano, con el que sí podía lidiar.

—Está bien, Dain, agua y jabón, ese suele ser el truco para todo —aseguró sintiéndose un poco más tranquila—. ¿Quieres que te ayude? Puedo encargarme de recoger y limpiar la cocina mientras tú te ocupas de las cajas.

—No te traje para que limpies mis desastres, Faith.

—En cambio tú parece estar sacándome siempre de los míos —replicó con una mueca—. Y es incómodo no poder devolverte el favor.

—¿Te sentirías mejor si te dejo lavar los platos?

—Sería un comienzo...

—Supongo que eso evitará que me avergüence más enseñándote la casa con la ropa tirada por el suelo, la bolsa de deportes en medio del pasillo y los calcetines sucios en cualquier lado menos dentro del cubo de la lavadora — respondió, pero era más bien una valoración para sí mismo—. Sí, mujer, tú quédate en la cocina.

No pudo evitarlo, el comentario la hizo reír.

—Eso ha sonado muy machista.

Le guiñó el ojo.

—Mientras tú te entretienes aquí, adecentaré la habitación de invitados —repartió las tareas—. Al menos sacaré de delante las cajas y los juguetitos de Lucien.

—¿Él vive aquí?

—Por encima de mi cadáver —replicó con un sofocado gruñido y señaló el pasillo—. Estoy justo al final de ese corredor, dejaré la puerta abierta. Si me necesitas, solo tienes que llamarme o venir a mí.

Siguió su mirada y asintió.

—Gracias.

—¿Por dejar que me friegues los platos? —Se burló—. No sé, Faith, creo que eso debería agradecértelo yo a ti.

Le dedicó un nuevo guiño y le indicó la cocina.

—Abre y cierra cajones, puertas, lo que sea, sin miedo, utiliza lo que necesites. —Señaló el espacio bajo el fregadero—. Ahí encontrarás de todo para la limpieza. El lavavajillas está a la izquierda, pero me temo que le ha pasado algo porque no funciona. No he tenido tiempo de desmontarlo para ver qué le pasa.

—Lo tengo, lavaré la loza a mano, no se me caerán los anillos.

Él bajó la mirada sobre sus manos.

—No llevas ninguno.

—No es fácil encontrar uno que sea de mi talla y me resulte cómodo — murmuró mirando sus largos dedos. Cualquiera diría que pareciendo tan finos, necesitase más talla.

—Veamos.

En un abrir y cerrar de ojos tenía su mano izquierda entre las de él, sus dedos claros recorriendo los suyos y un segundo después, se sacaba el anillo con forma de cadena que había visto le rodeaba el meñique y se lo deslizó en el anular.

—Vaya, no exagerabas —aceptó girando el aro en su dedo que, curiosamente, encajaba a la perfección—. Bueno, ahí tienes, ya tienes anillo, procura que no se te caiga por el desagüe. El pobre ya lo ha hecho más de una vez.

Se miró la mano sorprendida y luego a él.

—Pero, yo no...

—Considéralo un amuleto de la buena suerte. —Le rozó la mejilla con los nudillos—. Además, me harás un favor, yo lo pierdo cada dos por tres.

Volvió a mirar el anillo y musitó un bajito gracias.

—Voy a recoger el resto de la vivienda para no quedar de nuevo en evidencia —se excusó—. Estás en tu casa.

Viéndolo desaparecer por el pasillo no pudo evitar el pensar en la cantidad de veces que parecía haberla rescatado ese hombre en el último mes. Miró una vez más el anillo y sacudió la cabeza. El gesto le recordó que no era un movimiento que pudiese permitirse en esos momentos, se tocó la parte de atrás con los dedos, allí donde se había golpeado e hizo una mueca. Le habían dado unos analgésicos pero no parecían haber sido suficientes.

Se abrazó a sí misma un momento, luchando con los escalofríos que la recorrían ante el solo recuerdo de lo que había pasado en su piso, la manera en que había sido asaltada, el miedo que le había hecho pasar ese hombre y

la reacción de este hacia la noticia de la muerte de Ruth. Él había invadido su hogar, había roto su privacidad, la sensación de seguridad que encontraba entre aquellas paredes había empezado a diluirse desde la desaparición de su compañera y, tras la noticia de su muerte, la casa resultaba incluso incómoda. Y ahora, ahora alguien había entrado, tocado sus cosas, buscado en las habitaciones... o eso era lo que había escuchado hablar a Logan con Damien.

Se estremeció, cerró los ojos y luchó por respirar.

—¿Faith?

El llamado de Dain, y más concretamente la forma en la que pronunció su nombre, la sacudió haciendo que abriese los ojos de golpe.

—¿Sí? —Se las ingenió para encontrar la voz.

—No oigo el grifo, *mascota*.

—¿Qué no oyes el...? —Se giró, miró el fregadero y luego en dirección al pasillo. Sus palabras y lo absurdo de la situación la arrancó de un plumazo de sus preocupados pensamientos y la pusieron en modo profesora—. Eso se debe a que todavía no lo he encontrado debajo de tantos cacharros, señor Ratcliffe.

Su risa la alivió.

—Busque, profesora, busque y seguro que aparece.

La forma en que pronunció el título de su profesión le provocó un nuevo estremecimiento, este de placer. No podía olvidar ese momento que habían compartido y el rol que había desarrollado.

Sacudió la cabeza y le dio la espalda al pasillo para encargarse de la tarea que ella misma había elegido. No le había pasado por alto la facilidad con la que parecía capaz de leerla, con la sutileza que ejercía ese dominio intrínseco en él y que, en momentos como ese la ayudaba a estabilizarse. No estaba acostumbrada a que alguien cubriese sus necesidades de esa manera, que supiese lo que necesitaba incluso antes de que ella misma lo

comprendiese.

La mayor parte de su vida había sido responsable de sí misma, había sido una necesidad, la única manera en que podía sentirse segura y no verse defraudada. Solo Ruth había sido capaz de traspasar esa coraza en los últimos cinco años y lo había hecho a base de paciencia y cariño, pero ahora ella también se había ido de manera imprevista desestabilizando una vez más su mundo.

Al final del día se parecía demasiado a sus alumnos. ¿Cuántas veces se veía reflejada en ellos? Deseaba evitarles lo que ella había padecido y por eso se entregaba en cuerpo y alma a su profesión, dándose a sí misma en las tutorías e intentando estar ahí para ellos en todo momento. Quería que viesen que era posible abrirse paso en la vida a base de lucha y esfuerzo, que podían conseguir ser lo que quisieran ser si creían en ellos mismos y no bajaban los brazos, que no siempre se podía depender de los demás. Y sin embargo, cuando estaba con Dain y él tomaba el mando de las cosas, era casi imposible no rendirse y dejar que otro luchase por ella, relajarse mientras alguien más tomaba las decisiones.

Se frotó las sienes y empezó a abrir y cerrar puertas, el sonido se unió a otros que venían del fondo del pasillo. Encontró unos guantes de plástico a estrenar, los productos de limpieza y, tras distribuir los cacharros en montones, dio con el grifo y lo abrió.

—¡Lo encontré! —Anunció por encima del hombro.

—Te dije que estaría ahí, profesora. Buen trabajo.

Complacida consigo misma, hizo suya la tarea de devolver la cocina a un estado decente.

Ese hombre era un verdadero desastre, allí debía haber loza de casi una semana, pero ese hecho hacía también que lo viese como alguien normal, alguien mucho más accesible. Hasta ahora solo había conocido al Dain

entrenador, con esa expresión dura, los guantes de boxeo todavía en las manos, al hombre dispuesto a defender a una mujer de una agresión y llevarse dos puñaladas en el proceso, al intratable enfermo en la cama de un hospital y al amo que era capaz de privarla de su voluntad y llevarla a disfrutar de cosas que jamás habría pensado que disfrutaría. Hasta ese preciso momento en que lo vio en comisaría, que vio la preocupación en sus ojos o esa misma tarde, en la casa del reverendo, no había visto a ese otro Dain, al que se alegraba de verla, el que la miraba genuinamente preocupado o quién bromeaba con ella en un intento de ocultar su propia vergüenza ante el estado lamentable y típicamente masculino de la casa de un soltero.

Había muchas aristas y todas ellas se unían para crear un conjunto que empezaba a encontrar atractivo.

Admítelo, Faith, te gusta ese hombre y, cuanto más ves de él, más te gusta.

Sacudió la cabeza y se concentró en lo que tenía entre manos. Terminó con los cacharros del fregadero y repasó el resto de la cocina. Las cajas de comida apiladas se fueron a la bolsa de la basura que, por suerte, era nueva; señal de que alguien sacaba la basura periódicamente. La última parada fue la nevera, estaba prácticamente convencida de que, si la abría, encontraría dentro tan solo un pack de cervezas y posiblemente algo de leche y zumo de naranja más caducado que los yogures que ella olvidaba tomarse la mayoría de las veces.

Bien, se equivocó.

El frigorífico estaba lleno con productos frescos y variados y, si bien había un par de packs de cervezas, la leche, el zumo de naranja, las verduras, los huevos y las bandejas de carne y pescado tenían fecha más que suficiente.

—¿Estás pensando en hacer también la cena?

Dio un respingo y cerró la puerta de golpe, sus mejillas adquirieron al

momento un intenso rubor como si la hubiesen pillado haciendo algo malo.

—Perdón, solo quería ver...

—¿Si mi nevera era tan desastrosa como mi cocina?

Su sonrojo aumentó aún más y tuvo que bajar la mirada para no delatarse.

—Ay Dios, perdón...

Dain se rió entre dientes.

—¿Ya te has convencido de que no soy tan malo?

Ladeó la cabeza y se mordió el labio. Ese hombre le provocaba una timidez que no sabía ni que tenía dentro. Con sus alumnos no era así, a ellos los enfrentaba sin problemas.

—Nunca pensé que fueses malo...

—Señor.

Levantó la cabeza para mirarle y él enarcó una ceja.

—Nunca pensé que fueses malo, señor.

Asintió complacido con su disposición.

—Me alegra saberlo.

—Puedo hacer una ensalada si te apetece —sugirió, intentando buscar la manera de disculparse por haber sido pillada infraganti—. He visto que hay salmón ahumado y queso fresco, puedo...

—¿De verdad quieres hacer la cena o es porque te he pillado con las manos en la masa?

Abrió la boca y se quedó con ella abierta durante unas décimas de segundo.

—Pues... si quieres oír la verdad...

—Eso siempre, Faith.

—Me avergüenza que me hayas pillado curioseando en tu nevera, no es educado de un invitado, pero me gustaría hacer la cena —aceptó ganando un

poco más de confianza en sus palabras—. Me gusta cocinar, no soy chef de alta cocina, pero puedo hacer algunas cosas.

—De acuerdo, nena, sorpréndeme.

Su aceptación la alivió y también le dio una excusa para agradecerle el que le estuviese dando posada sin que refunfuñase por sus palabras.

—Ya está lista tu habitación, por cierto —le indicó—. Te has ahorrado el encontrarte con mis calcetines sucios.

—Sabrás poner la lavadora al menos, ¿no?

—Y la secadora —sonrió divertido—. Te sorprendería comprobar lo bien que se me da planchar, además.

—Oh, ¿también planchas? Eres todo un partidazo, Amo Dain.

—De primera, profe, de primera.

Sacudió la cabeza y señaló la nevera.

—Entonces, ¿te parece bien si hago una ensalada de salmón?

—Si la haces sin huevo duro, para mí estará perfecta.

—Sin huevo, oído cocina.

—Pero antes de que te pongas manos a la obra, te enseñaré la casa y dónde está cada cosa.

—De acuerdo. —Dejó el paño con el que había estado limpiando a un lado y se reunió con él en el umbral de la puerta de la cocina—. Y, Dain, de verdad, gracias por...

—Si sigues dándome las gracias... —La calló poniéndole un dedo sobre los labios—. Te zurraré.

Se estremeció ante sus palabras, pero más que asustarla su amenaza, la encontró excitante.

—Si lo haces te quedarás sin cenar.

—Pequeña pilluela, no puedo creer que me repliques.

—La haré sin huevo.

—Y luego dices que no eres sumisa...

Arrugó la nariz ante sus palabras.

—¿Por qué lo dices?

—Por qué lo dices, *señor*.

Se lamió los labios y le soltó:

—Eso.

Él se rió entre dientes.

—Vamos, Faith, te enseñaré mi casa y luego... dejaré que te salgas con la tuya durante un rato.

CAPÍTULO 27

Dain sabía que si no iba con cuidado, ella se rompería. Posiblemente eso era precisamente lo que necesitaba, romper esos diques y dejar salir todo lo que estaba acumulando, pero para llegar a ese punto primero necesitaba que se sintiese segura, Faith no era una mujer que confiase abiertamente, su recelo estaba presente en cada momento, era como si temiese ser herida y lo evitase poniendo una barrera entre ella y los demás.

Había visto como había reaccionado cuando le puso su anillo en el dedo, sus defensas habían caído al momento debido a que no esperaba que alguien hiciese algo por ella, que le concediesen un pequeño capricho. Había hecho de una frase hecha un tema personal, algo que su subconsciente había rescatado como para recordarse a sí misma que había cosas que no podía alcanzar y que por ello era mejor no desearlas.

Tenía que admitir que él mismo había seguido un impulso dándole su anillo, el símbolo de quién era y solo ahora que era consciente de su significado, comprendía que ese era el lugar en el que quería que estuviese. Siempre había sido alguien que tenía las cosas muy claras, que sabía lo que quería en el momento en que se le ponía delante, era metódico en alcanzar sus metas y esa mujer se había convertido en una de ellas, posiblemente en la más difícil de todas.

Le gustaba Faith, no solo su físico o su cuerpo, a medida que iba pasando tiempo con ella descubría también parte de su carácter, sus distintas facetas y encontraba que eran compatibles con las suyas, algunas incluso chocaban pero eso lo hacía todo más interesante. Era una sumisa natural, la manera en que se iluminaba cuando le permitía salirse con la suya, la necesidad que tenía de servir a los demás y sentirse útil, no le sorprendía que hubiese elegido ser profesora, sin duda era su vocación.

Y ella era lo bastante inteligente y sensata como para decir lo que se le pasaba por esa boca y hacerse cargo además de sus palabras.

Tenía que reconocer que le había avergonzado que viese el desastroso estado de su cocina, no hablaba precisamente bien de él la acumulación de cacharros en el fregadero o las cajas apiladas sobre la mesa de la cocina. Era curioso cómo llamaba la atención a sus alumnos en el gimnasio, asegurándose de que dejaran todo recogido y como los chorros del oro y él descuidase todo ello en su propia casa. Por regla general, y no era por excusarse a sí mismo, sus cacharros no solían pasar más de dos días en el fregadero, pero esa semana había sido infernal en muchos sentidos.

Al menos, dejarle hacerse cargo de adecentar la cocina le había dado tiempo para recoger la ropa sucia que había dejado tirada por el suelo de su dormitorio, airear las habitaciones y repasar el baño de invitados. Sí, no había exagerado al mencionar lo de sus calcetines sucios, al menos no había añadido lo de los guantes tirados en el suelo, el chándal, sus calzoncillos... Sería mejor correr un tupido velo.

Nota para mí mismo: Aplícate el cuento con el que sermoneas a los chicos.

Le enseñó cada parte de la casa la cual se componía de dos dormitorios, su despacho, el cuarto de la colada, el salón y dos baños, además de la cocina que ya conocía.

—Tienes el baño justo en frente. —Le indicó tras enseñarle su habitación—. Puedes utilizarlo con total tranquilidad, es solo para ti. Yo tengo el mío en el dormitorio. Hay gel y champú, cepillo de dientes y esponja nuevos.

—Bien, gracias —aceptó recorriendo todo con la mirada. Finalmente se volvió y ladeó la cabeza—. Ya sé dónde queda cada cosa, ¿hago la cena?

Y ahí estaba de nuevo, pensó observándola detenidamente, quería huir de lo que consideraba una situación incómoda, deseando meterse en un terreno neutral como si supiese que allí estaría segura.

—Sí. —Le concedió y vio como parecía aliviada—. Pero con una condición.

Su inesperada traba la puso tensa.

—Mientras tú cocinas, yo te haré preguntas.

—Dime por favor que no vas a volver a la línea del club, porque te juro que tú preguntando esas cosas y yo con un cuchillo en las manos... no somos buena combinación.

Su sinceridad y la manera en que pronunció las palabras lo enternecieron.

—En realidad estaba pensando más bien en saciar mi curiosidad en otras lides menos... húmedas —aseguró divertido—. A ese campo siempre podemos volver... después.

—No he venido para meterme en tu cama, Dainiel.

—Ni yo te he traído para que lo hagas, Faith.

Se miraron unos momentos y ella acabó por asentir, convencida de que le decía la verdad.

—¿De qué clase de preguntas estaríamos hablando?

—De un intercambio, más bien —le propuso, sabiendo que era algo más ecuánime y que ella posiblemente lo consideraría—. Yo te hago una

pregunta y tú me haces una a mí, una forma de conocernos un poco más.

—¿Y si haces una pregunta que yo no quiero contestar?

—¿Has matado a alguien?

—No.

—¿Tienes antecedentes penales?

—No.

—En ese caso no hay muertos en el armario que tengas que esconder.

Parpadeó visiblemente sorprendida, entonces sacudió la cabeza.

—¿Eres siempre tan... raro?

—¿Ah? ¿Soy raro?

—Peculiar —recoló, entonces pareció pensar en algo y chasqueó la lengua—. Aunque Lucien te gana. ¿Siempre es tan cambiante?

—Es adicto a *Llongueras*.

Su respuesta le arrancó una carcajada inesperada y no supo hacer otra cosa que reír también.

—Por Dios, no le digas lo que he dicho.

—Ni en un millón de años.

—¿Tú tienes hermanos?

La pregunta hizo que el momento de risas compartidas fuese decreciendo.

—No, no que yo sepa —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Mi madre no tuvo más hijos a parte de mí y... mi padre no lo sé, se largó cuando yo tenía tres años.

Le dio la espalda y caminó hacia la cocina.

Él se apoyó en la encimera, dejándole espacio para poder moverse a su antojo y de esa manera poder verla también. Era bueno leyendo el lenguaje corporal y empezaba a reconocer cada una de las respuestas del de ella.

—Sé que tienes un hermano gemelo, ¿alguno más?

—No, mis padres solo nos tuvieron a nosotros. De hecho, creo que mi madre no quería tener más, no está en muy buena sintonía con mi padre, ha querido estrangularlo tantas veces que no sé cómo no lo ha logrado ya —replicó dándole voluntariamente una pincelada de su vida—. Él es un hombre... difícil. Hace años que no le veo.

Ante su comentario, levantó la cabeza y lo miró.

—¿No te hablas con tus padres?

—Con mi madre sí, todas las semanas, es con mi padre con quién no mantengo buena relación.

Más bien debería decir que esta era inexistente, había dejado muy claro lo que pensaba de su hijo menor desde que había desafiado su autoridad eligiendo su propio camino.

—Dijiste que la tuya había muerto, ¿cómo ocurrió?

Su respuesta fue el silencio. Desapareció tras la puerta de la nevera y cuando volvió a aparecer llevaba consigo varios ingredientes.

—¿Faith?

Dejó las cosas sobre la mesa y solo entonces lo miró.

—La mataron cuando tenía nueve años —respondió encogiéndose de hombros—. Alguien entró en casa, le pegó un tiro y se llevó lo que había. Televisor, radio, un colgante... basura. —Se lamió los labios—. ¿Te he dicho que nací y crecí en Brooklyn?

Era horrible el que el simple nombre de un distrito o una ciudad trajesen consigo más respuestas de las que cualquier persona podía pedir.

—Lo siento.

Asintió y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—A partir de ese momento pasé al sistema de hogares de acogida del estado y, bueno, creo que entiendes cómo funciona, ¿no?

—Supongo que te has encontrado con demasiados asistentes sociales

como para fiarte ahora de uno.

Sonrió con tristeza y sacudió la cabeza.

—No soy de las que culpa a todo el gremio por los errores de unos cuantos —aceptó—. Además, por lo que he visto esta tarde, el reverendo John te estima y él es el hombre más inteligente e íntegro que he conocido en mi vida. Confío en su criterio.

—Vaya, gracias.

—Y no es como si no te conociera ya un poquito —aceptó dejando que ese sonrojo le cubriese también las mejillas—. Ya que estamos, háblame de eso. ¿Por qué asistente social?

—Bueno, yo vengo de la Costa Oeste y mi situación no ha sido tan mala, la verdad sea dicha, en ese sentido puedo decir que tanto mi hermano como yo hemos sido afortunados —aceptó con ligereza—. Podría decirse que soy algo así como la oveja negra de la familia, el primogénito que decidió estudiar una carrera alternativa a la que deseaban sus padres y que eso generó que me largase de casa nada más entrar en la universidad.

—Deduzco por tus palabras que tu familia es... pudiente.

—Mi padre es el eminente neurocirujano Charles Ratcliffe, mi madre es de Chicago, de una familia de clase media alta, pero tiene más conciencia del mundo que el mismísimo *Dalai Lama*. —Hizo una mueca—. Dice que salí a ella, solo que con peor carácter.

Faith se rió, un sonido suave, invitante.

—Debe de ser toda una señora.

—Creo que te gustaría, es de esas mujeres que sabe lo que quiere y que lucha por conseguirlo.

Ella asintió pero no dijo nada más.

—Para no aburrirte, solo te diré que siempre me llevé mejor con el mejor amigo de mi padre que con el eminente doctor, no sé exactamente qué

ocurrió entre ellos, pero mi padre lo echó una vez de casa y prácticamente lo vetó. Se convirtió en persona non grata para él y nos prohibió tener contacto con él. —Se encogió de hombros—. Yo me fui a la universidad y de quién recibí apoyo y la orientación que necesitaba fue de Markus. Eso cabreó a mi padre y decidió que era o mi padrino o él, así que opté por aquel quién me había apoyado. Me negué a hacer la carrera de medicina y opté por la psicología y la asistencia social.

—¿También eres psicólogo?

—Soy asistente social, Faith, a eso me dedico —aseguró—. La psicología es solo un complemento.

Ella se dedicó una vez más a poner su atención en la cena.

—¿Y tú? ¿Cómo te dio por la enseñanza?

—En mi tercer hogar de acogida, la señora Martell era profesora de historia —comentó en voz baja, casi como si le avergonzase su infancia—. Creo que fue la mejor casa de las tres en las que pasé más tiempo.

—¿En cuántos hogares de acogida estuviste?

—En nueve. —La respuesta lo noqueó—. La señora Martell fue la última y también de la que mejor recuerdo tengo. La pobre murió de cáncer hace siete años. Ella fue la que me motivó a terminar el instituto y matricularme en la universidad. Hice filología inglesa y después magisterio. No fue fácil, trabajaba en un supermercado y estudiaba al mismo tiempo, pero tenía claro que quería una plaza en un colegio público y me esforcé por ello. Llevo cinco años dando clases de literatura y este año es mi segunda tutoría.

—Todo esfuerzo tiene su recompensa. —Ahora entendía un poco mejor la motivación que movía a la chica.

Ella dejó de cortar el queso y lo miró.

—¿Y tú? ¿Cómo es que cambiaste la Costa Oeste por esto?

—Mi hermano tuvo mucho que ver, él se mudó a esta zona y, conociendo su trabajo, pues decidí que sería buena idea estar cerca. —Se encogió de hombros—. Él es el mayor, y a mí me quedó un poco de cargo de conciencia por haberme largado y dejarle a él lidiar con nuestro padre. Además, pensé que aquí podía ser de mayor utilidad, especialmente después de conocer al reverendo John y ver el proyecto que tenía en mente Horus con el gimnasio.

—Es uno de los mayores proyectos de integración de la zona.

—Y en el que merece la pena participar.

—¿Y el boxeo?

—Kickboxing. —La corrigió—. Lo descubrí en la universidad y descubrí que era una manera buena, controlada y sana de dejar salir la ira, la rabia y no terminar en la cárcel por moler a alguien a palos.

—Ahí tienes un punto —aceptó ella medio atragantada—. Lo de la cárcel es broma, ¿no?

Sonrió ampliamente.

—Sí, Faith, es broma. —A medias, pensó para sí—. Es un deporte y también un buen método de defensa personal. Es una de las especialidades que practico junto con el kárate.

—¿Compites?

—Ya no, solo soy instructor.

Aquello pareció aliviarla pues dejó escapar el aire de golpe.

—Vosotros impartís clases de defensa personal, ¿verdad?

La pregunta, en voz baja y casi vacilante le llamó la atención.

—Sí, tanto Horus como yo las impartimos una vez a la semana — aceptó mirándola—. Quizás te viniesen bien, sobre todo después de lo de esta tarde.

El comentario hizo que se tensara de nuevo, pero era necesario llegar a

ese punto, tenía que hacerla hablar.

—¿Faith?

Se estremeció, lo vio perfectamente.

—Has dado todo este rodeo para hacerme hablar, ¿no?

Sonrió para sí, era una muchachita muy inteligente.

—Sí y no, también tenía curiosidad por saber sobre ti.

Ella tragó, las manos empezaron a temblarle visiblemente.

—¿Y si no quiero hablar de ello?

—Te empujaré hasta que lo hagas.

Levantó la cabeza de golpe y lo miró.

—Dijiste que no me habías traído para...

—No todo tiene que girar en torno al sexo —respondió—. Dime algo, ahora mismo, aquí. ¿Te sientes segura conmigo?

Ella vaciló, pero asintió.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque sé que no me harías daño, me lo dijiste en el club y está claro que eres de los que mantiene las cosas que dice.

—Me alegra que te des cuenta de ello.

—Tengo ojos, Dainiel.

—Y unos muy bonitos.

Se sonrojó de nuevo, apartó la mirada y empezó a revolver la ensalada.

—Esta tarde, cuando entré en casa y vi que estaba la luz encendida...

—Se detuvo y sacudió la cabeza—. Pensé que me la había dejado yo y entonces, él salió de la nada. Estaba allí, en mi salón, en el lugar dónde hago mi vida y la puerta ni siquiera estaba forzada. No sé... ¿Y si entró otras veces? ¿Y si estuvo allí mientras yo dormía? Él... él destruyó con su presencia lo que era mi santuario.

Hizo un alto y suspiró.

—Desde que se fue Ruth... esa casa ha sido un lugar incómodo, casi podía verla entrando de un momento a otro en mi habitación, dando los buenos días, pero nunca lo hacía. —Se lamió los labios, las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas—. Y entonces esa persona aparece, dice que eres tú y... Oh Dios, fue escuchar tu nombre, que él se presentase de esa manera y sentirme estafada porque no era así, porque tú nunca me habrías tratado de esa manera.

Hizo una pausa, no quería romperse, tenía la necesidad de permanecer entera.

—Su voz, su forma de hablar... Te juro que, en un principio, casi invitaba a la tranquilidad, a guardar la calma a pesar del estado de confusión y miedo —rememoró ella—. Solo quería saber de Ruth, llegó hasta a pronunciar mi nombre, sabía quién era yo pero ignoraba que ella estuviese muerta. Le acusé, lo hice repetidas veces pero en vez de negarlo, se quedó mirándome como si no comprendiese mis palabras, cómo si no pudiese aceptarlas... Entonces fue cuando me atacó. Me zarandeó exigiéndome que le dijese dónde estaba... La llamó «*mi mujer*» varias veces, pero esa no eran las palabras que quería decir, no sé por qué estoy segura de que esas no lo eran.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si él fuese su marido? ¿Y si Ruth se hubiese casado con él sin decírselo a nadie? —Lo miró desesperada—. Es absurdo, pero creo que cuando decía «*mi mujer*», no lo hacía en el sentido de compañera o novia, sino de algo más definitivo.

Y aquella era una conclusión bastante inverosímil, pensó, por otro lado, ¿no era toda la situación completamente absurda? Nada tenía sentido, la policía andaba a ciegas, él mismo no encontraba motivo alguno para que alguien usurpase su nombre.

—Ya no me siento segura en ese lugar y lo más horrible de todo es que allí están todas mis cosas, pero no quiero volver. —Negó, la desesperación y la resignación batallando en su rostro—. En tan solo un mes, mi vida se ha puesto patas arriba y no consigo colocar nada en su lugar. Y todo porque una persona a la que quería desapareció dejando tras de sí más preguntas que respuestas.

Se limpió la cara con las manos como si se hubiese dado cuenta de repente que estaba llorando.

—Y aquí estoy ahora, intentando hacer una ensalada y sazonándola con mis propias lágrimas.

—Te prometo que no ha caído ni una sola dentro del bol.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque no he dejado de mirarte desde que empezaste a llorar. —E incluso antes, pensó, no podía dejar de mirarla, todo se reducía a eso—. Y, ¿Faith?

—¿Qué?

—Tú no eres responsable de las decisiones que tomen los demás, solo de las tuyas propias.

Asintió lentamente y se las ingenió para sonreír a pesar de todo lo que acaba de decirle.

—Y dado el resultado de dichas decisiones, ya es mucho decir.

Resopló, dejó su apoyo en la encimera y rodeó la mesa para quedarse a su lado.

—¿Cenamos?

—Si todavía tienes hambre...

La miró con abierta apreciación.

—Sí, de ti, todavía la tengo.

CAPÍTULO 28

Hacía tiempo que Faith había olvidado lo que era sentarse a la mesa y disfrutar de la comida por el simple placer de hacerlo. Dain podía ser realmente ocurrente cuando se lo proponía y, también era bueno aliviando las tensiones, prueba de ello era que estaba terminándose ya su segunda copa de vino sin apenas ser consciente.

—...no es fácil ser el hermano pequeño, aunque sea solo por seis minutos.

—Tiene gracia porque la verdad es que Lucien y tú no os parecéis en nada —comentó después de escuchar una de las batallitas entre él y su hermano—. Quiero decir, sois gemelos, compartís el mismo color de ojos, aunque los tuyos son más oscuros, más intensos...

—No te olvides de su debilidad por *Llongueras*.

—Sí, además de eso. —Sonrió y dejó su copa sobre la mesa—. Pero creo que ahí termina toda la similitud. Camináis de forma distinta, él es un poco más ancho de hombros, pero tú unos centímetros más alto.

—Si no me pareciese imposible, diría que has prestado bastante atención, mascota.

Hizo una mueca.

—Me llamas así solo para fastidiarme, ¿verdad, *señor*?

—En realidad lo hago porque me encanta ver cómo me replicas como una buena sumisa.

Sacudió la cabeza.

—¿Cómo terminaste en ese mundo? Quiero decir, cómo supiste que eras... que deseabas... esto.

Dejó la copa también en la mesa y la miró a los ojos.

—En la universidad empecé a juntarme con algunas personas, a escuchar algunas cosas y reconocí en sus relatos las mismas inquietudes que me pasaban por la mente —aceptó con sencillez—. Tuve así mismo, la fortuna de contar con Markus como confidente, podía hablar de cualquier cosa incluso de mis inquietudes sexuales... Así que, su respuesta fue decirme lo que él creía que podía estar pasándome por la cabeza y me acompañó por primera vez a una fiesta de BDSM privada que daban unos amigos suyos. Esa visita a la mansión me abrió los ojos y me ayudó a encontrarme y, sobre todo, a conocerme mejor a mí mismo.

Se tomó unos segundos para jugar con el pie de la copa, entonces la miró.

—Soy dominante tanto dentro como fuera del dormitorio, esa es la verdad, si bien no soy un amo las veinticuatro horas del día, muchos rasgos de mi personalidad se reflejan en mi trabajo, en mi manera de interactuar con el resto de la gente —aceptó con total naturalidad—. Puedo separar perfectamente el rol de mi vida pública, por decirlo así, pero en la intimidad soy lo que soy.

—Un Amo.

—Básicamente —aceptó e indicó su mano sobre la mesa con un gesto de la barbilla—. Ese anillo es un recordatorio de ello.

Bajó la mirada a su mano y tocó el aro que le había dado con una sola intención.

—Entonces no puedes deshacerte de él.

—Faith, no te lo quites.

Lo miró y se encontró con esos ojos azules clavados en ella.

—Quiero que lo tengas tú, después de todo, podría decirse que he sido quién ha sacado a la luz una parte de ti que posiblemente no sabías ni que tenías —declaró sin más—. Ese anillo puede recordártelo.

—Insistes en algo que yo no entiendo, que no... no veo como lo haces tú. —Negó con un mohín—. ¿Por qué piensas que soy sumisa?

La recorrió con la mirada y no pudo evitar temblar ante su escrutinio, sentir como se le llenaba la boca de saliva y el corazón empezaba a bombear con más fuerza.

—No lo pienso, Faith, lo veo en cada una de tus reacciones, como ahora mismo —replicó con esa voz sensual que la estremecía—. La mirada esquiva, el sonrojo en tus mejillas, la forma en que tragas, el ritmo acelerado de tu respiración. Eres de naturaleza tranquila, algo tímida incluso y encuentras placer en el hecho de poder hacer algo por los demás, de servir a los demás. Eso, pequeña, es la esencia de una sumisa. Ello no quita que en otros aspectos de tu vida te muestres como una mujer segura, directa, como me imagino que eres en tu trabajo, especialmente después de escuchar algunas cosas de tus alumnos.

—¿Esos tunantes te han hablado de mí?

Sonrió de soslayo.

—Digamos que, después de que aparecieses la primera vez por el gimnasio, tenían mucho que decir de su «profe» —canturreó—. Te tienen en muy alta estima, te respetan por quién eres y por la manera en que te implicas no solo en las clases si no en sus problemas.

—Son buenos chicos, solo han tenido vidas difíciles...

—¿Cómo tú?

Sí, respondió mentalmente pero lo guardó para sí. Apartó la mirada y se dio cuenta de que era una de las cosas que había dicho que la delataban.

—Es tarde, mañana no tengo clase hasta tercera hora, tengo que ir a casa y coger algunas de mis cosas...

—Piensas en ir a trabajar mañana. —No era una pregunta.

—No voy a dejar que alguien me asuste, me amedrente hasta tal punto que no pueda ni salir a la calle. —Se frotó la nariz—. Tú lo has dicho hace un momento, son mis alumnos, no los abandonaré.

—Eres una mujer increíble —aseguró tocado por ello—. No me sorprende que hayas conseguido meterte a esos chicos en el bolsillo, eres tan fuerte como ellos.

—Lo intento.

Se limitó a asentir, echó un vistazo a su espalda, al reloj que había sobre una de las paredes azulejadas de la cocina y luego a ella.

—Yo fregaré los platos esta vez. —Le indicó levantándose y empezando a recoger la mesa—. Intenta descansar. Mañana te acompañaré a casa para que recojas lo que necesites.

—No quiero que cambies tu rutina por mí.

Negó con la cabeza.

—No lo hago, dulzura, yo no tengo horarios fijos.

Con eso se llevó los cacharros al fregadero, se arremangó y se puso manos a la obra.

—Buenas noches y gracias otra vez, Dainiel.

—Buenas noches, Faith. —La miró por encima del hombro—. Procura descansar.

Asintió y se retiró a su dormitorio, una habitación compuesta por una cama, una mesilla y un armario que, a juzgar por el aroma a productos de limpieza, había vaciado y limpiado para que pudiese utilizar. Sobre la cama

había una camiseta negra lo suficiente grande como para que le sirviese de camisola, la abrió y no pudo evitar sonreír al ver el logo del club en letras rojas y negras. Era curioso como algunas de las letras estaban hechas con cuerdas, por no mencionar el par de esposas que colgaban de la «a» de *Masters*. Al girarla vio xerografiado: *Master Dain*.

Cedió a la necesidad de llevársela a la nariz y aspirar su aroma, olía a jabón y también a ese peculiar aroma masculino, suponía que la habría sacado de su propio armario antes de dejársela allí.

Sin nada más que su bolso y la ropa que había traído puesta, se tomó unos momentos en el baño para lavar la ropa interior y ponerla a secar en el colgador de las toallas, no quedaba precisamente muy estético allí puesto, pero no quería que la humedad estropease el suelo de madera del dormitorio. Se cepilló los dientes, recogió el pelo en una coleta y se puso la prenda masculina comprobando que le cubría con facilidad el culo; no podía evitar ser pequeña, pensó divertida.

Suspiró, abrió la puerta y apagó la luz y casi pega un grito al encontrárselo atravesando el pasillo.

—Ay Dios, lo siento. —Se disculpó avergonzada por su gritito.

—¿Estás bien, mascota? —La risa se reflejaba tanto en su voz como en sus ojos.

—Sí, sí, muy bien —asintió al momento y se escurrió rápidamente hacia su dormitorio—. Mil perdones. Buenas noches.

Cerró la puerta y se apoyó en ella sintiendo como le ardía la cara.

—Bravo Faith, una impresión fantástica la que acabas de dejarle —murmuró para sí y dejó caer la cabeza contra la puerta solo para gemir por el golpe—. ¡Ay!

—¿Faith? ¿Va todo bien?

—Sí.

Sí, hombre, es solo que soy idiota.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Muy bien. Me he... golpeado con un mueble. —Bueno, eso no era una mentira después de todo.

Su respuesta fue reírse, a continuación oyó sus pasos y al momento una puerta cerrándose al final del pasillo. Había entrado en su propia habitación.

Su dormitorio era el único que no había visto, se había limitado a decirle «*es este*» y continuar con el resto del recorrido. Aquello solo había hecho que se preguntase cómo sería, si contendría cosas personales como las fotos que había visto en el salón, los cuadros y libros de las estanterías de su despacho o las vendas y guantes de entrenamiento que había dejado en una esquina con su correspondiente bolsa de deportes.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama y se mordió el labio al notar la corriente acariciando sus partes bajas. Tendría que dormir sin bragas y rezar porque mañana estuviesen secas, no le apetecía nada pasearse por la casa de Dain sin ropa interior y, por encima de todo, no le apetecía nada que él lo supiera.

—Todo esto te está volviendo loca —musitó girando sobre la cama, quedando ahora boca abajo—. Mañana tienes clase, te toca todo el día con los de último curso, lo mejor será repasar lo que entrará en el próximo examen.

Adoraba su trabajo, le encantaba enseñar y ver que sus enseñanzas podían ayudar a esos chicos de alguna manera.

—Quizá debiese dejar la última hora de clase para debatir —se replanteó, encogiendo las piernas, lamiéndose los labios al notar ese cosquilleo entre las piernas—. Han pasado tantas cosas que es posible que necesiten ser dichas en voz alta.

Sabía que había muchos de sus alumnos, que habían sido también de Ruth, que guardaban sus inquietudes sobre lo que había pasado y, después de

lo que había dejado caer el chico en su charla de ayer, podía ser una buena oportunidad para hacerles hablar y, por qué no, liberarse ella también de lo que llevaba dentro.

Deslizó la mano entre sus piernas sintiendo la vergonzosa necesidad de tocarse, no podía dejar de pensar en el hombre que estaba a pocas puertas de distancia, en lo que la hacía sentir, en la forma en que la había mirado.

«Sí, de ti todavía la tengo».

Esa había sido su respuesta cuando le había preguntado si tenía hambre en un intento por hacerlo volver al tema principal y, si bien le permitió salirse con la suya, no pudo borrar de su mente lo que le produjeron esas palabras.

Sus dedos se encontraron con la humedad entre sus piernas y los retiró inmediatamente, sintiéndose como una auténtica estúpida.

—Oh, por favor, si mañana tengo que ir a clase.

Pero a su cuerpo eso le importaba un pimiento, él requería algo y el único que podía dárselo estaba al alcance de la mano.

Se incorporó de golpe en la cama, se lamió los labios y miró al otro lado de la habitación. Este no era el club, estaba en su casa, a solas con él, completamente a solas y eso, más que asustarla, la excitaba todavía más.

Él había confesado que era un dominante, que no se trataba solo de un juego de alcoba, Dain deseaba llevar la batuta siempre que le era posible, era su naturaleza, estaba en él la necesidad de controlar las cosas, la pregunta era, ¿estaba en ella la necesidad de ser controlada?

Sus pies, los cuales se dirigieron por sí mismos a la puerta de su habitación, parecían tener la única respuesta al respecto.

CAPÍTULO 29

Dain no tenía gato, ni siquiera un perro y no era porque no le gustaran, sencillamente no creía en tener un animalito y no poder dedicarle el tiempo necesario. Así que, los rasguños en su puerta no podían obedecer a ninguna mascota, salvo a la que había dejado en la habitación de invitados.

Dudó entre invitarla a entrar o abrir la puerta, aunque ninguna de las dos cosas era muy favorable para el ánimo que tenía en esos momentos, sino que se lo preguntasen a su polla. Estaba tan duro que le dolía y la idea de aliviarse a sí mismo, tampoco lo había ilusionado demasiado. Ya había probado una ducha fría, dos series de cuarenta flexiones y otra ducha más y ni su polla ni él habían encontrado sosiego.

Saltó de la cama, ni siquiera se había metido en ella, se pasó una mano por el pelo húmedo y abrió. La visión de ella al otro lado de la puerta, retorciéndose las manos, frotando un pie contra otro era tan tierna que le entraron ganas de cogerla en brazos, meterla en su cama y dormirse abrazado a ella.

—¿Ocurre algo, dulzura?

Levantó los ojos poco a poco y vio esa rosada lengua emerger entre sus labios para lamerse el inferior.

—Yo... ah... yo... ¿Puedo... quedarme contigo? Quiero decir,

¿puedo... dormir... contigo?

La recorrió con la mirada, deleitándose en el curvilíneo cuerpo de color chocolate que contenía su camiseta del club. Estaba exquisita con nada más que eso, con los pechos adivinándose bajo la tela, los pezones apuntando hacia arriba.

—Pídelo correctamente, *mascota*.

Cogió aire, un sorpresivo jadeo, pero lo intentó.

—¿Puedo dormir contigo, Amo Dain?

—Puedes, sumisita, puedes.

Se hizo a un lado, dejándola entrar, cerró la puerta y la observó mientras recorría el dormitorio con la mirada. A primera vista no vería otra cosa que una habitación normal, con su cama doble, mesillas de noche, un par de sillas, un armario empotrado, algunos cuadros y un cajonero, pero eso era lo divertido de ser dominante, los trucos siempre se guardaban en la manga.

Se giró hacia él, su pelo recogido de nuevo en una coleta, pero esta vez la llevaba más baja, de manera más descuidada, levantó los ojos y movió los labios componiendo un tímido mohín.

—Sé que dije que no...

—Silencio.

Acortó la distancia entre ellos e interrumpió cualquier palabra que surgiese de su boca posando el dedo índice sobre sus carnosos labios. Ella reaccionó de la forma más deliciosa, acatando sus órdenes al momento, casi conteniendo la respiración.

—¿Entiendes que, entrando aquí, pidiendo quedarte, estás solicitando quedar bajo mi cuidado? ¿Qué yo y solo yo seré tu amo, quién ponga las reglas, quien decida si puedes o no correrte?

—Eh... sí, lo entiendo, pero, ¿podemos renegociar eso de poder co...?

La agarró de la coleta y tiró hacia atrás, ejerciendo su dominio, mostrándole lo que iba a encontrar entre esas cuatro paredes.

—¿Cuál debe ser tu respuesta, sumisa?

Se lamió los labios y emitió un susurrado:

—Sí, señor.

La mantuvo allí, sin permitirle movimiento alguno, sus ojos recorriendo ese bonito rostro, leyendo sus emociones y lo que el estar a su merced despertaba en ella.

—Voy a atarte, a usarte, tomaré este bonito cuerpo de la manera en que quiera tomarlo, usaré esta boca para mi placer, te follaré hasta que todo lo que hagas sea gritar mi nombre o pedir más, ¿estamos de acuerdo, Faith?

Si se ponía más colorada o abría más los ojos se echaría a reír. Se lamió los labios e intentó asentir.

—En voz alta, por favor.

—Sí, señor.

—Y eso es justo lo que quería escuchar. —Apretó los dedos en torno a su pelo y probó los labios que llevaba todo el día queriendo besar—. Um... Sabes a menta, me gusta.

Suavizó su agarre, le ciñó la cintura, atrayéndola hacia él y volvió a besarla, hundiendo la lengua en su boca con lentitud, recreándose en la humedad y en la tímida respuesta que poco a poco fue haciéndose más osada.

Le mordisqueó los labios, chupó su lengua y se vio recompensado con un gemido y el estremecimiento de su cuerpo antes de dejarla ir.

—Tu palabra de seguridad es «rojo» —le recordó buscando toda su atención—. Quiero que la tengas presente. No aceptaré otra palabra, no haré caso a ningún «no» o «espera», ni a nada que no sea tu palabra de seguridad si lo que deseas es que me detenga. ¿Está claro?

—Sí, señor. —Se lamió los labios mirándole como esos bonitos ojos

marrones oscurecidos por el incipiente deseo—. La palabra de seguridad es rojo, si la digo, se acabó.

—Me encanta cuando me das la razón.

Ella sonrió con suavidad y sus ojos brillaron de un modo encantador.

—Quiero jugar contigo, tomarme mi tiempo recorriéndote, hacer de tu cuerpo mi patio de juegos particular y quiero ver cómo te entregas a mí, como te sometes y me das lo que quiero porque tú quieres que lo obtenga.

—Um... ¿puedes repetírmelo, por favor, señor?

Sonrió abiertamente ante su confusión.

—Tú, esposada, abierta al placer y yo con el mando a distancia de todo, ¿lo entiendes ahora?

Asintió con la cabeza al tiempo que tragaba.

—Sí —gimió—, ahora sí, señor.

—Mi inteligente sumisa. —Le acarició el rostro y bajó la mirada sobre su propia camiseta—. Llevas demasiada ropa puesta.

—No tanta, señor —musitó bajando los ojos.

Deslizó las manos por sus caderas, le rodeó los glúteos y tiró de la tela, resbalando al mismo tiempo los dedos por debajo encontrando sus nalgas desnudas.

—Um, me gusta, gracias por el regalo —le susurró al oído—. Me encanta el tacto de tu piel.

Ella se estremeció, incluso se puso de puntillas cuando sumergió los dedos entre sus piernas encontrándola mojada.

—Quiero que te quedes muy quieta.

Ella tembló pero no se movió, dejó que la tocara, que bañara las falanges en su humedad.

—Separa las piernas.

Su vacilación le ganó una bofetada en una de las nalgas.

—Ahora. —La empujó con voz dura—. Cada vez que vaciles o no cumplas con lo que te pido, te llevarás un azote.

Separó las piernas un poco más y clavó la mirada en su pecho. Estaba avergonzada, pero también excitada como lo proclamaba la creciente humedad de su sexo.

La recorrió con dos dedos, jugando entre sus pliegues, provocándola sin llegar a penetrarla para finalmente arrastrarse a través de las mejillas de su trasero hasta encontrar la roseta oculta entre ellas. La tensión en su cuerpo fue instantánea.

—Relájate.

—No... no creo que...

Una nueva bofetada sacudió su carne, dejando un bonito tono rosa sobre el color chocolate de su culo.

—¿Qué te dije?

Tembló, un estremecimiento leve, pero estaba allí, como lo estuvieron también sus manos sobre su camiseta, aferrándose a él mientras escondía el rostro.

—Veo que tendré que ayudarte para que cumplas con mis órdenes.

Retiró los dedos de su cuerpo, dio un paso atrás y enarcó una ceja ante las manos femeninas aferradas todavía a la tela de su pecho.

—Lo siento —musitó ella desenredando su sujeción.

—Levanta los brazos.

Esta vez no tardó en obedecer, estiró los brazos hacia arriba y eso le permitió quitarle la camiseta encontrándola completamente desnuda. Su cuerpo de un precioso tono chocolate con leche, sus pezones oscuros apuntando hacia arriba, era la cosa más bonita que había visto en su vida.

—Tienes un cuerpo precioso, Faith.

Se estremeció, pero no dijo una sola palabra, mantenía la mirada baja,

sus mejillas coloradas, visiblemente avergonzada.

—Ve hacia el armario, colócate delante de las puertas mirando hacia ellas.

Levantó la cabeza de golpe, miró hacia los lados sin estar muy segura de su ubicación y, cuando vio el armario en cuestión dejó escapar un suave suspiro.

—Faith, no te castigaré sin motivo alguno, ¿lo entiendes? —La retuvo, posando la mano sobre su hombro, buscando su mirada—. Solo cuando vea que has roto las reglas e, incluso entonces, te lo diré y sabrás por qué estás siendo castigada.

Sus ojos se abrieron incluso más pero asintió.

—En voz alta, por favor.

—Sí, señor.

Señaló la lacada madera de color oscuro y la empujó hacia ella.

—Levanta los brazos —le dijo apoyándose sobre su espalda, presionando la parte superior de sus muslos contra su culo mientras se inclinaba, le hacía el pelo a un lado y le lamía el cuello hasta llegar a su oído—. Te abrocharé las esposas de puños a las muñecas, dime si te duelen los hombros o sientes alguna molestia.

Asintió de nuevo con la cabeza, lo que lo llevó a aferrarle la nuca y echarle la cabeza hacia atrás, sabía que estaba ejerciendo un suave tirón en su pelo que le causaba un punzante picor.

—Cuando me respondas, a menos que tengas una mordaza en la boca, tu respuesta ha de ser «sí, señor» o «sí, amo». —La aleccionó con voz dura, seria, haciéndola obedecer—. ¿Qué debes decir, sumisa?

—¡Sí, señor!

Aflojó su agarre y le masajeó la nuca con los dedos.

—Eso está mejor. —La premió con un beso en el oído—. Brazos

arriba, extiéndelos completamente.

Cuando lo hizo se apartó de ella, abrió un pequeño compartimento del armario que, a simple vista parecía un aplique y extrajo dos muñequeras de cuero negro revestidas de pelo ancladas a una sola cadena. Estas podían unirse o separarse con un pequeño mosquetón.

—Abre los dedos y deja la mano floja —le pidió al tiempo que recorría el brazo con los suyos, aliviando la obvia tensión antes de abrocharle el puño y comprobar su sujeción—. ¿Te aprieta?

—No, señor.

Complacido con su inmediata respuesta, alcanzó el otro brazo y repitió la operación. Una vez que le unió ambas muñecas, le levantó un poco más los brazos, comprobando su altura y aseguró la cadena a una de las tres alturas que proveían los apliques en forma de adorno del armario.

—¿Algún dolor? ¿Tensión en los hombros? —Comprobó con ella que sus miembros estuviesen estirados pero sin provocarle daño.

—No, señor.

Dio un paso atrás y admiró su obra. Con su menudo cuerpo estirado, su piel era un dulce contraste contra la madera más oscura del mueble, sus nalgas parecían pedirle a gritos que las amasara o, mejor aún, que las dejase deliciosamente rojas con el *flogger* o la pala. Tragó ante la perspectiva, su polla dio un brinco en el confinamiento del pantalón y tuvo que refrenarse a sí mismo en el procesar de sus pensamientos. Era demasiado pronto, Faith era demasiado nueva, debía proceder con cuidado e ir tentándola, examinando sus respuestas y ver cómo respondía a cada uno de los estímulos.

Se lamió los labios y disfrutó de la forma de su espalda, se imaginó a sí mismo recorriendo la curvatura de su columna con la lengua hasta recalar en los dos pequeños hoyuelos que se percató tenía en la base de la columna.

—Eres preciosa, no me canso de admirarte, eres chocolate en estado

puro.

Deslizó los dedos sobre el hilo que marcaba su espina dorsal y sintió como se estremecía bajo su tacto, sonrió y continuó acariciándola, aprendiendo cada una de las respuestas de su cuerpo, descubriendo dónde tenía cosquillas, qué la hacía encogerse y qué saltar, le moldeó las caderas con las palmas y amasó las nalgas, separándoselas con los dedos hasta alcanzar su sexo, el cual estaba incluso más mojado que antes.

—Estás excitada, muy mojada, eso me agrada, nena, me agrada mucho.

La acarició íntimamente, escuchó el sonido de las cadenas cuando ella tiró de las restricciones, moviéndose no sabía si para escapar de él o acercarse aún más.

—Quieta. —Detuvo todo movimiento, esperando—. Si te mueves otra vez, te ataré los tobillos también.

Tembló pero luchó por seguir sus órdenes y mantenerse completamente quieta, algo que no le resultó fácil cuando volvió a deslizar los dedos por los labios de su sexo antes de arrastrarlo ahora entre sus nalgas, dejando un rastro húmedo hasta la fruncida roseta de ese pequeño culo. Presionó la punta del dedo corazón contra el agujero solo para que ella saltase y exclamase su nombre en voz alta.

—Dainiel, no...

Se detuvo en el acto pero no se movió, dejó el dedo justo allí y se inclinó sobre ella, besándole el cuello, la mejilla, lamiéndole el arco de la oreja. Había escuchado el miedo en su voz, el temor a lo desconocido pero no había en ella repulsión.

—¿Qué te he dicho? —le susurró al oído—. Tienes una palabra de seguridad, utilízala si lo necesitas, de lo contrario, cada vez que me digas que no, iré un poco más allá —empujó la punta un poco más, introduciéndose unos milímetros en su canal y ella respondió poniéndose de puntillas.

—Por favor, por favor, por favor...

—Por favor, ¿qué? —le susurró—. Por favor, ¿más? —Empujó de nuevo y se detuvo, estaba muy apretada, demasiado tensa.

—No... no me... no me gusta... —musitó, pero su cuerpo decía otra cosa—. Es... es extraño... no... no quiero... esto...

—Por el contrario yo creo que sí lo quieres, Faith, que puedes incluso disfrutarlo.

Volvió le cogió el rostro con la mano libre y se lo giró para encontrar su boca y besarla. Hundió la lengua en la húmeda cavidad del mismo modo que empujaba el dedo un poco más en su interior antes de retirarlo y volver a penetrar. Lo hizo con cuidado, tentando los apretados músculos, disfrutando de sus tímidas respuestas.

—¿Duele? —preguntó tras romper el beso—. ¿Te hago daño?

—No... pe... pero...

—Nunca han jugado contigo por aquí. —No era una pregunta sino una declaración, una constatación de lo que habían hablado en el club—. Pero sientes curiosidad, quizá incluso querrías intentar el sexo anal.

—Ay Dios, por favor, señor...

—Pero no ahora, es demasiado pronto. —La tranquilizó al tiempo que seguía penetrándola con el dedo, yendo cada vez un poquito más profundo, notando ya como había entrado hasta el nudillo—. Primero debo prepararte, hacerlo poco a poco... hasta que puedas tomar mi polla.

Se estremeció contra él, ahogó un pequeño gemido y Dain no pudo sino sonreír para sí.

—¿Lo intentarías? Por hoy sería solo un pequeño juego de estímulos, para que veas lo que se siente. Lo harías por mí, ¿sumisita?

—Señor, por favor...

—¿Sí?

—Me... me da vergüenza...

—Te prometo que cuando termine contigo no sabrás lo que es la vergüenza —le susurró al oído y movió la mano de modo que las puntas de sus dedos le acariciaron el sexo mientras seguía alojado en su trasero—. Pero mírate, cada vez más mojada, me empapas los dedos. Te está gustando más de lo que estás dispuesta a admitir.

Se encogió, casi como si quisiera mimetizarse con el armario y escapar.

—Mírate, tan excitada, tan bonita —insistió, tentándola—, pero aunque veo que te gusta y tengo planes para este bonito culo, tendrán que esperar un ratito porque ahora quiero tus ojos sobre mí.

Se retiró de ella y alcanzó el gancho de las esposas, girándolo de modo que pudiese hacer lo mismo con ella sin tener que desengancharla o cruzarle los brazos. Ah, la maravilla de los juegos de restricción y la utilización de los anclajes correctos.

—Hola, dulzura.

Le acarició los labios con el pulgar y se encontró con un rostro sonrojado, totalmente transpirado, los labios parcialmente abiertos y esos ojos marrones tan oscuros que prácticamente se confundían con las pupilas.

—Mira estos labios pidiendo atención.

Bajó sobre ellos, le succionó el inferior, estirándolo con los dientes y la provocó con la lengua, simulando un beso que nunca llegaba.

Sus manos se unieron entonces al juego bajando sobre su cuerpo, sopesando sus pechos para encontrarse con los respingones pezones que no duró en torturar entre sus dedos. Los apretó, los retorció llevando esas cúspides al límite del dolor erótico y extrayendo de ella respuestas de lo más encantadoras.

—Um... parece que voy a tener que atarte también los tobillos, no te estás quieta como una buena sumisa.

Le besó brevemente los labios y bajó por su cuerpo, arrastrando las manos sobre ella hasta llegar a la mencionada parte de la anatomía femenina y se encargó de restringirla.

—¿De... de verdad que esto es un... armario, Amo Dain?

Sonrió y levantó la cabeza después de abrir el segundo compartimento secreto a nivel del rodapiés y sacar de su interior el puño para el tobillo derecho.

—Lo juro, gatita, dentro está mi ropa... y otras cosas. —Se rió entre dientes.

Una vez cerrado el velcro del segundo tobillo se alejó para ver su obra, los brazos estirados por encima de la cabeza, los pechos impulsados hacia delante y las piernas separadas lo suficiente para que su sexo quedase expuesto y, al mismo tiempo, pudiese mantenerse en equilibrio.

—Encantador, realmente bonito.

Se tomó su tiempo para deleitarse con ella y aprovechó el mismo para desnudarse él. Se quitó la camiseta y empezó a deshacerse del pantalón bajo la peregrina y acalorada mirada de la chica. Tenía que admitir que le resultaba tremendamente erótico el ver cómo se lo comía con los ojos mientras luchaba con su timidez natural. Se deshizo del pantalón de chándal y quedó totalmente desnudo ante ella, con el duro e hinchado pene apuntando hacia su estómago, listo para jugar. Sonrió para sí, bajó sus dedos sobre la larga y cálida carne y se lamió los labios al ver como las pupilas de Faith se dilataban sin perder detalle.

—Después querré esos labios alrededor de mi polla —se relamió imaginando ya como sería tenerla de rodillas, sujetándole el pelo con una mano mientras veía desaparecer su carne entre esos carnosos labios—. Sí, de rodillas, con las manos a la espalda y esa boca abierta para mi placer.

Escucharla gemir y verla cerrar los ojos hizo que se riese.

—Tus ojos en mí, profesora, me pone la forma en que me devoras con esas dos joyas marrones.

Ella se lamió los labios y luchó no solo por abrir de nuevo los ojos sino por encontrarse con su mirada. Estaba cada vez más colorada, la timidez batallaba con el deseo y lo convertía todo en un adorable desafío.

—Eres una cosita muy dulce.

Le sujetó la nuca y le obsequió con un tórrido beso, unió sus lenguas y batalló hasta conseguir que respondiese con el mismo ardor. Solo entonces se deslizó hacia abajo dejando un sendero húmedo sobre su piel hasta recalar en sus pezones, torturando uno entre los dedos, haciéndolo rodar, pellizcándolo hasta extraer gemidos de placer de esos labios para finalmente permitirse degustar el otro con la lengua. Jugó con sus pechos, disfrutó de su sabor, de su tacto y de los ruiditos que emergían de la garganta de su pequeña sumisa. Se entretuvo amasando los senos, estrujándolos entre los dedos mientras ella tiraba de sus restricciones y movía las caderas en un intento por acercarse o alejarse, todavía no lo tenía claro. Siguió atormentándola hasta que sus quejidos inundaron el dormitorio, que sus jadeos se convirtieron en maullidos, solo entonces descendió por su estómago hacia la uve entre sus piernas. La humedad de su coño dejaba la piel interna de sus muslos brillante, prueba más que indiscutible de que estaba excitada y lista para lo que quisiese hacerle.

—Rosado, mojado y brillante, mi estado favorito.

Sopló sobre su húmeda carne y procedió a darse un verdadero banquete entre sus piernas. La recorrió con la lengua, haciendo largas pasadas a través de sus pliegues, chupó sus labios, atrapándolos entre los dientes y tirando de ellos para luego succionarla con fuerza. Sus caderas se sacudían bajo su boca pero estaba demasiado encantado consigo mismo y con su sabor para prestar atención a otra cosa que no fuese el manjar que le aguardaba entre esas

piernas. Se amamantó de su sexo, chupó los jugos que manaban de su caliente e hinchado coño y escuchó como gemía en respuesta. La lamió como si fuese un caramelo, su sabor era único y le gustaba más de lo que había esperado, era adictivo, podía pasarse la noche jugando allí y no se aburriría.

Sus gemidos se hicieron cada vez más y más audibles, la manera en que movía sus caderas, buscando acercarse a él le decía lo perdida que estaba en ese mundo dónde todo lo que importaba era el placer. Sopló sobre su carne húmeda y unió los dedos al perverso juego, penetrándola sin previo aviso, hundiendo en su interior una falange hasta el final y sintiendo como los músculos vaginales se cerraban a su alrededor.

—Estás apretada, cariño, pero todavía puedes estarlo aún más.

Bajó de nuevo la boca sobre su sexo, se ayudó con el pulgar y desnudó el oculto clítoris el cual no dudó en chupar y martirizar con la punta de la lengua. Al momento sus gemidos se hicieron más seguidos, mezclados con ruegos ininteligibles y su sexo accedió al camino que la llevaría sin remedio al orgasmo.

—¿Ya estás a punto, dulzura?

Faith parecía tener problemas para hilar una respuesta coherente pues le llevó tres intentos decir algo.

—Sí... por... porfa... sí... yo... Amo Dain... necesito...

Correrse, sí, lo sabía, pero todavía no iba a dárselo, aún no estaba lo bastante desesperada, seguía intentando mantener el control de su cuerpo y lo que él quería era que se entregase por completo, que cediese ese control y se sometiese.

Sopló sobre su carne, la chupó una vez más y la dejó para que su cuerpo se fuese enfriando.

—No, no, no... ay Dios...

Se rió entre dientes.

—Creo que esto merece una posición más ventajosa para mí, cariñito.

Desancló los enganches que mantenían los tobillos de la mujer anclados al suelo y le levantó una pierna, doblándole la rodilla para estirar por completo la cadena y sujetarla en uno de los anclajes que estaban más arriba. Repitió la operación con la otra pierna hasta dejar que su peso colgase de los anclajes de sus muñecas y su sexo quedase completamente expuesto y abierto a sus necesidades.

—Amo Dain.

El grito sofocado captó su atención de inmediato, se incorporó y comprobó que estaba bien, que no se lastimaba.

—Está bien, Faith, respira —le acarició el rostro, la besó en los labios y comprobó las restricciones—. Estoy aquí, voy a cuidar de ti en todo momento. Dime si te duele algo.

Ella tardó en poder hablar, se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Yo... yo...

—Respira —la instó a ello—. ¿Te duelen las muñecas? ¿Puedes mover los dedos?

Levantó la mirada y vio como los movía, a pesar de la posición y de saber que estaba cargando con todo su peso, no había posibilidad de que se hiciera daño o se le cortase la respiración.

—Sí... puedo... mover los dedos...

—¿Dolor?

Negó con la cabeza.

—Esa es mi chica. —La besó de nuevo, calmándola, deslizó las manos por sus pechos, sus caderas, evitando su sexo y acariciándole al mismo tiempo los muslos abiertos—. Vamos a aliviar un poco el peso de tus muñecas, de acuerdo.

Ella asintió.

Añadió un par de restricciones más alrededor de sus muslos y las ancló a un tercer gancho, haciendo que el peso de su cuerpo se aliviase y no quedase solo en sus muñecas.

—Así, perfecta. —Envolvió los dedos en su pelo, le tiró de la cabeza hacia un lado y volvió a poseer su boca con dureza, obligándola a olvidar todo lo que no fuese él mismo. Bajó la mano libre entre sus piernas, a su sexo ahora totalmente abierto y se lo acarició un segundo antes de dejar caer la palma abierta sobre él, creando una leve punzada de dolor que sabía se extendería sobre su cuerpo—. Me gusta como gimes —volvió a dejar caer la palma contra su coño—, como gritas tu placer...

—Señor, por favor...

—Pronto, Faith, pronto, pero todavía no.

Ella gimió ante su imposibilidad de correrse y él sonrió en respuesta.

—Antes tengo un regalo para ti y quiero que lo aceptes, quiero que lo lleves durante la noche. —Declaró apartándose de ella para abrir uno de los cajones del armario y extraer de él un tubo de lubricante y un tapón anal anclado a una larga y peluda cola de lobo—. Siempre he sentido debilidad por los lobos, así que hoy tú serás mi lobita.

Levantó el objeto de modo que ella pudiese verlo y acarició el tapón con la punta del dedo.

—¿Sabes qué es esto? —Se lo mostró—. Es un tapón anal. ¿Alguna posibilidad de que leyese sobre ello en tus pesquisas por la red?

Sus ojos se agrandaron, la vio tragar y casi no pudo ni articular palabra.

—¿Sí o no, Faith?

—Sí. —Se las ingenió para gemir—. Sé... sé que es, señor, pero... pero no... yo no...

—Este es uno de los más pequeños —lo acercó a sus ojos para que pudiese verlo bien—. Voy a ponértelo y...

—No, no, no... señor, por favor...

Dejó caer de nuevo la palma abierta sobre su sexo haciéndola lloriquear.

—No me interrumpas, esto es importante. —No pudo evitar que su voz sonase divertida—. Como te decía, voy a ponerlo en ese pequeño culito y, cuando esté bien dentro, con esta preciosa cola colgando entre tus mejillas, te follaré ese apretadito coño...

—Dainiel...

Su nombre salió casi como un sollozo. Estaba asustada, también excitada, pero su cerebro era incapaz de procesar toda la información, se resistía a entregarse a ceder el control y eso la mantenía en el borde de la frustración.

—Confía en mí, déjate ir, deja de pensar, yo me haré cargo de todo, solo tienes que entregarme el control y disfrutar.

Una solitaria lágrima se deslizó por su mejilla, seguida por una segunda que le secó con el pulgar.

—¿Puedes confiar en que sé lo que hago, en que no te haré daño y que lo disfrutarás?

Lo miró a los ojos, parecía estar buscando en su interior la respuesta, pero finalmente asintió.

—En voz alta, quiero oírtelo decir en voz alta.

—Sí, amo Dain, confío en ti.

Sus palabras lo calentaron y la premió con un beso.

—Gracias por tu confianza, dulzura —le acarició la mejilla—. Lo haremos despacio, será fácil y lo disfrutarás.

Llevó el aplicador del lubricante a su trasero, el cual estaba mucho más accesible en aquella posición, empujó la punta en su interior, tomándola con suavidad al tiempo que dejaba que saliese el gel.

—¡Está frío!

Sonrió, retiró el aplicador y volvió a penetrarla con el dedo, despacio, haciéndose sitio, comprobando como se ensanchaba poco a poco, viendo las distintas reacciones en su rostro.

—Por favor, señor...

—¿Duele?

Sacudió la cabeza.

—No, pero... oh... Dios...

—Te gusta.

Se quedó con un lloriqueo pero su sexo se humedecía aún más, demostrando sus propias palabras.

—Amo Dain, por favor... me... me da vergüenza...

—Lo estás haciendo muy bien, pequeña, muy bien. —La apaciguó, retiró el dedo y cogió la peluda cola—. Allá vamos, lobita.

Empujó la cabeza ovalada del *plug* a través de la roseta con suavidad y dejó que su hambriento culo lo absorbiera, alojándolo en su lubricado canal hasta quedar completamente alojado en su interior. Solo entonces le cogió las nalgas y se las apretó juntas, haciendo que sintiese el objeto alojado en su interior mientras el pelo de la cola le acariciaba las mejillas.

—¿Todo bien? —Le acarició el rostro, buscando signos de malestar o dolor, pero parecía totalmente sobrepasada—. ¿Cómo te sientes Faith?

—Extraña... llena...

—Tienes una bonita y suave cola lupina, lobita, estás tan mona, tan follable.

Se mordió los labios y él se los acarició con el pulgar.

—Nos falta un toque, un par de ellos en realidad.

Le guiñó el ojo y se alejó para sacar del mismo cajón que obtuvo la cola una diadema con dos orejitas de lobo y un collar de terciopelo, que se

cerraba con un velcro y al que acompañaba un cascabel.

—Me gustan los cascabeles.

—¿Por qué será? —gimió ella cuando le colocó el collar alrededor de la garganta y las orejitas en la cabeza.

—Sí, perfecta, ahora ya eres toda una lobita.

Ella se mordió los labios y cuando movió la cabeza el cascabel sonó.

—Dios, quiero follarte, quiero enterrarme en ese precioso coñito tuyo —le acarició el sexo mientras lo decía, sus ojos siempre fijos en los de ella—. Dime, dulzura, ¿qué quieres tú?

—Yo... yo...

—Dímelo, dime qué quieres y te lo daré.

—A ti, por favor, Amo Dain, a ti...

—¿Quieres que te folle?

—Sí.

—Esa es mi lobita.

Cogió un condón del cajón, rompió el envoltorio y se lo colocó para finalmente instalarse entre sus piernas y posicionarse en su entrada.

—Quiero que respires profundamente. —La instruyó—. Vas a estar un poco más apretada de lo normal, notarás el tapón llenándote el culo y mi polla alojada en ese pequeño coñito. Te gustará, eso te lo prometo.

Empujó en ella, entrado despacio, notando su cuerpo tenso a pesar de todo.

—Deja de pensar, deja que yo me haga cargo, entrégate a mí, no te dejaré caer.

Como si hubiese dicho la palabra mágica, su cuerpo empezó a relajarse y ella le cedió por fin el mando, permitiéndose ir más adentro, llenándola pulgada a pulgada.

—Oh Dios, es... es demasiado, por favor...

—Respira, puedes con ello, estás hecha para mí, para esto...

La sujetó por las caderas, se retiró y volvió a entrar. Estaba tan mojada, tan resbaladiza que su cuerpo no se oponía a la intrusión, lo atrapaba en su interior, apretándolo y obligándolo a hacer un esfuerzo extra para no correrse ahora mismo.

Se retiró y volvió a enterrarse hasta la empuñadura, la montó con suavidad, comprobando su tamaño, viendo como su cuerpo reaccionaba, cómo se entregaba por completo al placer y a su cuidado. Bombeó en ella con estocadas largas y lentas, inició un ritmo lento que paulatinamente fue *in crescendo*, extrayendo de la garganta de su amante gemidos y grititos de puro placer. Buscó su boca, la saqueó recolectando sus besos, urgiéndola con cada acometida hasta sentir como se apretaba a su alrededor y encontraba la ansiada liberación.

—¡Dain!

Gritó su nombre hasta quedarse afónica y él siguió enterrándose en su interior, aumentando el placer, empujándola a darle más.

—Más dulzura, córrete otra vez para mí, dame más —le susurró, lamiéndole los labios mientras le separaba aún más las piernas, rotaba las caderas y continuaba montándola. Introdujo una mano entre sus piernas y le rozó el clítoris con el pulgar haciéndola gritar una vez más y catapultándola a ese segundo orgasmo que sabía podía darle y que desencadenó su propia liberación.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios, oh Dios....

Se descargó en ella, dejándose ir, encontrando en su propio orgasmo el alivio a toda la tensión acumulada. Y joder, fue intenso.

Se retiró de ella jadeante, se quitó el condón y se encargó al momento de las restricciones que la mantenían anclada, soltándole los muslos, los tobillos y finalmente los brazos, recibiendo su menudo cuerpo en los suyos.

—Gracias, dulzura, gracias por confiar en mí.

Ella se limitó a acurrucarse contra él, jadeando en busca del aire que le había restado el frenético acto.

CAPÍTULO 30

—¿Sigues conmigo?

—Hagas lo que hagas, no me sueltes, señor.

—Con lo calentita y blandita que eres, no pienso hacerlo.

Ella se rió entre dientes, todavía pegada a él.

—Eres imposible.

—Le dijo la sartén al cazo. —Le mordisqueó la oreja y miró hacia abajo, sonriendo diabólico—. O la sartén a la lobita. Dios, estás tan sexy con esa cola.

Su comentario hizo que se despegase de él y mirase hacia atrás, jadeando en el proceso.

—Una preciosa lobita.

—Pero, pero, pero...

No pudo evitar reírse al verla girar sobre sí misma, como un lobo que se persigue la cola.

—Quieta. —La detuvo entre risas—. Dios, nena, esta es una escena que tardaré en olvidar.

Gimió en respuesta, mirándole con un adorable puchero.

—Es que tengo cola y es peluda.

Se rió entre dientes, le pegó una palmada en el culo, le aferró la barbilla y la besó en los labios, desarmándola de nuevo.

—De rodillas, lobita, quiero tu boca alrededor de mi polla ahora.

—Pero Dainiel, es una... cola.

—¿Cómo has dicho? —Le aferró una nalga, con fuerza, haciéndola jadear por el movimiento del tapón todavía en su interior.

—Amo Dainiel... —Hizo un puchero y se llevó las manos a la cabeza—. ¿Orejas también?

—Estás preciosa —le aseguró, posó una mano sobre su hombro e hizo presión para ilustrar sus palabras. Su polla había despertado de nuevo y estaba empezando a hincharse de nuevo ante la visión de esa muñequita desnuda y meneando el trasero—. De rodillas, ahora.

Esos ojos marrones volvieron a abrirse en toda su amplitud, se lamió los labios y los bajó sobre su sexo, haciendo que este se endureciese aún más.

—Debería... er... verás, señor, esto no... se me da muy bien.

Le cogió de nuevo la barbilla y se la levantó hasta encontrarse con sus ojos.

—Deja que eso lo juzgue yo. —Le acarició la mejilla—. De rodillas, te guiaré si creo que te hace falta.

Asintió, se mordió el labio como cada vez que se encontraba indecisa ante algo y bajó lentamente, arrodillándose, solo para dar un respingo al posar las nalgas sobre sus talones.

—Separa las piernas, sumisita. —La guió—. Quiero ese bonito coño al aire.

—Sí, señor.

Siguió sus indicaciones, se reacomodó y miró hacia atrás para recolocar también con extrema delicadeza la cola de modo que no quedase aprisionada.

—Ay Dios, una cola...

—Faith.

—Lo siento, señor, ya me centro.

Se rió entre dientes.

—Voy a tener que ponerte esa cola más veces, lobita, hasta que te acostumbres a llevarla.

Su respuesta fue gemir, levantó la mirada y casi suplicaba que sus palabras fuesen una broma.

—Tócame, dulzura, empieza por ahí.

Se arrastró entre sus piernas, podía ver la indecisión en su rostro, como se frotó las manos sobre los muslos antes de retirarse el pelo hacia atrás, humedecerse los labios y deslizar los dedos a lo largo de la cada vez más rígida longitud. Abrió la boca y se inclinó hacia delante con intención de metérselo en la boca.

—Despacio, no tengas tanta prisa. —Le rozó la mejilla con los dedos—. Empieza usando esa deliciosa lengua que tienes, lámelo como si fuese un caramelo.

Su indecisión le pareció tan tierna como la vergüenza que le tiñó las mejillas antes de bajar sobre él y lamerlo como si fuese un helado. Sus pelotas se apretaron al momento, un relámpago de placer lo recorrió por entero y su pene se endureció entre los delgados dedos morenos que lo aferraban mientras esa dulce boquita lo atormentaba.

—Rodea la punta con la lengua. —La fue guiando poco a poco, luchando consigo mismo para encontrar las palabras necesarias en esa tortura—. Sí, justo así... Métetela lentamente, lubrícame con tu saliva.

Sin duda la profesora se estaba convirtiendo en una alumna de lo más aplicada pensó mientras separaba las piernas para mantenerse en una posición estable.

—Baja los dedos sobre los testículos, juega con tus dedos, puedes

empezar con un suave masaje.

Señor, ¿y decía que se le daba mal? Dain no quería ni pensar en cómo se le daría cuando tuviese un poquito más de práctica y no necesitase guiarla.

—Baja, succióname con... fuerza.

Su boca se cerró alrededor de su polla, chupando con intensidad, arrancándole un jadeo, haciendo que deslizase la mano alrededor de su pelo, envolviéndola en su coleta y guiar así el ángulo en que le daba más placer.

—Agarra la base con fuerza y succióname.

Se lamió los labios, le dedicó un rápido vistazo y volvió al trabajo, siguiendo sus instrucciones, viendo al mismo tiempo como temblaba, como luchaba por cerrar los muslos. Sin duda debía haberla excitado el estar chupándosela.

—No cierres las piernas, Faith, no te he dado permiso para hacerlo.

Ella gimió alrededor de su polla pero obedeció y siguió tragándose, alternando la lengua con sus dedos, metiéndoselo bien dentro y saliendo de nuevo para atormentarle la punta.

—De acuerdo, mascota, basta de juegos...

Si bien deseaba con locura correrse en esa boquita, también se moría por volver a meterse en ese apretadito coño, quería escucharla gritar de nuevo y ya sabía la posición en la que la quería ahora.

Tiró de su cabeza con cuidado de que sus dientes no maltrataran su hinchada carne, brillante por su saliva, hinchada y palpitante. Miró sus labios, rosas e hinchados, pura lujuria y tiró hacia arriba, obligándola a levantarse.

—Sube a la cama, ponte sobre manos y rodillas. —La empujó a ello—. Quédate al borde de la cama, de espaldas a mí.

Se lamió los labios una vez más, echó un vistazo a su henchido pene y obedeció sus órdenes. La peluda cola se meneó entre su trasero con cada movimiento, diablos, solo le faltaban las manoplas en las manos y los

calcetines en los pies y una bonita pechera de pelo que enmarcase y dejase libres sus pechos, como dos torpedos asomando a través de las troneras y sería perfecta. Su loba color canela y pelo gris.

—¿Así está bien, Amo Dainiel?

Meneó el culo, haciendo que el cascabel de su collar sonase mientras lo miraba por encima del hombro.

—Loba traviesa.

La azotó en una nalga, luego en la otra y le propinó un tercer azote en medio de las dos que la hizo gemir.

—Pórtate bien, polvorilla, o no dejaré que te corras.

—Seré buena, lo juro, buenísima, *mi señor*.

—Mi señor, sí, eso me gusta —le susurró al oído, colocándose en su entrada—. Te has ganado un premio.

Ancló ambas manos a sus caderas y la penetró con fuerza, provocando que saltase en la cama y jadease abiertamente.

—Te voy a follar fuerte y rápido —le advirtió antes de hacer exactamente eso—. Inclínate un poco más hacia abajo, nena, apóyate sobre los antebrazos.

La empujó para que su culo estuviese más elevado y tiró de ella hacia él, hundiéndose aún más.

—¡Amo Dain!

—Sí, cielo, lo sé. —Le acarició la espalda—. Te siento apretada a mi alrededor, jodidamente apretada. Es el paraíso, Faith, tú eres el paraíso.

La montó con decisión, con fuertes estocadas, disfrutando de su sumisión, de la forma tan dulce con la que se entregaba, buscando darle lo que le había pedido y obteniendo en el proceso el salvaje placer que él le había prometido; la simbiosis perfecta.

El placer se impuso a todo lo demás, sus gemidos se convirtieron en

gritos y agradeció no tener vecinos cerca que sintiesen la necesidad de llamar a la policía, la cabalgó con duros golpes, empujándola contra el colchón, escuchando el sonido de la carne chocando contra la carne hasta que las paredes vaginales se comprimieron a su alrededor en un explosivo orgasmo que no tardó en desencadenar el suyo propio.

—Sí —jadeó recorriendo los últimos metros de esa sensual carrera, cediendo por fin a la meta y derramándose por completo en su estrecho canal—. Perfecta, jodidamente perfecta.

Se retiró de ella, se quitó el condón, lo anudó y lo lanzó sobre el borde de la cama a la papelería más cercana rogando que cayese dentro; hasta en eso tuvo suerte. Solo entonces se dejó caer sobre el colchón, detrás de ella, le masajeó el trasero y sujetó la cola, moviendo el tapón en su interior y provocando un lloriqueo en respuesta.

—No más señor, dame... dame unos segundos... no... no puedo más...

Se rió contra su oído y deslizó la mano sobre su cadera, acariciándola, notando el sudor impregnando su piel.

—La próxima vez, quiero mi polla dónde ahora se aloja esta divertida cola tuya, lobita.

Faith se las ingenió para girar la cabeza en su dirección.

—Parafraseando algo que dijiste, Amo Dain, por encima de mi cadáver.

Se echó a reír, no pudo evitarlo. ¿La pequeña lobita todavía tenía fuerzas para protestar?

—Si todavía protestas, es que no te he follado suficiente —replicó, tiró de ella, poniéndola boca arriba, le separó las piernas, le dobló las rodillas y la abrió—. Así que vamos a por una segunda ronda.

Bajó la boca entre sus piernas y ella chilló.

—Ay Dios, no señor, ha sido suf... ¡Dainiel!

—Amo, lobita, la palabra que debes utilizar es Amo.

Y la utilizó, esas y muchas más a lo largo de la noche para satisfacción de Dain.

CAPÍTULO 31

Dain escuchó la llave en la cerradura de la puerta principal desde la cocina, se había levantado con el sonido del teléfono móvil, encontrándose con un cuerpo canela pegado al suyo como toda manta y las sábanas tiradas a un lado de la cama junto con una cola, unas orejas e incluso el collar con el cascabel. Le costó unos segundos emerger completamente de la modorra para comprender que su cálida manta era Faith y que dormía como un saciado angelito.

Lucien lo había llamado, exigiéndole que tuviese el café preparado para dentro de quince minutos y, tal y como podía comprobar en el reloj de la cocina, su hermano había llegado en diez.

—Pasa a la cocina y procura no hacer ruido.

Su gemelo asomó la cabeza a través del umbral, vestía los típicos pantalones cargo, una camiseta negra y una cazadora de cuero en verde militar, viendo ahora el conjunto completo, tenía que darle la razón, con ese nuevo tono de pelo destacaba menos que con el amarillo pollito que había llevado hasta el momento. Una sombra de barba le cubría las mejillas y el bigote, ni siquiera se había molestado en afeitarse.

—Vaya, ¿ella tiene tan buen aspecto como tú?

—Faith está durmiendo.

El recién llegado echó un vistazo hacia el pasillo.

—¿En tu habitación o en la mía?

—En la mía.

—Qué pena.

Optó por ignorar su comentario y se terminó el café, se levantó y se dispuso a servirse otro y ponerle uno a su intempestiva visita.

—Dime que has encontrado a ese hijo de puta.

—Lo siento, hermanito, pero todavía no —replicó su gemelo entrando en la habitación, cerró la puerta con cuidado detrás de él y se dejó caer en la silla pareja a la suya—. Pero sí he dado con Blake Calis.

—¿El hombre que invitó a Ruth?

Él asintió.

—Quizá lo recuerdes, jugaste con él las dos primeras veces que te arrastré al *Blackish*, antes de que te convirtieses en socio.

Frunció el ceño haciendo memoria.

—Compartisteis a una sumisa, una pequeñaja pelirroja y curvilínea.

—Mierda.

—¿Ya te acuerdas?

Asintió, sí, sabía quién era el hombre.

—Sí, él estaba con una pequeña y curvilínea pelirroja del seminario de iniciación, la chica estaba demasiado ansiosa por agradar y le dio una acertada lección.

Había asistido a la escena al igual que otros de los amos presentes, entre ellos alguno de los actuales socios, estaba seguro de ello, recordaba haber compartido una copa en la barra después de eso e intercambiar impresiones. Le había caído bien y, en las dos veces siguientes, había hecho tándem con él compartiendo a alguna sumisa. Nada importante, solo para pasar la noche y desconectar mientras se adaptaba a aquella nueva ciudad y al

trabajo que él mismo había aceptado.

—Después de eso creo que coincidí con él un par de veces en el club.

—Se trasladó a Florida por motivos laborales —le informó Lucien aceptando la taza de café que dejó ante él—. Es ingeniero y trabaja para una empresa estatal. Pero eso no es lo más interesante, sino el hecho de que fue el amo de Ruth Vera durante casi seis meses, no fue un encuentro casual.

—¿Cómo? —Aquello era algo del todo inesperado.

—La compañera de piso de tu amiga era una sumisa acollarada — declaró disfrutando del aroma del café—. De hecho, asistió con ella una vez al *Blackish*, durante una de las fiestas privadas de *swinger* que se organizaron el año pasado. Dice que allí fue donde conoció al tipo de la foto, Dennis Spencer, o el Amo Black como se hacía llamar. Parece que congeniaron bien, que a su sumisa le gustó la experiencia y quería darle la oportunidad de repetir, así que dado que él era socio en aquellos momentos del club, le envió una invitación. Blake dice que fueron al menos dos encuentros públicos, después de eso dejó de asistir.

—Entonces, Ruth Vera estaba con Blake, era su sumisa.

—Lo fue hasta que ella le confesó que se había enamorado de otro hombre y le quitó el collar, eso fue aproximadamente un par de meses antes de que desapareciera.

—Pero Faith dijo que ella llevaba meses saliendo con...

—Con Dennis Spencer, solo que el tipo decidió utilizar tu identidad, Dios sabe por qué —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Una sumisa desleal, que decidió ponerle los cuernos a su amo con otro Dom sin que este lo supiese. La última vez que estuvieron en el club fue la noche en que te dije que la había visto, cuando tuviste ese problemilla en la mazmorra. Esa noche pasó algo con una sumisa y Blake y yo sacamos a uno de ellos a la calle, lo que yo no sabía era que el altercado había sido entre ese tipo al que

largamos y otro; Dennis.

Sacudió la cabeza, se apoyó en la encimera y se llevó su segunda taza de café a la boca.

—Pero eso no explica por qué demonios utilizó mi nombre, por qué sigue utilizándolo —señaló hacia la puerta cerrada—. Faith dice que se presentó como si fuese yo, con mi nombre y apellidos, preguntando por la mujer como si no tuviese la menor idea de que había muerto.

—Posiblemente no lo supiera —aceptó chasqueando la lengua—. He comprobado que cogió un avión el martes, tres días antes de que la chica desapareciese y, volvió ayer.

—Eso sería una semana antes de que Ruth apareciese muerta.

—Bingo —asintió satisfecho con su deducción—. Y, según los registros del hotel, la señorita Vera llegó al mismo día después de su partida, el mismo en el que el forense da como probable fecha de su muerte.

—Así que el imbécil que entró en casa de Faith...

—Es un imbécil de tomo y lomo pero no es un asesino, al menos no el de esa chica. —Sus palabras no daban lugar a otra interpretación. Entonces lo vio fruncir el ceño, estaba mirando sus manos—. ¿Qué has hecho con el anillo? ¿Ha vuelto a caer por el desagüe?

Dain bajó la mirada a su mano, alrededor del meñique desnudo permanecía todavía la marca del aro que había llevado durante tantos años.

—Anoche se lo di a Faith.

La cara de Lucien fue tal que le hubiese gustado tener el teléfono a mano para inmortalizarla.

—Perdona, hermanito, pero es que no he escuchado bien, ¿le has entregado tu cadena de dominante a esa pequeña y apetitosa sumisa de piel de chocolate?

—Solo es un anillo, Luc.

—Y yo soy un hipopótamo hippie —resopló con una carcajada—. No te has separado de ese aro desde que Markus te introdujo en el mundo de la dominación, siempre has dicho que si te lo quitabas algún día era para dárselo a tu sumisa durante la ceremonia...

—Las cosas cambian.

—Las cosas sí, tú no, Dainiel, tú eres un jodido dominante de los pies a la cabeza. —Señaló lo obvio, lo que ambos sabían—. Para ti la cosa va más allá de un fin de semana de juegos, no estás en el rol de amo y esclava porque crees que una mujer puede vestirse solita, pero joder, poco te falta...

Se levantó y fue directo hacia él.

—¿Tienes en cuenta que ella, posiblemente, ni siquiera sabe todavía dónde se está metiendo?

—Soy perfectamente consciente de cada una de las cosas que tienen que ver con Faith, Lucien, eres tú el que está elucubrando, poniendo palabras en mi boca que yo no he dicho.

—Pero le has dado tu anillo. —Le recordó—. ¿Ella tiene idea de lo que significa?

No, de hecho había intentado devolvérselo anoche, pensó con profunda ironía.

—Estás montando un pollo descomunal.

—Coño, como para no montarlo si me estás diciendo que la sumisa que has elegido está durmiendo en tu cama —resopló—, especialmente cuando es tan sexy y me pone tanto.

Enarcó una ceja ante la inesperada confesión de su hermano. Lo cierto es que habían jugado juntos un par de veces y había sido una experiencia brutal, desde luego, nadie se conocía y complementaba mejor que ellos dos, pero por regla general sus gustos en mujeres diferían bastante.

—¿Te pone Faith?

Se encogió de hombros casi incómodo por la repentina confesión.

—Sí, es una chica atractiva, muy mona y tal.

—¿Te la follarías?

—Sabes, tío, por primera vez en toda mi vida empiezo a sentirme violento hablando contigo de tirarme a alguien, porque ese alguien es alguien a quien ya has reclamado lo sepas o no.

Dejó la taza a un lado y se cruzó de brazos, mirando a Lucien a los ojos. No tenía escapatoria.

—¡Joder! ¡Bien, sí! ¡Me la follaría! Joder, mira que eres hijo de puta.

—Tanto o más que tú.

—Esto es de locos —declaró su gemelo pasándose la mano por el pelo—. Vine a avisarte de lo de ese tipo y acabamos hablando de tu nueva sumisa.

—Entre tú y yo este tipo de conversaciones son normales.

No se atrevió a replicarle, sabía que tenía razón.

—Todavía tengo que procesar que le has dado tu anillo.

—Solo es un anillo, Lucien, si la hubieses visto ayer, en esta misma cocina y con esa carita, tú mismo te habrías deshecho de los pantalones si te los hubiese pedido.

—Si me pide los pantalones, le daría lo que hay dentro, Dain, es más útil y sería más satisfactorio para ambos.

Levantó la cabeza y se frotó el mentón.

—¿Por qué no me dijiste que la deseabas?

—Porque a mí puede que me ponga la muñequita, pero a ti te ha sorbido el seso, tío —chasqueó—. Te pasaste todo el mes gruñendo por ella, te peleaste con Kitty y, cuando reaparece en el club, prácticamente le pusiste el sello de «*propiedad privada*». Y Damien está convencido de que ibas a reclamar a la niña antes de que acabase el mes. Mierda, no puedo apostar

con él, siempre pierdo.

—Eres gilipollas.

—Tú lo sabes, yo lo sé, pero no se lo digamos al resto del mundo, tengo que proteger mi reputación. —Sacudió la cabeza y miró hacia la puerta—. Dile a la galletita de chocolate que ese tío no es quién mató a su amiga. Blake iba a coger un vuelo hoy mismo para venir a hablar con la policía, se quedó traspuesto cuando supo que Ruth Vera había muerto. Voy a ver si doy con el infame Amo Black y descubro qué coño está pasando aquí.

Sí, sin duda lo principal ahora era encontrar a ese tipo y descubrir porqué estaba utilizando su identidad.

—Todo esto no tiene ni pies ni cabeza, es como si faltase una maldita pieza en este rompecabezas, tío —aseguró—. Una profesora de instituto, alguien que lleva un programa de prevención escolar contra las drogas aparece muerta y todo apunta a una sobredosis. Sencillamente no tiene sentido.

—Pero ese es el resultado que ha dado la autopsia, ¿no?

—Y eso es lo que más me escama de todo.

Negó de nuevo. Conocía a Lucien lo bastante para saber que su cerebro estaba dando vueltas y más vueltas.

—No, aquí tiene que haber algo más y puede que esté precisamente en ese programa antidrogas —caviló en voz alta, compartiendo sus suposiciones.

—Faith me confesó anoche que uno de sus alumnos había hablado con ella al final de la clase, que le había dado a entender que la señorita Vera podía haber estado haciendo preguntas dónde no debía —le informó—. Llevando su programa escolar un poco más lejos de lo conveniente, especialmente dada la zona en la que podría haberse estado moviendo.

—Si ha metido las narices en terrenos cenagosos, es posible que haya llamado la atención de quién no debía, especialmente si con ello disminuyen

las ventas o el consumo —aceptó dándole vueltas al asunto—. Y con la paliza que les ha dado la policía al dismantelar el laboratorio...

—Eso me recuerda, ¿has encontrado ya al hijo de puta que me apuñaló por la espalda?

Su hermano gruñó.

—No, ese cabrón se está escondiendo muy, pero que muy bien, pero créeme, antes o después daré con él y cuando lo haga... deseará no haber nacido.

—Lucien...

—No te preocupes, todavía respirará cuando lo deje en comisaría.

Resopló, no envidiaba el trabajo de su hermano, de hecho le preocupaba que esa sed de venganza que parecía tener siempre presente, acabase por costarle demasiado caro algún día.

—Volviendo al tema de la galletita de chocolate, ¿la traerás al club el sábado?

Sonrió de soslayo, miró hacia la puerta y se lamió los labios.

—Es suya la decisión, pero estoy dispuesto a persuadirla si hace falta.

CAPÍTULO 32

—Voy a llegar tarde, voy a llegar tarde, demonios, ¿cómo es posible que pueda llegar tarde cuando no tengo las dos primeras horas de clase?

Faith resopló, se peinó con los dedos, se arregló la ropa lo mejor que pudo y maldijo una vez más al culpable de todo, al hombre que la había dejado dormir esa mañana después de agotarla durante la noche.

Se alisó la falda e hizo una mueca, llevaba la misma ropa que ayer y no tenía tiempo de ir a casa para recoger algunas cosas, entre ellas una muda, y cambiarse. Por otro lado, la idea de volver allí después de lo ocurrido el día anterior, le quitaba las ganas incluso de levantarse de la cama.

Contempló el anillo que llevaba en el dedo y se preguntó por qué había aceptado, por qué lo estaba utilizando. Pero ir más allá sería tener que cuestionarse también lo que había ocurrido entre ellos, su propia decisión de ofrecerse a Dain y, por encima de todo, aceptar sus términos y condiciones en un juego que empezaba a despertar su interés.

—¿Faith? ¿Ya te has levantado?

Resopló, abrió la puerta del cuarto de baño y se encontró con su amante vestido con vaqueros, camiseta negra y americana, parecía fresco como una lechuga y más atractivo incluso que el día anterior.

—Creo que salta a la vista que no solo me he levantado, sino que me he

aseado y me he vestido —rezongó llevándose las manos a las caderas—. ¿Por qué no me despertaste?

—Llamé a la puerta como tres veces mientras Lucien hacía el desayuno, entré, te zarandeeé y tu respuesta fue, cito textualmente: *Cinco minutos más, Amo Dain*.

Se sonrojó, abrió la boca para protestar, para decir que era una mentira colosal —como si no le hiciese eso a Ruth más veces de las que podía recordar—, hasta que reparó en algo.

—¿Has dicho que Lucien hacía el desayuno?

—Buenos días, galletita.

La voz de barítono llegó desde la cocina y sus mejillas se encendieron incluso más.

—Oh, mierda, mierda, mierda.

—Esa boca, profesora.

—¿Qué hace él aquí? —Bajó la voz, como si de ese modo pudiese hacerse más pequeña y evitar que él descubriese su presencia. Absurdo, cuando acababa de saludarla.

—Me llamó esta mañana para ponerme al corriente de algunas cosas. —La recorrió con la mirada, deteniéndose en su mano y sacudió la cabeza—. Ven, será mejor que antes de ir a ningún lado oigas lo que ha descubierto.

Sus palabras le provocaron un escalofrío y se negó a moverse.

—¿Qué es? ¿Qué ha pasado?

—Ya sabemos quién es el hombre de la fotografía, el que entró ayer a tu casa —le informó—. Y todo apunta a que él no fue quién mató a tu amiga.

La inesperada revelación hizo que se tambalease y él tuviese que sujetarla.

—¿Cómo?

—Salió de viaje dos días antes de que Ruth Vera apareciese muerta.

Sacudió la cabeza, en cierto modo, eso encajaba con la actitud sorprendida y casi anonadada que había presentado anoche su agresor.

—Pero, si él no ha sido, ¿quién fue? —preguntó—. ¿Y quién es ese hombre? ¿Por qué se hace llamar como tú? ¿Por qué se hace pasar por ti?

—Eso es algo que todavía tenemos que averiguar, mascota. —Escuchó ahora desde la cocina, Lucien acababa de asomarse a la puerta—. Y quizá pudiese ser de ayuda que me contases exactamente todo lo que sepas sobre tu amiga y su supuesto novio.

—Deberías llamar al colegio y explicarles lo ocurrido ayer, entenderán que no estés en condiciones...

—Llamaré a que alguien me sustituya la tercera hora, pero después de eso, iré a dar mis clases —repuso decidida—. No voy a esconderme, Dain, ese hombre no va a hacer que me esconda.

Le acarició la mejilla con los dedos y resopló.

—Está bien, te llevaré antes de ir a la oficina y te recogeré cuando salgas para que puedas coger lo que necesites.

Asintió, entonces miró al hombre que permanecía en el umbral de la cocina.

—No hay mucho que pueda decir al respecto, la verdad es que la chica con la que compartí piso durante cinco años, dista mucho de ser la misma persona que he descubierto este último mes.

—Quieres saber qué le pasó, ¿no?

—Más que nada en este mundo.

—En ese caso, empieza a hablar, nena, cuéntame todo lo que se te pase por la cabeza, lo que sea y ya veremos si puedo utilizar algo de ello.

Dain la empujó hacia la cocina y se preparó para lo que sin duda iba a ser un rato bastante difícil.

CAPÍTULO 33

—Profe, ¿está saliendo con el señor Ratcliffe?

Faith miró a las tres adolescentes que tenía delante con rostro ininteligible. Acababa de terminar su clase, entreteniéndose en recoger sus cosas mientras los chicos iban dejando sus redacciones del día sobre la mesa. Había preferido emplear las horas repasando los últimos temas, generando debates y finalmente, pidiéndoles una breve redacción de sus pensamientos sobre el tema en cuestión.

Había sido consciente de los intercambios de miradas, chismes y ese lenguaje secreto entre las chicas, las había silenciado un par de veces con su mirada, pero ahora esas tres venían directas a matar.

Y todo porque Dain se había negado a dejarla en la manzana anterior y se detuvo delante de la puerta del instituto.

—¿Disculpe, señorita López?

Sabía que su tono debería ser suficiente advertencia, pero al contrario que sus compañeras, que recularon, hizo caso omiso.

—Me pareció reconocer al *sensei* Ratcliffe al llegar —comentó con esa voz melosa típica de las chicas de su edad que pretenden agradar sin conseguirlo—. Da clases en el gimnasio al que asiste mi hermano y como la

vimos salir de su coche...

—No me diga —respondió con el mismo tono educado—. ¿Da clases en el gimnasio al que asiste su hermano? ¿Y Carlos también ha faltado a sus clases toda la semana pasada?

Las mejillas de la muchacha se sonrojaron.

—Carlos ha estado en el hospital, yo misma he traído el justificante para el director...

—Sí, lo sé, apendicitis —asintió con total tranquilidad—. El señor Ramón le ha estado llevando la tarea y he de decir que valoro su esfuerzo y la forma en la que se conduce para no perder ninguna clase.

La muchacha enrojeció aún más, pues ambas sabían que en la pasada semana había faltado a su clase dos veces.

—Le sugeriría que siguiese el ejemplo de su hermano y piense bien en lo que está haciendo —la animó a ello—. Es usted una de mis mejores alumnas y sé que puede conseguir esa matrícula para la beca universitaria.

Y aquello también era verdad, era una de las mejores estudiantes del ciclo, de hecho posiblemente una de las pocas que disfrutase de la literatura clásica y tenía muchas esperanzas en que pudiese obtener una beca y continuar su formación en la universidad, tal y como deseaba.

—Tendrá que apretar si quiere mantener la media, no se duerma en los laureles, señorita López y concentre sus esfuerzos en algo que realmente merezca la pena y en dejar de elucubrar sobre la vida privada de sus profesores.

Ella asintió, visiblemente cohibida por su reprimenda y el recordatorio de lo que podría perder por andar haciendo el tonto.

—Si no tienen ninguna pregunta más con relación a las clases de hoy, las veré el lunes, señoritas.

—Que tenga un buen fin de semana, señorita Valentine.

—Hasta el lunes, profe.

Asintió en respuesta y esperó hasta que las tres desfilaron con meridiana rapidez hacia la puerta, solo entonces se permitió dejar escapar un resoplido.

—Estupendo, lo que me faltaba —murmuró para sí volviendo la cabeza hacia la ventana—. Por favor, que se haya quedado solo en una curiosidad de tres alumnas.

Lo último que necesitaba era el chismorreo de sus chicos o, peor aún, de sus compañeros de trabajo, sobre con quién había venido o dejaba de venir al trabajo, especialmente hoy, que había tenido que retrasar su entrada. Por fortuna, el director estaba al tanto de todo, se había mostrado comprensivo con lo ocurrido y le había deseado que no volviese a pasar por un trance igual.

Echó un vistazo al reloj que había sobre la puerta del aula y meditó en qué hacer. Había prometido a Dain que lo llamaría nada más terminar su labor en el colegio, él estaba dispuesto a pasar por ella para acompañarla a casa y que pudiese recoger las cosas que necesitase para los próximos días. El hecho de tener que pasar de nuevo por el edificio y entrar en su casa le incomodaba tanto como el volver a su casa y pasar otra u otras noches bajo su mismo techo.

—Deberías buscar algún lugar en el que quedarte durante unos días, ya es hora de que tomes una decisión sobre esa casa, especialmente después de lo de anoche.

Si había tenido alguna duda con respecto a seguir en esa vivienda, después de lo de anoche, se habían despejado. No quería seguir allí, no quería tener que enfrentarse de nuevo a los recuerdos y a la ausencia de Ruth y, tras el asalto de ayer, no se sentía siquiera segura traspasando el umbral.

Se frotó los brazos con las manos y sacudió la cabeza.

—Tengo que buscar otro lugar, a poder ser de alquiler más reducido — suspiró. Llevaba tanto tiempo de alquiler que, la idea de comprarse algo propio se había ido diluyendo con el paso de los años.

Recogió el abrigo del respaldo de su silla y se lo puso, cogió el bolso y el maletín y comprobó que no había dejado nada sobre la mesa. Llamaría a Dain después de pasar por la panadería que había una manzana más abajo, hoy era uno de esos días en los que necesitaba un «Beso de Chocolate», unos *cupcakes* de bizcocho de chocolate borracho con *frosting* de merengue cubierto de cacao. Los había descubierto hacía relativamente poco tiempo y se había convertido en su quita penas favorito. No había nada que un bocado a ese delicioso postre no pudiese borrar y, ahora mismo, le vendría bien poder olvidarse de un montón de cosas.

Giró sobre sus pies y caminó hacia la puerta, apenas había cubierto media aula cuando alguien entró de sopetón y le dio un buen susto. Se llevó la mano al pecho, sintiendo el acelerado latido de su corazón.

—Por amor de Dios, Robert, casi me matas del susto.

El recién llegado sonrió, le dedicó una caída de ojos que, en algún momento del último año le había parecido interesante, y se pasó una mano por el alborotado pelo, desordenándolo todavía más. Al contrario que su actual casero, el profesor de Historia apenas le quitaba una cabeza y eso porque ella llevaba unos considerables tacones, posiblemente rondase el metro setenta y no más.

Se flageló mentalmente por caer en tal comparación pero, después de haber conocido a Dain Ratcliffe, a su hermano Lucien y al puñado de Maestros del *Blackish*, ese hombre parecía un pigmeo, por no hablar de que le faltaba... algo.

—Vengo a invitarte a nuestra salida de los viernes y esta vez, no aceptaré un no por respuesta.

Pues no tenía otra que darle, pensó con un gemido. No solo no le apetecía salir a tomarse una copa, sino que no le apetecía salir con él.

—Me temo que no vas a tener suerte —respondió intentando sonar amable—, hoy no es un buen día para mí, tengo bastantes cosas pendientes de las que ocuparme. Quizá otro día.

Avanzó, con intención de pasar delante de él pero extendió el brazo con ademán de tocarla y su respuesta fue dar un par de pasos hacia atrás, encogiéndose.

—Vamos, Faith, no puedes encerrarte por el simple hecho de que no esté Ruth para hacerte de carabina.

No pudo evitar levantar la mirada y parpadear sorprendida, no solo por su propia reacción a su intento de contacto, uno que él parecía ignorar, sino por sus palabras.

—¿Perdona?

—Llevas todo el mes rechazando mis invitaciones, negrita.

El inesperado apodo le escoció, no era porque hiciese referencia al color de su piel sino por la manera machista en la que lo había pronunciado.

—Las tuyas, las de Rosa y las de las demás compañeras —replicó bajando el tono hasta adquirir el matiz que le daba al hablar a sus alumnos—. No es personal, Robert, es solo que...

—En ese caso sal hoy conmigo —insistió y se le acercó, invadiendo su espacio personal—. Podemos tomarnos algo, charlar... incluso ir a cenar si te apetece.

Lo miró a los ojos, dejó que sus labios se fuesen curvando en una encantadora sonrisa, que no hizo sino aumentar las expectativas del imbécil y le dio su respuesta.

—Te lo agradezco, pero ya te he dicho que tengo planes —respondió con total cordialidad—. De hecho, deberías hablarlo con Rosa, a ella le

encanta ir de copas y seguro que está dispuesta a salir un viernes por la noche e irse de chupitos.

—Te estoy invitando a ti, encanto.

Primero *negrita*, ahora *encanto*. Faith hizo un verdadero esfuerzo por no poner los ojos en blanco

—Y yo estoy rechazando amablemente tu invitación. —Se encogió de hombros con una sonrisa que ni sentía—. Como dije, tengo cosas de las que ocuparme.

—¿Cómo el tío con el que llegaste esta mañana?

Bueno, parece que las noticias tenían alas y llegaban a los oídos de gilipollas como este.

—¿Hay alguna norma no escrita que diga que yo o cualquier profesor de este centro no podamos acceder a nuestro puesto de trabajo en el coche de quién nos dé la gana? —Empezaba a perder la paciencia—. ¿Desde cuándo causa tanto interés con quién llega o no un profesor al colegio? ¿Te pregunto yo a ti con quién vienes? Juraría que nunca lo he hecho, ¿se lo pregunto a mis alumnos? Pues no, porque no es de mi incumbencia a menos que estos lleguen en un coche patrulla o en el camión de la morgue.

—No seas estúpida.

—Ah, ahora soy estúpida.

—Yo no he dicho eso.

—Pues entonces es que oigo fatal. —Se llevó las manos a las caderas, apoyando el maletín contra el muslo—. Porque juraría que es lo que acabas de decir.

—Tergiversas mis palabras.

Sonrió ampliamente y chasqueó la lengua.

—No, el problema es que tú no entiendes las mías —aseguró, se lamió los labios y añadió—. Yo vengo aquí a dar clases, a asegurarme de que esos

chicos que tengo en el aula aprendan algo que pueda servirles para el día de mañana. Me interesa que no traigan armas con ellos, que aprendan que hay más salidas que la violencia y que el día de mañana puedan ser personas de las que ellos mismos y sus familias se sientan orgullosos sin necesidad de amenazar, extorsionar o asediar a alguien —remarcó cada palabra con mucho cuidado—. Así que, si un viernes por la noche me apetece quedarme en casa a corregir exámenes lo hago, si me apetece salir con un amigo a tomarme unas copas, lo hago y si no quiero salir contigo, créeme, que no lo haré.

Su rostro no podía haberse congestionado más ante sus palabras.

—Que tengas un buen fin de semana.

Pasó por su lado y caminó hacia la puerta no sin antes escucharle sisear «*estúpida zorra negra*» antes de atravesar el umbral.

Sí, el pan suyo de cada día, pensó Faith, insultos con los que había estado conviviendo desde que era una niña pequeña. Parecía mentira que en pleno siglo veintiuno siguiese habiendo ese odio racial hacia las personas, pero entonces, no es como si pudiese considerárseles realmente personas al puñado de individuos que usaban el color de la piel para perpetrar atrocidades.

Dejó escapar un suspiro y dejó que el sonido de sus tacones la acompañase a lo largo del pasillo, esa tarde iba a necesitar al menos dos besos de chocolate para olvidar toda la mierda que parecía estar dispuesta a caer sobre ella.

CAPÍTULO 34

Dain tenía que admitir que Faith era la profesora más sexy que había conocido en toda su vida, si hubiese dado clases en su época, seguro que habría roto algunas normas para conocerla más a fondo, pensó divertido. Había llegado un poco antes de la hora de salida que le había mencionado, así que le sorprendió ver que abandonaba el centro y echaba a andar calle abajo sin ni siquiera hacer el ademán de coger el teléfono y llamarle tal y como le indicó que lo hiciese.

Encendió el motor del coche y conectó el manos libres al tiempo que la llamaba. Abandonó el aparcamiento en paralelo y se incorporó a la carretera con lentitud, dejando espacio suficiente para quién quisiera adelantarle. Al momento vio como hacía malabares con sus cosas para buscar el teléfono.

—¿Hola? —Su voz llegó sofocada a través de los altavoces del coche.

—Hola profesora, ¿ya has acabado tu jornada?

—Sí, de hecho acabo de salir y voy bajando la calle de camino a *High Bakery*, puedes recogerme allí, está justo una manzana después del colegio, a mano derecha.

Bueno, al menos no le estaba dando excusas, pensó divertido.

—Creí haberte dicho que te recogería dónde te dejé, Faith, fui bastante claro al respecto.

—Te estoy ahorrando parte del viaje, Dainiel, al tiempo que me concedo a mí misma un capricho —resopló, sin duda por tener que maniobrar con todo lo que llevaba encima—. Hoy me merezco un par de besos de chocolate.

Sonrió ante el tono decidido de su voz.

—¿Y no podías esperar a que yo llegase?

—No —le soltó con voz firme, haciéndolo reír—. Además, te has hecho famoso, mis alumnas te conocen.

—Y los míos te conocen a ti, profesora Valentine.

—No es lo mismo —chasqueó la lengua—. Apuesto que cuando me presenté en el gimnasio, si te hicieron después alguna pregunta sobre mí, los pusiste a correr o a hacer flexiones para no tener que dar explicaciones.

—¿Alguien te ha preguntado por mí?

—Parece que soy repentinamente popular por haberme bajado de tu coche —resopló—. Y la verdad es que es un tipo de popularidad que no me hace falta.

—*Um-hum*. —Intentó no reírse, entonces aminoró al ver al chaval en monopatín que se dirigía a toda velocidad hacia el paso de cebra—. Faith, ten cuidado con el *skater* del paso de peatones, alguien lleva más prisa que tú y va sobre ruedas.

Ella levantó la cabeza y la giró justo para ver al mocosito pasando por delante de ella a toda velocidad, si no se hubiese detenido se le hubiese echado encima.

—¡Perdón, profe!

—¡La madre que te...! —Se contuvo a medio insulto pero él no pudo evitar reírse al escucharla. Aquello llamó su atención, bajó la ventanilla y la miró.

—¿La llevo a algún sitio, profesora Valentine?

La manera en que se le quedó mirando, con esos ojazos abiertos y los labios entreabiertos fue tan cómica como dulce. Miró hacia atrás y de nuevo hacia él.

—¿De dónde...? ¿Por qué no me dijiste que ya habías llegado?

—Estaba esperando a que me llamarás, como te dije que hicieras, pero tú saliste del colegio como una exhalación dispuesta a ser atropellada por un *skater* para hacerte con tus, ¿besos de chocolate? —Señaló el asiento de copiloto—. Sube, profesora.

La manera en que se tensó le dijo que había detectado la orden en su tono de voz y, no pudo evitarlo, lo excitó.

—Me temo que los besos de chocolate tuvieron prioridad sobre cualquier llamada —declaró subiendo al coche, dejó sus cosas en el asiento de atrás y se puso el cinturón—. Hola, por cierto.

—Hola, Faith.

—Tenía intención de llamarte tan pronto le hincase el diente a esa esponjosa masa de chocolate, te lo prometo.

Y la creía, no era de las que decía las cosas por decir.

—¿Has tenido algún problema en el colegio?

Sacudió la cabeza, pero su rostro mostraba lo enfurruñada que estaba.

—Ninguno que no se solucione con una dosis de chocolate, señor —le soltó con un resoplido, estiró el brazo y señaló hacia la calle paralela—. Gira a la izquierda, sigue recto hasta el final de la calle y gira de nuevo a la derecha. Cuando veas un letrero de color rosa chicle con letras amarillas, para. Quiero mi beso de chocolate.

—Caray, profesora, y yo que pensaba que eras dulce, tímida e inocente. —Se rió ante la forma de rezongar de ella—. Y refunfuñas como una pequeña harpía.

—No soy una harpía, retira eso ahora mismo.

La inmediata réplica le sorprendió y activó al momento su lado dominante. Ninguna sumisa se le sublevaba de esa manera y menos sin motivo.

—Te estás comportando como una y solo conozco un tratamiento para esa clase de indisciplina, lobita, así que modera tu tono de voz.

Su respuesta fue inmediata, algo en ella pareció hacer clic y vio como bajaba la mirada, dejaba escapar un suspiro y adoptaba un tono neutral.

—Si puedes parar unos minutos en doble fila, iré a comprar los dulces y no tendrás que lidiar con mi mal humor, señor —musitó—. Y perdona que no te haya llamado antes, pero esto era precisamente lo que quería evitar. Lo siento.

Se detuvo tal y como le había pedido y la miró.

—La manera de evitar estas cosas, Faith, es hablando conmigo antes de ponerte de morros.

—Yo no...

—Faith.

Levantó la cabeza y lo miró.

—Ve a comprar tus dulces, después te acompañaré al piso para que puedas recoger lo que necesites e iremos a casa. —Miró el reloj del salpicadero—. Tengo que volver al gimnasio a última hora, pero tendremos tiempo suficiente para sentarnos y hablar de lo que quiera que está molestando. ¿De acuerdo?

Asintió con la cabeza.

—Sí, de acuerdo —aceptó y echó mano a la manilla del coche solo para detenerse en el último momento—. ¿Quieres que te traiga alguna cosa? No sé si te gusta el chocolate, pero hacen unos bollos de canela que están muy buenos. Te gustan las galletas del reverendo, así que...

—Eres muy observadora, dulzura.

Se encogió de hombros.

—Se me da bien fijarme en las cosas —aceptó, bajó del coche y se inclinó hacia la ventanilla—. No tardo.

—Aquí te espero.

Esa pequeña era como un caleidoscopio, pensó en retrospectiva, dependiendo de cómo la mirases tenía una faceta distinta. Había algo que le preocupaba, que la tenía tensa y no era solo de ahora, ya lo había notado durante la mañana, durante el camino hacia el colegio. Había hablado sobre el itinerario a seguir por la tarde y había notado su desazón. En un principio pensó que podía deberse a que estuviese nerviosa por su cercanía, por lo que había pasado entre ellos la noche anterior, pero ahora intuía que la cosa iba mucho más allá.

A pesar de todo, había reconocido al momento su cambio de ánimo, fue consciente del sutil cambio en su voz y se plegó a él, maniobrando de modo que la tensión terminó diluyéndose entre las palabras y las disculpas.

No puedes arreglar la vida de las personas, Dain, tampoco puedes solucionar los problemas de una sumisa si esta no te los cuenta y, aun así, no hay garantías de que puedas hacer algo. No eres Dios, por ello, lo mejor que puedes ofrecer es tus oídos. Escucha, a veces solo quieren eso, que alguien las escuche.

Un sabio consejo que le había repetido en más de una ocasión Markus, el pensar en su mentor lo llevó a plantearse llamarle esa noche, hacía tiempo que no lo llamaba, igual que a su madre, ambos terminarían preguntándose qué le pasaba si no daba pronto señales de vida. Y, conociendo a su madre y el drama que había protagonizado cuando le supo herido, no le sorprendería lo más mínimo si se plantase en su casa a la mañana siguiente.

Miró hacia la puerta del local y la vio salir con una bolsa en una mano y un pequeño *cupcake* ante la boca, al cual le daba un mordisco para luego

gemir con tal deleite que su polla respondió al momento.

—No puedo evitarlo, están calentitos —gimió entrando en el coche, se lamió los labios y se inclinó hacia él, presentándole el postre—. Venga, muerde, te prometo que está buenísimo.

No declinó su ofrecimiento, estaba tan entusiasmada que no quería ofenderla, así que le pegó un mordisco y le lamió los dedos en el proceso.

—No está nada mal.

La sonrisa que le dedicó fue suficiente para que se relajase al momento.

—Son mi perdición —asintió metiéndose el resto en la boca mientras gemía de deleite—. Y, de verdad, perdona que fuese tan gruñona antes, pero es que necesitaba una dosis de azúcar. Ha sido un día... complicado.

—¿Quieres hablarme de ello?

Se entretuvo poniéndose el cinturón, se acomodó y mantuvo la mirada al frente.

—Quizá más tarde, ahora, ¿podemos terminar con lo que tenemos pendiente? Quisiera recuperar mi coche, lo necesito y no puedo seguir posponiendo lo evidente.

—¿Y eso sería?

Se giró hacia él.

—Voy a dejar el piso —le informó—. Ya no siento que pertenezca allí, desde que no está Ruth es... es cómo vivir con un fantasma y, después de lo de anoche. No, no puedo quedarme allí. Me buscaré otro lugar, algo con un alquiler más reducido.

—Sabes que puedes quedarte en casa todo el tiempo que necesites.

—Te lo agradezco, Dain, pero necesito mi propio espacio.

Un lugar en el que poder rearmarse cuando él o cualquier otro la desarmaba, comprendió ante sus palabras, al final Lucien tenía razón, las cosas estaban yendo demasiado rápido, especialmente para ella.

—Lo entiendo —aceptó y la miró de soslayo antes de incorporarse a la marcha—. Te ayudaré a buscar algo que se adapte a tus necesidades.

—¿Lo harías? Oh, gracias.

No le pasó por alto la sorpresa que escuchó en su voz, como si no concibiese que alguien se ofreciese a ayudarle voluntariamente.

—Podrías preguntarle mañana a Siobhan, es la mujer de Logan, trabaja como paisajista y a menudo se entera de si hay alguna casa a la venta o piso en alquiler.

Los ojos marrones se deslizaron sobre él, los entrecerró y chasqueó la lengua.

—E imagino que el lugar en dónde puedo encontrarla sería... ¿el club?

—Puedo darte su dirección o llamar a Logan y que te ponga en contacto con ella.

—¿De verdad quieres que vaya?

Su pregunta lo cogió por sorpresa.

—Sí, Faith, me gustaría que lo hicieras, pero solo si tú estás dispuesta a hacerlo.

—No sé si esto —hizo un gesto generalizado—, es lo que quiero. Es decir, me caes bien, de eso no hay duda y, me gustas... pero... Anoche te dije que no me quedaba por... y luego...

—¿Para ti es un problema que nos sintamos atraídos sexualmente?

—No, es eso...

—¿Y qué es?

Se lamió los labios, estaba nerviosa.

—Que me guste estar contigo de esta manera, que... me sienta segura estando contigo cuando apenas nos conocemos.

La miró de soslayo.

—Hay pocas personas que pueden conocerse mejor de lo que tú y yo

nos conocemos, dulzura.

—No me refiero al terreno sexual, Dain, es... —Bajó la mirada a su mano y jugó con el anillo. No se lo había sacado—. Las cosas van demasiado rápido.

—En ese caso, tendremos que esforzarnos por hacer que vayan más despacio.

Ella sonrió y sacudió la cabeza.

—Ya me dirás cómo, porque yo no sé cómo bajarme de este tren.

—Empecemos con este preciso momento, con lo que tienes en mente.

Asintió pensativa.

—En ese caso, acompáñame a casa para que pueda recoger mis cosas y a partir de ahí, lo iré viendo sobre la marcha.

—Eres una sumisita muy inteligente.

Ella suspiró.

—Lo que tú digas, Amo Dain, lo que tú digas.

Se rió, al menos no le había replicado que no era sumisa.

CAPÍTULO 35

—Así que Dain está colado por esa pequeña morena, ¿eh?

Lucien miró a Logan, el policía había decidido acompañarlo al aeropuerto para recoger a Blake. El hombre se había mostrado dispuesto a ayudarles en todo lo que hiciese falta para desentrañar la muerte de Ruth Vera. Algo en su voz y en sus comentarios le advirtió que no había recibido demasiado bien la noticia de su muerte.

La mención de su hermano y la pequeña sumisa le arrancó una sonrisa, no podía olvidar la forma en que esos dos se miraban, especialmente la forma en la que Dain la deseaba.

—¿Colado? Eso es quedarse corto —chasqueó—. Creo que ha encontrado a la sumisa adecuada para él, una que alimenta su vena protectora, que le llena, y después de conocer un poco a la chica, creo que es también lo que necesita. Se complementan muy bien.

—Es difícil encontrar a alguien que cubra tan bien tus necesidades, que encaje como un engranaje perfecto, cuando por fin lo encuentras, el truco está en hacerle ver que no habrá nadie que encaje mejor que tú.

—Juraría que eso es lo que está intentando comprobar él, que encajan lo bastante bien como para no dejarla escapar.

—¿Y encajan?

—Como dos piezas bien engranadas —aceptó—. Es cuestión de tiempo que él se decida a reclamarla.

—Me alegro por él, ya era hora de que encontrase a alguien y esa muñequita parece que también necesita de alguien. Sí, él era de la misma opinión.

—Por cierto, Horus me ha comentado que las sumisas han hecho una de las suyas —añadió—. Les tiene preparada una buena para la noche del sábado en el *Blackish*.

—Esas chicas se han portado como verdaderas traviesas, no se sabe quién es la artífice, pero llenaron las cruces de pegatinas de unicornios, disfrazaron las botellas de cerveza negra y colgaron un unicornio de peluche del logo del club.

La carcajada de Logan tiró de su propia sonrisa.

—Déjame adivinar, Luna está metida en el ajo.

—Luna, Kitty y Jessica, al menos que se sepa, porque las tres dicen ser inocentes de todo el desastre.

—Si Sio no hubiese pasado la semana fuera con Camden, hubiese apostado por ella también —se rió—. Ahora entiendo el castigo que les tienen preparado.

Sí, él también estaba al tanto, de hecho, cada socio del club sabía que iba a haber una primera sesión de lo más divertida.

—¿Qué tal le ha ido al chef?

—Ha conseguido el premio *Basque Culinary World Prize* para el *Temptations*, está que no cabe en sí mismo.

—Me alegro.

—Sí, desde que está Sio ha cambiado, está mucho más tranquilo, satisfecho. —Sonrió para sí con cierto aire de nostalgia—. Si Ágata lo viese ahora, sé que estaría feliz por él.

Ágata Crossroad había sido una filántropa, una mujer que, con solo existir, había devuelto la vida a cinco buenos hombres. Estos le habían devuelto su favor creando una compañía en su nombre, una que colaboraba activamente con plataformas y proyectos que contribuían a ayudar a los que más lo necesitaban en los distintos ámbitos.

—Es bueno saberlo.

Echó un vistazo al reloj, después al pasillo de llegadas y palmeó el hombro del policía.

—Ya está aquí.

Blake Calis caminaba hacia ellos con una mochila al hombro como único equipaje, se reunió con ellos y lo saludó.

—Lucien Ratcliffe. —Lo reconoció.

—Bienvenido. —Le estrechó la mano y presentó al hombre que le acompañaba—. Él es el detective Logan Cooper, de la policía de NY. Está trabajando con Damien en el caso y también es socio del *Blackish*.

—Detective.

—Llámame Logan. —Estrecharon las manos—. Gracias por venir.

Negó con la cabeza.

—Cuando me informaron de lo que le ocurrió a Ruth... —Su voz se desestabilizó un poco pero volvió a recuperar el ritmo—. No podía hacer otra cosa. ¿Cómo está Faith?

Ambos se miraron.

—¿Conoce a la señorita Valentine?

—Yo a ella sí, pero ella no sabe quién soy. —Se encogió de hombros—. Ruth me la presentó una vez, en el evento contra la drogadicción que llevó a cabo. Y sobre todo me habló mucho de ella, de su mejor amiga y compañera de piso.

—Dennis Spencer entró en su casa anoche y la intimidó.

—¿Cómo?

—Todo quedó solo en un susto, pero se coló en su casa buscando a la señorita Vera.

Su rostro se endureció.

—Incluso después de que se haya ido sigue interponiéndose.

—Necesitamos dar con él —añadió Logan—. Sabemos que no ha podido ser el que ha... perpetrado tal crimen contra la señorita Vera dado que estaba fuera de la ciudad y no volvió hasta hace un par de días.

Negó con la cabeza.

—No, no creo que fuese él —declaró—. Ruth llevaba metida en problemas desde mucho antes.

—¿Qué quieres decir?

—Que su programa contra la drogadicción nació de una vendetta personal, pero nunca pensé que llegase tan lejos como para terminar muerta.

—¿Vendeta contra quién?

—Contra su ex novio, Miguel Ferrero.

—No me jodas.

—¿Sabes quién es?

—Y tú también —aseguró Logan—. Es el correo de Carson Piper, el tipo que Damien metió entre rejas la noche de la redada. Es también quién se encargaba de la distribución de la droga en los suburbios. No pudimos dar con él esa noche, suponemos que alguien lo alertó o que, si estaba en el club, se largó cagando leches. Llevamos buscándolo desde entonces sin éxito.

—¿Y dices que Ruth estaba con él?

—Habían salido durante la universidad y fue el culpable de que su hermano pequeño cayese en las drogas y muriese de una sobredosis —añadió Blake—. O eso es lo que me contó ella en una ocasión. Era el motivo por el que quería sacar adelante el proyecto contra la drogadicción y llevarlo al

ayuntamiento. No quería que sus alumnos cayesen en el mismo agujero en el que había caído su hermano.

—¿Ella se reunía con él?

—No lo sé, quiero pensar que en el tiempo que estuvo conmigo fue sincera, pero la manera en que siempre hablaba de ese hombre... —Negó con la cabeza—. Entonces apareció Dennis y las cosas entre nosotros empezaron a enfriarse. Un par de meses después la liberé, me dijo que no podía seguir conmigo, que se había enamorado de alguien más y decidimos separarnos. Sabía que algo había cambiado desde que jugamos con ese tío, luego me lo confirmó. Se había estado viendo con él y eso fue todo. Yo me marché por trabajo y también para poner tierra de por medio después de una mala relación.

—Así que, los únicos que pueden aportar alguna pista sobre el misterio que rodea a la muerte de esa mujer son Dennis Spencer o Miguel Ferrero.

—Dado que Spencer no estaba en la ciudad y que ahora sabemos que Ferrero está de por medio, yo lo señalaría a él como el presunto culpable —añadió Logan con una mueca—. Te importaría venir ahora a comisaría y poner todo esto en una declaración.

—No, claro que no, para eso he venido —aceptó, entonces señaló hacia la salida con un gesto de la barbilla—. Lo que me gustaría es, si es posible, visitar la tumba de Ruth para presentarle mis respetos.

Lucien asintió.

—Por supuesto, yo mismo te llevaré.

Con eso los tres emprendieron la marcha, esa noche parecía haber empezado a despejarse la niebla que cubría todo aquel misterio.

CAPÍTULO 36

Faith no era de curiosear, pero tampoco era de las que se quedaba de brazos cruzados. Después de recoger algunas de sus cosas en el piso y comprobar que ya no había nada que le inspirase a quedarse, había conducido su propio coche hasta la calle de Dain y había subido sus cosas. Él la había escoltado, acompañándola a la vivienda, dejándola con sus cosas para cambiarse y volver a salir.

—¿Estarás bien si te dejo sola?

—Sí, no te preocupes —asintió—. Aprovecharé para colocar mis cosas, corregir redacciones, echaré un vistazo a los alquileres por la red y haré la cena.

—Faith, no tienes porqué...

—Pero quiero hacerlo, no me cuesta tanto y no me siento una ocupa.

—No discutiré, haz lo que creas que necesitas hacer para sentirte a gusto —le concedió y miró el reloj—. Volveré sobre las diez, si nadie decide lesionarse antes, si necesitas algo quiero que me llames. ¿Soy claro, mascota?

Evitó poner los ojos en blanco y señaló otro punto.

—No tienes que estar pendiente de mí, puedes hacer tu vida de siempre, ir al club...

—Hoy hay una fiesta de *swinger*, dulzura, a menos que quieras venir

conmigo para un intercambio de pareja...

—Ni de coña.

—En ese caso nos veremos en unas horas.

Le dedicó un guiño, recogió su bolsa de deportes y salió por la puerta.

Y eso había pasado hacía algo más de hora y media, había terminado con la tarea del colegio, preparado algunas cosas para el lunes y dejado listos los ingredientes para ponerse con la cena en un rato más. Su intención había sido levantarse y desperezarse, caminar un poco por la vivienda y su vagabundeo la llevó al salón y a las fotos que había expuestas en uno de los muebles de la pared.

Algunas instantáneas retrataban a Dain con su hermano en algún conocido lugar o haciendo caras, en otras aparecían los dos con una mujer en actitud más modesta, también había otra foto en la que aparecía él a solas con esa mujer, rodeándole la cintura. Su parecido era tan grande que no le sorprendería que fuese su madre. Y terminaba el recorrido con una polaroid en la que aparecía con un hombre de su misma altura, un poco más ancho de hombros y que debía rondar los cincuenta y tantos. Viéndolos uno al lado del otro parecían padre e hijo, pero no había rasgos que los proclamaran como parientes, solo ese aire de complicidad y estoy al mando que siempre lo rodeaba.

Acarició la foto con los dedos y le dio la espalda, miró el reloj y calculó lo que le llevaría preparar la cena. Había decidido hacer un poco de pasta fresca con champiñones y bechamel, era algo sencillo y liviano para la cena, solo esperaba que le gustasen.

—Nadie tendría un producto que no consume en la nevera, Faith, menos viviendo solo. —Se repitió por enésima vez.

Si había algo que disfrutaba haciendo era cocinar, le gustaba innovar, probar recetas nuevas pero hasta entonces solo había podido utilizar de

conejiillo de Indias a Ruth. Ella estaba dispuesta a intoxicarse, solía bromear, habían compartido momentos muy divertidos en la cocina, algunos de ellos también inmortalizados con la cámara del móvil.

El recorrido por el salón y las fotos la había hecho recordarla, recordar los portarretratos que todavía decoraban la vitrina, solo había cogido la foto que tenía pegada en la nevera, una que habían hecho un par de semanas antes de que ella desapareciese, la alegría que reflejaba el rostro de su amiga en esa foto, así era como quería recordarla.

Hizo los tristes recuerdos a un lado y se concentró en la tarea que tenía por delante, se sumergió en su propio mundo hasta tal punto que no fue consciente de que alguien llamaba al timbre y, abrió con su propia llave, llamaba al propietario de la casa y entraba hasta la cocina.

—Vaya, tú no eres Dain.

La inesperada voz masculina con un profundo deje tejano hizo que se girara al momento hacia la puerta, allí, enmarcado en el umbral había un hombre que le doblaba en tamaño, vestía con vaqueros, camisa a cuadros y una chaqueta verde militar. El pelo negro estaba salpicado de canas, había una sombra de barba sobre su mentón y bigote y unos intensos ojos verdes parecían la miraban con abierta curiosidad en un rostro de planos duros. Tardó unos instantes en reconocerlo como el hombre que había visto en una de las fotos del salón, pero aquello no consiguió disminuir el acelerado latido de su corazón. Su sorpresiva presencia la trasladó rápidamente al día anterior, al hecho de estar sola en esa casa ante alguien a quien no conocía de nada.

La mesa de la cocina era la única barrera que había entre ambos, apretó el mango del cuchillo con el que había estado cortando los champiñones y se mantuvo inmóvil.

—Eh, tranquila, pequeña. —Su voz bajó una octava, dejó lentamente la bolsa de viaje que traía consigo en el suelo y levantó una bolsa con el logo de

un conocido restaurante chino a modo de parapeto—. Entiendo que acabo de darte un buen susto, te prometo que no era mi intención.

Se movía despacio pero con seguridad, dejó la bolsa sobre la encimera y se volvió hacia ella.

—Soy Markus Preston. —Se presentó desde una prudencial distancia—. Quería darle una sorpresa al cabronazo de mi ahijado, pero está claro que la sorpresa me la he llevado yo.

—¿Ahijado? —La palabra surgió voluntariamente de sus labios.

—Sí, Dain es mi ahijado —aceptó bajando la mirada sobre sus manos, como si quisiera asegurarse de que el cuchillo que todavía sujetaba seguía en su lugar—. Y tú debes ser alguien bastante importante, por lo que veo.

Ladeó la cabeza ante lo que fue más bien un susurro.

—Dainiel está dando clases en el gimnasio Chaser.

Él asintió, como si reconociese el lugar y se apoyó en la encimera con tranquilidad.

—Así que sus heridas han empezado a sanar.

Ante la mención de algo que posiblemente solo sabría alguien de confianza empezó a relajarse. Ella misma había comprobado que las heridas habían empezado a cicatrizar lo suficiente para que pudiese cometer la clase de excesos de anoche. La de su espalda estaba todavía algo rosa, pero iba bien.

—Sí, están mucho mejor.

—Bueno, eso quiere decir que podré pegarle una paliza cuando lo tenga delante por haber omitido algo de ese calibre.

No pudo evitar parpadear ante sus palabras.

—De hecho, voy a llamarle ahora mismo —aseguró llevándose la mano a la chaqueta con total tranquilidad, sacó el teléfono móvil y marcó—. Entiendo que no te fías de mí...

Se sonrojó, no pudo evitarlo.

—No... no le conozco, señor.

Él sonrió y asintió, entonces levantó un dedo. Intercambió unas cuantas palabras con alguien que presumiblemente había cogido la llamada y esperó. A continuación siguieron una serie de murmullos del otro lado de la línea y las respuestas inconexas del hombre.

—...pues la llamada llega tarde, muchacho. Un mes tarde, sin mencionar que he tenido que enterarme por otros de que te habían apuñalado —replicó con voz dura, casi podía notar el mismo tono con el que le hablaba Dain cuando quería toda su atención—. Pues no, de hecho estoy en tu casa, hablando con una encantadora muchacha que lleva tu anillo y que aferra con fuerza un cuchillo de cocina. ¿Faith?

Se enderezó al escuchar su nombre.

—¿Te llamas Faith?

Ella asintió en respuesta.

—Pues tu Faith... Ah, entiendo... Hijo de puta... De acuerdo, espera... —Bajó el teléfono y activó el manos libres, pues al momento escuchó la airada voz de Dain.

—...ella no te conoce, si levanta el cuchillo para defenderse, no se lo tomaré a mal.

—¿Dainiel?

—Faith, dulzura, ¿estás bien?

—Todo lo bien que puede estar una persona cuando entran en casa sin que se dé cuenta —murmuró en respuesta—. Lo siento.

Lo escuchó sisear.

—Tú no eres la culpable de su presencia —gruñó el hombre a través del teléfono—. Markus es mi padrino y suele dejarse caer sin anunciar. Puedes pegarle una patada en el culo y decirle que espere en la entrada si te

sientes incómoda con su presencia, tienes mi permiso.

—Pero qué falta de hospitalidad. —Se quejó el aludido al tiempo que le dedicaba a ella un guiño—. ¿Esos son los modales que te enseñé?

—Tú me enseñaste cosas que es mejor que no sean pronunciadas en voz alta y delante de Faith.

—Si eres inteligente terminarás enseñándoselas a ella —canturreó.

—Vete a la...

—Dain, hay una dama delante.

Gruñó en respuesta.

—Nena, ¿te importaría no hacerle pedazos con el cuchillo de cocina mientras termino aquí y vuelvo?

Bajó la mirada al utensilio que todavía sujetaba y se sonrojó, lo posó sobre la mesa y murmuró un perdón al recién llegado, él se limitó a restarle importancia.

—Gracias, todo arreglado —le informó el hombre—. No tardes o te quedarás sin cena. Había traído comida china, pero lo que está haciendo tu chica me gusta más.

Dicho eso le colgó dejándolo con la palabra en la boca.

—Entonces, ¿necesitas ayuda con la cena, señorita Faith?

Se lo quedó mirando unos instantes, ladeó la cabeza y señaló el plato con los ajos.

—¿Qué tal se le da cortar los ajos?

Se remangó y caminó hacia ella.

—Comprobémoslo.

CAPÍTULO 37

—Bueno, ¿y cuál es vuestra historia?

Dain fulminó a Markus con la mirada, su imprevista visita había causado un revuelo inesperado, tenía que haber supuesto que su madre no se iba a quedar callada con respecto al accidente y eso, unida a su falta de noticias hizo que él respondiese como siempre lo hacía, buscando sus propias respuestas.

Cuando le llamó diciéndole que estaba en su casa no lo encontró preocupante, lo hizo el hecho de que le dijese que Faith tenía un cuchillo en las manos. Después del susto que se había llevado el día anterior no le sorprendería descubrir al llegar que su inquilina le había clavado la hoja al muy imbécil. Lo que se encontró sin embargo fue a los dos en la cocina, riendo mientras compartían una copa de vino blanco.

—Me temo que no es una historia propiamente dicha, es más bien un cúmulo de complicadas situaciones.

—Faith estaba metida en problemas, la ayudé y un hijo de puta me

pagó con una puñalada.

—Dos.

—Dos puñaladas. —Se corrigió—. Ella impidió que me desangrase hasta que llegó la ambulancia.

—Teniendo en cuenta que te apuñalaron por mi causa...

—Lobita...

—No he dicho nada.

—Buena chica —aceptó complacido aunque sabía que su recapitulación tenía más que ver con el invitado presente que con que sintiese lo que decía—. Y después de eso, me mandó un ramo de flores al hospital.

—Es lo que se estila.

—Solo para volver a coincidir en el *Blackish*.

—Vaya, se pone interesante.

—No tanto, llegó buscando a alguien que se hacía pasar por mí y que presuponía había sido el asesino de su amiga.

—Eso son palabras mayores —declaró serio—. ¿Alguien se está haciendo pasar por ti?

—Ha usurpado mi nombre, ya sabemos quién es, pero no los motivos que lo llevaron a ello.

—¿Y dices que asesinó a su amiga?

—No, no después de que él entrase en su casa y se comprobase que no estaba en la ciudad en ese momento.

—Con un demonio, Dain, el que se mete en estas mierdas es Lucien no tú.

—Eso me ha dicho él. —Y la miró a ella—. Al final todo ha sido un cúmulo de acontecimientos que han empezado en dos vertientes distintas y han terminado reuniéndose bajo una misma ecuación.

—Se sabe ya quién está detrás de todo esto.

—De algún modo parece que las cosas se van esclareciendo y todo apunta a un problema con las drogas y su distribución.

Faith lo miró.

—¿Has averiguado algo más?

—Blake ha llegado y ha tenido un interesante intercambio con Logan y Lucien, iban a comisaría a firmar la declaración. Me temo que están saliendo más cosas a la luz sobre tu amiga Ruth, cosas que creo no sabes.

Tragó y vio como sus ojos se oscurecían por la pena.

—¿Qué? Dímelo.

—¿Sabías que Ruth Verá tenía un hermano y que murió de una sobredosis?

—¿Qué? No, ella no tenía familia. Se crio en las calles, como yo...

—No, Faith, tenía un hermano pequeño, no conozco todos los detalles todavía, Logan iba a investigarlo. El programa de prevención lo creó por él, para que nadie cayese en ese mismo error.

—Pero...

—¿Te habló alguna vez de su ex novio, la pareja que tenía en la universidad?

—Sé que había existido alguien en la universidad, un tío con el que iba a casarse pero descubrió que estaba metido en drogas y lo dejó. Era una cría por aquel entonces.

—Bueno, en cierto modo parece que no te mintió del todo. —Lamentaba ser tan duro, pero era necesario que enfrentase la realidad—. Según ella misma le contó a Blake, esa relación no acabó bien, él estaba metido en más mierda de la que ella pensaba y, cuando se dio cuenta, su hermano había caído en ese agujero y no volvió a salir. La casualidad ha querido que ese tío sea además el correo de los cabecillas de la red de narcotráfico a los que se arrestó en la redada. Ese hombre, Miguel Ferrero,

sigue sin embargo fuera y todo apunta a que él es el más que probable responsable de lo que le ocurrió a tu amiga.

—No. Eso no puede ser verdad. Ese tal... Blake tiene que estar equivocado, él no la conocía, de lo contrario...

—Fue su amo durante casi seis meses, su amo, Faith, ella fue su sumisa, aceptó su collar, se suponía que había confianza entre ellos.

Dain vio la respuesta en los ojos de la chica.

«Pero entre nosotras no».

Se levantó de la mesa, lo fulminó con la mirada y se marchó. Lo próximo que oyó fue la puerta del dormitorio al cerrarse.

—¿Era necesario que fueses tan cruel?

Dejó escapar un siseo.

—No puede seguir negando las evidencias, no cuando cada uno de sus actos por encontrar una respuesta a lo que le pasó a su amiga la conducen a situaciones que la ponen en peligro. —Se justificó—. Sé que después de esto será incluso más difícil que confíe en mí, recela de todo el mundo por miedo a que, si se abre, alguien la traicione y la abandone.

—Me suena demasiado a alguien que conocí hace años.

—Ella es como yo, como era yo antes de encontrarme a mí mismo y mi lugar en el mundo, pero también es mucho más delicada, es una mujer que se da por entero y que alguien te falle así termina por destruir.

—Lleva tu anillo, pero no es tu sumisa.

—Es mucho más, cada día que pasa se convierte en algo más y esa posibilidad es tan liberadora como aterradora.

—No deberías precipitarte, hay demasiados factores externos que te condicionan ahora mismo, Dain —chasqueó—. Eres alguien que necesita darse a los demás, que crece en ayudar a aquellos que no pueden salir adelante solos. Vives para tu trabajo, lo respiras, ¿no la estarás viendo a ella

como una de tus misiones?

—Me lo he preguntado durante cada maldito día desde que la conocí y, cuánto más tiempo pasó a su lado, cuanto más descubro sobre ella, más deseo seguir descubriendo —confesó y sacudió la cabeza—. No creo estar salvándola, Markus, pero si me pregunto si no seré yo el que necesita ser salvado de ella.

—Si te estás haciendo esa pregunta, muchacho, es porque ya tienes la respuesta.

Le palmeó el hombro y señaló la puerta—. Ve a verla, yo puedo quedarme en el sofá.

Negó.

—Quédate en mi cuarto. —Lo instó a ello—. Esta noche me quedaré yo en el sofá.

Solo si Faith no le quería cerca.

¿Habría alguien que hubiese sido realmente sincero con ella alguna vez? ¿Alguien había confiado lo bastante en ella como para no mentirle a la cara mientras le sonreía? Cada día que pasaba se desencantaba más, encontraba más motivos para sentirse como una estúpida, para creer que las personas solo estaban a su lado cuando así les interesaba y ella caía una y otra vez, confiando en quienes no debía, creyendo que había encontrado en quién apoyarse, a quién servir de apoyo.

Cuando empezaron a salir a la luz cosas que no sabía de la que siempre pensó era su mejor amiga se dijo que tenía que haber una razón, un motivo que justificase que le hubiese ocultado esto o aquello, quería creer en ella, quería conservar su recuerdo tal y como lo había creado, pero ahora, con todo

lo que iba saliendo a la palestra se hacía más y más difícil.

Le había dicho que no tenía familia, que nunca había tenido hermanos, llegó a decirle que ella era su hermana... Mentiras.

Una vez le confesó que estuvo enamorada, que conoció a alguien y el amor la cegó impidiéndole ver que esa persona no era lo que parecía, que la defraudó, que él era el motivo de que luchase por evitar a los chicos que cayesen en lo mismo. ¿Una verdad a medias?

Nunca se dio cuenta de que, bajo esa actitud despreocupada, de las sonrisas, de las noches de marcha, de su éxito con los hombres se ocultaba en realidad otra Ruth, una sumisa. Nunca confió en ella para decirle lo que pensaba realmente, cuáles eran sus preocupaciones.

Todo lo que no le decía lo plasmaba en un diario y mientras ponía su mejor cara para seguir adelante con su vida.

¿Había confiado realmente alguna vez en ella? ¿La había querido como decía hacerlo? ¿Habían sido hermanas de la vida?

El mundo en el que había vivido se desmoronaba, cada muro se iba resquebrajando poco a poco hasta quedar en piedras y los huecos empezaban a llenarse con nuevas situaciones que la sobrepasaban, que la conducían por callejones por los que nunca había transitado y en medio de todo ello parecía haber solo una persona a la que aferrarse.

—¿Faith?

Su voz llegó acompañada del sonido de los nudillos en la puerta. No quería verle, no quería enfrentarse a él y, al mismo tiempo, las ganas de abrirla y lanzarse en sus brazos se hacían demasiado intensas como para ignorarlas. Era una dualidad que no comprendía, que la quemaba por dentro casi tanto como lo hacían sus caricias, quería responder con tantas ganas como deseaba mandarlo a la mierda.

La puerta se abrió a pesar de mantenerse en silencio, no se movió, se

mantuvo de espaldas a la puerta, con la mirada fija en la ventana y en la noche que ya había caído sobre la ciudad.

Escuchó como se cerraba a su espalda y, segundos después él entraba en su campo de visión.

—No es culpa tuya, Dain, antes o después alguien acabaría soltándolo —musitó ella—. La verdad al final siempre sale a la luz, pero no puedes evitar que duela.

Se sentó a su lado, el colchón se hundió por su parte inclinándola hacia él.

—Tampoco puedes evitar que crea en aquellos en los que decidí confiar.

—No, no puedo. Y tú tampoco puedes saber qué personas deciden guardarse las cosas para sí mismas o mentir para protegerse.

Lo miró de soslayo y se encontró con sus ojos.

—El mundo no es perfecto y la humanidad tampoco. —Se encogió de hombros—. De ti depende hacer que tu propia vida sea lo que quieres que sea, los errores están a la orden del día, lo que debes hacer es aprender de ellos.

Asintió conforme con su razonamiento.

—Yo he cometido unos cuantos últimamente...

—Tú suplicas problemas, dulzura, no es lo mismo.

Hizo una mueca.

—Siento haberos estropeado la cena, le debo una disculpa a tu invitado.

—No has estropeado nada, no te culpes por cosas que están fuera de tu alcance.

—A veces es más fácil decirlo que hacerlo.

—Tan solo inténtalo y si necesitas ayuda, apóyate en mí.

Lo miró sabiendo que sus palabras eran sinceras, si había aprendido

algo de ese hombre era que nunca le mentiría.

—¿Podrías quedarte conmigo esta noche? —Se lamió los labios—. Solo a dormir.

Le apartó el pelo de la cara y la besó en la frente.

—Échate y hazme sitio, el invitado imprevisto se ha quedado con mi cama.

—Oh, estoy ocupando su habitación, ¿no?

—¿Qué te he dicho?

Levantó de nuevo los ojos, él le sostuvo la mirada obligándola a obedecer y terminó acurrucándose en la cama, dejándole sitio.

—Debería haber llamado para decir que vendría —respondió entonces tumbándose a su espalda, envolviéndola con los brazos, apretándola contra él.

Suspiró y posó la mano sobre su brazo.

—Me dio un buen susto.

—Lo sé. —La besó en la oreja.

—No iba a clavarle el cuchillo.

—No me habría importado demasiado.

—No podría...

—¿Faith?

—¿Sí?

—Puedes llorar, nadie más que yo lo sabrá.

Como si sus ojos estuviesen esperando esa orden, las lágrimas lo inundaron todo, el pecho se le oprimió, se giró en sus brazos y rompió a llorar ocultando el rostro contra su pecho.

—Te tengo, dulzura, déjalo salir, ya es hora de que lo dejes ir.

CAPÍTULO 38

—¿Siempre madrugas tanto o es que extrañas tu cama?

Faith levantó la mirada y se encontró con la de Dain. Lo había dejado dormido, totalmente noqueado una hora antes y se había deslizado al salón con su portátil.

La noche anterior había llorado hasta quedarse dormida, de hecho, había abierto los ojos cuando la luz entró a través de las cortinas, podría jurar que había sido la noche que mejor había dormido, prueba de ello era que se sentía mucho más descansada.

—Soy madrugadora por naturaleza, quería aprovechar la mañana para buscar casas de alquiler —pasó la mano sobre el teclado—. He hecho café y unas tortitas.

—¿Tortitas? —Miró hacia la cocina con gesto interesado.

—Así que la *Nutella* que hay en uno de los armarios de la cocina es tuya.

—Culpable, profesora. —Le guiñó el ojo y señaló el PC—. ¿Has encontrado algo?

Suspiró.

—Todos los que he encontrado son bastante caros o están demasiado lejos del colegio —se encogió de hombros—. Hay un par que podrían funcionar, pero no tienen fotos. Tendría que ir a echarles un vistazo.

—¿Dónde están?

No le quedó más remedio que enseñárselo, estaba segura que si no le quitaría el ordenador de las manos para verlo él.

—Uno en Crown Heights y el otro en el mismo Browsville.

—Este barrio no es seguro. —Señaló la segunda opción—. Este podría estar bien, pero el alquiler me parece abusivo para este edificio. ¿Alguna otra opción?

—Por ahora ninguna asequible.

—Déjame ver. —Le quitó el ordenador, se sentó a su lado y navegó por la página que tenía abierta—. Le preguntaré a Nolan, tiene una empresa de construcción y siempre tienen algún lugar para alquilar.

—No puedo permitirme un piso nuevo, Dain.

—Nolan Every es socio de la *Crossroad Company*, suelen tener viviendas asequibles disponibles, suelo contactar con él cuando tengo algún problema con el realojamiento que ofrece el ayuntamiento, que suele ser la mayoría de las veces.

—¿Has dicho *Crossroad*? —Frunció el ceño—. Recuerdo que Ruth tenía intención de presentarle el proyecto a alguien de esa empresa, incluso había concertado una cita, creo. Pero todo fue antes de que ocurriese esto.

—¿El proyecto contra las drogas?

—Sí, su intención era crear una asociación, algo que le permitiese dar charlas en colegios, proveer asesoramiento... Quería intentar llegar a un acuerdo con algún centro de desintoxicación para poder dar asesoramiento y que los chicos comprendiesen cuales eran las consecuencias reales de todo eso. —Sacudió la cabeza—. Estaba muy ilusionada, lo tenía todo planificado, la ponencia del colegio fue el primer punto de inflexión, su presencia y charla de concienciación en el evento anual del reverendo John cosechó muy buenos resultados, los padres de los chicos y otras personas presentes lo acogieron con entusiasmo. Pero ahora todo ha quedado parado. Yo me limité a ayudarle

a redactar algunas cosas, a cuadrar otras... —Señaló el ordenador—. Tengo aquí todo el material, pero no sé qué hacer con él. No sabría ni por dónde continuar.

—¿Tienes ahí todo el proyecto?

Asintió lentamente.

—¿Te importaría enseñármelo?

—¿Para qué?

—Tu amiga ya dio el primer paso sentando las bases, si había concertado ya una cita con la *Crossroad*, bien podrías preparar una presentación, ¿no?

—Esa cita era para hace cosa de un mes, sencillamente dudo mucho que sigan interesados.

—¿Podrías hacerlo, Faith?

—Sí, creo que sí.

—Pues hazlo.

—Pero.

—La única forma de seguir adelante, es zanjar las cosas que se han quedado ancladas en el pasado —le aseguró devolviéndole el ordenador y señalando el escritorio—. Y esta podría ser una buena manera de comenzar a darles carpetazo.

Recogió el portátil y lo miró con gesto pensativo. Aquel había sido el proyecto de Ruth, su sueño, uno que alguien había interrumpido al arrancarla de la vida, quizá, si le daba salida su amiga encontraría la justicia que todavía no había hallado y ella... ella podría quedar por fin en paz consigo misma.

Tomó una profunda respiración y asintió.

—De acuerdo, no pierdo nada intentándolo —admitió en voz alta, buscó la carpeta entre los archivos y le mostró lo que había en su interior—. Este es el proyecto **VIDA**.

Demasiadas veces había pasado por ese lugar, recorrido sus senderos entre césped, árboles y lápidas, con la gran manzana recortándose a lo lejos, era como si cada gilipollas de esa ciudad al que daba caza pensase que el cementerio de Green Wood, en Brooklyn, era un buen sitio para esconderse o darle esquinazo. Hoy, sin embargo, el área tenía otro color, le transmitía otra sensación, posiblemente debido al hombre que se había arrodillado ante una sencilla lápida con el nombre y la fecha de nacimiento y defunción de la mujer a la que sin duda había amado.

Blake no era un hombre de muchas palabras, desde que habían traspasado el recinto del campo santo había entrado en un hermético mutismo. Tras pasarse buena parte de la noche declarando había ido a su hotel y esa mañana él mismo lo había recogido para llevarlo a la tumba de Ruth Vera. Si le quedaba alguna duda sobre la veracidad de sus palabras o los sentimientos que pudo haber albergado por la mujer, se esfumaron ante la solemnidad y ese aire de profunda tristeza que lo envolvió nada más estar ante su tumba.

Se apartó unos metros, dejándole presentar sus respetos. Había traído una rosa blanca que depositó en el suelo y a juzgar por la manera en la que tenía la cabeza inclinada hacia delante, posiblemente estuviese dándole su último adiós. Ese tipo de amor le era ajeno, casi esquivo, en realidad, por otro lado, con su trabajo no podía permitirse encapricharse de nadie hasta ese punto, no sería justo para ella. Y ese era sin duda uno de los motivos por los que le alegraba que Faith estuviese en manos de Dain.

No era tan iluso como para asegurar que se había enamorado de la mujer de su hermano, sus sentimientos hacia ella tenían que ver más con la

lujuria, con la novedad de un carácter suave y tierno, que con el amor. No, él no estaba metido hasta el cuello como lo estaba su gemelo, podía darle la espalda con total facilidad y buscar una presa más adecuada con la que retozar en la cama, a quién atar a un poste y recrearse en la manera en que su piel iba adquiriendo un bonito tono rojo bajo el picor del *flogger*. Le gustaba la morenita, pero en el plano sexual, no guardaba más sentimientos por ella que lo que podía inspirarle alguien tan tierno y achuchable; vamos, lo mismo que un peluche.

Sonrió para sí ante la comparación, sacudió la cabeza, echó un fugaz vistazo hacia el lugar en el que había dejado a su acompañante y siguió con los alrededores. Era un defecto adquirido, la necesidad de escanear la zona en la que estaba en busca de algo que pareciese fuera de lugar y, una vez más sus instintos dieron con ese octavo error en la viñeta. Entrecerró los ojos y obligó a su cerebro a agilizar su trabajo, encontrando, identificando y clasificando a la persona que parecía espiarles a una prudente distancia.

—Blake, no te muevas ni levantes la vista. —Caminando lentamente hacia el hombre, sin perder detalle del espía por el rabillo del ojo—. A tus tres en punto, detrás del ciprés, a unos diez metros.

La sutileza con la que llevó a cabo su petición le recordó a una pantera que no da más importancia a su entorno que el que podía darle una presa.

—Es él, Lucien, es Dennis Spencer.

—Me lo imaginaba.

Con eso dio media vuelta, levantó la cabeza y la mano en un dramático gesto atrayendo su atención.

—Señor Spencer, qué bien que ha decidido por fin asomar la patita.

Ante tal obvia declaración, el hombre dio media vuelta y se escurrió como una lagartija. Oh, aquellos eran sin duda sus favoritos, pensó con ironía, le encantaba tener que hacer un poco de ejercicio nada más levantarse,

especialmente atravesando un cementerio.

—Llama a comisaría, que te pasen directamente con el detective Damien Knight, infórmale que he encontrado al capullito de alelí que le ha usurpado el nombre a mi hermano y que lo tendrá allí en... quince minutos.

Dicho eso arrancó en una rápida carrera, esquivó algunas lápidas, un par de árboles y llegó al punto dónde había estado el tipejo, podía verlo bajando con bastante dificultad por el camino, parecía que incluso iba cojeando.

—Estupendo, parece que estaremos allí en diez.

No se molestó en darle un nuevo aviso, estaba en buena forma física y no le costó mucho llegar hasta dónde estaba el hombre y frenarlo de buenas maneras. En realidad, fue el mismo Spencer el que se detuvo, con un visible gesto de dolor en la cara, mientras se llevaba la mano al costado y jadeaba.

—No vas a hacerme la faena de espicharla ahora de un ataque al corazón, ¿no?

El tipo se limitó a ladear la cabeza y vio el enrojecimiento de sus ojos, así como la descuidada barba de un par de días, no estaba en su mejor momento.

—No, no al menos hasta que encuentre al hijo de puta que mató a mi esposa.

Si le hubiese tirado un cubo de pintura a la cara no se habría sorprendido más que con esa declaración.

CAPÍTULO 39

Faith empezaba a sentirse en una coctelera agitada de un lado para otro, no había otra manera de expresar el sábado tan ocupado que estaba teniendo. Dain prácticamente la había sacado de casa tras el desayuno —la cara de ese hombre disfrutando de unas tortitas con Nutella no se le olvidaría en la vida—, para llevarla a la empresa ante la que ahora estaban.

—No puedo presentarme así, sin más, especialmente cuando Ruth les dejó plantados en la última cita.

—Entenderán que ha sido causa de fuerza mayor, Faith, es imposible no hacerlo.

—Pero no he podido revisarlo todo a fondo.

—Por lo que vi el proyecto está estructurado, tiene todos los puntos definidos, sólo tienes que presentarlo —le aseguró—. Piensa en ello como una de tus lecciones.

—Esto es más complicado.

—¿Más complicado que enfrentarse a una clase de adolescentes con problemas de actitud?

—Mis chicos no tienen problemas de actitud...

Su rostro lo decía todo.

—No a menudo al menos.

—Nena, se te olvida que yo conozco a la mayoría.

Y eso era verdad.

—¿No podríamos dejarlo para la semana que viene?

—Vamos a matar dos pájaros de un tiro, Nolan está hoy en la oficina.

No le permitió seguir reculando, abrió la puerta y esperó a que entrase.

El edificio, según le había informado, pertenecía completamente a la empresa, estaba dividido en varios departamentos que gestionaban los distintos ámbitos a los que se dedicaban.

Subieron en uno de los dos ascensores hasta la penúltima planta y salieron a un elegante área de oficinas en tonos blancos y crema que resultaba de lo más acogedor. Las paredes estaban cubiertas por distintos óleos que aportaban esas pinceladas de color.

—¿Dónde demonios ha dejado Eva las carpetas de la última inspección?

—Ni puta idea, estarán en su mesa.

Faith frunció el ceño al reconocer la primera de las voces, juraría que la había escuchado en algún lugar.

—Joder, si entró ahí dentro y descoloco algo me corta las pelotas — replicó la primera voz.

—Ella o Luna, que más dará.

—Prefiero que lo intente Luna cualquier día de la semana, al menos podré vengarme a gusto.

Llegaron al final del corredor y comprendió porque le sonaba la voz. Era uno de los Maestros del club, de hecho, uno de los propietarios.

—Ay Dios.

Su comentario, pronunciado en voz alta le valió una mirada de los presentes.

—Ey, ¿y vosotros por aquí?

—Vienen a verme a mí.

—¿Tú no descansabas hoy? —preguntó Dain.

—Solo vine a buscar unos documentos para llevar el lunes al ayuntamiento. Hola Faith, ¿qué tal estás, pequeña? Me enteré de lo que pasó en tu casa.

—Bien, sólo fue un susto. Gracias por preguntar.

—A Brian ya lo conoces y él es Nolan. —Le presentó al otro hombre—. Es el constructor del que te hablé.

—Un placer, Faith.

—Lo mismo digo.

—Faith está buscando un lugar para alquilar. —Le dijo al mismo tiempo—. Algo asequible y en una zona cercana al Collegiate Charter de Brownsville, que es dónde trabaja.

—Hay un edificio en la zona que acaba de pasar la inspección —comentó mirando a Brian—. El que está en Howard Ave.

Él asintió.

—Es bastante antiguo, pero es sólido, las instalaciones de gas y luz están al día y no tiene grietas —aceptó el hombre—. Se alquila un primero y un cuarto, con ascensor.

Aquello sonaba prometedor.

—Y hay una casita, de una planta, un adosado en Franklin Ave, cerca del jardín botánico, aunque ya te queda un poco más lejos —caviló él—. Es de renta antigua, acabamos de remodelarla. Está en alquiler con derecho a compra. Es la que tú estabas mirando Dain.

El asintió.

—Está en una zona tranquila, tienes el jardín botánico a un lado y está próximo de tiendas, restaurantes... —le resumió—. Deberías echarle un vistazo a ambas.

—Pero si es una casa y el alquiler debe ser alto.

—Son viviendas que remodelamos para la compañía, su renta es baja ya que están destinadas a personas con recursos limitados.

—No quiero privar a alguien que no puede pagarse un alquiler de tener un techo sobre su cabeza.

—No lo harás, Faith, los alquileres están puestos en función de los ingresos.

Asintió.

—En ese caso, si te parece bien... —Miró a Dain—. Me gustaría ver el piso.

—Pásame las llaves de la casa también, Nolan.

Su mirada lo decía todo.

—Me encanta lo bien que os lleváis. —Se burló Brian—. Espero que encuentres lo que buscas Faith. Dain, ¿os veo esta noche?

La pregunta cayó como una manta sobre ella.

—Quién sabe.

—No deberías perderte el show de la primera sesión, créeme.

—¿Qué has orquestado ahora? —preguntó Nolan.

—Yo nada, la idea ha sido de mi socio, yo sólo la he secundado —aseguró—. Te perdiste una travesura de tu gremio, Faith.

Ella enarcó una ceja en respuesta.

—Unicornios.

El comentario de Dain la llevó a hacer una mueca.

—No son mi gremio.

—Um... eres como mi Luna, que bien.

—Ella es más tranquila que esa traviesa.

—Pero niega lo mismo que negaba Luna al principio de nuestra relación.

Y con eso, le dedicó un guiño, palmeó el hombro de Dain y se despidió.

—Voy a ver si encuentro esos documentos y me piro.

—Me dijiste que querías hablar con Jax —añadió Nolan—. ¿Es sobre ese proyecto?

Dain asintió.

—La persona que debía exponerlo ha sido víctima del caso en el que Damien está trabajando con Logan.

—Malditos bastardos.

—Sí.

—Está arriba, le diré que baje al mundo de los vivos para que podáis hablar con él —aceptó y la miró—. ¿Te importa si estamos presentes Brian y yo?

Sacudió la cabeza.

—No, en absoluto.

Aunque la idea de que hubiese alguien más ante esa exposición la ponía nerviosa.

—Brian, sala de juntas.

—¿Ahora?

—Ahora.

—Pues vale. 5 minutos y voy.

—Dain, ya sabes dónde queda —le indicó Nolan—. Indícale el camino a Faith mientras yo bajo a Jax de las alturas.

Escuchó reír al hombre entre dientes antes de sentir su mano sobre la espalda.

—Vamos, es por aquí.

Le miró y asintió, acompañándole.

—¿Tienes algún plan en mente para esta tarde?

—Pensaba ir a ver las dos propiedades en cuando termine aquí, si es posible.

—¿Tanta prisa tienes de abandonar mi hospitalidad?

Se sonrojó.

—Ya te he dicho que necesito mi espacio.

—Lo sé —aceptó con sencillez—. Deberías ver también la casa, creo que se adapta a lo que necesitas.

—Nolan dijo que estabas interesado en ella.

—Solo estoy mirando opciones, el piso fue sólo una medida temporal.

—Pues con más razón, no quiero que...

—¿Faith?

—¿Qué?

—Deja de discutir conmigo —chasqueó—. No te lleva a ninguna parte. Hizo una mueca, tenía que darle la razón, era imposible ganarle.

—De acuerdo, pero que sepas que sólo me quedaré con el alquiler del lugar que a mí me apetezca.

Sonrió de soslayo.

—Me parece bien.

Abrió la puerta de una sala blanca con una enorme mesa en el medio. Las líneas de la sala seguían la decoración elegante del resto de las dependencias.

—Bonita sala.

—Me alegra que aprecie la decoración.

La inesperada respuesta hizo que se girase para ver a un hombre de unos cuarenta y tantos años, mirada verde y revuelto pelo negro que, si bien estaba claro que pasaba de los cuarenta, tenía un rostro juvenil. Su atuendo

era, cuando menos, curioso, sin duda poseía un sello propio con ese chaleco, pantalón de pinzas y camisa más propia del siglo pasado que del actual, pero ese toque europeo no hacía sino aumentar su atractivo. Sus ojos eran amables y poseían una profundidad que parecía ser capaz de sondearla.

—Soy Jax Crossroad, dado que eres la única fémina presente, tú debes ser Faith Valentine. Lamento mucho lo que le pasó a tu amiga.

—Gracias por recibirme. —Correspondió a su saludo.

Sacudió la cabeza.

—Es lo menos que podía hacer, estaba muy interesado en el proyecto del que me habló la señorita Vera en su momento —aceptó con educación—. Creo que podría encajar a la perfección con el espíritu de esta empresa. Pero por favor, siéntate.

Asintió agradecida y ocupó la silla que le apartó Dain. Al momento entraron los otros dos hombres y la rodearon, de modo que pudiesen asistir a la presentación.

—Bien, cuando quieras, somos todo oído.

Se lamió los labios, sacó el ordenador y lo encendió.

—Este es el proyecto VIDA, un llamado a la sociedad y a la juventud para decir un alto y rotundo NO a las Drogas.

CAPÍTULO 40

—A ver si lo he entendido, ¿Ruth Vera era tu esposa?

Lucien se apoyó contra la ventana con las persianas bajadas y se cruzó de brazos. Llevaba ya media hora en la comisaría, en presencia del hombre que decía y perjuraba ser el marido de la difunta señorita Vera, mientras Damien le tomaba declaración. No solo había tenido la delicadeza de no morirse en el momento en que lo encontró, sino que le acompañó voluntariamente hasta allí para declarar lo que sabía y aclarar algunas cosas. Sin embargo, de lo que todavía no había hablado era de la herida que tenía en el costado derecho, que hacía que se inclinase ligeramente hacia ese lado y le llevaba incluso a cojear.

—Sí, ella era mi esposa.

—¿Desde cuándo?

Su mirada se desvió ligeramente hacia la puerta, a pesar de no poder verle, sabía que Blake estaba al otro lado y, por algún código extraño, sentía pena por el hombre.

—Nos casamos hace ahora dos meses —respondió en voz baja antes de volver a mirar al detective—. En Hempstead, en el condado de Nassau, con dos testigos. Puede encontrar allí el registro de nuestro matrimonio y, también puedo traerle el acta.

—Eso fue, ¿qué? ¿Una semana antes de que la encontrasen muerta en la habitación del Hotel Caledonia?

—Esa reserva la hice yo, era mi regalo de bodas, la luna de miel que podíamos permitirnos en ese momento —declaró con un bajo siseo y se llevó la mano al costado—. Pero se vio truncada por un inesperado problema.

—¿Quién lo apuñaló?

Lucien no se anduvo con rodeos, intercambió una mirada con Damien, quién censuraba su actitud y luego la bajó sobre el individuo.

—Nadie, acabo de pasar por una cirugía —replicó girándose lo justo para que él pudiese verle—. La misma que me hizo viajar de inmediato a Illinois. De hecho, ni siquiera debería estar ahora mismo aquí, pero no podía esperar más, no conseguía contactar con mi esposa y ella tenía que haberse reunido conmigo hacía semanas.

—¿Qué clase de cirugía?

—Un trasplante.

Y aquello era lo último que los dos hombres presentes en la sala esperaban escuchar.

—Puedo darles el parte de alta voluntaria, así como el nombre del hospital en el que me intervinieron y el de mi médico, el cual quiso arrancarme la cabeza cuando le dije que me iba a casa.

—Desde luego, yo lo habría hecho —aseguró con un resoplido y avanzó hacia él—. Y quizá lo haga, después, porque todavía hay algunas cosas que no me han quedado claras, empezando por el hecho de que hayas utilizado el nombre de mi hermano, Dain Ratcliffe y te hayas colado hace dos días en casa de Faith Valentine.

Para darle crédito, el tipo ni se inmutó, le sostuvo la mirada, se lamió los labios y asintió.

—¿Faith está bien?

—Por suerte para ti, sí.

—No quería asustarla, pero estaba desesperado —respondió con un cansado suspiro—. Llevaba más de un mes sin tener noticias de mi esposa. Llamé al colegio y todo lo que me dijeron era que la señorita Vera ya no trabajaba allí. Sabía que iba a pedir una excedencia, hablamos de ello, pero, ¿que se la dieran tan pronto? —Sacudió la cabeza—. Su número de teléfono daba siempre apagado y fuera de cobertura, no sabía cómo comunicarme con Faith, además, ella ni siquiera era consciente de mi existencia; Ruth quería darle una sorpresa, quería que nos presentásemos los dos. Siempre hablaba de la chica, su compañera de piso, de lo buena amiga que era, de lo mucho que la quería, era casi como una hermana pequeña; como el hermano que le habían robado las drogas. Fui directamente a su casa, sí, tenía la dirección y las llaves que Ruth me había dado. Cuando llegué no había nadie y me encontré la habitación de mi mujer completamente vacía. No entendía nada, entonces llegó ella y... No sé, todo se precipitó. Insistía en gritarme que yo la había matado, que Ruth estaba muerta, pero eso no podía ser verdad, sencillamente, no podía serlo.

Se pasó las manos por el pelo con gesto desesperado, se lamió los labios y respiró profundamente.

—A la mañana siguiente me presenté en el colegio, hablé con un conserje, creo que era, él me confirmó que Ruth ya no trabajaba en ese centro porque la habían enterrado hacía casi un mes.

Su voz se apagó, estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse entero, por no derrumbarse allí mismo delante de extraños.

—Seguía sin creer que aquello fuese posible, así que acudí a la única persona que posiblemente no me mentiría —aseguró con voz rota—. Me presenté ante el reverendo John, él no me conocía, pero Ruth siempre me dijo que si algún día le pasaba algo, lo que fuese, que acudiese a Faith o a él. Le

dije quién era y a cambio él me comunicó que mi esposa estaba enterrada en el cementerio de Green Wood. De hecho, me acompañó hasta allí.

—¿Eso fue ayer?

Asintió en respuesta.

—¿Y qué hacías hoy en el cementerio?

Se giró y lo miró a los ojos, haciendo que no deseara haber hecho esa pregunta.

—Prometerle a mi mujer que iba a encontrar al hijo de puta que la arrebató de mi lado y hacer que pagase por su crimen.

Sonaba tan convencido de ello que no podía detectar mentira alguna en sus palabras o en su lenguaje corporal.

—¿Tienes idea de quién ha sido?

Giró ahora para mirar a Damien, se recostó en el asiento con gesto cansado y respondió al momento.

—No solo tengo una idea de quién fue, sino que lo sé con total seguridad. Él fue el mismo que no dejó de amenazarla con acabar con su vida si no dejaba de entrometerse en lo que no le importaba —siseó entre dientes—. Miguel Ferrero. Ese hijo de puta no ha dejado de atormentarla, de amenazarla para que abandonase el proyecto anti drogas. Le dije, le repetí hasta la saciedad que se mantuviese alejada, que no insistiese, pero era terca como una mula. Y a mis jefes tampoco les hizo demasiada ilusión que un civil metiese las narices en una operación tan delicada.

Aquello despertó el interés de ambos.

—Eres policía. —Lucien lo comprendió al momento.

El hombre sonrió de soslayo.

—Agente Federal, en realidad —replicó y se movió con cuidado para sacar una cartera del bolsillo interno de la chaqueta, la cogió y la tiró sobre la mesa—. Estamos todos metidos en la misma mierda.

—Esto es cada vez más y más surrealista —aseguró Lucien—. ¿Y qué coño hace un agente federal utilizando el nombre de mi hermano en un club erótico?

—Eso es... algo privado...

—Privado y una mierda.

Resopló.

—Me acerqué a Ruth porque sabía que ella había estado relacionada con Miguel Ferrero —confesó en voz baja, casi monótona—. La había estado siguiendo y sabía que tenía relación con uno de los socios de un reputado club erótico de la ciudad. Me inscribí en el programa de iniciación, solo para ver qué clase de ambiente había y me quedé. No es como si tuviese que interpretar un papel, después de todo, solía acudir a mi propio club en Florida. El caso es que lo que empezó como una simple misión, se convirtió en algo más, suelo moverme bajo la identidad de Amo Black. Así que, me presenté como tal sin saber que había un socio en el *Blackish* al que algunas sumisas lo conocían por ese nombre.

—Oh, joder. Mierda. ¿Cómo coño no lo vi?

Lucien tenía ganas de darse con la mano en la frente, la respuesta había estado delante de él todo el tiempo y ninguno se había percatado de ello.

—¿Me ilustras? —Pidió Damien.

—Fue un apodo que le puso Luna a Dain, un comentario entre sumisas y que terminó corriendo como la pólvora —resopló ante lo absurdo de todo aquello—. Desde ese momento empezamos a ser el Amo Black y el Amo White... Puedes imaginarte el cariño que le tengo a dicha sumisa.

—Después de esa primera toma de contacto, volví a verla un par de veces fuera del club —continuó Spencer y sacudió la cabeza—, no sabía que era una sumisa acollarada, no sabía que la había reclamado Blake hasta que ella me lo dijo. Para entonces ella había empezado a llamarme Dain, le había

preguntado a alguien por el nombre del Amo Black...

—Y automáticamente le dieron el de mi hermano. —Sacudió la cabeza ante toda aquella estupidez—. Esto es totalmente absurdo.

—Necesitaba cubrir mi identidad, no podía permitir que supiese que era agente federal, así que le seguí el juego —aceptó con voz fría, monótona—. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más difícil resultaba todo. Ruth no tenía conciencia del verdadero peligro al que se estaba enfrentando o quizá es que no quería ser consciente de ello, todo lo que tenía en mente era ese proyecto y el hacerle justicia a su hermano. Yo sabía que tenía vínculos con los traficantes, pensé que ella formaba parte de todo el tinglado y, en cambio, lo que estaba haciendo era desbaratar las entregas, las ventas empezaron a bajar y ahí es cuando llegaron las primeras amenazas. Ratas muertas dentro de una caja, notas amenazantes, llegaron a retenerla durante un par de horas, amenazándola con matar incluso a Faith si volvía a meter sus narices en todo aquel asunto. Esa última amenaza fue lo que la hizo consciente, cuando decidió contármelo todo.

—¿Amenazaron a Faith Valentine?

Asintió.

—La amenazaron con ir a por ella si no terminaba con esa mierda y dejaba de meter las narices en sus asuntos —asintió convencido—. El cabreo que se pilló fue monumental, pero también tenía miedo de que le hiciesen algo a la chica. Ruth la quería como a una hermana, cuidaba de ella de la misma manera. Lo sé, no dejaba de hablar que si Faith esto, que si Faith lo otro, decía que tenía que hacer algo para que ella pudiese vivir en un mundo mejor. Creo que, de alguna forma, esa muchacha ocupó el lugar del hermano que había perdido.

Volvió a hacer un alto.

—Para entonces lo nuestro había dejado de ser un inocente tonto, ella

me confesó que había roto con su pareja, que había dejado a su amo y que quería quedarse conmigo —chasqueó la lengua—. Yo le había dejado claro que lo nuestro era solo algo pasajero, que no quería nada serio... Ese era mi plan, pero supongo que las cosas también se me escaparon de las manos.

—¿Cuánto tiempo...?

—Dos meses, ese fue el tiempo que estuvimos juntos. Al final acabé confesándole la verdad, le dije quién era y le prohibí volver a meterse en esa mierda, no quería que le hiciesen daño, por Dios, sabía que iban a matarla, lo sabía. —Apretó los dientes, visiblemente atormentado—. Nos casamos en secreto, si mis jefes se enteraban iban a pegarme una patada en el culo y sacarme de allí y las cosas ya estaban bastante jodidas. Sabía que ese cabrón sospechaba algo, todas esas amenazas... Quería que le denunciase, que presentase todas las pruebas pero decía que todavía no era el momento, que no era suficiente. Si tan solo la hubiese ignorado y la hubiese arrastrado conmigo a casa...

Sacudió la cabeza.

—Me llamaron del hospital para hacer unas pruebas —declaró con voz baja—. Habían encontrado un posible donante compatible y tenía que irme sí o sí. Le pedí, le rogué que viniese conmigo, pero ella insistió en que tenía que hablar primero con Faith, que no podía irse así como así. La llamé en cuanto llegué a Illinois, estaba en casa, escuché la voz de su amiga al fondo, me dijo que lo estaba arreglando todo para ese fin de semana, que se reuniría conmigo el viernes, pero nunca llegué a ser consciente de si había llegado o no pues las cosas se complicaron y me ingresaron de urgencia en el hospital.

El silencio cayó sobre todos ellos.

—Cuando volví a ser consciente de algo había pasado por una cirugía, me habían hecho el trasplante y todo iba bien —comentó perdido en sus recuerdos—. Mi familia estaba allí, nadie sabía que me había casado y

tampoco yo era consciente de mucho en aquellos días. Me llevó un tiempo reponerme, hacer que mi mente funcionase correctamente y conseguir un teléfono para localizar a mi esposa. No sabía dónde estaba, no sabía por qué no estaba en el hospital, por qué no había venido a casa. Pedí el alta voluntaria en contra de la opinión médica, necesitaba saber qué había pasado, dónde estaba... y al llegar... me encuentro con que había fallecido un mes atrás.

Lucien posó la mano sobre el hombro del tipo, no sabía que otra cosa hacer, ninguno de los presentes estaba preparado para escuchar aquel relato. Miró a Damien, quién asintió en respuesta y le mostró la identificación del FBI; el maldito había dicho la verdad.

—Sé que se llevó a cabo una redada y se consiguió desmontar el laboratorio de drogas y coger a dos de los cabecillas —repuso mirando ahora a Damien—. Dime que habéis cogido también a ese cabrón.

Negó con la cabeza.

—Miguel Ferrero es ahora mismo uno de los puntos calientes de nuestra investigación, tenemos a todos los activos tras él.

—¡Eso no es suficiente!

—Cálmate, chico, tú deberías estar ahora mismo en un hospital.

—No pienso moverme de aquí hasta que ese hijo de puta pague por el asesinato de mi esposa.

Ambos intercambiaron de nuevo las miradas. Aquello no era tan sencillo, lo que rodeaba a la muerte de Ruth Vera no estaba claro, pero las causas...

—La autopsia ha dado como resultado de la muerte sobredosis en opiáceos.

Se giró para mirarle y negó con la cabeza.

—No, eso no es posible, Ruth no consumía drogas, se negaba en

redondo a fumarse siquiera un cigarrillo.

—Faith dice lo mismo y también Blake —corroboró Lucien mirando a su colega—. ¿Qué te dice eso?

—La autopsia...

—Las pruebas pueden ser manipuladas, pueden contaminarse, generar algún error.

Él asintió.

—Pediré una revisión de las pruebas, está claro que algo se nos está escapando. —Miró de nuevo al hombre sentado en aquella silla, devastado, enfermo y lo señaló con un gesto de la cabeza—. Bien, agente Spencer, tú decides, ¿vienes conmigo y te haces un chequeo por las buenas o llamo a una ambulancia?

El hombre levantó la cabeza, estaba dispuesto a protestar.

—No hay terceras opciones, agente Spencer.

Y no las había, al menos, no para él, pensó Lucien.

CAPÍTULO 41

Faith empezaba a pensar que su suerte estaba empezando a cambiar. Cuando decidió mudarse no pensó que fuese a encontrar un lugar que le gustase, dónde pudiese encontrarse a gusto y tranquila y allí estaba, después de haber visitado dos posibles candidatos a alojamiento, imaginándose ya con sus cosas en la casa de planta baja que acababa de recorrer.

No era sorprendente que el inmueble le hubiese llamado la atención a Dain, las líneas limpias, los espacios abiertos y las dos habitaciones extra eran sin duda la clave. Se encontraba además en un buen barrio, tranquilo, cercano al metro y a varias cafeterías y tiendas.

—¿Y bien?

—Me encanta —aceptó con un suspiro—. Es muy cómoda y cálida. Creo que podría ser lo que necesito...

—Te lo dije.

—Pero tú ya la habías visto, Nolan dijo que te habías interesado por ella...

—Mayor motivo para que seas tú quién me la quite —declaró con un ligero encogimiento de hombros—. Si te gusta y crees que puedes afrontar el alquiler, ¿por qué no quedártela? Deja de pensar en los demás y piensa en ti para variar, Faith.

—Lo estoy haciendo, estoy a punto de quitarte una casa que te ha gustado.

—Ya buscaré la forma de que me compenses por ello —rumió, entonces entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo—. De hecho, ya sé lo que quiero a cambio. Ven conmigo al club esta noche, sé mi sumisa en el *Blackish*.

—A eso yo le llamo chantaje.

—A eso yo le llamo negociar. —Zanjó el asunto y miró el reloj—. Le diré a Nolan que te quedas con esta y que prepare los papeles para el lunes. ¿Nos vamos a comer?

Ladeó la cabeza ante su invitación.

—¿No deberías llamar a Markus e invitarle a comer? —replicó mirándole a los ojos—. Ha venido expresamente a verte.

—Debería haberme avisado antes de dejarse caer, quizá entonces habría podido planificar mejor mi tiempo.

—Dain...

Él entrecerró los ojos.

—¿Me está usted llamando la atención, profesora?

—Sí, señor Ratcliffe. —Optó por llevarse las manos a las caderas y hacerle frente de la misma manera en que lo haría con uno de sus alumnos—. Cuando alguien se toma el tiempo de venir a verle, debería dedicarle su tiempo. No es necesario que me hagas compañía todo el día, estoy segura que hoy ha eliminado sus propios planes para hacer lugar a los míos.

—Me está echando, señorita Valentine.

La manera en que lo dijo y el fingido ultraje en su voz la hizo reír.

—No creas que no agradezco y valoro tu compañía, pero...

—Quieres tiempo para ti.

Ese hombre era realmente bueno leyéndola, demasiado bueno.

—Sí.

—De acuerdo —aceptó y dio un paso atrás mostrando su concesión—. Solo tenías que pedirlo.

—No quería que pareciese que quiero deshacerme de ti.

—Somos adultos, Faith, adultos con vidas propias e independientes, si hemos sobrevivido hasta ahora yendo cada uno por su lado, no creo que se produzca una hecatombe por dejarte sola un par de horas... —Según terminó la frase, hizo una mueca y la apuntó con un dedo—. Por favor, no te metas en ningún problema más mientras no estoy.

Se echó a reír.

—¿De verdad crees que la cosa mejoraría si estuvieses presente cuando me meta en problemas? La última vez que ocurrió eso, te apuñalaron.

—¿Volvemos sobre lo mismo?

—No me estoy echando la culpa, solo expongo un hecho.

—Más te vale.

—Dain.

—Faith.

—Pareces un niño pequeño.

Él se limitó a sonreír de soslayo, entonces se llevó la mano al bolsillo y sacó un llavero. Extrajo una llave del juego y se la tendió.

—Es una copia de la llave de mi casa —le informó—. Por si regresas y yo todavía no he llegado, no quiero que tengas que esperar en la escalera.

—¿Crees que podré mudarme la semana que viene? —preguntó al tiempo que cogía el pequeño objeto.

—El lunes posiblemente puedas firmar el contrato, así que, diría que hacia el martes o miércoles ya podrías disponer del lugar. —Calculó pensativo—. Todo depende de lo rápido que prepare el contrato de alquiler.

—¿Y podrías echarme una mano con la mudanza? —preguntó cohibida

—. No son muchas cosas, pero no quiero volver allí... sola.

—Claro, tendremos que cuadrar tus horas libres con las mías para poder hacerlo, pero no hay problema —aceptó complacido—. Y bien hecho al pedírmelo.

Sí, bueno, no es como si tuviese muchas gente a quién acudir para pedírselo, no podía meter en ello al reverendo y, aunque adoraba a sus alumnos, lo último que necesitaba era que supiesen dónde vivía exactamente. Había cosas que mercería la pena mantener en privado.

El pensar en ello la deprimió un poco, era algo que no había pensado desde la muerte de Ruth. Ella había sido su compañía, su amiga, la persona a la que había acudido para todo y ahora que no estaba se daba cuenta que, en realidad, siempre había estado sola.

—Es deprimente.

—¿El qué?

El comentario hizo que se diese cuenta de que lo había dicho en voz alta, se sonrojó y sacudió las manos.

—Nada, nada, cosas mías.

Se la quedó mirando durante unos instantes pero no hizo comentario alguno al respecto.

—Ya que no quieres comer conmigo, supongo que me apiadaré de mi indeseado invitado y lo llevaré a comer a su restaurante favorito, el *Temptations*.

El nombre del restaurante captó su atención.

—¿Has conseguido una reserva para el *Temptations*?

Dain se cruzó de brazos y la observó detenidamente.

—Sí, ¿por qué?

Que, ¿por qué? Era uno de los restaurantes más exclusivos de la ciudad, con unas listas de espera de meses, en algunos casos, sobre todo para ciertas

fechas y para las cenas. Era uno de esos lugares a los que planeaban ir Ruth y ella para celebrar el éxito del proyecto.

—¿Has comido antes ahí?

—Siempre que puedo.

—¡Cómo!

—Entrando por la puerta, sentándome y esperando a que me sirvan.

—No, tonto, lo que quiero decir es cómo consigues una mesa. —Se exasperó—. Llevo meses detrás de una maldita reserva y no hay manera.

Se la quedó mirando y se rió entre dientes.

—¿Acabas de llamarme tonto, mascota?

—No, no señor... bueno, sí... pero no en ese sentido... —Faith terminó balbuceando, con las mejillas encendidas—. Oh, ya me entiendes.

—Ni palabra, mi niña, no entiendo ni palabra, pero es lo normal entre hombres y mujeres, según parece.

Resopló, sacudió la cabeza y le señaló el coche con el dedo.

—Sube al coche y vete.

—Y ahora me echas, esto se pone cada vez mejor, sumisita. —Se rió de nuevo.

—Llama a Markus, invítale a comer y disfrutad de la reserva.

Le dio la espalda, no pensaba discutir más con él.

—¿Faith?

Resopló y se volvió hacia él.

—¿Qué?

—Conozco a Camden, por eso entro por la puerta, me siento y espero a que me sirvan —le soltó dejándola pasmada—. Él y Logan son socios del *Blackish*.

Y aquello terminó por noquearla.

—Si te portas bien, mascota, te llevaré a cenar un día de estos.

—¿Lo dices en serio?

—Palabra de Dom.

Abrió la boca y volvió a cerrarla, mejor no responder a eso, pensó.

—Oh, yo... Gracias.

Sacudió la cabeza y se rió.

—Si llego a saber que invitarte a cenar allí hubiese puesto esa sonrisa en tu cara, te habría llevado antes —replicó, sacó las llaves del coche del bolsillo y lo desbloqueó—. ¿Quieres que te deje en algún sitio de paso?

Negó.

—No hace falta, quiero caminar un rato y ver la zona comercial.

—Como quieras —aceptó y se volvió con intención de irse—. ¿Y Faith?

—¿Sí?

—A las ocho en casa. —La citó—. Si no estás para esa hora, entenderé que tu respuesta a mi invitación a jugar, es no.

Con eso dio media vuelta y subió a su coche, alejándose poco después por la calle. Se quedó allí hasta que lo vio desaparecer, le echó un último vistazo a la casa y emprendió su propio camino.

La mañana había resultado ser muy productiva, no solo había encontrado alojamiento sino que la presentación del proyecto de Ruth había sido todo un éxito. Los socios presentes se habían mostrado lo suficiente interesados como para hacer preguntas que, por suerte, había podido responder. El señor Crossroad, Jax, como prefería que lo llamase, le había pedido una copia del proyecto para estudiarla detenidamente y mostrársela al resto de socios fundadores.

—Sé que les parecerá tan atractivo como a mí, pero debo someterlo a su aprobación.

Había estado de acuerdo con ello, después de todo, si decidían darle el

visto bueno y la cosa iba adelante, tendrían por delante meses de arduo trabajo.

—Ojalá consigas lo que siempre has deseado, Ruth —musitó mirando al cielo—. Que el proyecto se convierta en algo que ayude a aquellos que lo necesitan.

Echó un vistazo al reloj, se acomodó el bolso al hombro y echó a andar. Realmente necesitaba tiempo para sí misma y caminar siempre era una buena opción para despejarse. Los últimos dos días habían sido una verdadera locura, la habían vapuleado tanto física como psicológicamente y no había tenido siquiera un respiro para poder detenerse y examinar que estaba pasando con ella. Lo que había ocurrido anoche era prueba de ello.

Dain se había convertido sin pretenderlo en su pilar, en su máximo apoyo y eso la asustaba un poco. No quería llevarse de nuevo una desilusión y este no era un hombre que pudiese pasar por su vida sin dejar una profunda huella.

Ese era el problema, pensó con ironía. Sus breves y escasas relaciones no la habían preparado para hacer frente a alguien como Dainiel, alguien capaz de coger las riendas y conducirla a través de la locura más absoluta, al deseo descarnado, a la pasión y extraer de ella una ternura que pocas veces había mostrado hacia el sexo masculino.

El sexo siempre había sido algo secundario en su vida, posiblemente porque las experiencias habían dejado mucho que desear. Su primer amante había venido y se había ido en el transcurso de una fiesta, en el típico desenfreno juvenil, la otra relación más larga que había tenido fue en la universidad. Esta segunda había sido más del tipo de amigos con derecho a polvo, ella le echaba una mano con los estudios y él se la tiraba los fines de semana. Se habían separado en buenos términos, pero no habían vuelto a verse desde hacía años y tampoco es que lo hubiese echado de menos.

Después se había limitado sencillamente a concentrarse en su trabajo, dejando de lado su sexualidad hasta que él se cruzó en su camino poniéndolo todo patas arriba.

Jamás había reaccionado a un hombre como lo hacía con él, nunca se había sentido tan plena, tan deseada como cuando la miraba Dain. Era capaz de hacerse con su mente además de su cuerpo y no solo en la cama. La manera en que la trataba, dándole lo que necesitaba incluso antes de que fuese consciente de ello la sobrecogía, era capaz de sentarse y escuchar o abrazarla y dejarla llorar hasta que las lágrimas se secaban. En cierto modo, era como si la conociese mejor que ella misma.

Y era atractivo, ya lo creía que sí, tenía además ese punto canalla que le ponía y la camelaba, con él había experimentado en muy poco tiempo más que en toda su vida. Al mismo tiempo, ese era también el problema, su particular miedo, ¿le atraía el hombre por quién era o porque no había conocido nada mejor?

Nunca se había enamorado, no de la forma en que hablaban las novelas, no de esa manera idílica y no sabía si el deseo podía ser suficiente justificación. Así que sí, necesitaba espacio, necesitaba tiempo consigo misma, recuperar su vida de modo que pudiese averiguar qué era lo que faltaba y si estaba dispuesta a dar un paso adelante para obtenerlo.

—Deberían inventar un aparatito que te dijese si estás enamorada o no —suspiró e hizo una mueca—. Seguro que evitaría muchos divorcios a la larga.

Sonrió ante su propia ocurrencia y sacudió la cabeza, lo mejor sería que se fuese de compras, a ver escaparates, comer en algún lugar atractivo y disfrutar de sí misma durante unas horas.

CAPÍTULO 42

—Así tu niña te ha dado calabazas.

Dain miró a Markus por encima de la mesa, llevaba un buen rato dándole vueltas al vino de su copa, perdido en sus pensamientos. Lo había recogido una media hora antes al tiempo que hablaba con Camden para decirle que se pasarían por el local. El chef le había asegurado, como tantas otras veces, que estaban en su casa, tendrían una mesa esperándolos cuando llegasen. Pero el apetito parecía habersele cortado incluso antes de sentarse y el culpable era precisamente el socio y co-dom de Cam; Logan. El poli le había llamado para decirle que habían encontrado a Dennis Spencer, el hombre que se había colado en la casa de Faith, le había puesto brevemente al corriente de quién era el individuo en cuestión dejándole totalmente pasmado.

Al final habían convenido en encontrarse todos allí y así poder enterarse de una buena vez de aquella locura en la que parecía haber ido a caer sin saberlo siquiera.

—En realidad, se puso su uniforme de profesora y me regañó por ser un mal anfitrión —contestó a su acompañante.

—Te dio la patada.

—Como mucha sutileza.

Sonrió intentando contener su hilaridad.

—Empiezo a ver cuál es tu problema, Dain, y no tiene remedio.

—A estas alturas yo mismo empiezo a dudar que lo haya —resopló—. No puedo dejar de pensar en lo que ha dicho Logan, es... es sencillamente absurdo.

—Un agente federal —asintió. Había estado con él cuando se produjo la llamada y había quedado igual de sorprendido.

—Son demasiados puntos inconexos, demasiadas casualidades y en medio de todo eso hay una persona muerta. ¿Qué mierda está pasando realmente?

—Espero que alguien pueda dar pronto una respuesta.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Tanto Faith como yo nos hemos visto envueltos en esta locura como daños colaterales de algo en lo que ni siquiera formamos parte para empezar. —Negó con la cabeza—. Y a ella la ha afectado de una manera que no... no puedo ni imaginarme. Todo esto está destruyéndola por dentro, haciendo que se replantee todo, que pierda la poca confianza que tenía ya en la gente.

—¿No te recuerda a alguien?

—A mí —aceptó con un nuevo resoplido—. Pero yo era más fuerte, más cabezota, quizá, tenía a Lucien para darme un puñetazo si lo necesitaba y luego apareciste tú sacándome de mi propia mierda, pero ella está sola...

—Yo diría que ya no lo está. —Lo señaló, motivo más que evidente—. Te tiene a ti.

—Pero, ¿y si yo no soy suficiente? —Preguntó, esa era su mayor duda—. No quiero coaccionarla, ni quiero anular su voluntad...

—Como su dominante tu deber es guiarla, no retenerla —le recordó—, y dado que tu carácter no hace diferencia entre tu vida y tu rol, diría que no lo estás haciendo tan mal. Respetas sus deseos, le das el espacio que necesita, la empujas a tomar sus propias decisiones o haces que se enfrente con aquello

que duda. Creo que lo que te pasa es que tienes miedo del amor.

—¿Miedo del amor?

—Es lo único que no puede controlarse, lo único que no puede dominarse o someterse, por eso entregarlo o recibirlo genera tanto miedo. Pero, al mismo tiempo, es la felicidad definitiva, la meta que todos buscamos aún sin ser conscientes de ello.

—¿Ahora también te has hecho filósofo?

—Tú me has preguntado.

Sacudió la cabeza y resopló, se bebió el vino y tragó.

—Espero que Logan y Lucien tengan una jodida y buena explicación para todo esto.

—Puedes preguntárselo ahora mismo, porque acaban de llegar.

Se giró y vio a los recién llegados saludando a un *maître* para finalmente dirigirse a su mesa.

—Llegas tarde.

—Échale la culpa al tráfico —le soltó su hermano y se acercó para saludar a Markus—. Bienvenido, jefe.

—Te veo bien, Lucien.

—Eso es que te empieza a fallar la vista.

—Es bueno verte, Markus.

—Lo mismo digo, Logan.

—¿Y bien?

—¿Dónde está mi galletita?

—Disfrutando de unas horas sin testosterona.

—Mejor, así no tendré que ser políticamente correcto —aseguró Lucien tomando asiento—. Spencer ha aparecido, de hecho, ahora mismo está hospitalizado.

—¿Ya lo has apuñalado?

—No hizo falta, ya le habían trasplantado el riñón.

—¿Cómo?

—Es broma, ¿no?

—Ojalá, Dain, ojalá —replicó, cogió la botella de vino y se sirvió—. Pero la cosa es mucho, pero que mucho más complicada de lo que parece a simple vista. De hecho, es una mierda colosal y no veo cómo demonios estos pueden empezar a limpiarla.

—Por una vez estamos de acuerdo —aseguró Logan—. Es lo que pasa siempre, unos departamentos se olvidan de comunicar a otros que están haciendo y al final, la mierda crece, crece y crece y nadie quiere hacerse responsable.

—Spencer tiene todas las jodidas papeletas para llevarse el Oscar al mejor guión.

—Uno trágico.

—Mucho.

—Tíos, me estáis mareando.

Los dos lo miraron.

—Te hago un resumen y luego lo desgrano: Spencer es el marido, ahora viudo de Ruth Vera, él no fue el que la mató, pero la estaba investigando porque ella estaba en contacto con el correo de Piper. Aquí el poli y Damien no tenían ni puta idea de eso cuando se decidió ir a por los dos peces gordos, se desmontó el laboratorio, el hijo de puta se largó y no hay manera de pillarlo. Oh, y el agente Spencer está en el hospital porque lo han trasplantado, lo cual también fue el motivo de que se marchase cuando lo hizo y su mujercita quedase atrás, vete tú a saber con qué intenciones. Al volver se encontró que su churri estaba *caput*. Está también el tema de que utilizó tu identidad, lo cual vino por un absurdo malentendido propiciado por los apelativos que nos apodó la traviesa del club y... bueno... Hay mucha

más mierda por ahí enterrada.

—Joder...

—Sí, eso también, en grandes dosis y a todo el mundo.

—¿Qué tal si pedimos ya la comida y empiezo de nuevo pero esta vez en orden y sin dejarme nada? —sugirió Lucien mirando a Logan—. Tú rellena mis lagunas... Joder, teníamos que haber invitado a Damien, para que él rellene las que nos faltan a los dos.

—¿Te das cuenta de que estamos de mierda hasta el cuello?

—Sí e intento mantenerme a flote.

CAPÍTULO 43

Faith subió las escaleras de dos en dos, no tenía paciencia para esperar por el ascensor. Llegaba tarde, tarde para la única cosa a la que le había estado dando vueltas durante toda la tarde. Giró en el siguiente descansillo y se detuvo unos segundos para recuperar el aliento, continuó a paso ligero el último tramo y se apoyó resollando como un caballo al llegar a su planta. Solo eran tres pisos, pero en su actuar forma era como subir el *Empire State Building* a pie. Sacó la llave del bolsillo y se las vio con la cerradura, tuvo que agarrarse a la puerta cuando esta cedió bajo su peso para no caer de bruces en el suelo. Posiblemente no quedase muy bien el de cerrar con un golpe de tacón, pero el segundero del reloj seguía caminando y pronto pasarían quince minutos de la hora acordada. Dejó el bolso sobre el mueble del recibidor y se dirigió hacia su dormitorio en el mismo momento en que Dain avanzaba por el pasillo en su dirección.

Su frenada podía haberle clasificado para los juegos Olímpicos pensó en el momento en que se encontró frente a frente con su casero, el cual llevaba solo una toalla alrededor de la cintura.

—Wow, despacio, nena, ¿te persigue el diablo?

—El... conejo... blanco... de Alicia.

—¿Qué?

Se lo quedó mirando, intentando recuperar el aliento al tiempo que volvía a perderlo ante esa visión totalmente masculina y sexy de un hombre recién salido de la ducha.

—Que llego... un poco... tarde.

—¿Has hecho el último par de metros a la velocidad de *Flash* o qué?
Sacudió la cabeza.

—No... subí... andando.

—Corriendo, más bien —declaró fijándose ahora en ella—. ¿Has ido de compras?

Bajó la mirada a la bolsa que aferraba con fuerza y asintió al tiempo que la escondía tras de sí.

—Sí, yo... compré algo para... el club. —No pudo evitar sonrojarse. El modelito le había parecido bastante sugerente. Se lamió los labios y levantó la mirada—. ¿Sigue en pie la invitación?

Se la quedó mirando, ladeó la cabeza y la recorrió entera.

—Te cité a las ocho y no me gusta la impuntualidad.

—Oh.

—Pero ya que te has tomado la molestia de comprarte algo para esta noche, sería una pena no sacarle partido.

Se miraron unos momentos, entonces él chasqueó la lengua y se llevó las manos a las caderas.

—Ahora tengo una duda, Faith —comentó al final—. ¿Te perdono por haber llegado tarde o te castigo por desobedecerme?

Lo miró sin saber qué debía responder. Desde luego, el castigo no entraba en sus planes, pero con este hombre, ya no estaba segura de cómo proceder, era incapaz de seguir el hilo de sus pensamientos y menos aún adivinarlos.

—¿Qué haces con tus alumnos cuando llegan tarde a clase?

—¿Además de darles un sermón sobre la puntualidad y hacerlos esperar de pie y en silencio hasta que termine con lo que han interrumpido?

Sonrió de soslayo.

—Yo los habría dejado fuera, de hecho, es lo que hago cuando no se presentan a su hora.

—Con eso solo se consigue que pierdan parte de su aprendizaje —negó ella—. No creo en privarles de algo, a menos que realmente se lo merezcan.

—Tienes un corazón blando.

—Es el que me tocó en el reparto inicial.

Sacudió la cabeza y la miró de nuevo de arriba abajo.

—Pero tú no eres uno de mis alumnos, de hecho, lo que quieres ser es mi sumisa durante esta noche.

Sí, tan extraño como aquella idea parecía en su mente, eso era lo que quería, lo que había aceptado al decidir ir con él esa noche al *Blackish*.

—Y ya que estás aquí, que te has preocupado incluso por tu indumentaria, a pesar de haber llegado quince minutos tarde... —señaló cada punto con total tranquilidad—. Te daré una segunda oportunidad. Pídemelo adecuadamente y consideraré el premiarte o castigarte, sumisita.

Se lamió los labios.

—¿Y cuál es la manera adecuada de... pedirlo, señor?

—De rodillas. —Señaló el suelo a sus pies. Al ver su vacilación insistió—. ¿Faith?

Se lamió los labios, dejó la bolsa a un lado y arrastró los pies para luego dejarse caer suavemente, apoyando el culo en los talones.

—Muy bonito —declaró él—. La mirada baja a menos que te diga lo contrario. —La guió—. Los muslos separados. —Le tocó la rodilla con el pie desnudo a modo de toque de atención—. Cógete la muñeca izquierda con la mano derecha por detrás de la espalda y endereza la columna.

Siguió sus instrucciones sintiéndose como en una clase de yoga.

—Y esa es la posición de espera que prefiero en una sumisa —le informó—. Esta es la que quiero que adoptes cuando te diga que me esperes en algún lugar en concreto, cuando quieras pedirme algo, como lo es en este caso, que te permita acompañarme al club o simplemente por y para mi placer ya que me parece una postura hermosa y educada en una sumisa. —Notó los dedos en su barbilla al tiempo que se la levantaba—. La pregunta es, ¿serías capaz de hacerlo? ¿De ceder todo el control y dejarlo en mis manos sin cuestionarte nada?

Una muy buena pregunta.

—Creo... creo que podría... si es... si en momentos... puntuales.

—Momentos puntuales, ya veo —contestó sin dejar de mirarla—. ¿Y esta noche sería uno de esos momentos puntuales?

Se lamió los labios y asintió.

—En voz alta, por favor.

—Sí...

—¿Cómo has dicho?

—Sí, señor.

—Buena chica. —Asintió ante su corrección y le acarició la mejilla con el pulgar—. Ahora, puedes preguntar lo que desees, sumisita.

Tragó. En momentos como este era cuando volvían las dudas, cuando todas las razones previamente establecidas empezaban a tambalearse de nuevo y se preguntaba si sería capaz de seguir adelante con ese juego, si era lo bastante valiente para estar a su altura y disfrutar de la manera en que él quería que disfrutase. Era un acto de confianza, de fe en la persona que estaba frente a ella.

—Me gustaría ir al club contigo esta noche, Amo Dain —murmuró dejando que las palabras surgiesen solas—. Yo... quisiera estar contigo si tú

también lo quieres.

—Lo que yo quiero es que seas mi sumisa... —Hizo una pausa—, desde ahora hasta que acabe la noche—. ¿Cuál es tu respuesta, Faith? ¿Serás mi sumisa?

—Sí, señor, lo seré.

—¿Acatarás cada una de mis órdenes sin cuestionarlas?

—Sí, señor.

—Querré de ti absoluta obediencia, dulzura, tu voluntad será la mía, tu cuerpo mío para hacer con él lo que desee, ¿lo entiendes?

Sus palabras la estremecieron pero asintió de todos modos.

—Siempre, a menos que te indique lo contrario, responderás en voz alta —le acarició los labios—. No habrá malos entendidos, ni confusiones, ¿entendido?

—Sí, señor, lo entiendo.

—En ese caso, ve a ducharte —Le indicó al tiempo que le soltaba la barbilla y recogía la bolsa que había traído consigo—. Yo me ocuparé de tu ropa esta noche y veré si es apropiada o necesita algún ajuste. Te dejaré sobre la cama lo que quiero que uses. Nada más y nada menos.

Asintió de nuevo, lo que le valió que enarcase una ceja en respuesta.

—Lo que tú digas, señor.

Dain se echó a reír y sacudió la cabeza.

—No sabes lo que acabas de hacer pronunciando esas palabras, Faith —aseguró risueño—. Gracias por hacerme el regalo de tu sumisión esta noche, no te haces una idea de lo mucho que lo aprecio.

Sus palabras la sorprendieron casi tanto como el fugaz beso que le acarició los labios.

—Tienes treinta minutos, mascota —le susurró finalmente al oído—. Procura no tardar ni un segundo más, ya tienes un castigo en tu cartilla por

haber llegado quince minutos tarde.

Se apartó dejándola allí, temblorosa y excitada con tan solo el eco de su voz calentándole el oído.

Oh Dios, esta iba a ser una noche que quedaría grabada a fuego en su alma.

CAPÍTULO 44

—Y eso es lo que les ocurre a las sumisas traviesas que deciden jugar con las cosas de sus amos, Faith.

Dain sonrió al ver cómo ella se tensaba a su lado, sus ojos se habían abierto como platos, los carnosos labios parecían querer decir alguna cosa pero todo lo que pudieron emitir fue un ahogado jadeo antes de que se moviese un par de centímetros más detrás de él. Se había enfurruñado e incluso había discutido con él por lo que le había hecho a su vestido negándose a ir así a ningún sitio. Solo accedió a poner un pie fuera de su casa cuando le permitió ponerse un enorme chal que además de cubrirla la abrigaba, aunque dicha prenda fue efectivamente eliminada tras traspasar el umbral del club.

Y ahora que veía el uniforme femenino que Horus y los amos responsables de aquella interesante representación artística habían elegido para las tres traviesas sumisas, suponía que Faith se sentía incluso a gusto con su conservadora elección.

—Desde luego es admirable la creatividad y el ingenio que tienes, Horus. —Se carcajeó Logan, quién había llegado con Camden y Sio unos minutos antes y con quienes se habían reunido delante de la barra del bar—. ¿Qué opinas, Sumi? ¿No te gustaría un uniforme como ese?

La pelirroja sacudió la cabeza con tal energía que su pelo suelto voló en todas direcciones.

—No, gracias, maestro —replicó al momento y diría que incluso se acercó más a Camden, quién permanecía sentado en un taburete tomándose una cerveza—. Prefiero la ropa que el Amo Cam elige para mí. No te ofendas, Amo Horus, tienes un gusto muy... *brilli-brilli*.

El aludido se carcajeó.

—Estoy en shock, de verdad —añadió Camden señalando la pared dónde se ubicaban las cruces de San Andrés—. Cuando leí tu email pensé que estabas de broma, pero ahora... No sé, Horus, tanto colorido incluso tiene su atractivo, sobre todo sobre el cuero negro del mobiliario.

—Ellas estaban deseosas de darle un nuevo toque a la decoración del club, lo dejaron perfectamente claro la semana pasada, así que, consideré que lo justo es que formasen parte de los ornamentos —aclaró con suficiencia—. Además, adoran los unicornios, así que le dimos lo que querían... y un poco más.

Desde luego, aquella era una imagen que sería difícil de olvidar, pensó Dain observando el área acordonada dónde las tres díscolas sumisas exhibían su nuevo «uniforme».

—Esos arneses para pechos tienen su atractivo —murmuró Logan, relamiéndose—. Y las falditas de tul son de lo más chic.

Sonrió de soslayo, tenía que estar de acuerdo.

—Lo que me encanta son las diademas con cuerno de unicornio y orejitas y la cola a juego —aseguró divertido—. ¿Qué clase de *plug*...?

—Rosario, fue idea de Fire.

Silbó por lo bajo y se rió entre dientes.

—Malvado Dom. —Secundó Camden uniéndose a la diversión—. ¿Soy yo o las medias son también de ese... cómo lo llamaste, Sumi?

—*Brilli-brilli*, Amo Cam.

—Sí, son el último grito. —Horus sonrió cruzándose de brazos—. Y el tanga es comestible, de un agradable sabor a fresa.

—Me encanta, es sencillamente un conjunto único.

Y lo era, no había forma de interpretar aquella expresión de color azul eléctrico que formaba el arnés que les envolvía los pechos, levantándolos y exponiéndolos por completo. Las estrellas con borlas de color rosa con brillitos que les cubrían los pezones destacaban sobre la piel pálida de las sumisas, al igual que lo hacía el diminuto tanga que apenas les cubría el pubis y que hacía juego con el ligüero y las recargadas ligas con volantitos y lacitos que lucían las chicas en los muslos. El toque final lo daba una faldita de tul amarillo brillante transparente, los puños de distintos colores que llevaban alrededor de muñecas y tobillos y la diadema y cola de colores a la que había hecho referencia.

Sin duda, las tres chicas se habían convertido en unas preciosas y sexys unicornios, aunque dudaba mucho de que estuviesen disfrutando en esos momentos de formar parte del mobiliario.

—¿Cuánto tiempo llevas torturando a la pobre Kitty?

Horus sonrió ampliamente en respuesta y señaló a la dulce sumisa que, atada de pies y manos a la cruz, con una mordaza de bola en la boca que ahogaba sus gemidos, movía las caderas de manera elocuente —benditos huevos vibradores—, incapaz de hacer nada más que padecer el erótico placer del castigo que su amo había preparado para ella.

—No el suficiente.

Sacudió la cabeza y deslizó la mirada sobre la segunda muñequita, quién estaba atada al banco de azotes, con esa divertida cola de colores colgando entre sus piernas. Sus nalgas estaban rojas, calientes por el efecto de algún objeto de impacto que, conociendo a Brian, llevaría incluso el

nombre de la traviesa sumisa.

—Luna le va a sacar los ojos a Brian en cuanto la libere.

—No tengo la menor duda de ello —aseguró Logan con un resoplido—. Tiene las manos llenas con esa chica.

—¿Sabéis lo que le tiene preparado para hoy? —Comentó también Camden.

—Sí, nos informó a todos —aceptó Horus—. Va a ser un fin de noche de lo más interesante.

Sí, sin duda lo sería pensó recordando el mensaje que había recibido al poco de llegar a casa.

—¿Puedo preguntar de qué se trata, maestros? —Inquirió Siobhan con la típica educación de una sumisa bien entrenada.

—No te preocupes, mascota, es una sorpresa para tu amiga.

—Y no puedes decir ni una palabra al respecto, ¿entendido, Sumi?

—Sí, amo, entendido.

Con todo la pequeña pelirroja parecía estar dándole vueltas al asunto, probablemente pensando en lo que podría significar todo aquel misterio.

Un agudo gemido llegó hasta su oído procedente del escenario que tenían montado con las tres polvorillas como protagonistas principales, en esta ocasión provenía de la sumisa a la que Kells estaba dedicando una atención especial. La chica estaba suspendida en el aire con un magnífico trabajo de *Shibari* controlado en todo momento por el mismo Dom que lo había creado. Él se entretenía haciéndola contorsionarse, lloriquear y gemir a través de la mordaza de bola común a las tres mientras conducía la cabeza del micrófono erótico entre las piernas abiertas de la fémina. El tanga había desaparecido y su sexo se mostraba caliente, mojado y rosado por las atenciones.

—Jessie no va a poder caminar después de esto —chasqueó con visible

diversión.

—Se le han pegado las mañas de las otras dos, se han mantenido firmes e inocentes durante toda la semana —aseguró Horus chasqueando la lengua—. Es admirable la camaradería que se ha instaurado entre las sumisas del *Blackish*.

—Te has librado por los pelos, Sumi. —Sonrió Logan, mirando a la chica—. No tengo que ser adivino para saber que, de haber estado aquí la semana pasada, tú estarías ahora mismo haciéndoles compañía.

—Una suerte que haya pasado toda la semana conmigo, ¿verdad, amor? La chica se sonrojó y asintió inclinándose contra Camden.

—Sí, mi amo.

Un nuevo gemido hizo que Faith diese un respingo. Se giró hacia ella, prestándole ahora toda su atención y se encontró con esos ojos marrones muy abiertos, el rostro sonrojado y visiblemente incómoda.

—¿Quieres verlo desde más cerca, lobita? Podría ser una lección interesante para ti.

Sacudió la cabeza al instante, su pelo recogido de nuevo en una coleta se balanceó de un lado a otro con ímpetu.

—No, señor, desde aquí es más que suficiente.

Bajó la mirada sobre ella y se relamió ante la visión de toda esa piel canela envuelta en fina tela semi transparente de color negro decorada con estrellas plateadas. Se había salido con la suya al quitarle el forro al vestido y obligarla a ponerse únicamente la parte superior sobre su cuerpo desnudo.

—¿Es tu nueva sumisa, Dain?

La pregunta de Camden hizo que Logan asintiese.

—Claro, tú no la conoces —comprendió el compañero del chef—. Han pasado algunas cosas mientras has estado fuera, ¿recuerdas que te hablé del tipo que se había hecho pasar por Dain? —El hombre asintió—. Pues ella

pensó que ese hombre y Dain eran la misma persona, cuando descubrió que no era así, decidió venir al club para descubrir a ese tío y decirle un par de cosas. ¿No es así, Faith?

Ella se lamió los labios, miró a Logan y luego a Camden con gesto nervioso. Avergonzada e inquieta bajó la mirada y la levantó solo para mirarle a él con tal gesto de súplica que lo hizo reír. Por supuesto que su lobita había reconocido al hombre, no en vano parecía estar enamorada de su restaurante.

—Es muy nueva —añadió Horus guiñándole el ojo—. Me alegra ver que has decidido acompañar de nuevo al Amo Dain, mascota. Te sienta bien su collar.

Su sonrojo aumentó, pero el gesto que hizo llevándose los dedos al collar con el cascabel lo enterneció.

—Me gusta el modelito, ¿se lo elegiste tú, Dain? —preguntó Logan recorriéndola con la mirada.

—En realidad fue idea de Faith, yo me limité a quitarle tela.

Los hombres se rieron y disfrutaron de la visión de la mujer envuelta en un breve vestido de gasa con un hombro completamente desnudo y el otro bajando en forma de desigual capa hasta casi el suelo. Ceñido a la cintura, el vestido enmarcaba sus pechos desnudos revelando las oscuras aureolas de sus pezones ya endurecidos contra la tela y envolvía sus caderas destacando el contorno del breve tanga negro brillante que formaba un triángulo entre sus muslos y las perfectas nalgas que ahora mantenía pegadas a él, como si fundiéndose con su cuerpo pudiese evitar que ellos la mirasen.

—Estaba decidida a causar una buena impresión. —Añadió y, envolviéndola con un brazo alrededor de la cintura, la movió hacia delante, atrayéndola contra su pecho, dejando que fuese perfectamente consciente de la erección que ya empujaba sus vaqueros—. Le dije que posiblemente

pudiese conocerte, Camden. Tienes ante ti a una entusiasta de tu cocina y de tu restaurante.

—¡Dainiel!

Su agónico quejido hizo que se riese entre dientes, se inclinó y le habló al oído.

—Me encanta oír mi nombre completo en tus labios, dulzura, añade Amo delante y será perfecto.

Ella gimió y bajó la mirada avergonzada.

—Encantadora y tímida, por lo que veo —comentó Camden dejando su cerveza a un lado, bajó del taburete y se acercó a ella—. Hola preciosa, así que te llamas Faith.

La manera en que se tensó, levantó la cabeza y asintió efusivamente casi le hace reírse a carcajadas. Era tan mona, tan cálida en su timidez.

—Sí, yo... es un placer conocerle, chef O'Rourke.

Camden se sorprendió ante la respuesta educada y casi profesional de la chica, entonces sonrió y lo miró.

—¿Me dejas?

Retiró el brazo alrededor de la chica y asintió.

—Adelante.

—Prefiero que las sumisas me llamen señor o Amo Camden —le aseguró deslizando los dedos por la piel de su mejilla. Si seguía pegándose más a él, lo empujaría, pensó Dain con diversión—. Pero es un verdadero placer conocer a alguien a quién le gusta mi cocina. ¿Ya has estado en el *Temptations* antes?

Ella se lamió los labios y negó con la cabeza.

—No, señor —replicó al momento—. Mi... amiga Ruth y yo íbamos a celebrar... algo allí, pero... no pudo ser.

—Ruth es la chica de la que te hablé —añadió Logan, advirtiéndole a su

compañero.

El semblante del chef cambió ligeramente.

—Lamento tu pérdida, cariño. —Le acunó la mejilla.

Asintió incapaz de decir otra cosa, entonces se lamió de nuevo los labios.

—Gracias, señor.

—¿Sabes? A veces es necesario terminar aquello que dejamos inacabado, especialmente cuando se produce de una forma inesperada —le aseguró—. Así que, me gustaría que vinieses a cenar al *Temptations* el próximo jueves y celebres que la vida sigue para ti.

La invitación le arrancó un pequeño jadeo.

—Yo... ah... no sé qué decir...

Él se rió.

—Puedes empezar por pedirle permiso a tu amo y decirle que te acompañe.

Su respuesta fue inmediata, se giró al momento y posó las manos por iniciativa propia sobre él.

—¿Vendrías conmigo? ¿Por favor?

—Si te lo pide así no puedes decirle que no, Dain.

Él se limitó a enarcar una ceja en respuesta y, valiente e inteligente sumisa, comprendió al momento lo que debía hacer. Se arrodilló suavemente, adoptó la postura que él le había indicado, se aclaró la garganta y preguntó.

—Amo Dain, ¿podrías, por favor, acompañarme el próximo jueves a cenar al restaurante del Amo Camden?

Sus palabras fueron como un golpe en el pecho, como Dom no podía sentirse más orgulloso e importante ante la consideración de una sumisa en busca de su aprobación.

—Eso ha sido muy dulce, Dain, no puedes negarte —aseguró Horus.

—Te tiene pillado, socio. —Se rió Logan.

—Supongo que con una petición tan bonita y educada, no puedo decirte que no, dulzura.

Ella emitió un ligero chillido, se levantó de golpe y se echó a sus brazos.

—Gracias, gracias, gracias.

Sonrió para sí, le acarició la espalda y dejó que disfrutase de su entusiasmo.

—De acuerdo, dulzura, ahora agrádecele al amo Camden por la invitación.

Tras dedicarle una sonrisa que lo desarmó por completo se giró hacia Camden y le dedicó unas palabras de agradecimiento, alabando su cocina y diciéndole que era un placer conocerle.

—Muchas gracias, de verdad, es un honor conocerte.

El chef pareció tan sobrecogido como divertido por la actitud femenina.

—El placer ha sido todo mío, Faith —aseguró, la cogió de la barbilla y, tras dedicarle una mirada a modo de permiso, la besó brevemente—. Sé buena con el Amo Dain.

Dio un paso atrás y asintió, se había sorprendido ante el hecho de que ese hombre la besase.

—Sí, señor, lo intentaré.

—Y eso ya es más de lo que cualquier dom puede pedir escuchar voluntariamente de su sumisa. —Se rió Logan, abrazando a la pelirroja—. ¿Verdad, Sumi?

—Yo intento ser siempre buena contigo y con el Amo Cam, señor —aseguró la chica con una amplia y coqueta sonrisa—. Pongo todo mi empeño en ello.

—Pequeña tunante.

La chica se rió antes de besarlo en los labios.

—Te quiero, Maestro.

Aquello derritió a Logan.

—Y yo a ti, polvorilla, y yo a ti.

Faith se apoyó de nuevo contra él, observaba a la pareja sin hacer comentario alguno al respecto, parecía estar decidiendo qué clase de relación se daba allí.

—Sumi es la sumisa de Cam y Logan, mantienen una relación poli.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la suya.

—¿Poli?

—Poliamorosa —le explicó—. Los tres mantienen una relación abierta.

Ella asintió y volvió a mirar al trío, quién parecía haberse olvidado del mundo y se concentraban en cada uno.

—¿Y cuánto tiempo dices que vas a mantener a la pobre gatita en la cruz? —preguntó a Horus, volviendo al punto inicial.

—Hasta que decida que puede correrse —replicó malicioso—. Cinco minutos más en esa posición y... ya veremos en cual después. Para el segundo turno estarán tan cansadas, que espero poder disfrutar de algo más tranquilo con ella.

Sonrió y sacudió la cabeza, no pudo evitarlo.

—Por cierto, no sé qué le dijiste la semana pasada, pero gracias —le comentó su amigo—. No he tenido que volver a amordazarla.

Se rió entre dientes.

—Sabes que Sophie está colada por ti tanto o más que antes, ¿no?

Asintió.

—Sí, Dain, tanto o más de lo que lo estoy yo por ella —admitió sincero y miró a su acompañante—. Y por eso mismo sabe que va a estar ahí arriba hasta que yo así lo quiera y lo acepta como una dulce y cálida sumisa.

Sacudió la cabeza.

—Cuida de ella —le pidió.

—Y tú disfruta de lo que la vida ha dejado en tu regazo —le sugirió señalándola a ella—. Pórtate bien con el amo Dain, Faith.

Antes de que la chica pudiese decir algo, la cogió de la barbilla y la besó, hundiéndole la lengua en la boca, haciéndola gemir por lo inesperado del acto solo para soltarla después.

—Nos vemos en la segunda sesión, si todavía estáis por aquí.

Dicho eso, dio media vuelta y se encaminó hacia el lugar acordonado.

—¿Todos los dominantes del club tenéis la costumbre de besar a las sumisas de otro amo o es que soy una novedad, señor?

Se rió ante su pregunta, le giró el rostro con los dedos y le levantó el rostro.

—Eres una novedad, dulzura, pero para que alguien te bese o te toque, necesitan mi permiso.

Parpadeó un poco confundida, entonces arrugó la nariz.

—¿Le diste permiso a los maestros Camden y Horus para besarme?

—Pensé que te gustaría, de hecho, hay alguien más que se muere por hacerlo, de hecho, por hacer algo más que besarte.

La expresión de su rostro fue muy elocuente.

—Yo no...

—No pienses, Faith, tu cometido esta noche es dejar que yo decida por ti.

Tragó, con visible dificultad.

—¿Cómo debes responder, sumisita?

—Sí, señor.

Asintió y le acarició la punta de la nariz con el dedo.

—Muy bien —aceptó complacido—. ¿Confías en mí, Faith? ¿Confías

en que sabré lo que puedes y no tomar?

Le sostuvo la mirada durante unos segundos, entonces asintió.

—Sí, todavía no entiendo el motivo pero, contigo sé que estaré segura.

—Siempre, pequeña, si algo puedo prometerte aquí y ahora, es que conmigo siempre estarás segura.

Tragó de nuevo, respiró profundamente y se lamió los labios.

—Te creo, así que, ¿qué tienes en mente para mí, señor?

La manera en que lo preguntó le hizo sonreír.

—Darte placer y obtener el mío en el proceso —declaró muy sincero—. Y para ello, te llevaré a una de las mazmorras y te presentaré a nuestro compañero de juegos para esta noche.

La forma en que abrió los ojos fue de lo más elocuente, pero no le pasó desapercibida la manera en que sus pupilas se dilataron, el cambio en su respiración o esa pequeña y rosada lengua deslizándose sobre el labio inferior. Podía estar incómoda, asustada, pero la perspectiva le causaba la suficiente curiosidad como para excitarla.

CAPÍTULO 45

Cuando alguien mencionaba la palabra mazmorra, al momento te venía a la mente un oscuro y húmedo calabozo, una habitación lúgubre dónde los presos eran torturados, dejados colgando de cadenas, atados a cepos o en mesas de tortura. Bien, aquella mazmorra no era húmeda, la calefacción hacía que te sobrase la ropa, la luz era tenue, pudiendo regularla en función a cada zona, pero el mobiliario y el tono gris de las paredes le conferían un aspecto carcelero. Por no hablar de que los reos estaban mucho más desnudos, colgados de cadenas en el techo, anclados a un poste en el primer tercio de la habitación o en las cruces de la pared. Otra pareja utilizaba parte de la inmensa cama para dar rienda suelta a su fogosidad. Cada uno parecía completamente sumergido en sus ocupaciones, disfrutando del momento sin importarle un comino que hubiese más personas en la habitación. Era perturbador y también extrañamente excitante.

—Esta es la mazmorra principal —le susurró Dain al oído, haciéndola saltar. Tenía suerte de estar sujetándola con su mano abierta sobre su estómago o habría salido disparada de allí—. Está bastante concurrida y, dado lo mucho que estás temblando, nos quedaremos en la privada.

Oh Dios, gracias.

—¿Hay una... habitación así... privada?

—Le llamamos «privada» porque está pensada para dar ocupación a un máximo de seis o siete personas —le explicó—. Es más pequeña y la decoración es más... sugerente.

—¿Seis o siete? Eso no me parece precisamente privado, señor.

Sonrió.

—Lo es especialmente porque una vez te metes en tu papel lo último de lo que eres consciente o te importa es quién haya a tu alrededor.

Se lamió los labios.

—No estoy segura de que me guste tener público.

—No serás consciente ni de los aplausos.

—¿Qué aplausos?

—Borra esa cara de susto, Faith, solo es una forma de hablar —le dijo divertido—. Ven, cuando lo veas con tus propios ojos lo entenderás perfectamente.

Se lamió los labios y obligó a sus pies a moverse pero era incapaz de quitarse todo aquello de la cabeza. Los sonidos típicos del club resonaban en sus oídos y no hacían nada para calmar sus nervios.

—¿Y... y si no puedo hacerlo? —musitó, tiró de él obligándole a detenerse—. Dain, ¿y si no... no quiero?

—Tienes tu palabra de seguridad, «rojo», funciona aquí igual que en casa —le recordó—. Pero confía en mí, sé lo que puedes aceptar, lo que puedes enfrentar, no eres alguien que se rinda fácilmente y por eso, quiero tentarte y empujar un poco más allá. No existe entre nosotros una lista de límites establecida, por eso insisto tanto en que seas sincera conmigo en todo momento.

—No estoy segura de lo de la mazmorra y estoy siendo muy sincera.

—Lo sé, pero no te has negado en redondo, a pesar de todo, sientes curiosidad, y eso, dulzura, es lo que voy a explotar, lo que voy a empujar y lo vas a disfrutar.

Hablaba con tanta seguridad, con esa voz tan sexy y ronca que la excitaba a pesar de su nerviosismo.

—Sí, señor.

—Mírate, haciendo pucheros —le soltó—. Vamos, Faith, te aseguro que acabarás dándome las gracias.

—Lo dudo mucho, señor, lo dudo muchísimo.

—Sumisita de poca fe.

Le dio la espalda y continuó a la sala privada, en la puerta había una

pequeña pizarra y en ella había pegados dos círculos. Dain sacó una ficha del bolsillo y la añadió a la superficie, aquello parecía un semáforo.

—¿Puedo preguntar qué es eso?

—El código de reservas. —Le guiñó el ojo—. Cuando hay tres, el cupo se llena.

Tragó saliva y miró hacia delante, no le quedaba otra salida, era lo que había aceptado.

—Estás pensando demasiado, nena, voy a tener que ponerle remedio — anunció, tomándola por sorpresa.

—Lo siento, yo...

No la dejó continuar, la atrajo hacia él y la distrajo con un profundo beso. Sus manos estuvieron al momento sobre su cuerpo, amasándole los pechos, pellizcándole los pezones, su pierna abriéndose paso entre las suyas, rozándose contra su sexo a través del tanga. La empujó contra la pared, cambió de ángulo y volvió a besarla, arrancándole el aliento, encendiendo su cuerpo a la velocidad de la luz... y entonces se apartó.

Jadeaba, sentía los pechos pesados, los pezones doloridos, le palpitaba el sexo y el corazón se le había acelerado.

—Eso está mejor.

Con eso, dio media vuelta, abrió la puerta y la hizo entrar.

Al contrario que la habitación anterior esta exudaba decadencia. Los muebles y el color de la pared iban entre el negro más puro al rojo color vino, con algunos toques más brillantes. La iluminación era igual de tenue y aquí sonaba además música étnica a través del hilo musical.

Recorrió la habitación con la mirada, cada una de las paredes alternaba entre el mobiliario exótico y erótico, sacado de una mazmorra de la edad media y sensuales cuadros que retrataban conocidas seducciones de mitos griegos. Un par de cruces de San Andrés, unas cómodas sillas, un sofá en

forma de medialuna, una amplia cama que daba cabida a varias personas, un poste, dos extraños bancos uno de los cuales le recordaba al plinto de las clases de educación física... Había varios aros decorando las paredes así como un par de armarios y expositores de los que colgaban *floggers*, varas, palas y demás juguetes de impacto. De hecho, estaba tan ocupada haciendo su particular inventario que no se fijó en las parejas presentes hasta que escuchó un gemido a su derecha.

Había dos parejas en la habitación, de hecho, una de ellas era un trío. Dos hombres tenían atada a una mujer a una de las cruces, con los ojos vendados, las piernas abiertas y los pechos comprimidos por un extraño corsé. Uno de ellos le chupaba los pezones mientras el otro se daba un festín entre sus piernas. Se encontró tragando saliva, la imagen le pareció sumamente erótica y se encontró apretando los muslos.

Al otro lado de la sala alguien tiraba de unas cadenas, sus gemidos quedaban ahogados por una mordaza, su cuerpo temblaba considerablemente mientras su amante entraba y salía de su trasero, pues su coño, totalmente depilado, estaba abierto y cubierto por un objeto en forma de mariposa. Se le aceleró la respiración, él se impulsaba en su culo, manteniéndola abierta para cualquiera que quisiera mirarla y sus ojos, de un bonito y claro color azul se encontraron con los de ella. Se sostuvieron la mirada, como si no hubiese nadie más en la habitación, ella parecía disfrutar siendo observada y Faith se encontró disfrutando también al mirarla. Cuando la mujer gritó a través de la mordaza, ella gimió en respuesta, apretando los muslos y sintiendo su sexo palpitar.

—Me gusta verte excitada —le apartó el pelo hacia un lado y le mordisqueó la piel del cuello—. Me gusta especialmente la manera tan sincera en la que respondes, sin guardarte nada...

—Dain...

—Me encanta como ese pecaminoso vestidito tuyo realza todo aquello que me pertenece, mi patio de juegos particular...

—¿Pecaminoso? Escandaloso, más bien...

—Semántica, dulzura, pura semántica —declaró deslizando las manos sobre su cuerpo, acunándole los pechos por encima de la tela, rozándole los pezones con los pulgares, apretándola contra él haciéndola notar la dureza de su erección contra las casi desnudas nalgas—. Estoy deseando tenerte —la aferró por las caderas y restregó su erección contra sus nalgas—, especialmente quiero esto para mí... ¿Me lo darás, Faith?

No pudo evitar temblar bajo su contacto y sobre todo bajo sus palabras. Sus manos seguían aferrando sus pechos, acariciándoselos, pellizcando sus pezones hasta el punto de provocarle una punzada de dolor que inmediatamente recaló en una ola de calor entre sus piernas. Se movió contra él, restregándose contra su pene, empujando los pechos contra sus manos, buscando más.

—Dime, sumisita, ¿me darás lo que quiero? —enredó los dedos en su coleta y tiró hacia atrás, sujetándola, buscando sus ojos mientras la clavaba en el lugar con esa mirada ardiente. Su poder sobre ella era absoluto, no podía resistirse a él y tampoco quería hacerlo—. ¿Te entregarás a mí completamente?

Deslizó la mano libre sobre sus redondeadas nalgas, apretando una de ellas, acariciándosela, haciéndola temblar mientras sus dedos buceaban entre sus piernas encontrando sus húmedos pliegues.

—Ya estás mojada —recalcó sin soltarla, sonriendo maliciosamente—. Estabas tan preocupada... y aquí estás, húmeda, caliente, lista para que abra esos rosados pliegues y me sumerja en tu interior.

Intentó alejarse, apartar la mirada, pero él no se lo permitió.

—Estoy excitada, señor, dílo.

Se lamió los labios.

—Estoy excitada, señor.

—Sí, lo estás. —Bajó sobre su boca, rondando sus labios—, y quieres que te folle, quieres acoger mi pene en ese húmedo y dulce coñito tuyo. ¿No es así sumisa?

Sus crudas palabras la avergonzaban a la par que la excitaban aún más.

—Dilo, Faith. —Tiró un poco más de su pelo, provocándole un caliente ardor en el cuero cabelludo, haciendo que la posición fuese incómoda—. Quiero escucharlo de tus labios.

—Quiero... yo... yo lo... lo quiero, señor.

—¿Qué quieres, dulzura?

—Que me folles... quiero... te quiero dentro... de mí.

—Suenas tan dulce cuando lo dices así.

Capturó su boca en un nuevo beso, se tomó su tiempo en recorrerle los labios con la punta de la lengua, bromeó, fingiendo penetrarla para retirarse en el último momento, sonrió ladino al escucharla gemir de frustración y, por fin, se sumergió en su interior robándole el aliento.

—Quítate el vestido —ordenó dando un paso atrás, dedicándole toda su atención—, y tiéndete en el lado derecho de la cama.

Siguió su mirada y tragó, durante unos instantes había dejado de importarle dónde estaban, se había olvidado de las parejas que había en la sala y de las que ahora volvía a ser consciente. Una de ellas ocupaba el lado contrario de la cama a la que le había ordenado dirigirse, ella permanecía tendida boca arriba, con las manos en los pechos mientras él la lamía entre las piernas. No pudo evitar estremecerse, apartó la mirada al momento y la levantó para encontrarse a Dain mirándola fijamente.

—Estoy esperando, Faith, y ya sabes lo que opino de la tardanza.

Tragó una vez más, empezaba a tener problemas para hacerlo, dudó

unos segundos y aquello fue suficiente para que su acompañante decidiese tomar cartas en el asunto.

—Veo que vas a desobedecerme.

—No, yo solo...

La mirada en esos ojos azules la hizo cerrar la boca al momento.

—El vestido fuera, ahora —le advirtió al tiempo que se cruzaba de brazos—. El tanga también.

Se lamió los labios, cerró los ojos y respiró profundamente al tiempo que llevaba las manos a los cierres y lo soltaba, dejando que la tela resbalase por su cuerpo hasta el suelo. Una oleada de calor la recorrió de los pies a la cabeza en el momento en que se vio desnuda, ni siquiera sabía a dónde mirar, así que decidió concentrarse en la línea de la cintura de su pantalón. Enganchó dos dedos a la delgada tira del tanga y empezó a bajarla muy lentamente, sacando primero un pie y luego el otro.

Cogió las prendas y aventuró un vistazo en su dirección.

—¿Dónde... lo pongo, señor?

No respondió, acortó la distancia entre ellos, le levantó la barbilla con un par de dedos y la miró a los ojos.

—Dime que se te está pasando por la cabeza.

—¿Qué?

La manera en que la miró, enarcando una ceja la hizo rectificar.

—No... no estaba pensando en nada...

—Mientes.

Se lamió los labios.

—No, de verdad, yo no...

—Faith, te azotaré si sigues por ese camino.

Cerró la boca y apretó los labios.

—Dímelo.

—No quiero estar aquí.

—¿Por qué?

—Porque me estoy muriendo de la vergüenza, porque tú parece disfrutar de eso y yo... y yo no lo entiendo.

—¿Qué no entiendes, dulzura?

Su voz se convirtió en un hilo.

—No entiendo que incluso ahora y aquí, te desee tanto.

Dio otro paso, acercándose más a ella y luchó por apartar la mirada.

—No, los ojos en mí.

Obedeció, sus palabras no daban opción a otra cosa.

—No disfruto ni disfrutaré jamás de algo que hace que te sientas mal —le aseguró muy serio—. Estás asustada, estás nerviosa, sabes que deseas esto porque me deseas a mí, te avergüenza estar desnuda ante otras personas y es algo natural, pero la vergüenza no es más que un estado pasajero y que desaparecerá antes de que te des cuenta siquiera. Y sí, estás excitada porque lo desconocido también te excita, es algo nuevo para ti y como no puedes controlarlo, tiendes a encogerte y querer huir. Pues bien, hoy no habrá huidas, no habrá concesiones y para que no te distraigas más con lo que hay a tu alrededor... —Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y sacó un pañuelo ancho de color amarillo—, apagaremos la luz.

Jadeó, dio un paso atrás pero él la retuvo con efectividad.

—Se acabó el escapar, es hora de jugar según mis reglas —le informó al tiempo que le cubría los ojos con el pañuelo—. Quiero que te concentres en mi voz y solo en mi voz, eso, mis manos, mi boca y mi polla será todo lo que te tocará a partir de ahora.

—Dain...

—Tienes una palabra de seguridad —le recordó—. Si quieres terminar con esto aquí y ahora, utilízala.

Se lamió los labios, pero mantuvo la boca cerrada. Quería estar allí, a pesar de todo, quería estar con él.

—Extiende las manos.

Hizo lo que le pidió y escuchó el clic de los aros de los puños que le rodeaban las muñecas, se las había sujetado juntas por delante.

—Camina. —La cogió de la unión de las esposas y tiró de ella—. Un pie delante de otro, mascota, en línea recta.

La repentina ceguera de la venda la había dejado totalmente a oscuras, la privación de la vista sin embargo hizo que el resto de los sentidos se intensificaran. Aguzó el oído intentando escuchar su voz, sus movimientos, pero estos se filtraban con otros sonidos.

—¿Amo Dain?

—Ten cuidado, un paso más y te encontrarás con la cama. —Su voz la tranquilizó, seguía allí y su tono se había aligerado un grado. Tal y como la previno encontró la estructura ante ella y, casi al mismo tiempo se sintió empujada, cayendo en el aire para terminar sobre una superficie que nada tenía que ver con un colchón. Era más dura, el tacto del frío cuero contra su piel desnuda la hizo estremecer—. El color del cuero contrasta con el de tu piel, es una combinación de lo más exótica, dulzura.

Se lamió los labios y giró la cabeza hacia el sonido de su voz, casi al mismo tiempo notó como le cogía de ambas manos y se las levantaba por encima de la cabeza, anclando las esposas a algún punto de sujeción, manteniéndola estirada.

—Precioso, una verdadera obra de arte.

Dio un respingo al notar algo sobre su piel, unos dedos, callosos, conocidos, deslizándose sobre sus pechos, haciendo rodar sus pezones hasta arrancarle un quejido. Lo próximo que sintió fue el calor y la humedad de una boca cerniéndose sobre uno de sus senos, chupando uno de los pezones,

lamiéndolo mientras los insistentes dedos se hacían cargo del otro.

—Eres como un helado de chocolate, da gusto lamerte.

Y eso fue lo que hizo, la lamió y mordisqueó haciendo que todo su cuerpo respondiese al momento, inflamando el deseo que latía entre sus piernas, aumentando el ritmo de su respiración, arrancándole pequeños jadeos mientras la hacía retorcerse bajo esa erótica tortura.

—Oh, sí, míralo —ronroneó entre sus piernas, abriéndoselas lo suficiente para que sintiese su sexo expuesto a su mirada—. Rosados y mojados, tu cuerpo no miente, estás excitada, deliciosamente excitada.

Resbaló las manos por sus muslos, bajando hacia las rodillas y enganchándolas por encima de sus codos de modo que quedó totalmente expuesta a él, su pelvis elevada a una altura adecuada a sus intenciones. Notó sus dedos jugando con sus pliegues, abriendo su sexo sin hacer nada más, el no poder saber que pasaba la estaba matando, la incertidumbre la volvía ansiosa y se movió inquieta.

—Quietecita... —Escuchó su voz, escuchó un sonido de rasgadura y a continuación el de una cremallera.

La cabeza de su miembro empujó entonces contra ella, penetrando a través de sus hinchados y mojados tejidos, hundiéndose poco a poco en su interior hasta alojarse por completo. Sin mediar palabra se retiró, uniéndose a ella solo con la cabeza antes de volver a hundirse con más fuerza hasta el fondo.

—Señor —jadeó echando la cabeza hacia atrás, tirando de las muñecas solo para encontrar que no podía. Sus rodillas fueron empujadas más arriba, su trasero quedó casi en el aire mientras él la montaba con largas embestidas—. Amo Dain...

Él no dijo una sola palabra, pero notó como arrastraba una mano hacia sus caderas, empujando su cuerpo con el propio un poco más arriba un

momento antes de que un dedo empujase en su culo.

—Dainiel, no... espera...

—Te lo dije en otra ocasión, Faith, solo quiero escuchar tu palabra de seguridad...

Gimió e intentó alejarse cuando empujó en su culo, resbalando más allá del anillo de sus firmes músculos, saliendo solo para arrastrar la humedad que manaba de su sexo y volver a penetrarla. La sensación de dualidad, de sentirse llena por ambos agujeros la estremeció, sus músculos se cerraron en torno al pene que alojaban y el placer se incrementó. Empezó a moverse y lloriquear, no sabía si quería que continuase o que se detuviese, la inesperada y cada vez más profunda invasión en su culo la enloquecía.

—Sí, te gusta más de lo que estás dispuesta a admitir —escuchó su voz cerca del oído—, puedes sentirme dentro de ese pequeño y dulce culito, apretándome, deseando más mientras te follo.

Giró las caderas, empujándose de nuevo, cambiando el ángulo y provocándole pequeños espasmos que la llevaron a morderse el labio para no gritar.

—Me encanta lo sincero que es tu cuerpo, cómo pide más, como ruega por más...

—Amo Dain, por favor...

—Eres deliciosa, pequeña, tan apetitosa que no creo que pueda cansarme nunca de ti.

Tembló bajo él, cada nuevo impulso de sus caderas la empujaba contra la cama, hacía que rozase contra el cuero, creaba pequeños puntos de fricción que la estaban volviendo loca. La penetró un par de veces más, primero lento, luego más rápido, con fuerza para terminar saliendo por completo de su interior y maniobrar su cuerpo hasta tenerla apoyada sobre los codos y las rodillas. Le dió un fuerte azote primero en una nalga, luego en la otra y

volvió a penetrarla en aquella posición.

—Me has desobedecido. —Escuchó su voz alto y claro un segundo antes de que su mano cayese sobre la parte superior de sus nalgas desnudas provocándole un pinchazo de escozor. Sus músculos vaginales apretaban la presa sobre el miembro masculino con cada bofetada que recibía—. Llegaste quince minutos tarde... —una nueva palmada cayó sobre la otra nalga—, cuestionas mis órdenes —otra bofetada, cada una en una zona distinta de su culo, haciéndolo arder—, me desafías —otra bofetada...

—Señor, por favor...

—Te has portado como una sumisa díscola. —Otra bofetada, más fuerte que las anteriores—. Me mientes. —Otra más, esta acompañada de sus quejidos y sus lágrimas—. Te mientes a ti misma.

—Lo siento... lo siento...

—No volverás a mentirme, nunca, Faith. —El azote resonó en sus oídos acompañado de su propio sollozo—. No cuestionarás mis órdenes. —Otro azote—. Y por encima de todo, vas a ser sincera contigo misma.

Una última bofetada la hizo soltar un agudo sollozo que acalló sobre el colchón. Las grandes manos resbalaron entonces sobre su caliente carne, aumentando el calor, convirtiendo el dolor de los azotes en un hormigueo de placer. Solo entonces se retiró y volvió a penetrarla haciendo plenamente consciente del calor en su culo cada vez que presionaba la pelvis contra ella.

—¿Lo has entendido?

—Sí, oh Dios, sí... por favor... Dainiel, por favor...

Le aferró las caderas y empezó a bombear con más fuerza en su interior, empujándola contra la cama, hundiéndose cada vez más en su interior al tiempo que resbalaba de nuevo un dedo en su culo, abriéndolo, imitando el movimiento de su pene antes de añadir una segunda falange mientras la aferraba de la cadera.

La sensación pasó de agradable a ligeramente molesta, pero en el estado de excitación en el que estaba no se quejó, sus dedos incursionaban en su trasero mientras sus dedos lo hacían en su sexo creando una doble fricción que la estaba desquiciando.

—Amo, por favor... no puedo más... necesito... Dios, lo necesito... por favor...

Se apoyó contra su espalda, sin dejar de bombear y le lamió el arco de la oreja.

—Puedes correrte, dulzura, solo déjate ir.

No tuvo que decírselo dos veces, su pene se sumergió una vez más en sus profundidades, acompañado de sus dedos y todo explotó a su alrededor con la fuerza de un huracán. Sus tejidos se ciñeron alrededor del miembro masculino, atrapándolo, impulsándole al mismo tiempo a una carrera para alcanzar su propia liberación.

Faith gritó, todo su cuerpo se convulsionó, se arqueó bajo él y se derrumbó en cuanto él dejó de sostenerla, uniéndose a ella.

Se tomó unos momentos para recuperar el aliento, incapaz de hacer otra cosa que permanecer allí tendida, con las manos ancladas por encima de la cabeza, el cuerpo empapado en sudor y el sonido de su corazón latiéndole todavía en los oídos.

—Eres una pequeña sumisa díscola, ¿lo sabías?

La pregunta llegó acompañada de la pérdida de la venda y la recuperación de la visión y la caricia de una mano sobre su abusado culo.

—Lo... lo siento, señor.

Dain le cogió la barbilla y le giró el rostro, para encontrarse con sus ojos.

—Eso ha sido tu castigo. —Le informó con voz suave, pero no por ello menos impactante—. No toleraré que me mientas, Faith, no cuando tiene que

ver contigo y tu bienestar. El que hayas llegado tarde no me ha dolido tanto como el hecho de que me mintieses.

La forma en que lo dijo la obligó a parpadear para alejar las lágrimas.

—Lo siento, de verdad, yo no... —Se lamió los labios—. Yo no sabía... Ni siquiera sabía que... Lo siento, Dain.

Le acarició el rostro con los dedos y bajó sobre ella para besarla suavemente.

—No vuelvas a hacerlo y yo no tendré que volver a castigarte, ¿de acuerdo?

Asintió con vehemencia.

—Lo siento, no volverá a pasar.

—Sé que no, lobita, sé que no —le sonrió, le dio un nuevo beso y resbaló las manos sobre su cuerpo, deleitándose en su figura, provocándole cosquillitas para finalmente soltar la restricción de sus muñecas y liberarla—. Pero por si se te olvida... al suelo. De rodillas.

Parpadeó, bajó la mirada sobre su cuerpo y se lamió los labios al ver cómo su sexo estaba de nuevo erecto.

—Enséñame una vez más lo dulce que puede ser esa linda boquita.

Cuanto más lo miraba, más parecía crecer en tamaño, endureciéndose, hinchándose y, por absurdo que pareciera, eso le hacía la boca agua.

Había cosas que no lograba entender y el que siguiese deseándole después de lo que le había hecho era una de ellas.

Se lamió los labios, se incorporó hasta quedar sentada completamente desnuda a su lado y bajó la mirada al suelo.

—Sí, señor.

Deslizó las piernas sobre el colchón, cayendo con gracia al suelo, esperó a que girase, terminando sentado y con las piernas abiertas y esa apetitosa polla llamando su atención para cumplir con sus órdenes.

Se llevó unos rebeldes mechones de pelo detrás de la oreja, tragó un par de veces la saliva que se le había acumulado en la boca y bajó sobre esa columna de carne.

—Demuéstrame si te he enseñado bien, lobita.

La alusión a su pasada experiencia en esas lides la sonrojó, deslizó los dedos sobre su eje, envolviéndolo y bajó la boca para lamerle desde la punta a la raíz y viceversa. Acarició la gruesa cabeza del pene con la lengua, lo incitó entre sus labios, succionándolo como le había indicado y había descubierto que le gustaba. Cada murmullo y gruñido masculino era una efectiva guía para saber si lo estaba haciendo bien. Se lo metió en la boca y lo amamantó antes de alojar todo lo que podía de su longitud en su garganta, tragándose para dejarlo ir de nuevo. Tuvo cuidado en hacer las pausas necesarias para respirar. Lo degustó como a un caramelo, excitándose ella misma en el proceso, sintiendo como su sexo palpitaba de nuevo e incluso el sordo tacto fantasma en su trasero.

Siguió chupándolo, jugando con la lengua mientras observaba a través de las pestañas las reacciones en su cuerpo, el temblor en su vientre, la manera en que se esforzaba por respirar, el color cada vez más oscuro de sus ojos mientras la miraba, extasiado.

Su inmovilidad no duró mucho, pronto se encontró con el pelo envuelto alrededor de su mano, tirando de su cabeza como si quisiera retrasar el momento o impedirle ir más allá. En un arranque de osadía, arrastró los dientes por su longitud mientras jugaba con sus testículos, haciéndolos girar entre los dedos y aquello fue el punto final a su tarea. Sus caderas se impulsaron hacia arriba, el agarre en su pelo la empujó hacia abajo y se vio obligada a relajarse cuando se alojó profundamente, estallando en su boca, haciéndola tragarse el semen que bajaba caliente y salado por su garganta.

—Dulzura —murmuró retirándose de su boca, aflojando la tensión

sobre el agarre en su pelo y permitiéndole respirar de nuevo—. Tienes una jodida matrícula en mamadas.

Levantó la mirada y sonrió al verlo totalmente desarmado.

—Gracias, Amo Dain, la enmarcaré.

Las carcajadas del hombre resonaron en la mazmorra, haciéndola de nuevo consciente de dónde estaban y de lo que acababa de hacer, delante de otras personas. Deslizó la mirada por la sala y se encontró de nuevo con los ojos de la misma chica a la que había visto cuando llegó, ella le sonrió en respuesta y volvió a prestar atención al hombre ante al que también estaba arrodillada.

CAPÍTULO 46

Dain siguió la mirada de Faith y sonrió para sí. No le pasó por alto el temblor de reconocimiento que la traspasó, acababa de ser consciente una vez más de que estaban en la mazmorra, posiblemente su mente estuviese intentando analizar el hecho de que acababa de hacerle una mamada a alguien delante de otras personas.

Sin embargo, no era miedo o vergüenza lo que percibía ahora de ella, sino curiosidad, la misma que había bailado en sus ojos cuando la hizo traspasar el umbral.

No podía dejar de mirarla, totalmente desnuda, con toda esa piel chocolate a su disposición, el nido de rizos negros asomando entre la uve de sus muslos y esos bonitos pechos coronados por oscuros pezones era toda una visión. El collar y los puños destacaban sobre su piel creando un exquisito contraste, en cierto modo era el mismo tono que los diferenciaba a él y a ella.

Esa idea le llevó a otra, a pensar cómo habría sido su infancia, su adolescencia, no era fácil para una chica de color criarse en una sociedad donde aún hoy en día existían asesinatos racistas, dónde alguien podía ser golpeado por la policía con absoluta impunidad por el simple hecho de tener un color de piel oscuro. Y, sobre todo, para alguien que había sido carne de un programa de acogida social.

Su profesora no era de las que bajaba los brazos, el puesto que ocupaba, el respeto que se había ganado de sus alumnos hablaba por sí solo. Él conocía

bien a esos chicos, sabía que su confianza había que ganársela, que no la entregaban así como así y la manera en la que lo habían interrogado aquel primer día, solo hablaba de lo mucho que la apreciaban.

Se preguntó si ella sería consciente de eso, de lo mucho que significaba para esos muchachos o de lo mucho que empezaba a significar para él.

Tan pronto como la pregunta penetró en su mente la hizo a un lado, no perdería el tiempo en filosofías y preguntas a las que no tenía ganas de dar respuesta, no cuando podía emplearlo en disfrutar de esa encantadora sumisa.

—Ven aquí.

La cogió por la argolla del puño y tiró de ella hacia su regazo, instándola a abrir las piernas y sentarse a ahorcajadas sobre él.

—Me gusta la manera en que te mojas, en que lloras por mí —declaró deslizándose suavemente los dedos a lo largo de sus mojados pliegues—. Y me gusta todavía más la manera en que me acoges. Móntame.

La manera en que bajó la mirada entre sus cuerpos, ese pequeño gesto de sus labios y el vacilante tacto de sus dedos sobre sus hombros lo ponía a cien. Esa suavidad con la que se movía, la inherente vergüenza era tan deliciosa que no podía hacer otra cosa que devorarla. La sujetó por las caderas, la levantó obligándola a levantarse y la guio hasta que la cabeza de su pene encontró la húmeda abertura.

—Respira profundamente y apóyate en mí.

Casi diría que hizo exactamente lo contrario, conteniendo el aire mientras posaba las manos sobre sus hombros y abría esos bonitos ojos marrones mientras le iba acogiendo, pulgada a pulgada, meciéndose contra él mientras bajaba.

Aprovechó su concentración para hacerla añicos, le rodeó la aureola con la punta de la lengua y chupó su pezón, atrapándolo entre los dientes, apretando lo justo para sentir como sus paredes vaginales le apretaban en

respuesta. Se rió contra su pecho, lo lamió y se dedicó a darse un breve festín mientras ella lo acogía por completo.

—Señor...

Le gustaba oírla gemir, pero todavía le gustaba más oírla gritar su nombre, casi tanto como los ruiditos que hacía cuando jugaba entre las mejillas de su culo. Tenía que admitir que tenía una jodida adicción hacia esa extremidad, quería penetrarla, dividir esas nalgas y enterrarse profundamente en ella, llevarla al éxtasis de una forma que no lo había hecho nadie antes. Quería su virginidad, quería su total entrega, que confiase en él con lo más íntimo de su ser y estaba dispuesto a obtenerlo. Deslizó una mano hacia atrás, entre sus nalgas y comenzó a sondear la fruncida entrada. La tensión fue inmediata, levantó la mirada y se encontró con la de ella, velada, llena de deseo y también incertidumbre.

—Relájate, solo estoy jugando... por ahora.

Empujó un poco más y se retiró, bajó hasta dónde se unían sus sexos y aprovechó la lubricación extra para mojar el dedo antes de volver a la entrada oculta entre sus nalgas y empujar de nuevo, llevándose en esta ocasión hasta la base.

—Dain... señor... espera... no...

Rotó las caderas y volvió a concentrarse en su pecho, lo succionó, se amamantó de él mientras retiraba el dedo antes de volver a hundirlo de nuevo, una y otra vez, consiguiendo extraer de ella pequeños maullidos, notando sus dedos aferrándose con más fuerza a sus hombros, haciendo que cada movimiento de la cabeza hiciese tintinear el cascabel del collar. Era curioso que reparara ahora en ese sonido cuando no lo había hecho antes.

—Estás muy apretada —ronroneó sobre su pecho. Le prodigó un último lametón y alzó las caderas, provocándola—. Muévete, Faith, hazlo con suavidad, sin prisas.

Ella gimió y movió un poco las caderas, apoyándose en las rodillas y sus hombros para levantarse unos centímetros y dejarse caer. La dejó hacer, disfrutando de los soniditos que escapaban de su garganta y siguió jugando en su culo. Le mordisqueó el cuello, buscó su boca y reclamó su lengua, bebiendo de ella y tragándose al mismo tiempo sus gemidos. Poco a poco empezó a dejarse ir, a disfrutar de la sensación de ser penetrada por ambos lados. La aferró con una mano, ayudándola a subir hasta que solo estaban conectados por la punta de su erección y tiró de ella hacia abajo, con decisión, hundiéndose con fuerza en su interior. Podía sentir como temblaba, cómo agitaba la cabeza y maullaba como una gatita desvalida en busca de aquello que tenía al alcance de la mano pero a lo que no llegaba. La torturó un poco más, incursionando en su culo, sometiéndola, sintiendo como los músculos de su recto se aferraban a su dedo.

—Eso es, apriétame —gruñó en su oído—. Siénteme, escucha a tu cuerpo, escucha como desea más.

—Dainiel —gimoteó—, por favor...

—¿Por favor, qué?

—Quiero... quiero más...

Sonrió para sí y le mordisqueó la oreja.

—Sí, yo también quiero más, dulzura, quiero enterrar mi polla en el lugar en el que ahora está mi dedo, quiero escucharte gritar mientras te monto, quiero sentir como me aprietas en ese culito virgen, te quiero completamente subyugada y entregada a mi placer.

Sus palabras la hicieron temblar, escuchó su jadeo ahogado un segundo antes de que enterrase el rostro contra su hombro.

—Y tú también lo quieres.

—No.

Se rió.

—Sí, sientes curiosidad... te excita que te penetre por aquí —Y para enfatizar sus palabras, sacó el dedo y la penetró esta vez con una segunda falange—. Te gusta...

—No... no es verdad... y no... no miento.

Pequeña sumisa.

—Entonces dejémoslo en... que es algo extraño pero te excita... todavía no sabes si te gusta.

—Es... vergonzoso...

—Oh, sí, lo sé —le besó la mejilla—, pero toda vergüenza se irá en un momento, todo en lo que podrás pensar es en lo bien que se siente.

Se retiró de su culo e hizo lo mismo de su sexo. Estaba tan excitada, tan necesitada que protestó, sacudió la cabeza y prácticamente le miró implorante que siguiese.

—Pronto, dulzura, muy pronto...

La empujó de modo que bajase las piernas hacia el suelo, comprobó que se mantenía estable y se levantó tras ella. Le rodeó la cintura con los brazos, la apretó contra su mojada erección y la besó, borrando cualquier protesta de su mente. Jugó con sus pechos, rodó los pezones entre sus dedos y la fue guiando hacia otro lado de la habitación, a la esquina en la que estaba el mobiliario que necesitaba.

—Date la vuelta —la instruyó, rompiendo el beso, acariciándole los labios y viendo el deseo y la confusión en sus ojos—. Inclínate hacia delante y abre las piernas.

Se movió lentamente pero obedeció, la empujó lentamente hasta que sus pechos estuvieron aplastados contra el potro, la ayudó a colocar las rodillas en cada soporte a ambos lados, abriéndola a su placer y fijó sus muslos con correas a ambos lados. En cuanto cerró el segundo la sintió temblar.

—No te ataré las manos, pero quiero que estires los brazos y cojas esos aros que encontrarás en cada lado. —La guió—. Sí, así. Sujétalos y no los sueltes.

—¿Qué... qué vas a hacer?

—Disfrutar de ti, por supuesto y hacer que tú lo disfrutes también —le aseguró, bajó sobre su rostro y le robó un nuevo beso—. No te muevas, voy a hacerme con algo que necesito, cuenta hasta diez y estaré aquí antes de que termines.

Se aseguró de que estaba bien antes de alejarse y sacar de uno de los armarios un tubo de lubricante, la visión de ella allí atada, abierta a su placer hizo que le palpitase el ya duro pene. Se moría por tomarla, por correrse profundamente en su interior. Se relamió y aprovechó el momento para ponerse una cantidad de gel en las manos y lubricar su pene de camino a ella.

—¿Has llegado a diez?

—No... no señor.

—Bien —le pegó una pequeña azotaina en el culo—. Vas a sentir que está frío, dulzura, pero será mucho más agradable así.

Se sobresaltó al sentir el gel entrando en su trasero pero tal y cómo la había atado no podía hacer nada para evitarlo o apartarse, dejó escapar un pequeño gemido y escuchó el sonido de las argollas del potro cuando se aferró con más fuerza a ellas.

—Primero notarás mis dedos —la previno, dibujó senderos sobre la desnuda columna, distrayéndola, mientras incursionaba en su interior, penetrándola muy lentamente, lubricando el pasaje que lo acogería en un momento más—. Sí, justo así, suave y resbaladiza. Me ajustarás como un guante, dulzura, la sola idea hace que se me ponga incluso más dura.

Le acarició las nalgas y bajó la mano libre entre sus piernas, penetrándola también allí con los dedos, creando una dualidad que pronto le

arrancó unos cuantos jadeos, haciendo que contonease las caderas, empujando hacia él, deseosa de lo que le había negado antes. Sabía que estaba excitada, la frustración corría por sus venas y era retenida a duras penas por su lengua.

Se inclinó sobre ella, atormentándola con sus dedos, alternando las salidas y entradas de su cuerpo, creando un ritmo que la hacía temblar y gimotear a la vez.

—Un dedo más, puedes con ello, estás lista para ello, lo deseas, lo sabes...

—Oh Dios mío... Dainiel...

—Amo Dainiel para ti, dulzura, tienes la patente exclusiva de mi nombre.

Ella resopló solo para volver a gemir y sacudir la cabeza cuando ingresó un tercer dedo en su interior, estirándola más allá de lo que le resultaba cómodo.

—No, no, no... señor... no, por favor...

—Respira. —Le besó la base de la columna y movió la mano entre sus piernas de modo que el pulgar rozase ahora el clítoris—. Te noto temblar, me empapas los dedos, estás excitada, te gusta...

—No... ay Dios...

Se rió entre dientes y le mordisqueó esa pequeña depresión que unía la columna con el nacimiento de sus nalgas.

—Con Amo Dainiel es suficiente para ti, lobita.

Se detuvo unos segundos, buscando su reacción y sonrió ampliamente al escucharla gemir, al sentir como se apretaba en torno a sus dedos y empujaba buscando más de aquello que le daba. Su piel estaba transpirada de sudor, brillante, hermosa, sus redondas nalgas eran una invitación oscura, a ir más allá, a explorar lo prohibido con ella, a desarmarla por completo y

conseguir la rendición definitiva.

—No... No te pares... Amo Dainiel... no te pares, por favor, por favor...

—¿Lo ves? Te dije que te gustaba. —Se rió en su oído, solo entonces retiró los dedos de su lubricado ano y llevó la cabeza de su pene a la entrada, empujando muy lentamente, lo justo para abrirla con la cabeza de su miembro—. Y te prometo que será aún mejor...

—Oh... por favor...

—¿Por favor, más? ¿Por favor, detente?

—¡No lo sé! ¡Solo más!

Se rió entre dientes ante el grito de ultraje que surgió de su garganta.

—Qué carácter —Se lo estaba pasando realmente bien empujándola, extrayendo de ella esas inesperadas respuestas. Se inclinó sobre ella, aferrándole las caderas con ambas manos—. Me quedaré con «por favor, más».

Empujó en su interior, pasando el apretado anillo de músculos, dividiendo su carne, forzándose en el lubricado canal, estirándola. La notó temblar, escuchó sus quejidos, vio su cabeza girar de un lado a otro y el sonido del cascabel acompañando sus movimientos.

—No, no, no... Dain...

—No aprietes, relájate —la instruyó y deslizó de nuevo una mano entre sus cuerpos, buscando el hinchado clítoris para jugar con él mientras seguía empujando en su apretado culo—. Deja que tu cuerpo se acostumbre, siente cómo te lleno. Me aprietas, tiras de mí, me succionas por entero.

Ella se retorció, sus manos dejaron las sujeciones y volaron hacia delante, como si aquella posición fuese más cómoda o no supiese ya que hacer con ellas. Gimoteaba como una lobita, lloriqueaba su nombre y otras cosas que no pudo llegar a comprender.

—Dain... para... por favor, no... no puedo... du... duele...

Él estaba duro y caliente, la presión a su alrededor estaba poniendo a prueba su resistencia. Se moría por hundirse dentro y volver a salir, por bombear sin piedad en ese pequeño canal, pero no podía dejarse llevar. Esta era su primera vez y debía ir con mucho cuidado, llevarla a tal punto de excitación que ya no diferenciase el dolor del placer.

—Shh —la arrulló—. Puedes con ello, Faith, estás hecha para mí, todo tu cuerpo está hecho para mí, me pertenece, responde a mis demandas y me da lo que deseo porque es lo que tú también deseas.

—Dain...

—Respira profundamente, cariño. —Le pellizcó el clítoris y le acarició los húmedos pliegues un par de veces más, haciendo que contonease las caderas—. Ya casi estamos.

Un par de centímetros más y se encontró completamente alojado en su interior, sus pelotas acunadas contra sus nalgas, una sensación gloriosa.

—Jesús, esto es el paraíso.

—Y una... mierda... que lo es...

No pudo evitar reír ante su exabrupto.

—Oh, joder... por favor... Haz... haz algo, lo que sea... pero haz... haz algo o... o me volveré loca...

—Estás muy caliente, me empapas los dedos, lo deseas, no puedes esconder lo evidente, tu cuerpo lo desea.

—Ya... cállate —lloriqueó y meneó de nuevo las caderas para luego lloriquear—. Ay Dios... Dios, Dios, Dios...

—Si me concedes tal título, tendré que hacerle justicia, lobita.

Con eso se retiró lentamente, apenas unos centímetros y volvió a empujar con mucha suavidad, continuó con aquellos movimientos, haciéndolos más largos, más profundos hasta que su cuerpo se relajó y los

tensos músculos de su ano cedieron a la intrusión de su pene.

—Eres magnífica —le susurró sin dejar de moverse en su culo—, tan apretada, tan deliciosa... me vuelves loco...

Continuó montándola mientras la acariciaba entre las piernas, aumentando las sensaciones, empujándola cada vez más lejos, apartándola de la cordura y de su resistencia, rompiendo sus barreras hasta que ella fue completamente suya, rendida a su placer y a él.

—¿Quieres que pare? ¿Deseas que me detenta, pequeña?

—N... no... por favor, no... Más... más... muévete... más...

No pudo evitar gruñir al sentir como empujaba contra él, saliendo a su encuentro, perdida completamente en aquel erótico placer que traspasaba sus sentidos y le robaba la cordura, clavó los dedos en su cadera, manteniéndola quieta y se retiró casi por completo esta vez solo para volver a penetrarla hasta el fondo. Un grito surgió de la garganta femenina, un lloriqueo que siguió a otro, todo su cuerpo temblaba ahora, cercano a la ansiada liberación.

—Todavía no puedes correrte, Faith —masculló sin dejar de moverse en su culo, resbaló los dedos fuera de su sexo y la sujetó por las caderas—. No tienes permiso, ¿no has entendido?

—Da...Dai... —No terminó su nombre, lloriqueó, sacudió la cabeza, apoyó la mejilla sobre la superficie de la mesa y sus ojos se encontraron aunque no estaba seguro de si ella era consciente de algo más que el placer. Su mirada era vidriosa, totalmente ida, los carnosos labios se abrían en jadeos, sus mejillas estaban mojadas por las lágrimas, era una visión asombrosamente sexy.

—Eres mía, dilo.

Gruñó al tiempo que volvía a penetrarla, controlando cada embestida, deteniéndose cuando creía que estaba cerca, obligándola a esperar, a darle lo que le pedía porque se lo pedía.

—So... soy... tu... tuya.

—Me perteneces. —Volvió a penetrarla, hasta el fondo, apretando los dientes al sentir como aumentaba la tensión en sus testículos—. Tu cuerpo me pertenece, tu voluntad responde a mi voz... Dime, dulzura, quién es tu amo.

Se lamió los labios y gimió.

—Tú, oh señor, tú... tú eres mi amo, Dainiel... tú, solo tú...

Sus palabras parecieron aflojar el nudo en su pecho y liberarle de alguna carga que no sabía ni que llevaba, el deseo y la necesidad de cuidar y atesorar a esa sumisa, a esa mujer se sobrepuso a todo lo demás.

—Córrete ahora, Faith, por mí, hazlo.

Como si respondiese a la batuta de un director de orquesta que daba la señal de cerrar la opereta, el cuerpo femenino empezó a estremecerse y a temblar alrededor de su empalado pene. Sus labios se dividieron en un agónico grito de éxtasis y él la coreó con un gruñido de absoluto triunfo mientras se impulsaba un par de veces más en su interior hasta derramarse por completo.

—Dios, sí... —Se dejó ir por completo, la cubrió con su cuerpo, todavía enterrado profundamente en su culo, degustando los espasmos que lo ordeñaban hasta dejarlo completamente seco. Se lamió los labios y se obligó a retirarse con mucho cuidado de su interior hasta desalojarse por completo—. Eso ha sido de diez, sumisita.

Ella no respondió, ni siquiera se movió, todo lo que podía hacer era jadear en busca del aire que le había sido arrebatado, perdida todavía como estaba en los rescoldos del placer.

Aprovechó el momento para limpiarse y limpiarla también a ella, la cogió en brazos y se asombró de la sensación de calor que le llenó el pecho. La llevó hasta el sofá, el cual estaba vacío y se sentó con ella en brazos.

—¿Maestro Dain?

Levantó el rostro apenas unos segundos después para ver a Cassie, la sumisa de Wolf y hermana de fraternidad de Luna, tendiéndole una botella de agua.

—Gracias, gatita.

La polvorilla de ojos azules, asintió con la cabeza y señaló la puerta con el pulgar dónde Wolf la esperaba. El Dom le dedicó un guiño, habían estado jugando en la mazmorra incluso antes de que llegasen y ahora iban de retirada.

—De nada, señor.

Con su habitual coquetería, giró sobre sus pies desnudos y corrió hacia su amo.

Dain tuvo que maniobrar para abrir la botella y acercarla a los labios de la dulce y tierna muñequita que acunaba.

—Faith, es agua, bebe. —Añadió un tono de orden a sus palabras consiguiendo que ella obedeciese y tragase un poco del líquido. En cuanto este bajó por su garganta, despertó su sed—. Despacio, cariño, despacio.

Se lamió los labios y abrió esos bonitos ojos marrones, todavía estaba algo perdida.

—¿Dain?

—Sí, dulzura.

—Estoy cansada.

—Lo sé.

—Voy a dormir un ratito.

—Está bien.

—No te vayas.

—No lo haré. —Sonrió ante su petición—, estaré justo aquí para cuando te despiertes.

Ella se limitó a asentir, suspiró y cerró los ojos, necesitando de unos momentos para reponerse del desbordante ataque emocional que había sufrido su cerebro y su cuerpo.

CAPÍTULO 47

Faith se despertó a regañadientes, algo la molestaba, no estaba segura de que era, pero algo estaba haciendo que abandonase la calidez del sueño. Rezongó sin emitir otra cosa que un par de bajos gruñiditos y se giró, o al menos esa había sido su intención pero algo se lo impedía.

—Buenos días, bella durmiente.

Conocía esa voz, era una que le provocaba escalofríos de placer, que hacía que le latiese el sexo entre las piernas, que le endurecía los pezones hasta tal punto que rogaría porque se los lamiese, se los metiese en esa húmeda y pecaminosa boca y se diese un festín con ellos. Gimió y se desperezó, no quería despertar, quería quedarse allí, con él, recordando lo bien que la hacía sentir pero, al mismo tiempo, empezaba a ser incapaz de pasar por alto el cosquilleo que sentía sobre el pecho o la punzada de dolor que la atravesó como un rayo conectando uno de sus pezones con su sexo.

—Abre los ojos, dulzura, ya has dormido bastante.

No pudo evitar pensar en ese estúpido despertador femenino que había visto anunciado al notar que algo vibraba entre sus piernas, se le había pasado por la cabeza comprárselo solo para tener un bonito despertar por una vez en la vida, pero esta vibración parecía ir y venir obligándola a concentrarse en el momento actual.

—Te estás perdiendo lo mejor —Insistió en su oído, la humedad de su lengua le recorrió el arco de la oreja antes de pegarle un mordisco que la hizo

abrir los ojos.

—¡Ay!

—Al fin, por Dios. —Se rió Dain un segundo antes de bajar sobre su boca y hundir la lengua en su interior, besándola como si no pudiese saciarse de ella—. Pensé que tendría que recurrir a algo más drástico y menos divertido para despertarte, sumisita.

A Faith le llevó unos segundos darse cuenta de que no estaba en la cama, de que las paredes eran de un color rojo oscuro con apliques en negro y que estaba desnuda, con ese hombre jugando entre sus piernas mientras atormentaba sus pechos.

Como si fuese una bala de cañón arramplando con todo, los recuerdos del previo momento en esa mazmorra acudieron a su mente. Intentó incorporarse solo para darse cuenta de que no podía, él la tenía sujeta por la cintura, medio tendida sobre sus piernas y se entretenía con un pequeño vibrador entre sus mojados pliegues. El movimiento la hizo también consciente de su tierno culo y de cómo la había utilizado, volviéndola completamente loca.

—Ay Dios —jadeó, buscó su rostro y se encontró con esos ojos azules—. Tú... tú... tú... yo...

—Tú y yo, ¿qué?

—Lo hiciste.

—Te hice muchas cosas, dulzura, tendrías que ser más específica.

El rostro empezó a arderle, saber que se había entregado a él de esa manera, que le había dejado hacerle «eso» la dejó sin respiración; entre otras cosas porque, a pesar de las molestias iniciales, lo había disfrutado. Nunca había sentido tanto placer en su vida.

—Ah, eso... —Su sonrisa se hizo más masculina, más traviesa—. Sí, te folle el culo y tengo que decir que me ha encantado. Ha sido una experiencia

increíble.

Su cara se encendió todavía más, estaba a punto de hiperventilar.

—Y tú también lo disfrutaste, gritabas lo suficiente alto para que no me quedase la menor duda.

—Oh, por favor. —Se tapó el rostro con las manos.

—Um, ya veo que ha vuelto mi tímida sumisa —ronroneó y, para su horror, el objeto entre sus piernas cambió de posición incidiendo sobre su clítoris, haciéndola estremecerse y jadear como si no pudiese hacer otra cosa—. Um... este aparatito tiene sus ventajas, creo que te compraré uno para que lo lleves en el bolso. Nunca sabes cuándo puede entrarle a un Dom ganas de jugar con su sumisa.

Echó la cabeza hacia atrás, dejándola caer sobre su brazo y se mordió el labio inferior mientras se retorció en su regazo. La vibración la estaba poniendo de los nervios, podía notar como el orgasmo se acercaba, pero entonces él bajaba la vibración y el placer quedaba suspendido dándole ganas de gritar.

—Pero por ahora... —El sonido de la vibración del aparato cesó al igual que el movimiento—, será mejor que nos metamos en una cabina de ducha, nos aseemos y volvamos a la planta principal. No quiero perderme la actuación de Brian.

Sin darle opción, la empujó hasta que sus pies tocaron el suelo, se levantó tras ella y la empujó hacia la entrada. Su ropa, la de ambos, estaba colgada en unos ganchos de los que ni siquiera había sido consciente al entrar.

—No te vistas todavía, no vamos muy lejos.

Arrancó la ropa de los colgadores, retiró la ficha que había puesto en la pizarra y tiró de ella hacia el final del pasillo. La pared terminaba en un enorme mural pintado en la pared, una escena bastante elocuente entre una

ninfa y un sátiro. Dain deslizó la mano hacia la derecha y al momento vio como el mural corría hacia un lado, revelándose en una puerta corredera, que daba a una zona de duchas comunitarias.

—Vaya...

—Sí, no hay muchos lugares tan bien preparados como el *Blackish* — comentó él, se hizo a un lado y tiró de ella para hacerla pasar.

Tan pronto entró fue consciente de que el sonido del agua de la ducha se confundía con el gemido de una mujer y el golpear de la carne durante el sexo. Se quedó parada, congelada en el lugar solo para saltar cuando la enorme palma masculina cayó sobre su culo.

—Muévete, Faith, no querrás hacer que lleguemos tarde de nuevo.

Dios, no, ni por todo el oro del mundo.

—No señor, no quiero en absoluto.

—Elige una cabina y entra.

—¿No hay mampara?

Se rió por lo bajo y le cogió el rostro entre las manos.

—Dulzura, acabas de ser follada en la mazmorra, delante de otras personas, ¿en serio te importa si hay o no mamparas?

Se lamió los labios.

—No me gustaría ser quién tenga que limpiar luego el baño de no ser el caso, señor.

Se carcajeó y ella no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Es una suerte que no tengas que hacerlo —le dio otra palmada y la hizo caminar—. ¿Te sientes bien? ¿Notas alguna molestia?

La pregunta hizo que bajase la mirada y sacudió la cabeza.

—Estoy bien, gracias —aceptó, entonces recordó su previa acusación y añadió—. Solo un poco... incómoda... ahí.

Él asintió y le indicó con el índice un par de reservados cerrados al otro

lado de la sala.

—Encuétrate conmigo en la última cabina.

Sin más la dejó y se dirigió al lugar en el que debería encontrarse con él. Se lamió los labios y suspiró agradecida por aquella inesperada concesión, al mismo tiempo que se sonrojaba hasta la punta del pelo por el hecho de que él se parase a pensar en algo como eso.

Utilizó el WC y fue a encontrarse con él en la cabina que le había indicado, el espectáculo de ver a un hombre de su altura y compleción aseándose le provocó una punzada de placer en el bajo vientre, al momento su sexo se humedeció en respuesta. Esas manos acariciaban el cuerpo que le habría gustado acariciar, que había acariciado cuando él se lo había permitido, arrastró sus ojos sobre sus abdominales y tragó ante la dura y erecta erección que apuntaba hacia su estómago.

—¿Todo bien?

La pregunta fue tierna, sin mirarla siquiera, como si supiese que había cosas que debían mantenerse dentro de ciertas normas.

—Sí, todo bien, señor.

Dain se giró entonces hacia ella, su rostro mojado hacía que sus ojos pareciesen más azules, más brillantes.

—Adelante, dulzura, hay sitio de sobra para los dos.

No pudo evitar sonrojarse, dio un paso hacia delante y él la atrapó, envolviéndola con los brazos, girándola y pegándola a la pared para luego mover el chorro de la ducha sobre ella.

—Ah... ay Dios... *wof*... Por favor...

—Cierra la boca, Faith, no quiero que tragues agua.

Obedeció en el acto y cerró también los ojos cuando el agua le cayó por la cabeza.

—Quítate la goma del pelo, por favor.

Se llevó la mano al pelo y retiró la sujeción permitiendo que este le cayese sobre los hombros.

—Gracias.

No contestó, el agua caliente era tan agradable sobre su cuerpo que no puso objeción alguna a la ducha.

—Echa la cabeza hacia atrás.

Ante su orden siguió la dirección de sus manos a unos dispensadores en la pared y luego lo miró a él.

—¿Vas a...?

—¿Qué te he dicho?

Cerró la boca, echó la cabeza hacia atrás y esperó. Él le enjabonó el pelo y no pudo evitar suspirar de placer mientras sus dedos le masajearan el cuero cabelludo, se tomó su tiempo para lavarle la cabeza y continuar después con el resto de su cuerpo. Sus músculos se fueron aflojando bajo sus atenciones y, de ser un gato, lo más seguro es que hubiese terminado ronroneando. Los largos dedos le acariciaron los pechos, bajaron por su tripa y se entretuvieron más de la cuenta entre sus piernas.

—No te muevas, vamos a aclarar el jabón de aquí para que no te escueza.

No pudo evitar pegar un saltito al sentir como el chorro de la alcachofa de la ducha pasaba de sus hombros al centro de sus piernas, la potencia del agua la hizo saltar y se hubiese apartado de no estar ya pegada a la pared.

—Amo Dain, por favor...

Su respuesta fue bajar la boca sobre la suya, su lengua resbaló entre sus labios y se encontró con la suya, degustándola mientras aquella tortura seguía entre sus piernas.

—Me tientas, Faith, no puedo evitarlo.

Volvió a colocar la ducha en su sitio y el agua volvió a caer sobre ella,

pero ya no era esta la que sentía sobre su piel, sino las manos y los labios de Dain recorriéndola entera. Tomó un pezón en la boca y tiró de él entre los dientes, succionándolo con fuerza antes de prodigarle un trato semejante al otro mientras la acariciaba con las manos, delineando sus caderas, apretándole las nalgas y deslizándose por sus piernas. Dejó un camino de besos tras de él, jugó con su ombligo y se deslizó más allá de los rizos entre sus muslos, deslizando la lengua entre sus pliegues, lamiéndola al tiempo que le levantaba la pierna tirando de la argolla de las esposas de los tobillos. Cuando su lengua penetró en su húmedo interior tuvo que apoyarse en la húmeda pared para no caer, su sexo todavía se dolía por el previo juego con el vibrador y sus caricias no hacían más que acicatear el deseo no satisfecho. Si esta vez se detenía, lo mataría, por Dios que lo haría. Echó la cabeza hacia atrás, arqueó la espalda y el agua cayó incidiendo directamente en sus pechos, atormentando sus pezones. La sensación sobre su sensibilizada piel era enloquecedora, abrió la boca para gemir y el sonido se le atascó en la garganta pues él eligió ese preciso momento para succionar su clítoris e introducir dos dedos de golpe en su hinchado coño. El placer rasgó a través de ella con arrolladora fuerza, sus músculos vaginales se apretaron alrededor de las intrusivas falanges y se corrió una vez más mientras él seguía chupando, haciendo que los espasmos parecieran interminables.

—Bueno, dulzura, creo que ya estás bien limpia y saciada —musitó momentos después, apagando el agua de la ducha y mirándola con esa cara de pilluelo.

—Sí a ambas cosas, señor, sí a ambas cosas.

CAPÍTULO 48

—¿Quieres beber algo?

Faith miró a Dain, quién volvía a vestir unos vaqueros oscuros y la camiseta oficial del *Blackish*. Tenía que admitir que el pantalón le hacía un culo de primera y la serigrafía a su espalda con su nombre era una forma efectiva de saber con qué socio estaba hablando. El pensamiento la llevó a fruncir el ceño, ¿cómo era posible entonces que alguien se hubiese hecho pasar por él?

—Señor, ¿puedo hacerte una pregunta? —Cada vez se le hacía más fácil llamarlo de esa manera, cada gramo de presencia en ese hombre era absolutamente dominante.

Él ladeó la cabeza, mirándola y con expresión interrogatoria.

—Por supuesto, mascota. ¿Qué ocurre?

—¿Llevas siempre esa camiseta cuando estás en el club?

—No, no siempre, es un añadido bastante reciente en el club —se encogió de hombros—. Suelo usarla cuando me ofrezco voluntario como vigilante o instructor o, como en este caso, cuando tengo la intención de pasar la noche aquí. ¿Por qué lo preguntas?

Se acercó a él y bajó la voz.

—Me he dado cuenta de que, si la mayoría de vosotros vais así identificados, sería difícil que alguien se hiciese pasar por ti, ¿no te parece?

Lo vio suspirar, sacudió la cabeza y le acarició la mejilla.

—Eres incapaz de dejarlo de lado, ¿eh?

—Es difícil hacerlo cuando la persona involucrada se cuele en tu casa y te da un susto de muerte —respondió al momento—, por no hablar de que podía ser el culpable de una muerte.

—No lo es.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque Dennis Spencer ha aparecido y, ha dado su versión de los hechos, una muy rotunda.

Su respuesta la impactó.

—¿Qué?

Se volvió por completo hacia ella, posó un dedo sobre sus labios y se inclinó para quedar a su misma altura.

—Esperaba poder pasar una noche tranquila, entre comillas, contigo, así que prefería dejar las recientes noticias para mañana.

—Ese hombre entró en mi casa, Dain. —Se libró de su dedo, visiblemente molesta—. Me... me asustó.

—Lo sé, pero ahora mismo no está en condiciones de dar... muchas más explicaciones de las que ya ha dado a la policía.

—¿Lo han cogido? ¿Está encerrado?

Negó, lo cual la sorprendió aún más.

—Está hospitalizado.

—No, no entiendo...

Él asintió, echó un vistazo a su alrededor y señaló la planta superior.

Si bien ya eran más de las doce y el ambiente en el club se había vuelto más tranquilo, todavía había parejas y otros acompañantes pululando por la zona principal, especialmente en las zonas comunitarias como el bar o los reservados, buscando ahora un poco de intimidad.

—Arriba —le indicó—. Nos sentaremos en uno de los reservados y

hablaremos de ello.

—¿Cuándo lo has sabido?

—Esta mañana, Lucien y Logan lo encontraron en el cementerio.

—¿En el cementerio?

La hizo callar con un gesto de la mano y la obligó a subir las escaleras. Ciertamente no era un tema para ponerse a discutir en medio de un corrillo de gente, pero no podía evitar alterarse ante las recientes noticias. Él no le había dicho nada, no se había molestado en comentarle lo ocurrido, si no hubiese surgido esa pregunta...

—¿Tenías pensado decírmelo o ibas a callártelo?

—Faith.

Su tono de voz dejaba claro que no iba a tolerar que lo cuestionara.

—Esto es mi vida, Dainiel, no un juego sexual.

Él entrecerró los ojos, bajó sobre ella y replicó.

—Y esta es la mía, Faith, esta comunidad forma parte de ella, de quién soy.

Sus palabras fueron como una bofetada, su tono dejaba claro lo que opinaba sobre su elección de palabras. Lo había herido y el saberlo le provocaba un amargor en la boca que no le gustaba nada.

—Lo siento, señor, he hablado sin pensar.

No respondió, se limitó a fulminarla con la mirada, darle la espalda y continuar subiendo.

—Sígueme. —Su voz era dura, demasiado fría, se había puesto su traje de Dom y no iba a aceptar más altercados.

Le acompañó a uno de los reservados en el área situada a la derecha de las escaleras, esperó a que tomase asiento antes de darle una nueva orden.

—No te muevas de aquí.

—Dainiel.

—Quieres respuestas, Faith, voy a buscar a la persona que puede dártelas, ya que fue él quien estaba delante en el momento en que apareció ese tipo.

Estaba enfadado, decepcionado, en realidad. Era increíble como un puñado de palabras podía echar por tierra una noche inolvidable como estaba resultando ser esta. La abandonó, pues así se sintió ella, abandonada, echada a un lado como si no fuese más que uno de tantos muebles de los que había diseminados por el club.

En aquella zona las conversaciones discurrían en murmullos, hasta sus oídos llegaban también otros sonidos eróticos que hicieron que su cuerpo recordase las previas horas y todas las cosas que había permitido que ese hombre le hiciese, momentos de los que había disfrutado inmensamente a pesar de sentir una absoluta vergüenza ahora que todo había quedado atrás. Apretó los muslos y se encogió en sí misma, de repente los puños de las manos y los tobillos pesaban demasiado, el collar con el cascabel le resultaba incómodo y tenía unas inexplicables ganas de llorar.

Sacudió la cabeza y se obligó a respirar, a mantener sus emociones a raya y fue una suerte que lograrse dominarse lo suficiente antes de que su amo regresase con compañía.

—¿...podías esperar hasta mañana? —Escuchó el final de una frase.

—Esa era mi intención, hablar con ella en la tranquilidad de las paredes de mi casa, pero al parecer es incapaz de sacarse todo eso de la cabeza y tiene un cerebro de lo más activo que coge los más insospechados derroteros.

—Eso es que no la has agotado lo suficiente, de lo contrario no tendría tiempo ni para pensar.

Lucien acompañaba a su hermano, se apoyó en la separación del reservado y la miró con curiosidad.

—Caray, no se habían quedado cortos, galletita, me encanta el

modelito, muy revelador.

El recién llegado vestía un pantalón de cuero blanco y una camiseta idéntica a la de su hermano que se ajustaba como una segunda piel a cada plano de su amplio y musculoso pecho. Como siempre, llevaba el pelo revuelto, peinado con los dedos y parecía tan fresco y sexy como el propio Dain cuando salió de la ducha.

—Estás rompedora, preciosura.

Su escrutinio la puso nerviosa

—Gracias, Amo Lucien.

—Vaya, así que las lecciones de Dain están dando sus frutos, ya era hora de que supieses como dirigirte a los amos de aquí sin terminar sobre el banco de azotes como otras que conocemos —se rió entre dientes mientras resbalaba sobre un extremo del asiento y su hermano ocupaba el otro, enjaulándola entre dos muros de peligrosa testosterona—. Me han dicho que te has puesto de uñas con el amo Black aquí presente porque omitió la conversación que tuvimos con él este mediodía.

—¿Amo Black?

—Un cariñoso apodo que le ha puesto la traviesa del club y que fue el detonante de la confusión de identidades que te llevó a ti también a hacerle una vista al joven señor Ratcliffe aquí presente.

Ladeó la cabeza, levantando apenas lo suficiente las pestañas para mirar a Dain, él seguía manteniendo la misma actitud estoica y dura de minutos antes.

—¿Joven?

Él puso los ojos en blanco.

—Él es el mayor, ya te lo dije.

Su voz seguía siendo dura, lejana, como si quisiera mantener las distancias a pesar de su cercanía. A su modo, debía estar castigándola.

—Siento haberte estropeado la noche con mis preguntas —musitó sintiéndose culpable por ello—. No era mi intención. Te lo juro. Es solo que esta incertidumbre, todo lo que ha pasado estos últimos días... Me siento como en una coctelera en la que, cada vez que se abre la tapa, entra algo nuevo para seguir complicándolo todo y me impide adivinar el resultado final del coctel.

—Interesante analogía —aceptó Lucien tamborileando con los dedos sobre la pequeña mesa que había entre ellos—. Se nota que eres buena con la lengua... ya me entiendes.

Ella lo miró sin encontrar una respuesta adecuada que dar ante tal salida típicamente masculina.

—Chiste malo, lo sé.

Bajó la cabeza, se miró las manos que había entrelazado sobre el regazo y deslizó la mirada sobre el asiento para comprobar que su amante estaba tenso, la forma en que apretaba las suyas en puños era un gesto típico de contención.

—Yo solo quiero saber qué está pasando.

—Esto puede resultar un poco inverosímil, de hecho, yo mismo dudé de toda la historia hasta que la policía la comprobó y se justificó con todas las de la ley —contestó Lucien, pues Dain seguía enfurruñado—. Lo principal es que, Dennis Spencer es inocente de la muerte de tu amiga.

La confirmación de algo que había empezado a sospechar después de ver la desesperación y la negación en el rostro del hombre cuando entró en su casa buscando a Ruth, adquirió otras dimensiones a medida que la verdad iba saliendo a la luz. El Dom se tomó su tiempo en ponerla al corriente de lo que había ocurrido esa misma mañana, cómo lo habían encontrado en las inmediaciones del cementerio y la historia de ese hombre, que era también la de Ruth, fue tomando forma.

Estupor, negación, dudas, comprensión, el relato hizo que pasase por todas y cada una de las emociones hasta terminar completamente exhausta y deseando no haber preguntado nada para empezar.

—Él ahora está en el hospital, el abandonarlo en primer lugar fue la más estúpida de las decisiones. Una de tantas, en mi opinión —añadió con un ligero encogimiento de hombros—. Ahora la búsqueda se concentra en una sola persona y él tiene todas las papeletas para ser el único responsable de la muerte de tu amiga.

No sabía que decir, sencillamente no tenía palabras. Más mentiras y secretos que salían a la luz uniéndose a los que ya conocía, perfilando a una mujer que se alejaba cada vez más de la que había pensado era una amiga, una hermana.

—¿Esto va a tener fin algún día o seguirán apareciendo nuevas piezas para convertirlo en un puzle interminable?

—No puedo aportarte más información de la que ya te he dado, el caso están en manos de la policía y está relacionado con el desmantelamiento del laboratorio en el que se vio envuelto tu amo —declaró con su habitual parsimonia—. De hecho, solo te he dicho esto para que dejes de buscar culpables.

No pudo evitar encontrarse con su mirada.

—No te corresponde a ti vengar a tu amiga.

—Yo no...

—Es lo que has estado buscando desde el principio, fue lo que te motivó para encontrarte conmigo y lo que hizo que vinieses después al club por tu cuenta. —Dain fue tajante en su respuesta—. Quieres un culpable, alguien a quién señalar por quitarte algo que atesorabas, por quitarte a la única familia que consideraste como tal.

Tragó, no quería replicarle, menos cuando sabía que en sus palabras

estaba la verdad, la motivación a sus acciones.

—Has conseguido mucho más de lo que crees, galletita, pero ya es hora de que te hagas a un lado y permitas que los demás hagamos nuestro trabajo —lo secundó Lucien—. Es hora de que sigas adelante y te centres en ti, en tu vida. Ese será sin duda el mejor regalo que puedes hacerle a la memoria de tu amiga.

Bajó la mirada a sus manos y acarició el anillo que todavía llevaba en el dedo, se lamió los labios y respiró profundamente.

—Gracias por el consejo, Amo Lucien —aceptó levantando la cabeza y encontrándose con su mirada, entonces hizo lo mismo con el hombre que estaba a su lado en más de un sentido—. Tienes razón, no me corresponde a mí vengarla, señor, así que haré algo que sí puedo hacer.

Enarcó una ceja.

—No más problemas, lo prometo.

Su rostro decía claramente que dudaba hasta el infinito de esas palabras.

—Si la *Crossroad Company* acepta el proyecto de Ruth, intentaré sacarlo adelante.

Sus palabras y la verdad en ellas hicieron que sus facciones se relajasen, se lamió los labios y asintió con la cabeza.

—Conociéndote, sé que harás algo más que intentarlo, mascota.

Sí, él tenía razón, no solo lo intentaría, lucharía hasta conseguirlo.

—Y de verdad, siento mucho haber estropeado nuestra noche, mi señor —añadió profundamente sentida—. Si puedo hacer algo para remediarlo...

Se inclinó hacia delante, le cogió la barbilla con los dedos y tiró de ella hacia abajo.

—Ya lo estás haciendo, mi dulce sumisa, ya lo estás haciendo.

Bajó sobre su boca y le rozó apenas los labios en un suave beso lleno

de promesas.

—La cosa empieza a ponerse caliente así que, a menos que esté invitado al show, me voy.

Dain entrecerró entonces los ojos, se echó hacia atrás y la miró detenidamente, como si buscase algo en su rostro.

—¿Lo invitamos?

La pregunta la sobresaltó, pero no tanto como el hecho de que su sexo pulsase ante la sola sugerencia y su corazón empezase a latir más rápido.

—Yo... yo... yo no sé... no...

Le tapó los labios con el dedo.

—¿Cuál ha de ser tu respuesta, sumisita?

Tragó, aventuró un vistazo hacia su izquierda para ver a Lucien intentando contener su hilaridad.

—¿Maestro Lucien? ¿Amo Dain?

El canturreo de una vocecita sexy y femenina hizo que la respuesta quedase en el aire.

El primero de los aludidos se echó hacia atrás y levantó una mano a modo de «estamos aquí», a los segundos una delgada y guapísima rubia se detuvo ante el reservado. Faith se encontró con su mirada y, mientras la chica sonreía abiertamente al reconocerla, sus mejillas optaron por sonrojarse. Era la misma mujer que había estado en la mazmorra.

—Hola. —La saludó con absoluta efusividad, entonces carraspeó y se dirigió a Dain con un tono recatadamente educado—. Amo Dain, ¿me puedes presentar a tu sumisa?

—Caray, nena, ¿qué te ha dado Wolf para que te comportes como una buena sumisita?

—Me ha amenazado con hacerme el mismo regalo que Horus, Brian y el resto de los maestros le han hecho a Sophie, Luna y Jessie —replicó con

un amplio mohín—. Así que le dije que sería el paradigma de la educación y la sumisión en este club... durante veinticuatro horas.

Lucien se carcajeó al momento, su compañero se limitó a estirar los labios y sacudir la cabeza.

—Adoro a las traviesas del *Blackish*, te lo juro.

—Faith, esta descarada rubita es Cassandra, una de las sumisas acollaradas por uno de los socios del club.

—Es un placer conocerte al fin, Faith. —La chica casi se lanza sobre Lucien para llegar a ella y tenderle la mano—. Espero que tengamos oportunidad de hablar a lo largo de la noche.

Se lamió los labios y miró a Dain sin saber qué hacer.

—¿Me vas a pedir permiso? —Su mirada era burlona, pero también había cierto orgullo.

—Consejo, más bien, señor.

Se rió entre dientes.

—Te hará bien conocer a otras sumisas.

Volvió a mirar a la chica y se sintió un poco avergonzada de tener aquella conversación delante de ella.

—Yo, eh... lo siento, es que... soy nueva... en esto...

—Yo estuve antes ahí, hermana —replicó ella con buen humor—. Sé cómo te sientes. Tienes que unirme a nuestro grupo, Luna puede decirte de primera mano lo que se siente al ser muy nueva en la comunidad.

—Lunita entró por la puerta grande. —Se rió Lucien, quién parecía incapaz de parar—. ¿Cómo está, por cierto? ¿Sigue refunfuñando?

—No le dimos tiempo, Sio se la ha llevado para que se cambie para la ceremonia —aseguró juntando las manos en un silencioso aplauso—. No tiene ni idea de lo que está pasando, le hemos dicho que uno de los amos del club iba a acollarar a su sumisa delante de testigos y que a ella le tocaba

llevar las flores.

—¿Y no es así? —preguntó curiosa.

—No exactamente, su maestro va a llevar a cabo la ceremonia de las rosas.

Miró a Dain en busca de una explicación.

—Es una ceremonia muy especial dentro de nuestra comunidad, algo muy privado e íntimo, con mucho significado para un dominante y una sumisa —respondió de manera vaga—. Vas a presenciarlo, ya que, como mi sumisa, serás una de los testigos.

Parpadeó y emitió un estrangulado jadeo.

—Pero... pero yo no sé...

—No te preocupes, galletita, todo lo que tienes que hacer es estar de pie y callada —su contraparte le guiñó un ojo—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Lo hará, ¿no es así?

Si eso la mantenía fuera de problemas con ese hombre, lo haría, pondría todo su empeño en ello.

—Sí, señor.

Asintió y le acarició la punta de la nariz con el dedo.

—Vamos entonces, no hagamos esperar a la pareja.

CAPÍTULO 49

Dain había asistido como testigo a alguna ceremonia íntima dentro de la comunidad, pero si había una que le gustaba especialmente por su significado era la Ceremonia de las Rosas. Su simbolismo hablaba de lo que significaba realmente una unión en el BDSM, el compromiso de ambas partes, sus entregas y sacrificios, la fidelidad por parte de ambos y el respeto.

Esa noche uno de sus compañeros y amigos estaba dispuesto a dar un paso más en su relación, en ir más allá de la entrega de un collar a su sumisa, consolidando así la unión tan especial que había entre ambos. Cada uno, a su manera, había pasado por un verdadero infierno, el destino los había puesto a prueba y las habían pasado tanto por separado, como finalmente juntos y eso era lo que Brian deseaba celebrar.

Echó un vistazo fugaz a su alrededor, comprobando que los presentes habían formado un pasillo compuesto por dominantes a un lado y sumisas al otro, todos ellos guardaban perfecto silencio, respetando aquella ceremonia y emocionados al mismo tiempo de formar parte de ella como testigos.

Una pequeña mesa ejercía la función de improvisado altar, sobre él había una vela aromática encendida, una bandeja con una delgada y larga cadena de acero y un pequeño jarrón de cristal vacío. Camden y Siobhan ejercían de testigos principales situados uno al lado de Brian y la otra al lado de Luna. La traviesa sumisa de pelo azul llevaba un corto y vaporoso vestido blanco, el collar de acero con un corazón azul alrededor del cuello e iba

descalza, estaba tan nerviosa que no hacía más que mirar hacia los lados mientras intentaba no pincharse con las espinas del capullo de rosa blanca que llevaba entre los dedos. Su Dom, por otro lado había elegido vestirse completamente de negro, en contraposición al blanco virginal de ella, la rosa roja abierta que llevaba le daba el toque de color.

—Um... señor, una explicación ahora mismo sería de lo más útil — musitó Luna. A pesar de haber formulado su petición en un susurro, el silencio de la sala hizo que su voz se escuchase.

La respuesta de Brian fue sonreírle, se lamió los labios y habló en voz alta.

—Sumisa, tengo algo que decirte.

Sus palabras hicieron que ella parpadeara, asintió con la cabeza.

—Te escucho, maestro.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos durante unos breves segundos.

—Luna Moon, encontrarte fue inesperado, supuso un cambio en mi vida del que no me creí merecedor. Llegaste cuando ya no me quedaba nada, me entregaste tu confianza, tu sumisión y tu amor. Hoy, delante de testigos, de aquellos que me conocen, que nos conocen como pareja, deseo forjar un lazo eterno contigo.

Ella jadeó, sus ojos se vidriaron, estaba emocionada y temblorosa cuando dio un paso hacia ella. Le quitó el collar que llevaba alrededor del cuello y lo pasó rápidamente por la llama de la vela, purificándolo, para luego volver a ponérselo.

—Hoy prometo protegerte, poner tu bienestar por encima del mío, guiarte con sabiduría, templanza y amor durante toda la eternidad.

—Ay Dios...

—Dame tu mano.

Ella no vaciló y él cogió una espina de su rosa y le pinchó el dedo corazón, apretándolo hasta que dos gotas cayeron sobre el capullo blanco que portaba.

—La ofrenda de tu amo, sumisa —le dijo mirándola a los ojos.

Ella se lamió los labios, miró su rosa, señaló las espinas como si quisiera una confirmación y él tendió la mano.

—Mi ofrenda de tu sumisa, maestro.

Brian cogió la rosa blanca de las temblorosas manos, acariciándoselas en el proceso y se pinchó él mismo en la yema del dedo corazón. Una gota carmesí cayó sobre la rosa blanca, uniéndose a la de ella y otra en su propia rosa roja.

—¿Estás seguro de esto?

Ante las palabras de su mujer, le devolvió la rosa.

—Nunca estuve más seguro, Luna. —Le presentó su dedo pinchado, pidiendo el suyo hasta que ambos se unieron—. Estoy seguro de que quiero estar unido a ti por la sangre, por el amor, por el dolor y por todo lo que tú desees darme, amor mío.

—Oh, Brian —musitó ella mientras las lágrimas hacían acto de presencia—. Yo también quiero estar unida a ti, siempre, eternamente. Desde que entraste en mi vida te hiciste parte de mí, le diste sentido al vacío que existía en mi interior, te convertiste en mi maestro, en mi guía, en mi único amor y si mi corazón late, si mi sangre corre todavía por mis venas es por ti y solo por ti.

Los testigos cercanos a ellos intercambiaron entonces una mirada, Camden se acercó a la mesa, cogió la cadena y la pasó por encima de la llama de la vela, ofreció un extremo a su sumisa y ambos procedieron a envolver a la pareja con ella, atándolos juntos.

—Luna Moon Coulter —preguntó Brian en voz alta—. ¿Quieres ser mi

sumisa, mi esposa, mi amante, mi compañera, mi amiga, mi amor y unir tu alma a la mía por toda la eternidad?

Ella jadeó, su rostro se iluminó a pesar de que más lágrimas se unieron a las primeras y, soltando un breve sollozo asintió con la cabeza con palpable efusividad.

—Sí, Brian, quiero ser todo eso para ti, quiero ser tu esposa. Dios, sí, sí, sí, por supuesto que sí, mi maestro.

El unió entonces su rosa a la de ella, haciendo que las gotas de sangre se tocaran uniéndose en un aterciopelado beso simbólico, entonces procedió al intercambio, quedándose él con la blanca que proclamaba la entrega y sumisión de su compañera y entregándole la roja que simbolizaba su dominación y protección.

Los dos testigos retiraron entonces la cadena, Camden la depositó en el pañuelo que extendió Sio y la envolvieron para entregársela a ambos.

—Que esta ceremonia frente a testigos sea la prueba de vuestro amor y unión frente a la adversidad, que os traiga una vida llena de dicha y una vuestras almas para toda la eternidad —declaró Camden y se dirigió a Brian—. Te deseo toda la felicidad que te mereces, hermano. Sé que ella estará sonriendo ahora mismo al verte.

Él asintió conmovido.

—Os deseo una vida llena de felicidad, amor y luz —añadió Siobhan y se volvió hacia Luna—. Que seas muy, pero que muy feliz, Luna, te lo mereces más que nadie.

La chica sonrió, asintió y abrazó a su amiga, la primera sumisa a la que había conocido en el club y con quién había creado un vínculo de hermandad único.

—Gracias, Sio.

La pelirroja sonrió en respuesta y se volvió para coger el jarrón vacío

que había sobre la mesa y se los presentó a ambos.

—Para que no olvidemos que este es el principio del resto de nuestras vidas —declaró Brian mirando a su prometida con todo el amor y el orgullo que sentía por esa mujer.

—Para que no olvidemos que este es el principio del resto de nuestras vidas —repitió Luna uniendo su rosa a la de su prometido.

Sio se llevó el jarrón, colocándose al lado de uno de sus amos.

—Bien, Luna Moon, ya eres oficialmente mía ante nuestra comunidad.

—Oh, cállate y bésame, idiota —protestó ella echándole los brazos al cuello, pegando su pequeño cuerpo al del hombre.

—Será un verdadero placer, futura señora Reynolds. —Se rió él, besándola a conciencia hasta dejarla jadeando en busca de aire. Entonces se separó, se llevó la mano al bolsillo y terminó la ceremonia con un toque personal al ponerle un anillo en el dedo—. Te amo, traviesa.

—Y yo a ti, maestro.

Los aplausos estallaron entonces alrededor de ellos, las felicitaciones no se hicieron de esperar y pronto terminaron separados y engullidos por sus respectivos congéneres.

Un breve vistazo hacia la fila de las chicas le reveló a Faith sonriendo con ternura, tenía los ojos brillantes por las lágrimas que no se había atrevido a derramar. Permanecía a cierta distancia, observando, pero Cassie parecía haber hecho suya la tarea de introducirla en el círculo, ya que la arrastró sin piedad haciéndolo reír.

—¿Vosotras sabíais algo de esto? —preguntaba Luna entre risitas.

—Yo me he quedado como tú, atónita —aseguró Jessie—. Sabía que tramaban algo, pero no imaginé de qué se trataba.

—¡Sio me dijo que era la ceremonia de iniciación de alguien! ¡Me engañaste!

—Tenía que ser una sorpresa. —Se rió la pelirroja, entonces la abrazó—. Estoy tan feliz por ti.

—Te juro que soy la última mona en este circo —añadió Sophie—. Horus no soltó prenda, ni siquiera sabía que estaba planeando algo hasta hoy.

—Es que era un secreto. —Canturreó Cassie, abrazando a su amiga—. Oh, hermana, estoy tan, pero que tan feliz por ti. Ha sido una ceremonia preciosa, no la olvidarás nunca.

—Oh, de eso puedes estar segura. —Se llevó una mano al corazón—. Esta noche ha sido y será inolvidable.

—Pero déjame ver ese anillo —clamó alguien más—. Oh, mira, pero si es una rosa azul y, ¿esos son diamantes? Es precioso.

—Es muy tú, sin duda.

—Faith, mira, ¿no es una preciosidad?

Su pequeña lobita se encogió al ver todas las miradas puestas sobre ella, podía ver cómo se tensó y estaba dispuesto a salir en su rescate cuando vio a Luna avanzar hacia ella.

—Todavía no nos conocemos, soy Luna. —Se presentó la chica cogiéndole ambas manos—. Gracias por asistir a la ceremonia.

—Ha sido preciosa, muchas felicidades.

—Gracias. —Sonrió ella y señaló al resto de las chicas—. ¿Ya conoces al grupo?

—A mí sí —aseguró Cassie sonriendo—. Me hice presentar de la forma más educada posible.

—¿Es una broma?

Faith sacudió la cabeza.

—Nop.

Todas se rieron.

—Yo soy Kitty... bueno, mi nombre real es Sophie, pero aquí uso el

nombre que me dio mi amo, el Maestro Horus. —Se presentó ella con calidez—. Me alegra poder conocerte al fin. Bienvenida al *Blackish*.

—Yo soy Sio, nos vimos cuando llegasteis el Amo Dain y tú.

Ella asintió y sonrió un poco cohibida por el corrillo que se estaba formando a su alrededor, poco a poco vio que se iba relajando y empezaba a intercambiar comentarios con las demás.

—Estará bien, ese grupo suele proteger a las de su clase —le dijo Brian acercándose a él—. Parece más segura que la primera vez que traspasó las puertas del club.

—Hago todo lo que puedo para que así sea —declaró sonriendo, entonces le estrechó la mano y le dio una palmada en la espalda—. Enhorabuena, tío, te deseo un feliz y sobre todo interesante matrimonio.

Él se echó a reír.

—Interesante lo será, de eso no tengo la menor duda —aceptó el hombre—. Gracias por formar parte de esto.

—¿Bromeas? No me lo habría perdido por nada del mundo.

—Sí, aunque es peligroso, ¿habéis visto las miradas de las chicas? —añadió Wolf—. Dios sabe lo que se le ocurrirá ahora a Cassandra.

Ambos se echaron a reír.

Dain volvió a echar un vistazo en dirección al grupo y se encontró con la mirada de Faith puesta en él. Ladeó la cabeza y enarcó una ceja a modo de pregunta a lo que ella contestó volviéndose hacia las chicas, comentando alguna cosa y emprendiendo el camino hacia él.

—¿Va todo bien?

Ella asintió al momento y echó un vistazo por encima del hombro.

—Sí, son muy agradables —aceptó y se volvió hacia él—. Yo, no sabía que había ceremonias de este estilo en la comunidad, es... fue precioso.

Asintió de acuerdo con sus palabras.

—Um, ¿señor?

—Dime.

Se lamió los labios, estaba nerviosa y la manera en que desvió la mirada hacia el grupo cercano a él le dio la clave.

—La... la pregunta que hiciste antes... —carraspeó y levantó la mirada para encontrarse con la suya—. Era una broma, ¿verdad?

La examinó con detenimiento, deslizó la mirada sobre su rostro, sus pechos, las caderas, la recorrió hasta la punta de los pies y volvió a ascender hasta terminar en sus ojos.

—¿Y si te digo que no, que era una invitación formal?

Tragó, vio cómo se movió su garganta en el proceso.

—Ah... yo no... no sé...

—Es sencillo, Faith, solo tienes una forma de responder.

Sus ojos parecieron abrirse un poco más, la recorrió un temblor y no pudo evitar sonreír para sí al ver como se le endurecían los pezones contra la tela.

—¿Es... es lo que tú quieres, Amo Dain?

La pregunta lo cogió por sorpresa.

—Sí, lo es —respondió en el acto, sin vacilación pero atento a la respuesta no verbal que siempre encontraba en su cuerpo, una muy sincera—. Y tú también lo deseas.

Apretó los muslos y bajó la mirada, su nerviosismo iba a la par que su vergüenza.

—¿Lo probarías? ¿Por mí?

Vio cómo se pellizcaba el labio inferior con los dientes y, finalmente levantaba ese sonrojado rostro.

—¿Podría ser... en privado?

—¿Lucien? —Ella se tensó en el mismo instante en que pronunció el

nombre de su gemelo—. ¿Tienes planes para las próximas... dos horas?

—Ninguno en especial, ¿por qué?

—Porque alguien quiere jugar... un poco más.

La mirada de su hermano cayó sobre Faith, cuya piel se encendió al momento.

—Um, siendo así, no voy a decir que no —aseguró mirándole de soslayo—. ¿Qué tienes en mente?

—La profesora quiere algo privado y es lo que voy a darle.

—En ese caso, conozco el aula perfecta para ello.

El gemido de Faith fue suficiente para despertar su deseo, después de todo, la noche parecía que iba a tener un buen colofón final.

CAPÍTULO 50

Faith sabía que estaba metida en un buen lío, el hecho de que hubiese deseado continuar con el juego esa noche era prueba de ello. La pregunta de Dain había sido tan sorprendente como inesperada, pero también lo había sido su propia respuesta, la manera en que su cuerpo había temblado ante la perspectiva de probar algo prohibido con un hombre que, desde el momento en que lo conoció, la había hecho sentirse segura. Lucien era la clase de hombre que podía andar a tu alrededor con una actitud divertida y despreocupada para convertirse en un diablo un segundo después, era precisamente la actitud contraria a la de su amante y eso hacía que los dos hombres fuesen un tándem demasiado peligroso.

Su amo la había arrastrado a otra de las habitaciones, esta poseía el encanto del viejo mundo, con los muebles labrados y pesados, muy al estilo de una habitación victoriana. Incluso la cama, elemento central de la habitación poseía ese arcaico dosel soportado por cuatro robustas columnas.

Los hombres se habían separado, mientras Dain permanecía apoyado contra una de las columnas, Lucien la miraba desde uno de los ornamentados asientos en una de las paredes, el escrutinio la ponía nerviosa, pero al mismo tiempo le producía un cosquilleo en la boca del estómago, uno que conectaba directamente entre sus piernas humedeciendo la tela del tanga que acunaba

su sexo.

—¿Sabes que eres increíblemente sexy?

La pregunta la estremeció.

—Tienes algo que... no sé, sencillamente hace que tenga ganas de darte un mordisquito para ver si sabes igual que una galleta de canela.

Tragó, la forma en la que hablaba, el tono de su voz la ponía caliente.

—Y ese modelito, me fascina la manera en la que tus pezones juegan al escondite y moldea esas curvas —Se lamió los labios y chasqueó posando las manos sobre las rodillas antes de levantarse—. Eres toda una tentación.

Levantó la cabeza, cada vez estaba más cerca y resultaba más imponente.

—Una muy deliciosa.

Unas manos se posaron desde atrás suyo en sus caderas, atrayéndola contra un duro cuerpo mientras los labios se cerraban sobre su cuello en un húmedo beso.

—Dain. —Lo reconoció, calmándose con su presencia y su contacto.

—Te sobra el vestido —ronroneó en su oído—. El Amo Lucien debería de quitártelo, ¿no crees?

—Sin duda nos sobra, sí.

Otro par de manos cayeron ahora sobre sus pechos, sopesándolos, acariciándole los cada vez más duros pezones con los pulgares mientras esa boca seguía atormentándola, lamiéndola y mordisqueándola en el cuello. Se encontró con esos ojos azules, su color parecía oscurecerse por momentos, haciéndose más profundo como también lo hacía la mirada, una que era distinta de la del hombre con el que había pasado gran parte de la noche. Las caricias pasaron de sus pechos al cierre del vestido, bajádoselo hasta la cintura, dejando sus senos expuestos y sus brazos atrapados al mismo tiempo por la tela.

—Un bonito y ruboroso color café, ¿tienes idea lo mucho que me gusta ese color, galletita?

La cabeza pelirroja bajó sobre su pecho, lo bañó con su aliento un segundo antes de que la lengua emergiese entre sus labios y le prodigase un lametón. El placer la azotó inesperadamente, arrancándole un pequeño gemido. No podía creerlo, pero estaba excitada, muy excitada y todo por la mirada de ese hombre, del hermano de su amante.

—Delicioso —musitó contra su piel, mirándola a través de las pestañas antes de atrapar la endurecida punta entre los dientes y tironear.

—Ay Dios...

—Puedes llamarle maestro, dulzura, así sabrá que te refieres a él. —Rió Dain abandonando su cuello, manteniendo aún sus brazos atrapados y maniobrando detrás de ella lo justo para inclinarla hacia atrás y tomar posesión del otro pecho.

En un abrir y cerrar de ojos las dos bocas succionaban, mordisqueaban y la torturaban alternando su propio ritmo, provocando que cada una de sus terminaciones nerviosas cobrasen vida y su sexo se humedeciese y latiese de necesidad. Los pezones estaban tan sensibles a cada lengüetazo, a cada succión de sus bocas que ya podía sentir mariposas en el estómago, el calor resbalando entre sus piernas en forma de humedad.

—Tus pezones son una delicia —gruñó Lucien levantando la cabeza, soplando sobre la cúspide antes de darle un nuevo lametón—. Se ponen cada vez más duros, de un bonito e intenso color.

Gimió echando la cabeza hacia atrás, intentó mover los brazos para sujetarse pero la tela del vestido y la férrea presa de Dain no se lo permitían.

—Ay Dios...

Su amante se rió entre dientes.

—Es un campo de juegos de lo más rico, en todos los sentidos —

ronroneó él—. Y no veas lo que me pone el ver a Luc comiéndote las tetas, haciendo que gimas y te contorsiones contra mí. Es de lo más erótico, Faith.

Sus palabras acicatearon su placer y cubrieron su piel de un vergonzoso sonrojo. El vestido que la tenía confinada empezó entonces a ceder de nuevo, sus brazos quedaron libres, la tela se deslizó por sus piernas hasta sus pies y, al mirar hacia abajo vio a Dain levantándole primero un pie y luego el otro para deshacerse de él. Otras manos la rodearon entonces de la cintura, atrayéndola contra un duro pecho y el gemido de sorpresa que surgió de su garganta terminó ahogado en la pecaminosa boca que capturó sus labios. Su sabor era distinto al de su amante, pero no por ello dejaba de resultar embriagador. La besó a conciencia, hundiendo su lengua hasta el fondo, obligándola a devolverle la estocada y participar de aquella inesperada contienda.

Cuando abrió los ojos se encontraron con esa mirada azul oscurecida por el deseo y la necesidad, podía sentir el bulto de su pene presionando contra su estómago sin ningún reparo y se estremeció.

—¿Todo bien hasta aquí, galletita?

Se las ingenió para tragar el nudo de saliva que se le alojó en la garganta, sus manos se habían aferrado a esos duros e hinchados bíceps sin saberlo.

—Faith, responde en voz alta.

Parpadeó y asintió.

—Sí, sí señor... ah... maestro.

Él sonrió y, al mismo tiempo, el cuerpo duro de Dain se pegó a su espalda, su erección rozándose contra sus nalgas en total desnudez. Se había tomado unos momentos para desnudarse por completo y sus manos le rodeaban los pechos, continuando con la tarea de enloquecerla pellizcándole los pezones.

—Quiero que le mires —le apartó el pelo con la nariz y le mordisqueó la oreja—, quiero tus ojos sobre él mientras se desviste para ti.

Gimió, ladeó el cuello para darle acceso y luchó por mantener los ojos abiertos mientras su contraparte se tomaba su tiempo quitándose los zapatos, los calcetines, la camiseta dejando su pecho al aire y haciéndola reparar por primera vez en el aro que le perforaba un pezón. Siguió la mirada de sus manos cuando estas fueron a la cintura de su pantalón y se los bajó con lentitud, dejando que su dura polla asomara hacia fuera, dura, caliente y tan apetitosa que tuvo que tragar para no empezar a babear.

Ay Dios, se estaba poniendo más y más caliente ante la vista de ese hombre que, si bien era el gemelo de su amante, tenía al mismo tiempo las suficientes diferencias como para que no pudiesen compararse.

Aspiró con fuerza cuando las manos de Dain viajaron por sus costillas, enmarcando su cintura, sus dedos se engancharon en las finas tiras del tanga y lo arrastraron hacia abajo, hasta la mitad de los muslos. Se tensó ante la espera, le conocía y sabía que de un momento a otro sus dedos se sumergirían entre sus pliegues, pero no fue así, de hecho, lo que hizo fue girarla por completo, haciendo que quedase de cara a ella mientras la empujaba contra aquel cuerpo. Lucien la recibió con los brazos abiertos, literalmente, le cogió la barbilla con una mano, sonrió y la besó de nuevo, paladeó su boca, la asedió por completo y, mientras una mano se cerraba en su cadera la otra bajaba entre sus piernas y unos dedos gruesos incursionaron entre sus pliegues.

Su tacto la hizo jadear, perdió el contacto con sus labios, se recostó involuntariamente contra ese amplio pecho y miró hacia delante para ver a Dain mirándoles, contemplando como otro hombre le daba placer. A juzgar por el brillo en sus ojos lo estaba poniendo caliente, la palpitante erección que despuntaba contra su estómago y que rozó con sus propios dedos hablaba

por sí sola.

—Estás empapada, cariñito, muy caliente y mojada —gruñó separando los pliegues de su sexo, penetrándola sin aviso haciendo que se pusiese de puntillas y se aferrase al momento a sus brazos—. Tu coñito es una cosita dulce y húmeda, ¿eh?

Sus dedos masajeaban sus labios mientras replegaba la falange media y la movía en su interior, haciéndola gemir, aumentando su calor y provocándole todo tipo de sensaciones. No podía evitar mirar a Dain en el proceso, ver cómo resbalaba sus dedos a lo largo de su polla acariciándose a sí mismo.

Se movió inquieta, su cuerpo eligió por sí mismo moviéndose contra esa mano entre sus piernas, intentando obtener más de lo que le daban sin llegar. Él recompensó sus esfuerzos con unas breves caricias sobre el tenso clítoris, su boca bajó entonces sobre su cuello, mordisqueándola, deslizándose hacia su hombro para pellizcarle entonces la piel haciéndola gemir.

—Eso es caliente, Faith, demasiado caliente para quedarme mirando.

Jadeó cuando Dain caminó hacia ellos y capturó sus labios, la penetró con la lengua, degustándola solo para tirar de ella, arrancándola de los brazos del otro hombre, cogiéndola de las nalgas, apretándola contra su erección.

Un segundo después sentía que la habitación giraba a su alrededor, se sintió caer al vacío hasta que el colchón la detuvo.

—Dame las manos, dulzura.

Obedeció sin pensar, le entregó las manos y él le estiró los brazos, llevándolos por encima de la cabeza para unir sus esposas y anclarlas al instante con unas cuerdas de color rojo que había pensado eran parte de la decoración.

—Oh, me gustan estas vistas —rumió Lucien al mismo tiempo,

levantándole las piernas y apoyando cada pie sobre el borde del colchón, dejándola abierta y expuesta a su mirada.

—Maestro Lucien...

—Um... eso es sexy, galletita, puedes gritarlo cuando lo necesites.

Ella intentó protestar pero se encontró con la boca de Dain cubriendo la suya mientras Lucien bajaba entre sus piernas y la provocaba con un largo lametón.

—*Ay madrecita.*

Ambos rieron entre dientes.

—Eso es español, ¿no?

—Sí, acaba de decir «*Ay madre*».

—Veamos si sabe gemir en algún idioma más. —Con eso Lucien volvió a su sexo, lamiendo, sorbiendo, haciendo que temblase sobre la cama y tirase de las muñecas sin éxito.

—Me encanta verte atada, es de lo más estimulante.

Faith empezó a jadear, los sonidos se los tragó la boca de su amo antes de que esta bajase sobre sus pechos y los succionara al punto de provocarle una pequeña punzada de dolor que iba directa a su sexo. Echó la cabeza hacia atrás, la agitó sobre la cama enredándose con su propio pelo, quiso mover los pies, alejarse o acercarse pero unas firmes manos mantenían sus tobillos aprisionados contra el colchón y solo podía elevar la pelvis.

—Dain... Dain por favor, no... no puedo, esto es... demasiado...

Él se inclinó entonces sobre ella, le apartó el pelo de la cara y le sonrió.

—No hemos hecho más que empezar, dulzura, pero puedo darte algo que te distraiga.

Ella parpadeó un segundo y, al siguiente se encontró con un cojín debajo de la cabeza y esa sonrisa maliciosa cerca de su boca.

—Ya me has demostrado lo bien que se te da —le acarició los labios y

un segundo después, se había movido de modo que su pene le rozó los labios —. Abre la boca.

La inesperada petición la hizo gemir y el muy maldito utilizó ese momento para introducir la cabeza entre sus labios.

—Chupa —le dijo al tiempo que le acariciaba la mejilla con un dedo—, apriétame con los labios y succiona.

Se estremeció y gimió cuando aquella boca entre sus piernas succionó sus labios, el movimiento hizo que Dain se introdujese un poco más.

—Despacio, golosa, despacio.

Gimió ante el conocido sabor y lo acarició con la lengua un segundo antes de hacer lo que le había pedido.

—Dios, eso es fantástico, Faith, sigue...

Repitió la operación, ladeó la cabeza para conseguir un ángulo más cómodo y se dedicó con toda dedicación a ese dulce y duro caramelo salado que le ocupaba la boca.

Ella no pudo evitar contonearse debajo de las caricias, el placer era tan intenso que solo podía pensar en que tenía calor, en que toda ella temblaba y su sexo palpitaba de necesidad bajo la tortura de esa boca. Dos hombres se la estaban trabajando, la conducían con efectiva dirección a dónde querían y en todo lo que podía pensar era en lo placentero que era todo.

La boca entre sus piernas recibió una ayuda extra en la forma de unos anchos dedos que atravesaron sus hinchados pliegues, abriéndola y llenándola, la suya estaba llena por ese miembro viril que empezaba a cobrar vida propia en su necesidad de profundizar más en su garganta. Dain le había agarrado el pelo manteniéndola sujeta y se trabajaba su boca con suavidad, pero aumentando cada vez un poco más las penetraciones.

Aquello era demasiado para ella, las sensaciones se hacían cada vez más y más intensas y al final, todo lo que pudo hacer fue entregarse a ellas, al

desenfreno de esos dos hombres y al placer que le daban.

—Está cada vez más ceñida, Dain, tiembla como una hoja y me succiona los dedos. Está muy caliente.

Él se impulsó de nuevo entre sus labios, conduciéndose más y más profundo.

—No te corras, Faith, no tienes permiso para correrte.

Ella gritó alrededor de su pene presa de la frustración. ¿Cómo podía pedirle eso? ¿Creía acaso que tenía un botón de apagado, que podía contener algo como eso?

—No te corras, galletita, si lo haces te azotaré ese precioso culo hasta dejarlo rojo.

La voz de Lucien se unió a la de su amo añadiendo más frustración a su ya de por sí encendido cuerpo, su sexo latía de necesidad y su concentración estaba a punto de hacerse añicos.

—Chupa ahora, Faith, con fuerza.

Lo hizo cerró sus labios a través de su sexo e hizo la acción de tragar. Al momento el pene en su boca estalló y una descarga de semen se precipitó por su garganta obligándola a tragar.

—Buena chica. —Creyó escuchar la voz estrangulada de Dain un momento antes de que resbalase, medio flácido de entre sus labios—. Eso ha sido muy bonito, dulzura, muy bonito.

No respondió, no podía, sentía que estaba en llamas, que ya no podía aguantar más y aquella lengua seguía azotándola entre las piernas.

—Por favor... ya no más... por favor...

—Todavía no, Faith, aún no me has dado lo que quiero.

Ella gimió tanto por sus palabras como por la pérdida de esa codiciosa boca entre sus piernas. Notó como le soltaban las manos y, acto seguido alguien tiraba de ella. Era Dain y se estaba probando a sí mismo en su boca,

besándola con fuerza, atrayéndola fuera de la cama solo para entregarla a otros brazos.

—Sabes realmente bien, cariñito.

Ahora fue Lucien quién la besó, su lengua enlazándose con la suya antes de pasar a recorrer sus labios.

—Haces que quiera enterrarme profundamente en tus piernas — aseguró con voz ronca—. Dime, Faith, ¿me quieres aquí? —La acarició con una mano, una pasada de los dedos que la hizo lloriquear—. ¿Quieres que llene este pequeño y caliente coñito con mi polla?

Gimió y se apoyó en él, buscando algo que la sostuviese en aquella locura.

—Contesta, dulzura, ¿es lo que deseas? ¿Quieres que Lucien te folle? Se lamió los labios y lloriqueó.

—Por favor.

—¿Por favor, qué?

—Por favor, señor. Sí... por favor, sí.

—En ese caso, toda tuya, hermano.

Ante el beneplácito de Dain, Lucien la arrastró hacia uno de los sillones, se dejó caer y la atrajo hacia su regazo, obligándola a sentarse a horcajadas sobre él.

—Mírame, cariño. —Le levantó la barbilla con los dedos y se encontró con sus ojos—. Así, muy bien —le sonrió y deslizó una mano bajo ella, acariciándola solo para sentir al momento la cabeza de su polla empujando contra su entrada—, ahora levántate un poco, apoya las rodillas a ambos lados de mis muslos, sí, justo así...

Se apoyó en sus hombros, se levantó sobre él y dejó que esas manos que ahora se cerraban sobre sus caderas la bajasen sobre el duro pene que la llenó completamente.

—Joder... eres una delicia.

Ella gimió, se miraron a los ojos y Lucien volvió a besarla mientras sus manos bajaban de sus caderas a sus nalgas y empezaban a masajearlas un segundo antes de separar sus mejillas.

—¿Qué? —Intentó apartarse, pero él no se lo permitió, volvió a atraer su boca y la arrasó al tiempo que impulsaba las caderas, moviéndose en círculos provocándola.

Otras manos la acariciaron entonces, resbalaron por su espalda hasta las abiertas mejillas, le acariciaron con un dedo la rosada roseta y eso le provocó un gemido.

—No, no, no... por favor...

—Ya lo has probado y te ha gustado —escuchó la voz de Dain en su oído—, ahora será incluso mejor.

Ella empezó a negar, frenética por las sensaciones que le provocaba el miembro entre sus piernas y por la intimidad del acto que pretendía llevar a cabo.

—Dainiel...

Sintió como algo frío entraba en su culo seguido al momento de un par de dedos que le provocaron un aguijonazo de dolor que la calentó aún más.

—Ay Dios...

Se estremeció ante la cada vez más profunda penetración de sus dedos, gimió cuando Lucien se movió hacia fuera posicionándose más cerca del borde del sillón, reclinándose hacia atrás de modo que ella quedase recostada a su vez contra su pecho y entonces lo notó, la cabeza de su pene asietando su culo, introduciéndose poco a poco en su ano, haciéndola enloquecer. El dolor se confundía ahora con el más ardiente placer, su mente dejó de funcionar coherentemente y se quedó sin aire cuando él empujó hasta el fondo. Empalada entre los dos hombres, completamente llenada, su mente se

hizo pedazos y quedó a merced de los dos amos.

—Lucien... Dain... más... por favor... más...

No fue consciente de la sonrisa que intercambiaron los hermanos, ni siquiera fue consciente de que había gritado esa petición, de que los había insultado y había mordido el hombro de Lucien cuando su hermano la penetró. Estaba más allá de cualquier razonamiento, solo podía pensar en moverse, en que la follasen y acabasen con ella de una vez.

—Movemos, maldita sea, moveos...

Intentó menear las caderas, hacer algo para empujarlos a obedecer, pero ellos eran los que llevaban la batuta, ellos eran los que mandaban y a ella no le quedaba más remedio que obedecer.

—Cuando yo lo decida, Faith, cuando yo quiera...

Gimió.

—Amo, por favor, te lo suplico... lo necesito.

—¿A quién perteneces, sumisa?

—A ti.

—¿Quién es tu amo?

—Dios mío, Dain, tú, tú eres mi amo, mi dueño... nadie más podría serlo...

—Y esa es una respuesta infernal, hermanito.

—Entrégate una vez más a mí, Faith, dame tu sumisión.

Ella se esforzó por abrir los ojos, echó la cabeza hacia atrás hasta encontrar sus ojos y tragó.

—Es... es tuya... yo... yo soy tuya...

La besó con suavidad, entonces salió lentamente de ella, volviéndola a llenar antes de que Lucien hiciese lo mismo, provocando entre ambos una tormenta de sensaciones imposibles de contener.

La penetraron al unísono, coordinados, uno saliendo mientras el otro

entraba, sus manos recorrían su cuerpo en calmantes caricias, pero ella quería más, lo quería fuerte, quería que apagasen ese fuego que habían encendido en su interior. Con todo, ellos tenían sus propios planes y los ejecutaron a la perfección, enloqueciéndola hasta el punto de que ya no sabía si su cuerpo era suyo, si los gritos que resonaban en la habitación eran producto de su imaginación o si se había muerto y estaba en un extraño y erótico cielo.

Sus besos se alternaron, en un momento era Lucien quién reclamaba su boca y al siguiente era Dain, las suaves caricias empezaron a hacerse más duras, sus movimientos ganaron en fuerza y energía hasta follarla rápido y duro, utilizándola para su propio placer mientras ella reverberaba en el placer de dárselo a ellos.

—No puedo más, déjala ir, Dain, déjala ir...

—Córrete ahora, dulzura, córrete para nosotros.

Gritó hasta quedarse afónica, su sexo estallando a su alrededor, aprisionando la polla en su coño y aferrando la que se alojaba en su culo. Se dejó ir, quedando totalmente a su merced, permitiéndoles bombear en su interior hasta que uno y después el otro se corrió con ella.

Cayó laxa en brazos de Lucien, con el corazón latiéndole en los oídos, buscando el aire que parecía haberse evaporado de la habitación. No fue consciente del momento en que Dain abandonó su culo, jadeando, cayendo al suelo de rodillas, ni cuando Lucien resbaló de su coño, jadeante, empapado de sudor, solo quería quedarse allí y que se fuese a la mierda el mundo.

—Dios mío, casi me mata.

—¿Ahora lo entiendes?

—¿Que la quieres? —Lucien bufó—. Hermanito, sé que estás colado por esta sumisa desde el mismo momento en que despertaste en el hospital y preguntaste por ella. Espero por tu bien y el mío, que cojones, que vayas a quedarte con ella.

Una mano se deslizó por su pelo pero apenas sí fue consciente de ello.

—No podría dejarla marchar, Lucien, ya no, no después de esta noche —negó él—. Ella es mía y haré lo que tenga que hacer para conservarla a mi lado.

Faith sonrió para sí dejando que el olvido se la llevase. Por alguna estúpida razón la hacía feliz que Dain la quisiera conservar.

CAPÍTULO 51

Dain maniobró como pudo para abrir la puerta de casa mientras sostenía a una inconsciente Faith en brazos. Su pequeña sumisa se había quedado frita nada más sentarse en el coche, la noche había sido intensa para ambos, pero especialmente para ella. Había intentado despertarla al llegar, pero sus murmullos inteligibles y esos delgados brazos envolviéndose alrededor de su cuello lo habían hecho desistir.

Empujó con la cadera, encendió la luz con el codo y cerró tras ellos con un golpe de tacón. La vivienda estaba en silencio, Markus le había dicho que se alojaría en un hotel durante un par de días y su insistencia en que se quedase, solo había traído consigo una decisión mayor por parte del hombre.

Maniobró por el pasillo y vaciló, se resistía a dejarla, esas preciosas horas que le había entregado en el *Blackish* le habían hecho consciente de la mujer que tenía en brazos, no era solo su sumisión lo que buscaba en ella, ahora sabía que también quería todo lo demás. Quería conocer esa sonrisa que le había dedicado a las chicas, quería poder borrar la tristeza de sus ojos cuando Lucien le habló sobre Dennis, quería estar ahí y apoyarla en su lucha por sacar adelante un proyecto como el que había dejado su amiga... La quería y punto y eso era si cabía lo más sorprendente de todo.

—Faith, dulzura, ¿duermes en tu cama o conmigo?

La pequeña morena se acurrucó todavía más en sus brazos.

—¿Faith? Ey, ya hemos llegado a casa...

—Quiero dormir... estoy cansada...

Sonrió ante su vocecilla de sueño.

—Lo sé, nenita, ¿quieres dormir sola?

Se acurrucó todavía más y envolvió los dedos en su camiseta.

—No. No quiero estar sola... estoy cansada de estar sola... no me dejes tú también, Dain —musitó de forma entrecortada—. No quiero... no... señor.

Sonrió, la apretó contra él y la besó en la cabeza.

—En ese caso haré todo lo que esté en mi mano para que te quedes conmigo.

Ella suspiró, paladeó la lengua y siguió durmiendo.

—A ti no te despertaría ni un terremoto, ¿eh? —sonrió para sí y la llevó a su dormitorio.

La dejó con suavidad sobre la cama y procedió a quitarle el chal con el que se había envuelto al dejar el club. Tuvo que concentrarse en la tarea e ignorar la cremosa piel que dejaba al descubierto, los llenos pechos de los que había disfrutado, el pequeño tanga que apenas la cubría... Bajó la mirada hacia su entrepierna e hizo una mueca.

—¿Tú no descansas o qué?

Se obligó a ignorar su propia erección y la desnudó por completo. El color chocolate de su piel contrastaba con la funda del nórdico de color ocre que cubría la cama, era una visión encantadora y muy sensual.

—Abajo, Ratcliffe, ya has tenido suficiente movimiento por hoy.

La dejó unos instantes para rebuscar en su armario y sacar una camiseta para cubrir su desnudez. Si bien le gustaba su piel, si la acostaba desnuda no dormirían ninguno de los dos.

—Faith, me vendría bien que colaborases un poco, cariño.

Ella refunfuñó, dio media vuelta y se acurrucó, convirtiéndose en un ovillo sobre la cama.

—Vamos, dulzura, después te dejaré dormir, prometido.

La pequeña tunante se incorporó hasta sentarse, seguía con los ojos cerrados, cosa que le hizo gracia.

—Tengo sueño.

—Lo sé, cariño, vamos, deja que te ponga esto —le pasó la camiseta por la cabeza y la instó a meter los brazos—. Eso es, buena chica. Ahora a dormir.

No tuvo que decírselo dos veces, cayó de lado, suspiró y se dispuso a hacer justo eso.

Sacudió la cabeza, se metió en el baño y se dispuso a prepararse para irse también a la cama. Al volver se apoyó en la puerta y la contempló, parecía una niña pequeña con la ropa de su hermano mayor, se la veía tan inocente y tierna que supo que esa noche no habría querido estar en otro lado que no fuese junto a ella.

Hizo a un lado la ropa de cama y la metió entre las sábanas, el tacto de la tela debió de gustarle pues se acurrucó con visible placer, entonces dio media vuelta y se quedó de cara hacia el lado del que solía dormir. Sonrió para sí y la siguió, acostándose para taparles finalmente a los dos con las mantas, el cuerpo femenino buscó inmediatamente el suyo, deslizó un brazo sobre su pecho y musitó algo que no llegó a entender.

—¿Qué es, dulzura?

—Te quiero mucho, Dain.

Sus palabras, pronunciadas en un bajo murmullo, lo calentaron. Probablemente no sabría ni lo que decía de lo dormida que estaba, pero le había gustado escucharlas.

—Yo también te quiero, Faith, más de lo que creí que era posible.

La atrajo contra él, apagó la luz y dejó que el sueño lo reclamase.

CAPÍTULO 52

La felicidad debía parecerse a algo como esto, pensó Faith admirando su nuevo hogar.

El lunes había firmado el contrato y le habían entregado las llaves, prácticamente había volado después de su jornada para ir a recogerlas y entrar en posesión de ese lugar. El alquiler era el adecuado, un poco más bajo quizá debido a los intermediarios, lo que le dejaba holgura para pagar las distintas facturas que se generaban de la electricidad, el agua, etc.

Todavía tenía que vaciar su antigua vivienda, pero había dado ya los primeros pasos al entrar esa misma tarde ella sola y evitar que le temblase todo el cuerpo. Los malos recuerdos estaban allí todavía, pero también los había buenos y se había concentrado en esos para pasar el mal trago. Dain habría estado dispuesto a acompañarla, de hecho, la había citado a las seis, pero algo inesperado en el trabajo lo había obligado a cancelar su cita de ese día.

Esa misma noche, cuando lo vio entrar, supo al momento que algo malo había pasado, el velo sombrío que le cubría el rostro y la fuerza con la que apretaba la mandíbula, hablaban por sí solos. Habían cenado en un incómodo silencio y después él se había excusado diciendo que estaba cansado e iba a retirarse. Aquel hermetismo le había recordado al de sus

alumnos y había actuado en consecuencia, sacando la mierda de él a golpe de palabras, con agudeza e ingenio hasta que el gran Dom decidió hablar.

—Esta tarde me han avisado de que una de las mujeres que había entrado recientemente en el programa de protección para víctimas de violencia doméstica fue encontrada muerta en su antiguo domicilio. —Se había pasado el pelo con gesto desesperado—. Su ex marido le había asestado nueve puñaladas antes de lanzarse desde la ventana del tercer piso. Ella murió en la ambulancia de camino al hospital y él muy cabrón solo se ha roto la puta cadera. Los vecinos escucharon gritos, llamaron a la policía... pero ya fue tarde.

Esa noche le había hablado de lo bueno y lo malo de su trabajo, de la impotencia que sentía cuando esas víctimas de malos tratos decidían volver por voluntad propia al lado de sus maltratadores y no poder hacer nada al respecto. De tantos niños que quedaban huérfanos porque su padre mataba a su madre. De las mujeres que conseguían salir adelante, no sin esfuerzo, y rehacer sus vidas, de las madres luchadoras que peleaban como leonas cuando sus hijos eran las víctimas de un matrimonio insoportable. Había claros y oscuros en su trabajo, unas veces parecía que conseguía anotarse un tanto y otras, como aquella tarde, era la maldad inherente en las personas la que triunfaba.

Ese día había visto otra parte del camaleónico Dom, una totalmente humana y que la había afectado de mil maneras distintas. La verdad es que él llevaba semanas afectándola, sin saber cómo su mundo empezó a girar en torno a él y, ese último fin de semana en el club había sido el punto de inflexión.

No sabía cómo calificar el tipo de relación que mantenían, porque estaba claro que estaban metidos en una. Desde el domingo por la noche en el que cada uno se había ido a su cama y ella había terminado en la de él,

después de dar vueltas y más vueltas sobre el colchón, habían jugado al mismo juego los dos días siguientes, unas veces acudía ella a él y otras era él quién acudía a ella. Y, lo más preocupante de todo es que ella no iba en busca de sexo, sino la mutua compañía, el poder compartir el espacio, el calor y sentirse acompañada. Ahora que había conocido a ese hombre empezaba a tenerle miedo a la soledad y ese había sido el motivo principal de que ese mismo miércoles decidiese que ya era hora de mudarse y empezar a vivir de nuevo su vida.

—Creo que hoy dormiré en mi casa —le había informado esa misma mañana, mientras desayunaban juntos antes de irse a sus respectivos trabajos.

—¿Crees? —La manera en que la había mirado, con esa picaresca presente en los ojos y curvándole los labios en media sonrisa la hizo rephrasear su respuesta.

—Vale, hoy dormiré en mi casa.

—Así que ya ha llegado la hora en la que quieres abandonarme —chasqueó—. Y yo que pensaba que había sido un buen anfitrión.

—Lo has sido, lo eres... pero, bueno, necesito mi espacio...

Y poner distancia entre ambos, añadió mentalmente, no es bueno para mí depender tanto de ti.

—Lo sé, Faith, lo entiendo y lo respeto. —La había tranquilizado como siempre con sus palabras—. ¿Quieres que te ayude con alguna cosa? Esta tarde libro desde las cuatro a las ocho, después tengo clases en el gimnasio.

Sí, las clases a las que le había sugerido asistir a ella y cuya invitación todavía se estaba pensando.

—Me gustaría colocar mis estanterías, las he desmontado y llevado en el coche, pero me da dolor de cabeza solo de pensar en tener que rearmarlas.

—¿IKEA?

Se encogió de hombros.

—Soy una chica de los suburbios, voy a lo que puedo pagar o reciclar.
Su respuesta fue reírse.

—Muy bien, a partir de las seis me pasaré por allí.

Miró el reloj y suspiró, solo eran las cuatro, tardaría un par de horas en hacer acto de presencia y ella todavía tenía un par de citas pendientes que atender. El detective Knight parecía tener predilección por hacerle visitas en el colegio, presentándose al final de su clase y alborotando a sus alumnos quienes debían pensar que, o bien estaba metida en asuntos turbios o tenía una vida sexual de la hostia con tanto hombre pululando a su alrededor. Con todo, la visita que le había hecho ese mediodía había merecido tener que lidiar con las miradas curiosas e insinuantes de sus chicas y las sonrisas socarronas de sus chicos.

—Tienes mi número de teléfono, Damien, ¿no sería más rápido que me llamas?

Él se limitó a sonreír de esa enigmática manera y señaló la clase ya vacía.

—Podría serlo, pero supuse que si te llamaba acabarías presentándote tú misma en la oficina —replicó de buen humor—. Supuse que agradecerías recibir ciertas noticias en persona.

Su tono misterioso la llevó a fruncir el ceño, se apoyó contra su escritorio y lo miró.

—De acuerdo, ya estás aquí así que dime lo que tengas que decirme —resopló y se dispuso a escucharle—. ¿Qué ha ocurrido esta vez?

—Se han examinado de nuevo los informes de la autopsia realizada a la señorita Vera y, tú tenías razón, Faith, no murió por una sobredosis.

La noticia la impactó de tal forma que la dejó sin aire y, respiró profundamente y dejó escapar el aire visiblemente aliviada.

—Te lo había dicho, te lo dije desde un principio, ella no consumía

drogas —le reprochó. Sabía que estaba sonando acusadora, pero no podía evitar sentir que habían estado intentando convencerla de algo que no era verdad, no quería creer que desconociese a Ruth hasta tal punto. En el fondo quería creer que su amiga no la había mentado en todo, a pesar de todo, quería tener la esperanza de que esos años que habían compartido no hubiesen sido un completo embuste—. Tenía que haber otra explicación para esos resultados, para... la droga que había allí.

Él asintió.

—A la luz que arrojaron las nuevas investigaciones, nuestro forense no se explica cómo han podido pasar por alto algo tan evidente, el motivo del fallecimiento de tu amiga se debe a algo de naturaleza... imprevisible.

—¿Qué quieres decir?

Esos ojos verdes encontraron los suyos y le sostuvo la mirada.

—Ruth Vera falleció de un aneurisma —le informó sin andarse por las ramas—. Me temo que es algo que podría haberle pasado en cualquier lugar, en cualquier momento.

—¿Un aneurisma?

La palabra se filtró en su mente junto con las consecuencias del mismo, una muerte inesperada, repentina, algo que nadie podría prever y, en la mayoría de los casos, evitar. La comprensión trajo consigo las lágrimas, el saber que posiblemente habría perdido igualmente a su amiga en ese mismo instante estando en casa con ella, en la calle de compras o incluso en el colegio dando clases.

—Quiero que entiendas que lo que voy a decirte ahora forma parte de una investigación policial y que no debe ser divulgada —insistió él, notó sus dedos sobre la barbilla y su toque la sacudió, devolviéndola al presente—. Si te lo digo, es porque sé que no te estarás quietecita y que seguirás arañando la superficie.

Asintió, en ese momento no tenía voz, su mente estaba todavía centrado en las consecuencias del aneurisma.

—El hecho de que se llegase a la conclusión de la sobredosis se debe a que en su organismo se encontró una alta cantidad de opiáceos, suficiente para causar la muerte a una persona adulta, más aún a una mujer de la constitución de la víctima...

—No, no la llames víctima... por favor.

—Presumiblemente alguien le administró un alto concentrado de drogas directo al torrente sanguíneo y preparó la escena para que pareciese que se había tratado de una sobredosis. —Expuso en su típica actitud de «esto es lo que hay»—. La persona que lo hizo sigue ahí fuera y vamos a dar con ella. ¿De acuerdo?

Asintió soltándose de sus dedos y bajó la mirada.

—Y no quiero ver tu naricita ni a un kilómetro de distancia cercano a la investigación.

Abrió la boca para decir algo pero volvió a callarse al ver su expresión.

—No estoy abierto a discusiones, mascota, no es no.

Asintió lentamente, se lamió los labios y suspiró.

—Todo lo que quería era demostrar que ella no se había suicidado, que no había sido cosa de drogas —repuso con voz firme—. Que quién quiera que le hubiese hecho esto, pagase por ello. Quería demostrar que era inocente, protegerla, proteger su memoria y aquello por lo que luchaba. No me di cuenta que eso solo puedo hacerlo de una manera, sacando adelante el proyecto al que se había dedicado en cuerpo y alma.

Se había sentido tan herida tras su fallecimiento, se había sentido abandonada y, con cada nueva cosa que salía a la luz y de la que no sabía nada, esa sensación de abandono crecía. Sí, Ruth había tenido un lado que no conocía, pero ahora, después de haber entrado en ese mundo, verlo con sus

propios ojos y experimentarlo, no podía dejar de preguntarse qué, si de haber estado en su lugar ella no habría hecho lo mismo.

Había cosas que sencillamente no tenían explicación y las elecciones que hacía el corazón eran una de ellas, lo estaba comprobando en carne propia.

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que el legado de Ruth salga adelante, así que atrapa a quién quiera que le haya hecho esto a mi amiga y llévalo ante la justicia, es todo lo que te pido, Damien.

El detective esbozó una conocedora sonrisa.

—Eres una cosita fuerte y decidida debajo de toda esa timidez, ¿no es así señorita Valentine? —Parecía una pregunta más para sí mismo que para ella—. Dain ha hecho una buena elección. Os complementáis muy bien.

Se le calentaron las mejillas, señal inequívoca de que se estaba sonrojando.

—Yo no...

El hombre posó un dedo sobre sus labios.

—No se le replica a un Dom, sumisa. —La acalló con gesto divertido—. ¿Él lo sabe?

—¿El qué?

—Que lo quieres.

Le habría gustado responderle de manera rotunda, pero escuchárselo decir a él en voz alta, solo consiguió que enrojeciese más y balbucease.

—Yo no... tú estás... no es... lo que parece. Solo...

—Faith. —La calló de nuevo—. Díselo. Esa es mi tarea para ti, gatita, decirle a tu amo que ya tiene sumisa y que es para siempre.

Abrió la boca para replicar pero no pudo, no le salían las palabras porque en el fondo sabía que esa era la verdad. Se había enamorado de

Dainiel Ratcliffe, del hombre y del Dom y, si bien todavía no estaba muy segura de todo ese asunto de la sumisión, de si ella encajaba en ese mundo, estaba convencida de que por él estaba dispuesta a encontrar un lugar a su lado.

Dejó escapar un profundo suspiro, le echó un último vistazo a su nuevo hogar y salió dispuesta a cerrar otro capítulo de esa última y problemática etapa de su vida.

CAPÍTULO 53

El Kings County Hospital era el último lugar que se podría haberse imaginado visitar de nuevo apenas una semana atrás y, especialmente, no para ver a un hombre que había sido el blanco de sus sospechas desde el minuto número uno. El que además hubiese entrado en su casa, invadiendo su privacidad y dándole un susto de muerte era también un motivo de peso más que suficiente como para que nadie le echase en cara si ahora daba media vuelta y se alejaba de allí. Pero no lo haría, no había discutido con Lucien hasta el cansancio para sacarle la información sobre dónde estaba internado si no tuviese una poderosa razón para venir.

Desde luego, hablar con ese hombre y conseguir que le dijese lo quería saber la había llevado a echar manos de todo su ingenio y, sobre todo, de su paciencia.

—¿Me has echado de menos, galletita?

—Ni lo más mínimo. —Le había dicho—. Pero cómo eres el único que parece tener todas las respuestas...

—Puedes considerarme tu gurú personal.

—Solo necesito que me respondas a una pregunta.

—¿Dain no tenía la respuesta?

—Teniendo en cuenta que tú eres la fuente principal, no.

—Ahora sí que has despertado mi curiosidad, ¿qué quieres saber?

—Quiero el nombre del hospital y el número de habitación en el que está internado Dennis Spencer.

—¿El sexo del pasado fin de semana te fundió los plomos o qué?

Respiró profundamente para evitar mandarlo a la mierda.

—Si no te los ha fundido a ti con los años que debes llevar practicándolo...

Él soltó una carcajada y tardó unos momentos en superar su hilaridad para poder hablar.

—De acuerdo, Faith, el primer set es tuyo, ahora, dime para qué quieres la información.

—No es asunto tuyo.

—Bueno, mascota, dado que eres la sumisa de mi hermano, que eres una cosita adorable y que me caes muy bien, sí es asunto mío —le soltó—, así que, a menos que me des una respuesta que me satisfaga...

—El detective Knight me ha hecho partícipe del resultado de la segunda ronda de pruebas de la autopsia de Ruth —le informó—, y quiero ver al hombre que se coló en mi casa, me dio un buen susto y ha resultado ser el marido de Ruth.

—Tú quieres que tu amo me mate.

—Lo que quiero es que me digas el hospital en el que está y el número de su habitación —concluyó—. Lo necesito para poder poner punto y final al

cúmulo de malos entendidos que me ha llevado a meterme en problemas.

—Nena, tenías que haber empezado por ahí —declaró él y le dio la información que necesitaba.

Sabía que no mucha gente entendería que quisiera mirar cara a cara a ese hombre, pero eso era lo que quería hacer y para lo que había venido.

Atravesó el corredor del ala de cirugía y se dirigió hacia la habitación que le habían indicado, el señor Spencer estaba alojado en una de las últimas estancias, en una estancia individual. Se detuvo ante la puerta y miró hacia el interior, acostado en la cama, con una bata de hospital cubriéndole el pecho y las sábanas arremolinadas alrededor de la cintura, estaba la persona que buscaba. Se encontraba con la cabeza girada hacia la ventana, sumido en sus pensamientos o incluso dormido. Vaciló unos momentos, volvió a mirar hacia el corredor pensando en marcharse y olvidarse de todo cuando escuchó su nombre.

—Faith.

Se giró como un resorte, sus ojos se encontraron con los de él y no pudo evitar que el corazón se le acelerara al reconocer al hombre que la había asaltado, entrando en su casa.

—Eres tú, ¿verdad?

Deslizó la punta de la lengua por el labio inferior y asintió, dando un paso adelante, luego otro hasta haber traspasado el umbral.

—Sí, aunque eso ya lo sabe —replicó con voz lineal—. ¿No es así?

Él suspiró. Estaba mucho más pálido que aquella noche o puede que fuese el aire del hospital.

—Nunca quise asustarte, menos aún hacerte daño —respondió y parecía verdaderamente compungido—. Lamento mucho lo que ocurrió, no tengo excusa alguna.

—No, no la tiene.

Él se limitó a asentir y la recorrió lentamente con la mirada.

—Me imagino que si estás aquí es porque ya te han dicho quién soy.

Asintió y dio otro par de pasos más, acercándose a la cama.

—¿Es verdad? ¿Eres... eras el marido de Ruth?

—Sí —aceptó con voz triste, la misma tristeza que bailó en sus ojos—.

Ella... era mi esposa... Lo fue durante un mes y cinco días... entonces, me la arrebataron.

Su admisión le provocó una punzada en el estómago.

—Matrimonio. Se... se casó y no me dijo nada. ¿Por qué?

—Porque quería protegerte —le aseguró él—. Ella siempre te ha tenido en mucha estima, te quería como a una hermana, en cierto modo eras como su hermana pequeña.

—¿Protegerme? ¿Protegerme de qué? —Se quejó—. Si me hubiese tenido estima, no me habría mentado como lo hizo, no me habría ocultado... esto.

Él sacudió la cabeza.

—Créeme, pequeña, si te mantuvo al margen, fue para protegerte, para que a ti no te pasara lo que le pasó a su hermano.

Y esa era otra de las cosas que la habían tomado por sorpresa, saber que había tenido un hermano, alguien que había perecido por culpa de las drogas a una edad muy temprana.

—Yo... ni siquiera sabía que ella había tenido un hermano, su vida, la que deseó compartir conmigo era mentira, todo lo que me dijo, todo fueron mentiras. —Señaló lo obvio—. No proteges a alguien contándole mentiras, inventándote una historia, lo haces con la verdad, permitiéndole elegir si desea esa protección, dejándole que te preste ayuda si la necesitas...

—Faith.

Lo encaró enfadada.

—Tú adoptaste una identidad que no es la tuya, le has hecho creer que eras otra persona, ¿también le mentiste así cuando decidiste casarte con ella?

Sus ojos se oscurecieron, sus palabras parecían haberle hecho daño.

—Ruth sabía perfectamente quién era yo cuando le pedí que fuese mi esposa —declaró con voz fría, provocándole un escalofrío—. Sí, al principio utilicé un nombre que no era el mío, no fue a propósito, de hecho ni siquiera lo inicié yo. Todo fue parte de un malentendido y me vino bien, no lo negaré, necesitaba ocultar mi identidad, no podía decirle que era un agente federal...

—¿Por qué?

No dudó a la hora de responder.

—Porque tu amiga tenía el contacto que yo necesitaba para sacar adelante la investigación que llevaba mi departamento —confesó—. En su necesidad de vengar a su hermano creó un proyecto contra la drogadicción que iba mucho más allá de charlas de concienciación, ella estaba dispuesta a erradicar el tráfico de raíz, limpiar su barrio desde abajo y sus métodos eran tan arriesgados como peligrosos.

—¿De qué está hablando? —Negó con la cabeza—. Ruth nunca se habría metido en algo así, su proyecto era para concienciar, para informar a los jóvenes y darles otras opciones, ella no...

—Sí, eso es lo que quería y es en lo que debería haberse concentrado, pero el pasado pesaba demasiado en su alma...

Aquello era lo mismo que le había dado a entender la policía, algo que le costaba aceptar, quizá porque la persona que ella conocía no había pasado por algo como eso. Pero si conocía a Ruth, aunque fuese un poco, sabía que era el tipo de circunstancia que posiblemente la motivaría a tomar cartas en el asunto. ¿No se había metido ella misma en un sinfín de problemas por el simple hecho de querer obtener respuestas y averiguar la verdad?

—Lo creas o no, intenté detenerla, Faith, intenté convencerla de que lo

dejase todo y se marchase conmigo. —Se llevó la mano al costado, posando la palma sobre la sábana—. Insistí en que te dijese la verdad, en que fuese sincera contigo de lo nuestro, sobre nuestra boda... Al final creí que lo había conseguido, había consentido en venir conmigo a Illinois, yo tenía programadas unas pruebas, me llamaron del hospital y tuve que irme ese mismo miércoles. Ella había prometido que se reuniría conmigo el viernes, antes quería hablar contigo, para que no te preocupases por su ausencia... supongo que nada salió como debía. Las cosas... se complicaron para mí... la operación se adelantó y cuando desperté, cuando pude ser consciente del paso del tiempo... Había pasado más de una semana y ella, mi esposa, no estaba a mi lado...

Sus palabras se perdieron, pudo ver el brillo en sus ojos y como apartó el rostro cuando el dolor se hizo insoportable para él.

—No respondía a mis llamadas, su teléfono daba siempre desconectado, no sabía dónde estaba. —Su voz se entrecortó y tuvo que hacer un alto—. Tenía las llaves de vuestra casa porque ella me dio una copia, quería que las tuviese por si le pasaba algo... Por eso estaba en tu salón cuando llegaste. Estaba desesperado por saber de ella y entonces tú me acusaste de asesinarla... a mi propia esposa... dijiste que estaba muerta...

Apretó los dientes, su mandíbula se tensó y giró la cara para encontrarse con la de ella.

—No sabía dónde estaba mi esposa, no respondía a mis llamadas y tú me dices que estaba muerta... —dejó escapar una agónica carcajada—. Dios... no sé qué hice esa noche, pero en la mañana acabé en el colegio y un conserje me dijo que su funeral había sido hacía unas semanas, que la habían enterrado en Green Woods...

Dejó caer la cabeza hacia atrás.

—He tenido que ver la lápida con su nombre para convencerme y, aun

así, aún ahora, soy incapaz de hacerme a la idea de que ella no está, de que nunca volveré a verla, a tocarla o escucharla reír —concluyó, cerró los ojos y dejó escapar un profundo suspiro—. Esta mañana el detective Knight ha venido a verme para ponerme al corriente de los nuevos resultados que han salido en base a la autopsia.

—Fue un aneurisma —musitó en voz baja—. Les dije, desde el mismo principio, que ella jamás habría muerto de algo como una sobredosis, no Ruth, jamás Ruth...

Sonrió y ladeó la cabeza hacia ella.

—Ella tenía razón con respecto a ti —murmuró mirándola como si la conociese de siempre y no fue una completa extraña como lo era él para ella—. Eres exactamente como ella te describió y no solo físicamente, te conocí por fotos...

Ladeó la cabeza y esquivó su mirada.

—Yo solo vi una foto tuya, vuestra... —admitió—. En la parte de atrás había un nombre, estaba escrito con su letra... No sabía quién eras, ni siquiera conocía tu existencia, ni tampoco el mundo en el que solía moverse ella... Yo... cometí un error, acusé a alguien que era inocente y todo porque pensaba que eras tú y que podías tener alguna respuesta sobre el paradero de mi amiga, y después, sobre su muerte.

—Lo siento, pequeña, tú has perdido también a alguien...

—Era mi hermana, para mí siempre fue mi hermana —aseguró intentando mantener el tipo—. Siempre la sentí como tal y, ahora me arrepiento de no habérselo dicho...

—Lo sabía, Faith, créeme, lo sabía.

Lo miró de nuevo y se mordió el labio inferior.

—Voy a seguir adelante con su proyecto —declaró mirándole a los ojos—. Por ella, por todas las personas que han sido víctimas de las drogas, voy a

sacarlo adelante.

—Si alguien puede hacerlo eres tú —aceptó él visiblemente cansado—. Pero, por favor, no te metas en los mismos problemas que mi esposa. Ruth te quería y sé que la entristecería ver que terminas metida en algún lío del que no puedes salir.

Sonrió, no pudo evitarlo, sus palabras le recordaron a las del hombre que quería.

—¿Sabes? Acabas de hablar como Dain Ratcliffe.

Él la miró sorprendido, entonces esbozó una renuente sonrisa.

—Mi nombre es Dennis, puedes llamarme Den.

Lo miró, sacudió la cabeza y acortó el par de pasos que la separaban de la cama.

—Hola Den, yo soy Faith —le tendió la mano—. Es un placer conocerte por fin.

La mirada en su rostro dijo mucho más de lo que lo hizo toda aquella conversación.

—Lo mismo digo, Faith —le estrechó la mano—. Gracias.

CAPÍTULO 54

—Déjame adivinar, no has salido ni a comer.

Dain levantó la cabeza y vio a su hermano en el umbral de su despacho.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—Mierda, se me ha hecho tarde.

—Déjame adivinar, ¿quedaste con tu polvorilla?

—Quiere que le eche una mano con la mudanza.

—Así que ya está en pleno traslado.

—Eso parece.

—¿Y cómo lo llevas?

Lo miró.

—Sí, no sé para qué pregunto, solo hay que mirarte a la cara.

—¿Has venido para tocarme los cojones o tenías algo más que decirme?

Sonrió de soslayo y entró en la pequeña habitación atestada de cosas.

—Aunque disfruto inmensamente tocándote los huevos, no, no vine para eso. —Se apoyó en su mesa y empezó a jugar con las cosas que había encima del escritorio—. Quería comentarte que Damien pidió una segunda revisión de la autopsia de Ruth Vera y los resultados le llegaron esta mañana. La chica falleció de un aneurisma cerebral. Faith tenía

razón, después de todo, el diagnóstico de la sobredosis no fue exacto.

—¿Ya lo sabe?

Asintió.

—Sí, Dam me dijo que iba a comunicárselo personalmente, después de todo, ella ha sido la que insistió en que esa muerte no era lo que parecía — aceptó—. Por otro lado, está el hecho de que tu polvorilla me llamase justo después para pedirme... No, pedirme no, exigirme, que le diese el nombre del hospital y el número de la habitación en la que está el agente Spencer.

—Imagino que se lo diste.

—Hay cosas que es mejor que las resuelvan entre ellos. —Se encogió de hombros—. Él le debe bastantes explicaciones, una montaña de ellas, a juzgar por todo lo que dejó caer cuando hablamos con él.

—Faith se ha decepcionado hasta el punto de plantearse quién era realmente la persona con la que estuvo compartiendo vida y vivienda durante los últimos cinco años —comentó sabiendo que aquello era lo que había desestabilizado a la morenita—. Este último mes ha visto cómo se ha tambaleado su vida, como todo en lo que había creído se desvanecía bajo el peso de las verdades que salían a la luz... y a pesar de ello ha seguido luchando por defender la dignidad de Ruth Vera.

—Es un verdadero diamante en bruto y sería inteligente de tu parte el conservarlo.

Levantó la mirada hasta encontrarse con la de su hermano.

—No tengo intención de dejarla escapar.

—¡Al fin algo de cordura en esta familia! Gracias, señor, ya veo que de vez en cuando sí escuchas mis plegarias.

—Lucien, la última vez que pisaste una iglesia fue para arrestar a alguien.

—Qué puedo decir, si Dios me abre las puertas y me pone las esposas

en las manos para capturar a un capullo, ¿quién soy yo para decirle que no?

Sacudió la cabeza, había cosas de las que era mejor ni hablar.

—Entonces, ¿qué tienes en mente?

—Darle lo que quiere.

Su hermano enarcó una ceja ante su comentario.

—Y, al mismo tiempo, obtener lo que yo deseo.

—Ya decía yo que no podías haber cambiado tanto.

Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—No es tan fácil cambiar, Luc, tú deberías saberlo mejor que nadie.

—El que nuestro padre sea un capullo integral y no sea capaz de ver que sus hijos son dos tíos estupendos, con trabajos cojonudos y destinados a hacer algo por los demás, es simplemente cuestión de genética —replicó encogiéndose de hombros—. Por suerte solo heredamos de él su color de ojos, el resto es todo de nuestra santa madre.

—¿Has hablado con ella recientemente?

—Hace un par de días —asintió—. Y quiere que te diga que, en caso de que lo hayas olvidado, ella fue la que pasó por dieciséis horas de parto para traernos al mundo y que tiene dos hijos. Quiere que la llames, aunque solo sea para contarle lo aburrida que es tu vida. No se ha presentado aquí porque Markus le ha dicho que te ha visto y que sigues respirando.

Sí, su madre y Markus tenían una muy buena relación desde hacía años y se respetaban mutuamente. Eran capaces de decirse lo que posiblemente ningún otro ser vivo se atrevería a mencionar.

—¿Crees que durará mucho más aguantando al viejo?

Ambos se miraron y su gemelo negó con la cabeza.

—No y me sorprende que no se haya separado antes —aseguró rascándose la cabeza—. Si alguna vez se quisieron, está claro que ese amor se extinguió hace mucho tiempo. Mamá se ha quedado a su lado por comodidad,

las cosas como son, Dain. A ella le gusta la buena vida, se ha acostumbrado a eso...

—El dinero y la posición social no dan la felicidad, lo veo cada puñetero día de mi vida ahí fuera. —Señaló hacia la puerta—. La violencia no hace distinciones de casta o escalafón social, puede ocultarse tanto en un hogar de lo más pobre a pulular por las entrañas de una mansión.

—Tú lo sabes, yo lo sé... el problema es que los propios interesados no se dan cuenta hasta que es demasiado tarde —chasqueó la lengua y desechó el comentario con un gesto de la mano—. Ahora que mencionaste a Markus, ¿dónde se ha metido el viejo?

Se reclinó contra el respaldo del asiento y cruzó las manos sobre el vientre.

—Se ha pasado la semana tertuliano con el reverendo y dándole una paliza a mis alumnos en el ring.

—Ya veo que sigue divirtiéndose como siempre. —Se rió entre dientes—. Una vez que comprueba que su polluelo favorito sigue de una pieza y su gemelo también, da media vuelta y disfruta de la vida.

—Es lo que deberíamos hacer todos y cada uno.

—Sí, de hecho, yo es lo que voy a hacer en cuanto termine con el próximo encargo—. Pienso tomarme unas vacaciones y tostarme al sol. Quizá me vaya a Miami una temporada.

Lo miró a los ojos.

—¿Vuelves a Florida?

—La agencia tenía un caso interesante y decidí hacerme cargo de él —aceptó con un ligero encogimiento de hombros—. Y no pongas esa cara, es trabajo de seguridad, de guardaespaldas de hecho.

Y aquello sí que era toda una novedad. Su hermano odiaba recibir órdenes de nadie y ya no dijéramos, tener que cubrirle el culo a algún

gilipollas que era incapaz de cuidar de sí mismo.

—¿Durante cuánto tiempo?

—En principio un mes, prorrogable si la criaturita decide quedarse...

—¿Criaturita?

Sacudió la cabeza.

—No quieres saberlo, créeme.

Posiblemente no, pero no podía evitar sentir cierta curiosidad ante sus palabras.

—Salgo mañana a primera hora, solo quería avisarte para que vayas a echarle de vez en cuando un vistazo a mis plantas.

—¿Desde cuando tienes plantas?

—Desde que dejo que el césped se convierta en una jungla salvaje — soltó—. Ahí tiene que haber plantas, alimañas y posiblemente algún penique que se me haya caído.

—Me niego a poner un pie en tu casa.

Se rió entre dientes.

—En ese caso dejemos que la Gran Manzana tenga otro pulmón que le hará falta a la larga.

Dejó escapar un profundo suspiro y sacudió la cabeza. Iba a responderle con algún comentario irónico cuando el teléfono empezó a sonar y vibrar sobre la mesa.

—Es Faith. —Le informó cogiendo la llamada.

—Salvados por la sumisa —aseguró divertido y se apartó—. Te dejo para que busques una excusa adecuada con la que meterte hoy en su cama... Dile que estallaron las cañerías y que tu casa parece el hundimiento del Titanic.

—Piérdete. —Lo echó y atendió la llamada—. Hola dulzura, ¿ya estás en casa?

Su hermano le dedicó un guiño, le dio la espalda y salió por la puerta dejándolo a solas.

—Hola Dain, no, por eso te llamaba, voy a hacerle una visita rápida al reverendo, el detective Knight me visitó este mediodía.

—Sí, Lucien estuvo aquí y me ha dicho lo que arrojó la nueva investigación.

—Hay cosas que, sencillamente, no pueden fingirse y yo sabía que Ruth no había caído en algo así, no con todo lo que ha luchado.

—Me alegro que todo se haya aclarado por ese lado.

—Sí, yo también —murmuró ella. Entonces soltó un pequeño suspiro—. Acabo de visitar a Dennis Spencer, su marido.

—¿Y estás bien?

Hubo un momento de vacilación.

—Sí, de algún modo, ha sido como quitarme un peso de encima — aceptó al momento—. Yo, necesitaba hacer esto... necesitaba algunas respuestas para comprender y ahora, ahora creo que por fin entiendo a Ruth.

—Me alegro.

Un nuevo momento de silencio, entonces esa dulce voz bajó el tono, casi podía ver cómo sus mejillas se sonrojarían.

—¿Dainiel?

—¿Sí, dulzura?

—¿Podríamos dejar lo de la mudanza para mañana, si tienes tiempo e ir esta noche a cenar al *Temptations*?

Su petición lo hizo sonreír.

—Llamaré a Camden para que nos tenga preparada una mesa —le confirmó—. Te recogeré en casa a las ocho en punto, ni un minuto más tarde, sumisita.

—Sí, Amo Dain.

Su rápida aceptación y la manera en que pronunció esas dos palabras lo colmaron de orgullo.

—Nos vemos en un par de horas entonces. —La citó—. Saluda al reverendo de mi parte.

—Lo haré —replicó con la voz más animada, feliz incluso—. Te veo después, señor.

—Hasta después, mascota.

Colgó y se quedó mirando el teléfono.

—Gracias por llegar a mi vida, Faith Valentine.

Ella era sin duda el mejor regalo que había recibido de la vida y haría lo que estuviese en su mano para que ella se sintiese así de especial, empezando por esa misma noche.

CAPÍTULO 55

Faith todavía conservaba la sonrisa después de haber colgado el teléfono, lo devolvió al bolsillo del abrigo y sonrió aún más. No había querido decirle por teléfono que deseaba ir al restaurante esa noche para celebrar la noticia que había recibido nada más dejar el hospital. Había sido tan inesperada como bienvenida, una efectiva forma de cerrar un ciclo, pensó esperanzada.

El encuentro con Dennis Spencer había sido tan extraño como necesario, después de hablar con él entendía a Ruth un poco más, comprendía sus sentimientos, lo que la había llevado a actuar de esa forma. No, no compartía su modo de proceder, pero lo entendía. Para ella debía haber sido ya bastante difícil perder a un hermano como para arriesgarse a perder otro.

Levantó la mirada al cielo teñido por el atardecer y envió sus pensamientos.

—Han aceptado el proyecto, Ruth, VIDA saldrá adelante con el apoyo de la *Crossroad Company*.

Eso era lo que quería celebrar esa noche, el hecho de que las cosas habían empezado a encajar por fin en su sitio, que la muerte de su amiga había quedado completamente limpia de indicio alguno de haberse producido por acción de las drogas y que la vida seguía, en pocas palabras, que era hora de continuar.

—Si estás ahí, si me escuchas o me estás viendo, quiero que sepas que te perdono, que te quiero y que siempre serás mi hermana —musitó sintiendo como los ojos se le llenaban de lágrimas—. Y también quiero darte las gracias, pues a pesar de todo lo que ha pasado, de todo el dolor que ha traído consigo tu partida, también me has dado esperanza y algo por lo que luchar.

Lucharía por sacar adelante el proyecto que había iniciado y también lo haría por ganarse el corazón del hombre que había robado el suyo. Esa noche estaba dispuesta a decirle a Dainiel Ratcliffe que sería su sumisa si él estaba dispuesto a ser su amo durante el resto de sus días.

Le echó un último vistazo al coche y se dirigió hacia la entrada principal de la iglesia. Un equipo de servicios estaba haciendo alguna clase de mantenimiento en la calle en la que solía aparcar y había tenido que ir a la principal, obligándola así a tener que pasar por delante del edificio. Metió las llaves en el bolso y sonrió al ver la puerta abierta...

—Se desplomó, padre, le juro que se desplomó y no pude hacer nada al respecto.

Faith se detuvo en seco al escuchar una voz que no reconocía, había algo en su tono que les recordaba a sus chicos cuando estaban desesperados, cuando las cosas se le escapaban de las manos y querían tirar la toalla. Frunció el ceño y apuró el paso hacia la entrada.

—Está bien, hijo, el señor tiene caminos que a menudo no son comprensibles para el resto de los mortales.

Ese era el Reverendo John, aunque su tono comúnmente estable parecía ahora vibrar, como si le costase articular las palabras.

—Se lo dije, se lo repetí mil veces, le advertí que no volviese, que dejase de meter sus putas narices en mis asuntos, pero ella insistía, insistía e insistía —La voz era completamente desesperada, temblorosa e inestable—. Antes o después iba a pasar esto, iba a llevarse un jodido balazo, pero ella se

desplomó delante de mí sin más... Yo no la toqué y ahora tengo a la pasma detrás de mis pasos. ¡Joder!

Sus palabras la confundieron, supuso que el padre estaría hablando con alguno de los chicos de la comunidad, alguien que se había metido en problemas y que ahora no sabía cómo salir de ellos. A menudo acudían al reverendo como si él tuviese las respuestas a cada uno de los problemas del mundo.

—Si tú no has hecho nada, nada tienes que temer, hijo, entrégate, cuéntales lo que ocurrió.

—¡No! No, nada de eso. Esa puta tiene la culpa, me ha metido en esto. Aún si yo no la maté a puesto a la poli detrás de mí.

—Tienes que hacerte responsable por tus propios actos, hijo, cada uno de nosotros debe hacerse responsable de lo que hace en esta vida, solo así podrá encontrar el perdón en brazos del Señor.

—Yo la quería, ¿entiende? La quise desde el primer año en la universidad, pero esa perra tenía que estropearlo todo, tenía que meter las narices dónde nadie la llamaba. ¡Joder! Después de lo que le pasó a ese crío tendría que haber aprendido la lección. Joder, joder, joder.

El aire se congeló en sus pulmones al escuchar ese nombre y, las palabras del desconocido empezaron a cobrar sentido. Avanzó casi sin ser consciente de lo que hacía, necesitando confirmar con sus propios ojos quién era él.

—Quería que dejase ese estúpido proyecto, que dejase de meter las putas narices en los asuntos del jefe y mira que es lo que consigue, palmarla en un puto hotel. —Negó con la cabeza y se rascó el cuero cabelludo con el cañón del arma—. Ellos querían que la silenciase, que la sacase de delante de una jodida vez. Se había casado, ¿entiende? Esa zorra se casó y lo hizo nada más y nada menos que con un jodido federal. Oh, el jefe sabía que lo estaban

investigando, sabía que el imbécil llevaba detrás de él desde hacía tiempo, lo que no se imaginaba era que la poli estaba en el ajo. Los pillaron a todos con las manos en la masa, joder, me escapé por los pelos. Incluso esa puta negra estaba allí haciendo preguntas incómodas.

Faith se llevó una mano a la boca, sofocando el jadeo que escapó de su garganta, había traspasado el umbral de la entrada de la iglesia y vio al reverendo tirado en el suelo, apretándose el costado con una mano, el suelo bajo él estaba manchado de sangre y el responsable todavía lo apuntaba con un arma.

—Reverendo John.

Las palabras se escaparon de sus labios antes de que pudiese detenerse, levantó la mirada y coincidió entonces con la de aquel delincuente y, al hacerlo llegó también una nueva comprensión; lo conocía. La pistola se levantó como un resorte apuntando en su dirección, el hombre que no podía tener más de treinta años caminaba hacia ella con una leve cojera.

—¿Quién coño eres tú? —clamó él casi a voz en grito, entonces ladeó la cabeza, entrecerró los ojos y escupió un nuevo exabrupto—. Oh, joder, joder, joder. ¿Tú otra vez, puta negra?

Él había estado en el antro al que había ido a parar en su particular investigación, le recordaba perfectamente pues había sido quien le había girado la cara de una bofetada lanzándola al suelo. El mismo que había apuñalado a Dain antes de darse a la fuga.

—Tú... tú, cabrón miserable... —Su asombro dio paso a la ira, a la rabia más absoluta. Esa escoria la había maltratado y, no contento con eso, todo parecía indicar que había disparado al reverendo—. ¿Qué has hecho, maldito? Reverendo...

—Faith, hija, vete... ¡Vete!

Pero sus ahogadas palabras llegaron demasiado tarde, él acababa de

cogerla del antebrazo y tiraba de ella. Su contacto despertó su defensa, revolviéndose como una gata, pegándole patadas e intentando llegar a sus ojos con las uñas.

—¡Putá!

Un sonoro golpe con el puño que todavía sujetaba el arma le echó la cabeza hacia atrás e hizo que el dolor le explotase en la cara, nublándole durante un instante la vista y extendiéndose hasta su cabeza.

—¡Faith, hija!

El sabor herrumbroso de la sangre le inundó la boca, se había mordido la parte interior.

—Vuelve a hacer eso y te mato, zorra —siseó tirando de nuevo de ella, apretando el frío metal del arma contra su mejilla lastimada aumentando el dolor. La bilis le subió por la garganta y con ella llegaron las arcadas.

—Por todos los santos, ¡estás en la casa de Dios! —Se reveló el reverendo, quién intentaba levantarse a pesar del dolor—. ¿Es que acaso no tienes respeto por nada?

Él se giró como un resorte y lo apuntó con el arma.

—Esta puta estaba husmeando en el club, estaba haciendo preguntas que no debía —declaró con rabia, tiró de ella, retorciéndole el brazo, enfrentándola, olvidándose momentáneamente del hombre al que ya había herido—. ¿Quién coño eres, eh? ¿Estás metida también en esa mierda de proyecto? ¡Contesta!

Lo hizo, le escupió a la cara, quizá no fue lo más inteligente, pero el propietario de la iglesia sabía que era la única respuesta que tenía ahora mismo para ese cabrón.

—Eres un bastardo asesino...

Le dolía hasta el articular las palabras, pero no le importó. Él había matado a Ruth, quizá no directamente, pero lo había admitido y eso le hacía

sospechar que probablemente fuese también el hombre del que le habló Denis, el que había conseguido que matasen al hermanito de Ruth y por quién ella había decidido sacar adelante el proyecto.

—Tú le hiciste esto, condujiste a Ruth a esto... la mataste... ¡La mataste, mal nacido! ¡La mataste!

Un nuevo golpe la envió al suelo, el dolor hizo que las lágrimas acudiesen ahora a sus ojos, se le escapó un sollozo y no pudo evitar que a este siguiesen otros.

—¡Cállate! ¡Cállate, puta o te pego un tiro!

—Por amor de Dios, Miguel, ya basta... no puedes seguir por ese camino, hijo —intentó interceder el reverendo, quien se arrastraba, ahora en pie, hacia ella.

—Él es el responsable de la muerte de Ruth —musitó entre lágrimas—. Fue él quien me atacó en el club la noche de la redada, quién apuñaló a Dain antes de huir como una rata... y ahora le ha herido... —Se repuso como pudo, incorporándose, más preocupada por el sacerdote que por sí misma—. Dios mío, reverendo, qué le ha hecho.

El hombre cedió bajo su peso en cuanto llegó a él, dobló una rodilla y cayó al suelo apoyándose en ella.

—No es nada a lo que no me haya enfrentado antes —replicó el hombre, buscando su rostro y frunciendo el ceño al ver el daño—. Maldito cabrón... Y que Dios me perdone por blasfemar en su casa.

—Aléjese de ella, padre, es una perra pecadora como la otra.

—¡Basta! —Clamó el reverendo cuando esa basura intentó acercarse de nuevo a ella—. Por amor de Dios, estás en la casa del Señor, hijo, depón tu furia, este camino solo te traerá dolor.

El sermón del padre hizo que el tipo levantase los brazos, se mesase de nuevo el pelo y consiguiese una expresión dónde la locura parecía ser la

emoción dominante.

—La culpa es toda de ella, padre. —Se justificó, como si eso pudiese salvarle de algo—. Esa perra negra se metió dónde no debía y empezó a hacer preguntas incómodas, al igual que Ruth... Joder, maldita sea, la cagó, padre, se metió dónde no debía y la cagó.

Volvió a girar sobre sí mismo, dándoles ahora la espalda. Ese tipo estaba loco, completamente loco, pensó Faith. Se volvió hacia el hombre y se afanó en comprobar su herida. Había sangrado una barbaridad.

—La bala salió —masculló el hombre como si supiese de lo que estaba hablando. Lo miró y a pesar de todo intentó serenarla—. La cruz de nuestro señor se ha llevado la peor parte.

—Hijo de puta —siseó e hizo todo lo que pudo en el momento para impedir que el hombre siguiese sangrando. Levantó la mirada y apretó los dientes—. Hay que llevarle a un hospital, está perdiendo mucha sangre.

El reverendo posó una mano sobre la suya y se la apretó.

—Está bien, hija, lo que tenga que ser será.

—Y una mierda.

Se las ingenió para meter la mano en el bolsillo del abrigo y toquetear el teléfono hasta bajarle el volumen por completo.

—¿Qué estás haciendo, zorra? ¿Qué cuchicheas?

—Se está desangrando, maldito hijo de puta. —Señaló lo obvio—. ¿Cómo puedes ser tan cobarde como para dispararle al reverendo?

—Quizá debería dispararte a ti también para que cierres la boca, puta.

—Hijo, tienes que calmarte, baja el arma y hablemos. —Pidió el reverendo con una mueca de dolor—. Nada bueno saldrá de toda esta violencia.

El tipo empezó a gesticular, moviendo su arma de manera peligrosa. Si se le disparaba por accidente.

—Usted no tiene ni puta idea de lo que pasa ahí fuera, padre, si no tienes una de estas en las manos no eres nadie —declaró girándose de nuevo hacia él—. Esto hace que te respeten, hace que consigas exactamente lo que quieres y en el mundo de mierda en el que vivimos, esto es lo único que te separa de la muerte.

—Estás... equivocado —Negó ella. Conocía esas palabras, las había escuchado demasiadas veces a lo largo de su vida, especialmente entre sus alumnos—. Una pistola no hará que alguien te respete, no eres nadie por portar un arma...

—No, tú eres la que está equivocada, negrita —declaró él, inclinándose sobre ella y levantando la pistola al mismo tiempo—. Esto es lo que da poder ahí fuera, lo que hace que los negocios prosperen y el mío funcionaba de puta madre hasta que la furcia de mi ex decidió meter las narices en ellos e intentar sabotearlos. ¿Quién se creía esa perra que era? ¿Una heroína de la *Marvel*?

Luchó para contener su lengua. Quería gritarle que no la insultara, que él no era nadie para pronunciar su nombre, pero hacerlo solo le traería más dolor, lo sabía. Siguió hurgando en el teléfono a tientas, puso el dedo en el botón de llamada y lo apretó una y otra vez, con un poco de suerte conseguiría llamar al último contacto con el que había hablado.

CAPÍTULO 56

Había momentos en los que todo lo que uno podía hacer era apartarse y continuar su camino y eso era exactamente lo que necesitaba hacer Lucien ahora. Quedarse solo serviría para que las dudas lo asaltasen y tomase decisiones que no le correspondían. Si algo sabía era que no era buena idea enamorarse de una mujer que amaba a otro, a la larga las cosas tendían a ponerse feas y alguien salía lastimado o incluso herido de bala. Hizo una mueca y sonrió a pesar de todo, echó un vistazo por la ventanilla del coche y se dio cuenta que había dirigido sus pasos de forma inconsciente hacia la parroquia del reverendo John, quizá inconscientemente deseaba ver a la polvorilla una vez más antes de irse.

El teléfono empezó a sonar atrayendo su atención desde el salpicadero del coche, echó un vistazo al identificador de llamada y no pudo evitar soltar una carcajada al ver el nombre. Activó el manos libres y respondió.

—Galletita, empiezo a pensar que soy tu persona favorita en la agenda de tu teléfono.

No hubo respuesta, solo había como una especie de murmullo de fondo.

—¿Faith?

Subió el volumen de los altavoces y aguzó el oído.

—*Se lo dije, ¡joder!* —Escuchó una voz masculina que no identificó, pero el tono de su voz ya le puso en alerta—. *Le advertí que si seguía*

metiendo las narices en los asuntos de los jefes iba a terminar muy mal. ¿Y qué hizo la muy estúpida? ¡Siguió jodiendo! Utilizó esa estúpida campaña suya, como si unas putas palabras pudiesen hacer algo para arrancar las drogas de la calle, sobre todo con un laboratorio en el barrio. Se lo dije, vaya que se lo dije, pero no escuchó, nunca lo hacía.

Hubo unos instantes de silencio, entonces escuchó la airada voz de la pequeña sumisa.

—¿Y también se lo dijiste al reverendo? ¿Por eso tuviste que venir a la iglesia y descerrajarle un tiro? Maldito bastardo, ¿eso fue lo que hiciste con Ruth?

—¡Esa obtuvo lo que se merecía!

Lucien apretó los dientes, cambió la marcha y pisó el acelerador.

—Mierda.

Con una mano sostuvo el volante y con la otra accionó la radio de la policía.

—Código 10-33 en el 22 de Dumont Ave. Herido de bala y al menos un rehén. Solicito presencia policial.

Dejó la radio abierta para recibir la confirmación, se palpó el pecho en busca de la pistolera, comprobando que llevaba el arma consigo y aceleró de nuevo.

¿Podía una mujer meterse en más problemas que esa pequeña morenita?

Faith Tragó con dificultad, sintiendo el sabor herrumbroso en su lengua, notando la humedad bajo los dedos que apretaban la herida de bala.

—¿Qué le hiciste a Ruth? ¿Por qué estaba en ese hotel? ¿Qué le

hiciste?

Él ladeó la cabeza y la miró, de repente parecía sorprendido de que estuviese allí, de que supiese de la existencia de aquel lugar.

—Ese era su modo de actuar —murmuró empezando a esbozar una sonrisa—, te atraía como una sirena, en la universidad había sido así. Movía un dedo y tú ibas... La muy puta sabía que todavía la quería, que a pesar de todo era especial pero solo quería hablar. Siempre, lo único que quería era hablar. ¿Quién coño te cita en una habitación de hotel para hablar?

Se pasó la lengua por los labios y esbozó una irónica sonrisa.

—Ella insistió en la misma mierda de siempre, pero ahora quería más, quería los nombres de los jefes, quería saber el lugar dónde estaba el laboratorio para denunciarlo. —Chasqueó la lengua y negó la cabeza—. Ruth Vera y sus grandes planes para salvar el mundo de la maldición de las drogas. Ella y su visión del mundo color de rosa. Quería que le dijese dónde se encontraba el laboratorio para denunciarlo a la policía y terminar con todo. ¡Estaba como una puta cabra! Se lo dije... vaya que se lo dije, discutimos... y entonces ella... se le fundieron los plomos, ¡puff!

Faith apretó los dientes, luchó por respirar a través del dolor y lo miró.

—La mataste...

—¡No! —La encañonó de nuevo—. Se desplomó delante de mí... —Se echó a reír como un lunático—. Pensé que se había metido algo, los ojos le dieron vuelta y entonces se cayó, desplomada en el suelo. Pero yo no la maté, ni siquiera la toqué... En el fondo quería a la muy perra, sí, la quería...

—Pero... la droga... dijeron que encontraron droga en su sangre... había droga en la mesilla...

Sus labios se dividieron mostrando una dentadura perfecta, casi parecía irreal el estar mirando a un hombre cuya apariencia podía pasar desapercibida en mitad de la calle, no había nada en él que anunciase que era alguien que

comercializaba con las drogas y sin embargo, la rojez en sus ojos, el profuso sudor en su rostro, la expresión de completa irrealidad... todo ello hablaba de un consumo reciente.

—Era mía. —Se relamió—. Creí que me estaba tomando el pelo, así que... Me tomé mi tiempo para prepararme un tentempié y la invité a un chupito... ya me entiendes. —Se rió con frenesí, sus ojos, al igual que los del reverendo estaban fijos en el arma, de la forma en la que la agitaba, no le sorprendería si terminaba soltando un balazo—. La coca es lo mejor, lleva más tiempo de preparación, pero es la mejor...

—Se la inyectaste, ¿no es así, hijo? —La comprensión del reverendo hizo que bajase la mirada hacia él. Su rostro empezaba a perder color, la manera en que apretaba la mandíbula hablaba de dolor y también de rabia contenida. Nunca había visto ese aspecto del padre—. Por eso el cuerpo de esa muchacha dio positivo en drogas.

—Pensé que un buen chute la reanimaría, a mí siempre me reanima —aseguró complacido consigo mismo, entonces pareció perder parte de su energía y su rostro mudó—. Ella no se despertaba, seguía allí, con los ojos abiertos... La muy perra se había muerto, se había atrevido a morir en mi puta cara. No me iban a culpar a mí, no señor, no iba a cargar con el fiambre de una puta...

—No... la llames así...

Su mirada se fijó entonces en ella.

—Pero lo era —aseguró acuclillándose ahora, acariciándole la mejilla con la pistola—. Una putita dispuesta a abrirse de piernas para cualquiera que se lo pidiese. Siempre fue una zorra —insistió y algo en su mirada cambió, se lamió los labios y la recorrió con un gesto de lascivia que le dio asco—. Um... nunca lo he hecho con una negra, tengo mis principios, sabes, pero hoy puede que decida hacer una excepción.

Notó una mano en su rodilla y le entraron ganas de vomitar, se echó hacia atrás, golpeándole.

—¡No me toques, cabrón!

Él se echó a reír.

—Una negrita con genio, eso me gusta. —Volvió a echarle el guante solo para terminar ahora llevándose una patada—. ¡Putá!

No tuvo tiempo ni de apartarse, en un momento estaba empujándole y al siguiente le tiraba del pelo, apartándola del padre y arrastrándola por el pasillo de la iglesia.

—Hijo, por favor, déjala...

—¡Zorra asquerosa! ¡Vas a saber lo que es una polla de verdad!

—¡No! —Chilló a voz en grito, el sonido reverberó en el interior del vacío edificio—. ¡Suéltame!

Un nuevo golpe con el puño cerrado la envió al suelo, la cabeza le daba vueltas, la bilis le subió a la garganta y vomitó incapaz de moverse mientras todo giraba a su alrededor.

—¡Miguel! ¡Aléjate de ella!

Faith gimió ante el sonido de una voz conocida, pero fue incapaz de identificarla, el malestar se extendió por su cuerpo y se mezcló con un grito y lo que tenían que ser sonido de disparos. Intentó mantenerse consciente, abrir los ojos y estar al tanto de la situación pero las náuseas eran cada vez más fuertes.

—Faith... —Escuchó el sonido de pies derrapando, notó unas manos en su sien, apartándole el pelo—. Galletita, por lo que más quieras, no me hagas esto, no puedes hacerle esto a Dain, se morirá si te pasa algo.

Era Lucien, solo él la llamaría galletita a pesar de las circunstancias.

—Luc...

—Shh, cariño, no te muevas. —Su voz sonaba cada vez más lejana—.

Código 10-38, necesito una ambulancia en...

Sí, una ambulancia, el reverendo estaba herido.

—El rev... el reverendo...

El ulular de las sirenas de policía empezaron a inundar el lugar, el sonido le aportó un poco de paz y se dejó llevar por la inconsciencia, ahí donde el dolor no la alcanzaba.

—Está bien, hija, guarda tus fuerzas. —La voz del padre John parecía más lejana que nunca—. La bala está dentro... no hay agujero de salida.

—Hijo de puta —siseó el otro hombre y alzó de nuevo la voz—. ¡Quiero esa maldita ambulancia aquí ya!

Las voces iban y venían, haciéndose cada vez más y más lejanas.

—No se te ocurra morirte, ¿me oyes? —Lucien otra vez—. No se te ocurra morirte en mis brazos, Faith Valentine, te lo prohíbo.

¿Morirse? ¿Por qué habría de querer morirse? Espera, alguien había hablado de una bala. Luchó de nuevo para abrir los ojos y se encontró con una cara conocida, con unos ojos azules que conocía bien, que amaba...

—Dain...

—No le falles, nena, te necesita —musitó o su voz al menos sonó como un bajo murmullo—. ¿Dónde coño está esa jodida ambulancia?

—Joder, ¿qué mierda ha pasado aquí?

Otra voz conocida, pensó demasiado cansada para ponerse a cavilar en ello.

—Este hombre está muerto, señor.

—Dos heridos de bala en el 22 de Dumont Ave.

¿Dos heridos? ¿Ese bastardo había disparado a Lucien?

—¿Qué coño hace ella aquí? —Escuchó de nuevo esa voz conocida—. Maldita sea, ¿dónde está esa ambulancia?

—Escúchame, Faith. —Oyó de nuevo en su oído—. Tienes que ser

fuerte por Dain, él te necesita, ¿lo entiendes, sumisita? Tu amo te necesita, tienes que ser fuerte por él.

Sí, lo entendía. Sabía que él había cambiado desde que se vieron por primera vez, ese gesto osco había dado paso a uno más distendido, no era tan serio ni tan lejano como quería hacer creer a la gente que le rodeaba, solo necesitaba que alguien lo quisiera, que le enseñase a sonreír de nuevo y ella quería ser esa persona.

—Dain...

De nuevo el ulular de las sirenas pareció superponerse a todo lo demás, el tiempo pareció dejar de tener importancia y la oscuridad la envolvió.

CAPÍTULO 57

—¿Por qué no vas a descansar un poco?

—No, estoy bien.

—Entonces deja que te traiga algo de la cafetería.

—Estoy bien, Sophie, no necesito nada.

No, no necesitaba nada más que el que la mujer que estaba en la cama al otro lado de ese cristal, abriese los ojos y pusiese punto y final a la maldita pesadilla en la que llevaba metido los últimos siete días.

Una bala, una jodida bala había estado a punto de costarle la vida, un maldito proyectil había amenazado con llevarse de su lado lo que más le importaba, la mujer que se había colado en su corazón y en su vida para ponerlo todo patas arriba.

El reverendo John había resultado también herido, en su caso la bala lo había atravesado mientras que a Faith la había alcanzado en un órgano haciendo un serio daño. Esa pequeña había estado luchando las primeras veinticuatro horas por su vida, por suerte no sabía si era su cabezonería o los ruegos que le había dedicado a quién quisiese escucharle lo que habían hecho que superase ese primer bache y siguiese peleando cada día para salir adelante.

—¿Tengo que volver a mandarte a casa para que te afeites, te duches y comas en condiciones? —La voz de mando que surgió de la garganta de la

chica hizo que abandonase la visión a través del cristal y la posase en ella—. Sabes que lo haré, Dain, seré un grano en el jodido culo hasta que me hagas caso y cuides en condiciones de ti mismo.

Sonrió y se pasó la mano por la mandíbula, notando la aspereza de la barba descuidada. Sophie se había comportado como un verdadero sargento, esa sumisa había tomado en sus manos la responsabilidad de darle una patada en el culo cada vez que se le olvidaba ser persona y obligarle a comer, a ducharse e incluso a dormir. Era una verdadera amiga, pero no era la única que había estado al pie del cañón, ofreciéndose incluso a quedarse para que él pudiese descansar. Su hermano había aplazado su partida a Florida, Markus solía pasar más tiempo en el hospital con él que en cualquier otro sitio, cada uno de los socios del *Blackish* había pasado por el hospital e incluso alguno de los socios de la *Crossroad Company* al enterarse de lo sucedido. La compañía había aceptado hacerse cargo del proyecto de Ruth, estaban más que dispuestos a ayudar a Faith a llevarlo a cabo costase lo que costase, de hecho, había recibido la noticia la misma tarde en que le había llamado para pedirle que fuesen a cenar.

Aquellas horas estaban bastante difusas en su mente, desde el momento en que Lucien le había llamado pidiéndole que fuese al hospital inmediatamente, diciéndole tan solo que su mujer estaba herida, había actuado en modo automático. Allí habían estado Damien y él para recibirle y ponerle al tanto de lo ocurrido, de la aparición de ese mal nacido al que habían estado buscando sin descanso el último mes, del disparo que había recibido el reverendo John y el que posteriormente había recibido Faith, solo después de que ese hijo de puta la hubiese derrivado de un golpe. Su hermano había sido el que acabó con la vida del malnacido después de que, tras recibir un primer disparo de advertencia, le encañonase dispuesto a dispararle a él.

Sacudió la cabeza intentando deshacerse de todos esos recuerdos, de las

veces en las que había maldecido a ese hombre, rogando que estuviera muerto para poder matarlo él con sus propias manos.

Volvió a levantar la mirada hacia el cristal, su dulce morenita tenía una venda alrededor de la cabeza, la goma de oxígeno en la nariz y estaba conectada a varios monitores que controlaban su estado. Le habían retirado la respiración artificial apenas el día anterior, una pequeña esperanza de salir pronto de aquella pesadilla.

—No voy a irme a casa, mascota. —Miró entonces a la chica—. Pero si te quedas aquí unos minutos, cogeré la bolsa que me trajo Lucien y me asearé.

—Y luego comerás algo.

Asintió. No quería discutir con ella.

—De acuerdo —aceptó Sophie más aplacada—. Me quedaré aquí mientras tú te aseas, te das una ducha y comes algo. No quiero volver a ver tu cara durante al menos media hora.

—No me lleva tanto tiempo ocuparme de mí mismo.

—No le servirás de nada si tú también caes enfermo, señor —le recordó bajando ahora el tono de voz—. Por favor, hazlo por ella. Te necesitará al cien por cien cuando despierte.

—Contigo nunca voy a ganar en estas lides, ¿verdad?

—No, a estas alturas ya deberías saberlo.

—Sí, señora —replicó con un mohín, pero terminó abrazándola—. Gracias, polvorilla.

—Saldrá de esta, ya lo verás.

Eso esperaba, por Dios, eso esperaba.

Le dedicó una última mirada a través del cristal, resistiéndose a irse a pesar de todo, suspiró y abandonó el pasillo para cumplir con lo prometido.

Faith se sentía amodorrada, estaba desorientada y la luz le molestaba al punto de hacerle doler la cabeza. Intentó abrir los ojos un par de veces más, se lamió los labios y notó la garganta dolorida, había algo pegado también a su nariz que la molestaba pero sus brazos no parecían tener interés alguno en cooperar. Estaba débil y dolorida, pero ignoraba el motivo.

—Ah, ya se ha despertado, señorita Valentine, bien, muy bien.

El sonido de una voz desconocida hizo que volviese a abrir los ojos y se encontrase con una bata blanca y un rostro amable un segundo antes de que una luz la dejase casi cegata.

—¿Dónde... dónde estoy? ¿Qué... que ha pasado?

—Está en el hospital, ha recibido un disparo —le informó la enfermera.

—¿En el hospital? ¿Un... un disparo?

Ella asintió, se movió a su alrededor, apagó ciertos monitores y cambió una bolsa de líquido transparente que llevaba por la que estaba vacía en el soporte por encima de su cabeza.

—El doctor vendrá a verla ahora —le anunció con una sonrisa—. Descanse, ha pasado por una operación bastante delicada.

Se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—¿Qué... qué clase de operación? —preguntó.

—Ahora no se altere, enseguida vendrá el médico.

Optó por hacerle caso, después de todo, apenas podía hacer otra cosa que permanecer allí y luchar por mantener los párpados levantados. Respiró lentamente y luchó por encontrar en su mente las respuestas que parecían eludirla, aquellas que deberían de haberla conducido a este lugar.

No sin esfuerzo repasó sus últimos recuerdos hasta el momento en que llegó a la parroquia y se encontró con aquel hombre y al reverendo John herido.

—Enfermera. —La llamó entonces—. El... el reverendo... el reverendo John está...

—El reverendo está bien, está en planta y se está recuperando rápidamente.

Gracias a Dios, pensó visiblemente agotada, al menos él estaba bien. Pero, ¿cómo habían llegado a este punto? ¿No había dicho ella que la habían disparado?

«*Miguel, ¡alto!*».

Lucien, él había llegado entonces y después lo había hecho la policía, podía recordar el ulular de las sirenas de los coches patrulla, pero todo lo demás estaba bastante confuso.

—¿Cuánto... cuánto tiempo llevo aquí?

—Siete días —le comunicó con suavidad—. Está en la unidad de cuidados intensivos.

Lo que quería decir que no había sido una herida menor, pensó cerrando de nuevo los ojos. Siete días en la U.C.I. no era moco de pavo.

—Su novio no se ha separado de su lado en todo este tiempo —le informó la mujer con tono confidencial—. Le alegrará saber que ya se ha despertado.

—Mi novio... —La palabra sonaba tan bien en sus oídos que hasta la paladeó—. ¿Dain?

—Sí —asintió la enfermera—. Y también han estado varios amigos suyos. Tiene una gran familia.

Asintió, no podía hacer otra cosa, estaba cansada y sus emociones estaban demasiado cerca de la superficie como para hacer otra cosa que no fuese llorar.

—Descanse un poco, el doctor vendrá enseguida.

—Gracias.

Cerró los ojos y se dejó ir, era fácil perder la noción del tiempo en ese lugar, en un momento había una enfermera que venía a sacarte sangre, otra que te tomaba la temperatura o la fugaz visita de un médico. El facultativo encargado de su operación se pasó personalmente a verla, comprobó que su evolución era favorable y le dijo que pronto la subirían a planta. Se marchó solo para que la importunase de nuevo otra enfermera un rato después.

—Tienes visita, cariño.

Abrió los ojos ante el sonido de la dulce voz femenina y un momento después de que ella se apartase, lo vio a él, vestido con un estúpido gorro verde y una bata del mismo color.

—Dain...

—Hola, dulzura.

Tomó su mano con delicadeza entre las suyas y se la llevó a los labios.

—Me has dado un susto de muerte, pequeña.

Sonrió y apretó los dedos en torno a sus manos.

—Lo siento, no era mi intención dejar que me pegasen un tiro, lo juro.

Sacudió la cabeza y sonrió a su pesar.

—Ya no sé qué voy a hacer contigo, Faith, los problemas te persiguen...

—Que sepas, que esta vez, yo no lo busqué, simplemente pasaba por ahí —se lamió los labios—. El reverendo John, ¿está bien?

—Sí, se está recuperando rápidamente —aseguró al tiempo que le acariciaba el pelo—. Ha estado muy preocupado por ti, todos lo hemos estado.

Se lamió los labios y suspiró cansada.

—Estás agotada, deberías dormir y descansar un poco...

En el momento que sintió su mano abandonando la de ella cerró sus dedos con toda la fuerza de la que era capaz a su alrededor.

—No, no te vayas, no me dejes...

—No voy a irme a ningún lado —le apretó un poquito la mano—, estaré justo a tu lado cuando te despiertes, Faith.

—No quiero perderte a ti también —musitó y buscó sus ojos—. No quiero perder a nadie a quién quiero.

Sus rasgos se suavizaron, bajó sobre su rostro y le rozó los labios con los suyos. Apenas fue una caricia, pero lo significó todo para ella.

—Has luchado como una leona para quedarte a mi lado, cariño mío, ¿de verdad piensas que voy a dejarte ir ahora que eres mía? —le dijo con ese gesto travieso, tan sexy, tan suyo—. De eso nada, Faith, tu lugar está a mi lado, siempre. Pero ya hablaremos de ello cuando no estés de antibiótico y sedantes hasta arriba.

—Con antibiótico y sedante hasta arriba, sigo queriéndote, tonto.

—¿Acabas de insultarme, dulzura?

—No, decirle al hombre que posee tu corazón y tu alma, te quiero, no es un insulto, aunque muchos podrían calificarlo de locura.

—Bendita locura, cariño mío, bendita locura —le sonrió—. Te quiero, Faith, te quiero tanto que no he dejado de rezarle a Dios, con quién hace años que no tengo tratos, para pedirle que dejase a la mujer a la que amo, la que se ha adueñado de mi corazón y ha sentado un reclamo sobre mi alma, que la dejase a mi lado para poder decírselo yo mismo. —Se llevó de nuevo su mano a la boca, la beso y luego la apretó contra su propio corazón—. Te quiero, Faith Valentine, te quiero completa, loca e irremediabilmente.

—Me gusta esa forma de querer —sonrió con ternura—. Me gusta la manera en la que tú me quieres, Dainiel Ratcliffe, pero ni se te ocurra decir luego que todo ha sido producto de los analgésicos y antibióticos.

Se echó a reír y fue el sonido más bonito que había escuchado en toda su vida.

EPÍLOGO

Tres meses después...

Faith no podía dejar de mirar el papel que tenía entre las manos, lo había repasado una y otra vez a lo largo de la última semana. Había hecho nuevas correcciones, añadido y quitado cosas hasta quedar conforme. Había sido un arduo camino el que la había llevado hasta ese momento, cada paso había sido duro, pero con cada avance había merecido la pena.

—Tranquila, todo irá bien.

Entrelazó los dedos con los de Dain y asintió, bajó la mirada a sus

manos y sonrió al ver el anillo que él le había entregado meses atrás, el mismo que volvió a darle en el hospital, repitiéndole aquellas palabras que no pudo olvidar, diciéndole lo mucho que la quería.

Habían sido unos meses interesantes en muchos aspectos, él no solo no la había presionado sino que le había dado su espacio, ayudándola con la mudanza, acompañándola a cenar, escuchando sus avances en el proyecto... Se decidió a conquistarla, solo los fines de semana, después de haberlo hablado largo y tendido, él tomaba las riendas completamente, arrastrándola a su mundo, mostrándole más de él, de quién era y cómo veía su vida. Le gustaba tenerle como amo, le gustaba poder cuidar de él, darle aquello que sabía que lo complacería pues su recompensa no era menos. Se sentía a gusto a su lado, tanto que un par de meses después de iniciar su relación públicamente lo había invitado a compartir su nuevo hogar solo para ser rechazada.

«Todavía no. Primero tienes que saber que eres lo bastante fuerte como para vivir por ti misma, que tienes las llaves de tu vida en las manos y puedes disponer de ella como tú desees. No te quitaré lo que has conseguido, quiero ayudarte a continuar, quiero ver qué clase de fantástica mujer puedes llegar a ser. No es un no definitivo, dulzura, solo un... Hasta que llegue el momento adecuado».

Él la hacía fuerte, su apoyo y guía la hacían crecer y estaba dispuesta a esperar por ese sí lo que hiciese falta.

—Estoy nerviosa —confesó solo para sus oídos—. Hemos recorrido un largo camino hasta este momento y no quiero estropearlo.

—Faith, estás aquí, en tu barrio, con tu gente, en el lugar en el que más se unen las personas, sé que Ruth estará orgullosa de ver lo que has conseguido en tan solo unos meses.

Se lamió los labios y asintió.

Habían recibido el apoyo de varios centros escolares que querían participar acogiendo charlas y dando a conocer el programa, un par de organizaciones locales se habían interesado y ofrecían dar asesoramiento e información, tenían ponentes que se habían visto envueltos en las drogas, que habían sido testigos de primera mano y podían hablar con conocimiento de causa sobre las consecuencias de la drogadicción. Ellos, con su experiencia eran sin duda los mejores candidatos para llegar a todos esos jóvenes aquejados de dudas y enseñarles que NO era una palabra poderosa cuando se utilizaba.

Hoy, delante de los cientos de personas que se habían dado cita en la carrera solidaria que había organizado el reverendo John a través del gimnasio Brownsville, quería alzar la voz, unir todos esos corazones en un solo coro que gritasen alto y claro un: NO A LAS DROGAS. Hoy debía ser un comienzo para aquellas personas necesitadas de ayuda y asesoramiento y ella estaba decidida a dar el pistoletazo de salida.

—...y si hay alguien que ha hecho esto posible, es la señorita Faith Valentine.

—Te toca, amor. —Dain le pegó una palmadita en el culo que le arrancó un sonrojo inmediato en las mejillas.

Miró a la multitud, se lamió los labios, asintió con una sonrisa al reverendo quién la recibió con un cariñoso abrazo y se dirigió al púlpito.

—Buenas tardes a todos, gracias por venir y, sobre todo, por participar de este evento. —Inició su discurso con la seguridad que le daba el vestirse con su traje laboral—. Hoy nos reunimos aquí para celebrar de maneras muy distintas la vida. Unos hemos sobrevivido a asaltos, otros a enfermedades, a la violencia, a las malas decisiones, cada uno, a su manera, ha conseguido salir adelante porque en su interior hay fuerza, seguridad y valor. Eso es precisamente el proyecto V.I.D.A. Las ganas de *vivir*, las *ilusiones* que todos

tenemos y que pueblan nuestro mundo y el de aquellos a los que queremos, tenemos la fuerza para *denunciar* las injusticias y hacer algo al respecto y, sobre todo, tenemos en nuestras manos la posibilidad de *ayudar*.

Tomó una profunda respiración y continuó.

—Hace casi cuatro meses, la persona más importante en mi vida partió de improviso. Era mi hermana, la querida profesora de muchos de vosotros y lo hizo de la misma manera en que lo hacía todo; luchando por aquello que creía justo. Un aneurisma fue el modo que eligió Dios para llevársela a su lado, pero nos dejó a todos un regalo y un mensaje: Elije la vida y di NO A LAS DROGAS. —Se lamió los labios y contempló a la gente, algunos escuchaban, otros bajaban las miradas, otros asentían—. No existe una pastilla mágica que haga que los demás os acepten, no seréis más populares por uniros al indeseado club de la muerte cerebral, pero marcaréis una diferencia al decir NO. La diversión no viene en un vaso, no se esnifa, ni se inyecta, no se encuentra en un cuerpo robado, ni en un cerebro dañado, ni en la sala de urgencias de algún hospital. No viene en una bolsa con pastillas de colores a las que se les olvidó acuñar con el símbolo de «peligro de muerte».

Miró a su alrededor, haciendo hincapié en los más jóvenes, en sus propios alumnos, en los de Ruth.

—¿Quieres ser aceptada o aceptad? Muéstrales a los demás cómo eres, enséñales a aquellos que se creen mejores que tú que la vida no se soluciona consumiendo drogas. ¿Quieres ser un ejemplo para tus hermanos pequeños, para tus primos, para tus hijos, para tus padres? Enséñales la fuerza que hay en tu interior, demuéstrales que no necesitan formar parte de un rebaño, que tienen pensamientos propios y pueden gritar alto y claro un: NO A LAS DROGAS. —Enfatizó la última frase, recibiendo asentimientos en respuesta—. Nadie puede obligarte a hacer algo si tú no les das tu consentimiento, la palabra NO es un código universal, puede pronunciarse de distintas formas,

escribirse de diversas maneras, pero el significado es el mismo. Es tu palabra, tu fuerza, tu voluntad, tu forma de sentir, de entender, es parte de ti, de quién eres y de quién quieres llegar a ser. Elige por ti mismo, no dejes que otros lo hagan por ti. Elige la vida, elige decir: NO A LAS DROGAS.

Tomó aire con personal satisfacción, miró a su alrededor y señaló a aquellas personas que formaban parte de VIDA.

—En VIDA estamos dispuestos a escuchar tus dudas, a ayudarte cuando tropiezas, a levantarte si te caes y a que no vuelvas a caer. Somos como tú, no somos más y no somos menos, si nos necesitas, búscanos, buscadme. Os daré mi mano y caminaré a vuestro lado, solo tenéis que decir NO.

Con eso miró al cielo y sonrió.

«*VIDA está en marcha, hermanita, al fin está en marcha*».

Volvió a su lugar entre la multitud, entre su gente, sus amigos, la familia que había encontrado estos últimos meses y sonrió. Habló con las sumisas del *Blackish*, se citó para tomarse un café esa semana, saludó a algunos de sus doms, incluso se permitió corresponder a las bromas de alguno de ellos y recaló finalmente en su puerto seguro, en los brazos del hombre que amaba.

—Bien hecho, profesora, ha sido todo un éxito.

Sonrió y asintió.

—¿Podemos ir esta noche a celebrarlo al *Temptations*?

—Creo que puedo ser... convencido de ello —respondió con una pícaro sonrisa.

—Um, ¿y podría convencerte de otras cosas, mi amo y señor?

—Puedes probar, sumisita.

—¿Te mudas conmigo?

—Creo... que al fin es el momento adecuado.

—¡Bien! —Chilló echándole los brazos al cuello—. Te quiero, Amo Dainiel.

—Y yo a ti, dulzura, y yo a ti.

FIN

^[1] Juego de rol sexual en la que la sumisa o el sumiso adopta la conducta de un animal o mascota y se disfraza como tal.